ELIZABETH BERMÚDEZ

OPORTUNIDAD DE VENGANZA

Oportunidad de venganza

Oportunidad de venganza

Elizabeth Bermúdez

Título: Oportunidad de venganza
Primera edición, julio de 2023
©2023, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

ÍNDICE

Sinopsis
Sobre la autora
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
Epílogo
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Sinopsis

¿Y si tuvieses la gran oportunidad de vengarte de quienes te han destrozado la vida?

Sarah Bennett estudia en un internado en el que odia estar encerrada por la voluntad de su multimillonario padre. En el último año se enamora de su profesor, Matthew Fuller. Nada será fácil entre ellos, tendrán muchos obstáculos en el camino, sin embargo, ambos estarán dispuestos a sortearlos.

Cuando Sarah y Matt creen que por fin pueden dar rienda suelta a su amor todo se trunca.

Ocho años después Sarah se ha convertido en una importante mujer de negocios, muy rica y poderosa. Lo tiene todo, menos la felicidad ya que nunca pudo olvidar a Matt.

El destino le pone en bandeja poder vengarse de los dos hombres que jugaron con ella en el pasado y no lo duda. Se sumerge de lleno en una venganza trazada.

Sin embargo, existen venganzas en las que se desconocen las verdaderas armas de los adversarios.

Sobre la autora

Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Oportunidad de venganza es su **novela número diecisiete**,

anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:

El precio de la vida

El precio del amor

1. Te quiero para mí
2. Nicolás Hungría
3. Te protegeré

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

A la vida, porque es inútil desaprovecharla en venganzas y odios.
Es demasiado corta y cuando menos lo esperamos
nos hemos quedado sin tiempo para
lo realmente importante: EL AMOR

Prólogo

Cada vez que me siento con los ánimos por los suelos, como es el caso, me visto de rojo. En esta ocasión escojo un vestido muy corto, con escote pronunciado, ajustado a mi cuerpo y unas sandalias altas. Llevo el pelo suelto, ondulado. Me pinto los labios de rojo, quiero aparentar que soy una mujer fuerte y decidida, no deseo que nadie note que estoy rota por dentro. Me miro en el espejo y me doy el aprobado. He obtenido lo que quería. Mi generoso escote y mis largas piernas evitaran que los demás reparen en la tristeza y la rabia contenida que hoy reflejan en mis ojos verdes.

Cuando mis amigas me ven aparecer por el salón de mi casa se llevan las manos a la boca.

—Vaya mujerón —grita Madison.

—Esta noche encuentras al marido que quiere tu padre para ti —lanza Ava.

—Impresionante, Sarah —dice Chloe. Creo que solo ella aprecia lo verdaderamente rota que estoy por dentro. De ahí la gran fachada que me he creado para esconderme detrás.

—¿Nos vamos? —las animo forzando una gran sonrisa, diciéndome que me olvide de todo y pase un buen rato con mis amigas.

Cenamos en un restaurante que nos gusta mucho a las cuatro y mientras lo hacemos Madison anuncia que ha conseguido las entradas para el *show* de esta noche en el local de moda, El Marlone. Estaba lleno, pero mi amiga conoce a alguien de la empresa que lo gestiona y ha conseguido un sitio en primera fila.

Cuando entramos en el lugar las cuatro nos quedamos un poco alucinadas. Creo que esperábamos otra cosa más inferior. Todo es muy lujoso. Tiene una decoración muy cuidada y las personas que trabajan allí van todas muy bien vestidas. Hay un enorme escenario y cuando vemos que nos sitúan en primera fila, en el centro de este, sonreímos.

Nos pedimos unas copas y nos las tomamos al ritmo de la música de fondo mientras paseamos la mirada por el lugar y descubrimos que está lleno a reventar. Una voz anuncia que en diez minutos empezarán las actuaciones y la gente aplaude.

—Esto es increíble —dice Madison.

—Me han asegurado que el *show* es pura maravilla. Seis tíos que están buenísimos se encargan de representar varios números cada noche. Bailan como dioses y se mueven de una forma que provocan taquicardia a todas las presentes —anuncia Chloe.

—Estoy impaciente —dice Ava.

—Volveremos otro día en el que te traigamos adornada y se note que venimos de despedida de soltera —comento mientras observo a varias chicas con amigas en esta situación.

Lo cierto es que el local está superbien ambientado. He de reconocer que me he animado bastante. He pedido la segunda copa antes de que comience el *show* y parece que mi estado de ánimo va mejorando después de la descabellada propuesta de mi padre esta mañana.

Las luces bajan su intensidad y una mujer sale al escenario y presenta el *show* que veremos a continuación. Se trata de seis chicos que llevan unos años haciendo este tipo de números por locales. Desde que pasaron por aquí no los dejaron escapar y a día de hoy tienen exclusividad en El Marlone.

El espectáculo comienza, las luces se apagan, la música sube de volumen y los seis hombres aparecen en escena causando un gran furor entre todas las presentes. Llevan gafas y van vestidos de militares, con metralletas en sus manos. En cuanto comienzan a contonearse la temperatura sube en el ambiente. Tengo que darle un buen sorbo a mi copa porque han salido con fuerza. Sus movimientos son impresionantes, estudiados y muy eróticos. Llevan bailando menos de un minuto y ya hacen que los desees en tu cama.

El resto de las chicas gritan, vociferan sus nombres. Me sorprendo cuando descubro que se los saben. Miro a mis amigas y están tan alucinadas como yo. Puedo decir que soy la reina de las fiestas, desde que dejé el internado no he parado de salir, pero jamás había

presenciado nada igual.

—¡Madre mía! —grita Chloe.

—Cuando llegue a casa le pido a mi futuro marido un numerito así —dice Ava. El resto estallamos en carcajadas.

—Estos tíos le calientan la sangre a cualquiera, ¿qué me dices, Madison? —le pregunto a conciencia, de las cuatro es la más recatada.

—Tienes toda la razón —grita con euforia.

—Me llevaría uno a casa hoy —grita Chloe.

—Y yo —me uno a ella con otro grito mientras aplaudimos y nos volvemos locas cuando se quitan las camisetas y vemos sus estupendos pechos musculados.

Luego los seis chicos se acercan más al borde del escenario, los tenemos muy cerca, los vemos bailar y nos quedamos con la boca seca cuando se quitan los pantalones delante de nosotras y se quedan en tanga. Continúan bailando y calentando el ambiente con movimientos muy sensuales y estudiados. Tienen cachondo al público por completo.

Yo en especial me fijo en uno de los chicos, tiene un cuerpo de infarto, el mejor de todos. Me ha mirado un par de veces y he sentido como clavaba sus ojos ocultos por las gafas en mi cuerpo, en especial en mis piernas y mi escote.

Cuando el número está a punto de terminar todos tiran las gafas y caen de rodillas sobre el escenario, con sus piernas abiertas y los brazos extendidos hacia arriba.

De repente, siento que me mareo. El corazón se me acelera y una voz interior me grita: no puede ser. Parpadeo con fuerza, miro a mis amigas, pero ellas siguen aplaudiendo el final del numerito. El resto de tíos se acercan a las mujeres y ellas le introducen billetes en el interior de los tangas y los tocan a conciencia mientras ellos se dejan. Yo me he quedado fría como el hielo, mientras siento unos ojos desde el escenario que me han reconocido tanto como yo a él.

Hacía ocho años que esperaba este momento, tenerlo frente a frente. Saber de él, pero jamás pensé que me encontrase con Matt en un lugar como este y fuese uno de los bailarines. ¿Cómo ha terminado aquí?

Los chicos se retiran y por megafonía nos indican que vuelven con

otro número en diez minutos.

Mis amigas me miran con atención, y me preguntan alarmadas:

—¿Estás bien?

—Estás muy pálida —aprecia Chloe con preocupación.

—Era él —susurro con un hilo de voz.

—¿Quién? —inquiere Madison.

—El profesor. Matt —murmuro sin dar crédito a lo que acabo de presenciar.

—¿El profesor Fuller? —insiste Ava. Yo asiento, no me salen las palabras.

—¿No estarás confundida, Sarah? —insiste Madison—. ¿Qué iba a hacer él bailando en un lugar como este?

—¿No lo habéis reconocido? —les pregunto desesperada. Todas niegan a la vez—. Está muy cambiado, ahora lleva una barba recortada, pero es él. Eran sus ojos, su mirada. Han pasado ocho años, pero lo reconocería aunque pasasen cien.

—¡Joder! —maldice Chloe—. ¿Quieres que nos vayamos? —propone algo alterada.

—No —niego de inmediato. Necesito verlo de nuevo.

Me pido otra copa y espero impaciente su inminente salida al escenario. En cuanto lo hacen, en esta ocasión vestidos de bandoleros con pañuelos tapando sus rostros, sé de inmediato quién es Matt. Sus ojos también están fijos en mí. Está tan descolocado como yo de verme ahí, incluso se ha equivocado en un par de pasos y se ha retrasado con respecto a sus compañeros en romperse la camiseta.

—¡Es él! —gritan las chicas. Yo asiento sin perderlo de vista.

Tengo el corazón acelerado, la sangre hirviendo y unas ganas de tirármelo como nunca antes las había sentido. No puedo dejar de mirarlo. Lo odio aún más por provocarme estas ganas, cuando en realidad tendría que echarle en cara muchas cosas.

Tras finalizar el número se acerca a mi lado, las mujeres ya le han introducido billetes en el tanga. Saco de mi bolso trescientos dólares y me atrevo a ponerlos en su tanga en la parte delantera, bien adentro, mientras los dos nos miramos a los ojos con intensidad. Estamos a punto de incendiar el local con lo que ambos proyectamos en esos

instantes. Matt se da media vuelta y se marcha mientras yo me quedo temblando.

—Joder, Sarah. Ole tus ovarios —me dice Ava.

—Admiro tu valentía. Yo le hubiese arrancado la piel a jirones por lo que te hizo.

—La venganza es un plato que se sirve frío —murmuro, pensativa.

Y en esos momentos una idea aparece en mi mente. Lo barajo y me pregunto: ¿Si tienes la oportunidad de vengarte a la misma vez de los dos hombres que más daño te han hecho en la vida la desaprovecharías?

Matthew Fuller y mi padre van a beber de su propia medicina mientras yo lo disfruto.

Sarah Bennett tiene una oportunidad de venganza y no la piensa desaprovechar.

1

Ocho años antes

—Lo siento, puede que por mi culpa tu beca se vaya a la mierda y te echen del internado. Hablaré con mi padre si eso sucede y que él se haga cargo —me disculpo con mi mejor amiga.

—No te preocupes, Sarah. Tú solo te defendiste. Jennifer sabe dónde atacar, por ello nombró a tu madre y eso hizo que perdieses los papeles —intenta justificar Madison.

Ambas estamos castigadas todo el fin de semana en el internado donde estudiamos, sin poder marcharnos a casa con nuestras familias, porque mi gran enemiga, Jennifer Porter, me provocó en el comedor y terminé echándole la comida por encima.

—Mi padre está de viaje, la directora ha informado de este incidente a mi abuela. Ojalá me echasen de este maldito lugar, lo odio. Pero mi padre es uno de los grandes benefactores y la directora sabe que si me expulsa dejaría de contar con todo el dinero que este internado recibe de mi familia —comento con desagrado.

—No puedo decir lo mismo que tú —murmura Madison, con miedo.

Me acerco a ella, la abrazo y le doy un beso en agradecimiento por defenderme de las cosas horribles que me dijo Jennifer y esto hizo que terminase castigada como yo. Sin embargo, Madison no puede permitirse este tipo de situaciones en su expediente. Es una alumna becada por su gran potencial y su familia no tiene recursos para pagar el dineral que cuesta el internado Relish al año. Estamos en el último curso y todas soñamos con salir de este lugar y llegar a la universidad.

—No pasará nada. Yo me encargo. En cuanto me dejen hablar con mi abuela o con mi padre les pediré que le digan a la señora Larson que no te expulse y todo quede resuelto con este castigo. Que mi millonario padre añada unos ceros a otra donación y listo. Él todo lo resuelve con dinero —me quejo con tristeza.

He de confesar que soy una alumna rebelde, no me gusta estar encerrada en este internado ni en ninguno por los que he pasado desde los doce años cuando a mi madre le diagnosticaron una grave enfermedad y mi padre decidió que lo mejor sería que de mi educación se encargasen en un internado. Mi madre falleció al año siguiente y ni siquiera pude despedirme de ella. Mi padre se presentó en el internado para recogerme el fin de semana y me dijo que mi madre se había ido al cielo. Jamás le perdonaré que me alejase de ella en sus difíciles momentos. Fue la mejor madre del mundo hasta que cayó enferma. Todas las noches me duermo sumida en sus recuerdos y maldiciendo a mi padre por no haberme dejado despedirme de ella.

—Es el último año en este lugar, Sarah. Cuando cumplas los dieciocho años tu padre no podrá mandar en tu vida —me recuerda mi amiga a modo de darme ánimos.

—Nos quedan unos largos meses. El curso acaba de comenzar —murmuro con pesar.

—Pero nos tienes a tus amigas, puede que Jennifer te haga la vida imposible en algunas ocasiones, ya sabes que es su pasatiempo favorito desde que dejaste de ser su amiga. La ignoraremos y nos centraremos en nosotras, en aprobar este último año para salir de aquí y hacer realidad todos los sueños.

—Si no fuese por vosotras, tú y las chicas, este internado habría acabado conmigo. La señora Larson es insufrible. Me tiene entre ceja y ceja desde que entré en este lugar.

—Eso es porque tu padre le da demasiadas órdenes que no puede dejar de cumplir —carcajea Madison—. De todas formas, ¿tú has visto que la señora Larson sea amable con alguien?

Ambas nos miramos y estallamos en carcajadas. Es una mujer de unos cincuenta años, que parece llevar un palo metido por el culo todo el tiempo. Viste muy arreglada, lleva el pelo peinado muy tirante en un moño, y gracias a sus tacones y el fuerte perfume que usa siempre sabemos cuándo va a aparecer.

Me tumbo en mi cama y suspiro con fuerza. Madison y yo nos encontramos en nuestra habitación. También la compartimos con Ava y Chloe, las cuatro somos muy amigas, pero solo nos han castigado a

Madison y a mí sin salir de aquí en todo el fin de semana. Tan solo podemos bajar al comedor en las horas establecidas, el resto debemos pasarlo aquí estudiando.

—Vamos a dormir —propone Madison metiéndose en su cama—. Mañana es domingo y pronto habrá pasado este encierro.

Nos han requisado los teléfonos móviles y no podemos comunicarnos con el mundo exterior.

—Cuando hable con mi abuela le pediré que me compre un teléfono nuevo y lo tendremos escondido por si otra situación como esta vuelve a suceder —comento con decisión.

—Tu abuela es maravillosa. Siempre está de acuerdo con tus locuras.

—Sí, soy muy afortunada de tenerla.

Me apoya en todo y, pese a que en un principio se niega a mis ocurrencias, finalmente termina concediéndomelo. Es una abuela guay y joven.

—Ha sido como una madre para ti desde que la tuya murió.

—Me quiere muchísimo —admito—. También es que soy su única nieta —reflexiono.

—Daría su vida por ti. Siempre está de tu parte, y pese a ser tu padre su hijo, no aprueba determinadas conductas en él.

—Ojalá hubiese impedido que me llevasen a un internado antes de morir mi madre.

—Quizás ella lo vio como tu padre. Tu madre estaba en un hospital, necesitaba cuidados especiales y él tenía que atender la empresa.

—Mi padre siempre deseó tener un hijo varón, creo que nunca me quiso —comento con dolor.

—No digas eso. —Madison se levanta, viene hasta mi cama y me abraza—. Tu padre te quiere… a su manera. Todos los padres quieren a sus hijos.

—Mi padre solo me ha demostrado en todos estos años que me quiere lejos de él, solo se importa a sí mismo y sus negocios. Cada fin de semana que voy a casa siempre está ocupado, nunca saca tiempo para pasarlo conmigo. De pequeña, después de morir mi madre, no recuerdo que nunca durmiese junto a mí ni acudiese a mi habitación

cuando me despertaba con pesadillas. Siempre eran mi abuela o Sophia, el ama de llaves de la casa, las que estaban ahí.

—Tu padre es un hombre con muchas empresas. Es un gran imperio el que tiene que dirigir. Es multimillonario.

—Daría todos esos millones por tener una familia como la tuya —murmuro con el corazón en la mano.

—Ya te he dicho que para mí eres una hermana más —me recuerda Madison. Desde que entró en el internado nos volvimos muy amigas. La mayoría de las chicas la hicieron a un lado cuando se enteraron de sus orígenes, nadie la quería en su habitación, pero yo la miré a los ojos y vi en ella algo que me hizo acercarme, tomarla de la mano y decirles a mis otras amigas que Madison sería nuestra nueva compañera de cuarto. Desde entonces somos una piña. Nos queremos y nos apoyamos en todo.

Madison se queda dormida y yo tardo en conciliar el sueño. Doy vueltas en la cama pensando en mi madre y en cómo hubiese sido mi vida si ella no estuviese muerta. Luego pienso en cómo será el próximo año de mi vida, libre, sin estar bajo las órdenes de la directora de este internado ni las de mi padre. Quiero hacer tantas cosas… Tengo tantos planes trazados y proyectos de futuro que estoy impaciente por empezar a cumplirlos de golpe. Lo que más ansío es la independencia y la libertad de tener las riendas de mi vida, sin que mi padre maneje nada. Quiero estudiar diseño de moda y ser como mi madre, una gran diseñadora. No deseo vivir más bajo el techo de mi padre, sueño con tener mi propio apartamento, mi coche y, sobre todo, viajar por el mundo.

2

6 meses después

Nos encontramos en el patio del internado haciendo ejercicio cuando el ruido de una moto grande hace que todas miremos hacia la entrada y fijemos nuestra atención en el tío que llega en una moto negra, casco rojo, botas militares y una chupa de cuero. Aparca al lado de las escalinatas que dan acceso al interior del edificio. Ese momento, creo que todas lo vivimos como una escena de película en cámara lenta, cuando el hombre se baja de la moto con agilidad y estilo, se quita los guantes, el casco y sacude la cabeza aireando su pelo, se nos corta la respiración y se escuchan varios suspiros y murmullos.

—Madre mía, ¿quién es? No pega nada con este lugar —susurra Ava, con los ojos clavados en él, como todas, hasta la profesora que nos acompaña se ha fijado en el intruso.

—Está buenísimo —escucho que susurra alguien a mi espalda.

Se trata de un tío joven, alto, atlético y atractivo. Desde la distancia en la que nos encontramos no puedo reparar más en sus rasgos, pero nos ha dejado a todas mudas con su presencia.

—Chicas, vamos —nos llama la atención la profesora. La clase ha terminado y debemos volver a las duchas.

—Déjanos recrearnos un poco —murmura Chloe—. Hace tiempo que no vemos a un hombre así. Aquí todas somos mujeres o viejos —se queja, sonriente.

—No tiene pintas de ser el padre de ninguna alumna —comenta Ava.

—Puede que sea el hermano —zanjo mientras observo cómo sube las escaleras y desaparece en el internado.

—Se acabó la diversión, a las duchas y a comer —ordena la señorita Emma. Es la única que me cae bien de todo el internado. Es joven y amable, y no parece llevar un palo metido por el culo como el

resto del profesorado.

Mientras me seco el pelo en el baño común Jennifer se acerca y susurra con maldad:

—Tu elección de viaje de fin de curso a París ha ganado, ¿pagaste los votos? —Ella había propuesto Cancún.

—Como bien sabes, me sobra el dinero —alardeo a conciencia. Sus padres tienen dinero, pero no son multimillonarios como el mío y sé que eso le molesta tanto como a mí ser una rica heredera—, pero no lo desperdicio en esas banalidades. Cuando salga de aquí puedo permitirme ir donde sea e invitar a mis amigas. —Alzo el mentón y le sostengo la mirada—. Si no te gusta el destino, no vengas. Te aseguro que el viaje será mejor sin ti.

—No te daré ese gusto —ladra a mi lado, dirigiéndome una mirada hiriente a través del espejo.

—Lo sé, existes solo para joder a las personas. ¿No te cansas? —le reprocho sintiendo desprecio por ella. No sé cómo de pequeña pudimos ser grandes amigas.

—¿A quién intentas engañar, Sarah? Eres peor que yo. Me robaste el novio a mis espaldas —escupe entre dientes mientras me dirige una mirada penetrante.

—Eso es lo que tú crees, pero me da igual. No soportas que sea mejor que tú en todo. Saco mejores notas, tengo más amigas en este lugar y no envidio a nadie.

—Tu padre no te quiere, el mío me adora —escupe con maldad.

Trato de dominarme, le sonrío y le lanzo a conciencia:

—Los tíos me prefieren a mí, cuando los rechazo, tú te conviertes en su segundo plato. ¿Tengo que recordarte lo que pasó con Peter? También te digo que solo hace falta que chasquee los dedos para que te deje y venga conmigo, como ha sucedido —alardeo a conciencia, mintiéndole, pero muy segura. Peter lleva años enamorado de mí. Siempre que coincidíamos no perdía la oportunidad de tirarme los tejos, pero yo solo lo veo como un amigo, sin embargo, hace un par de meses hice algo muy feo de lo que me arrepiento. Una noche en una fiesta permití que Peter me besara y dejó al día siguiente a Jennifer. En vez de aclararlo todo, ante mi rivalidad con ella, seguí el juego solo

por sentirme ganadora ante ella por todas las que me debía. Con las consecuencias de que ahora tengo un novio al que no amo, pero no termino con él por no romperle el corazón ya que lo quiero muchísimo, pero este cariño solo es de amistad. Nos conocemos desde pequeños y nunca pude sentir por él nada más profundo.

—Eso es porque eres una cualquiera, te gusta tener a mil tíos detrás babeando por ti y nunca te decides por ninguno. Te gusta calentarlos. Eres igual que tu hermana, que murió cuando iba con tres tíos en un coche —añade finalmente, y esto hace que todo mi control desaparezca.

Con fuerza, le cruzo la cara y Jennifer cae al suelo de golpe. Cuando la veo ahí y la gente alrededor, ayudándola a levantarse, me doy cuenta de que la he vuelto a liar de nuevo. Solo ella sabe todo lo que me duele que nombre a mi hermana, estuvo a mi lado cuando murió y me vio sufrir cada noche.

Jennifer se levanta del suelo ayudada por sus amigas, tiene un hilo de sangre en la nariz, y se abalanza sobre mí. El espejo que tengo al lado se cae y se hace mil pedazos en el suelo, produciendo un gran estruendo. Ella aprovecha la ocasión, coge un cristal roto y lo acerca a mi cara. Yo la miro con los ojos muy abiertos, la creo capaz de todo. Se escuchan unos pasos y la profesora Emma entra en el vestuario. De inmediato, Jennifer se aleja, pero antes de hacerlo del todo pasa el trozo de cristal por mi brazo y me provoca un corte del que empieza a manar sangre de seguida.

—Ah —grito, me llevo la mano al brazo derecho, donde me chorrea mucha sangre.

Jennifer ya se ha alejado de mí cuando la señorita Emma llega hasta nosotras.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta con las manos en la cintura, mirándonos a todas.

Jennifer me sostiene una mirada desafiante, frente a mí. Tengo ganas de abalanzarme sobre ella y arrancarle los pelos, pero me controlo y decido guardarme esta para otra ocasión. El viaje de fin de curso será en menos de tres meses y no quiero joderlo porque me castiguen.

—Me resbalé, caí contra el espejo y se rompió —le indico a la profesora, mirando en todo momento a Jennifer de forma desafiante. No hago esto porque le tenga miedo.

—Alejaos de ahí —ordena. Mira mi brazo, se acerca a mí, me coloca una toalla haciendo presión en la herida y dice—: Vístete y ve a enfermería a que te curen.

Asiento en silencio, me alejo de los cristales rotos mientras Madison, Ava y Chloe me toman del brazo y la cintura y me llevan con ellas, alejándome de Jennifer.

—¡No le sigas el juego! —me advierte Madison mientras caminamos.

—Nos las cobraremos en otra ocasión —murmura Ava en plan guerrera.

—Cuando termine el curso y ya no puedan tomar represalias contra nosotras esa tía se va a enterar —dice Chloe, es la más guerrera de todas nosotras.

Entre las tres me ayudan a colocarme el uniforme del internado. Odio esta faldita corta roja y el jersey blanco con el sello de la institución estampado en el centro. Ya ni que decir de los calcetines blancos con los zapatos negros que todas debemos llevar de forma obligatoria, y en cuanto los calcetines no van bien arriba, hasta la rodilla, la señora Larson se encarga de decirnos que nos lo subamos. Odio todo de este lugar. No podemos ir maquilladas, ni llevar joyas. Al menos no nos indican cómo peinarnos. ¡Qué arcaico todo! Creo que nos volvemos rebeldes de tantas normas absurdas a nuestro alrededor.

Mis compañeras me dejan en la puerta de la enfermería y se marchan a la siguiente clase. El lugar se encuentra al lado del despacho de la directora. La señora Larson es diabética y ha sufrido algún que otro desvanecimiento, por ello tiene la consulta de enfermería del internado cerca.

La secretaria de dirección me indica que me siente y espere un poco, la enfermera está ocupada en su despacho. Tomo asiento y miro hacia el despacho de la señora Larson, la puerta está cerrada, debe estar reunida con alguien ya que escucho que habla con una persona dentro. Esbozo una sonrisa mientras pienso que es la primera vez que

me encuentro en la antesala a su despacho y no es para entrar en este y me eche una buena bronca.

De repente, la puerta de la directora se abre y sale el tío de la moto que nos dejó deslumbradas antes en el patio, ya ni me acordaba de él. Clavo la mirada en él y cuando sus ojos azules se clavan en los míos siento una corriente eléctrica muy fuerte que sacude todo mi cuerpo.

—Bennett, ¿qué has hecho ahora? —ladra la señora Larson con la mirada fija en mí. El guaperas me sigue mirando y ella está justo detrás de él.

—Me corté sin querer. —Alzo el brazo y le enseño la toalla manchada de sangre que llevo haciendo presión en la herida—, no crea que me gusta venir a verla —le manifiesto de forma mordaz—. Usted solo sabe imponer castigos —le indico con una sonrisa forzada.

—Insolente —murmura taladrándome con la mirada.

El desconocido está en silencio, mirándonos a ambas.

—Es todo, señor Fuller, puede empezar mañana —despide al hombre mientras yo lo miro con interés de arriba abajo, sin cortarme un pelo. Lo cierto es que el tío está buenísimo.

Le estrecha la mano y él le corresponde. El teléfono suena y la secretaria le indica a la señora Larson que es una llamada importante, por lo que se retira a su despacho.

El desconocido se queda frente a mí, mirándome con atención.

—¿Estás bien? —pregunta con interés.

Asiento mientras intento que las palabras salgan de mi boca, pero parece que me he quedado sin voz, ¿qué me pasa?

—Pasa, Sarah —escucho la voz de la enfermera. Ni siquiera me he dado cuenta de que había abierto la puerta.

—Espero que no sea nada —se despide el tipo. Tiene unos dientes blancos y perfectos. Unos labios carnosos, y su sonrisa es espectacular.

Entro en la consulta de enfermería y mientras me curan la herida solo pienso en quién será ese hombre y qué va a hacer en el internado a partir de mañana.

Regreso a mi habitación después de la enfermera darme tres puntos en la herida. Me ha recomendado que pase el resto de la tarde descansando.

Al cabo de un rato llegan mis amigas.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntan en cuanto me ven.

—Bien. Me han dado tres puntos en el brazo.

—Hija de… —comienza a maldecir Ava.

—Al menos me han dado la tarde entera de reposo. Me libro de las clases —anuncio con una sonrisa.

—¿No has comido? —se interesa Madison.

—No tengo hambre. Luego si acaso picaré algo de nuestra despensa —comento, sonriente.

Está prohibido que tengamos comida en la habitación, pero nosotras nos hemos provisto de un buen almacén de patatas, dulces, chocolates y chucherías escondido en el armario.

—Jennifer nos la va a pagar por esto que te hizo —insiste Ava.

—Por supuesto, pero pensemos bien cómo y que no nos caiga un castigo. La venganza es un planto que se sirve frío. Hagámoslo cuando menos lo espere. Estos días estará alerta, dejemos que se relaje —propongo para aliviar un poco la tensión de mis amigas.

—Nos parece bien —dicen las chicas a la vez.

—Por cierto, tengo algo que contaros —suelto de golpe, incorporándome en la cama y mirándolas con expectación—. El tío ese de la moto de esta mañana va a trabajar en el internado y empieza mañana.

—¡¿Cómo lo sabes?! —se interesa Chloe.

—Salió del despacho de Larson cuando yo esperaba para entrar a la enfermería y ella le dijo que podía empezar mañana.

—¿Y qué va a hacer aquí? —pregunta Madison.

—De eso no me enteré. Igual es el nuevo jardinero. Lo cierto es que no pega en este lugar. Es demasiado moderno y guapo para todo esto tan arcaico que nos rodea —comento con desánimo.

—¿Has dicho que es guapo? —insiste Ava mirándome con cierta sonrisilla.

—Sí, es guapo aparte de atractivo, y tiene unos ojos azules color turquesa, como el mar, increíbles —les revelo.

—Te ha gustado —afirma Madison mirándome con atención.

—Como a todas —admito sin tapujos—. Si es el nuevo jardinero

nos recrearemos la vista bien. Vamos a querer estar todo el día mirando por la ventana —carcajeo.

—Estaremos pendiente del nuevo —concluye Chloe—. Está bueno y no se ven tíos como él muy a menudo. No sé cómo la Larson lo ha contratado. Siempre pensé que los requisitos para trabajar en este internado eran ser feos, viejos y antipáticos.

Todas estallamos en carcajadas.

—No digas eso, el matrimonio Graham es un encanto, y la señorita Emma también —les recuerdo.

—Vale, pero solo ellos —aportilla Chloe—. El resto no se salva ni uno.

—A ver el nuevo —comenta Ava.

—Tiene pinta de ser un buen tío —aventuro mientras pienso en el momento en el que se interesó si estaba bien.

3

Suena el dichoso despertador y me quejo. Odio levantarme todos los días a las siete de la mañana. Soy la última en entrar en el baño, cada habitación cuenta con uno propio, me visto y bajamos al comedor a desayunar.

Mis amigas y yo ocupamos la mesa que siempre solemos coger y mientras desayunamos Ava murmura somnolienta:

—¿A quién se lo ocurre poner en el horario de clases matemáticas como primera asignatura del día? Empezar el día con problemas es una putada.

—Odio las matemáticas —comento con desganas, además no se me dan nada bien. Mi padre quiere que estudie economía, por ello creo que las detesto aún más. Desde que tengo uso de razón lo he escuchado decirme que tenía que escoger la carrera de económicas para algún día dirigir el imperio de mi familia como lo hace él, pero yo quiero ser como mi madre. Diseñadora de moda, de todas las colecciones que se venden en las tiendas que tiene mi familia por todo el mundo.

—¿Qué tal tienes el brazo? —se interesa una compañera de clase, Tessa, que se acerca a mi mesa.

—Bien, me molestan un poco los puntos al hacer algunas cosas, pero estoy bien, gracias.

—Jennifer se pasó contigo —comenta dirigiéndome una mirada agradable.

Yo solo asiento, por supuesto, Jennifer me las pagará, pero prefiero no alardearlo.

El timbre suena, eso quiere decir que ha terminado el desayuno y debemos ir a clases. Suspiro, me levanto de la mesa y me encamino junto con mis amigas al aula de matemáticas.

Cuando llegamos nos sorprende que el señor Mckenzie no se encuentre ya en la pizarra escribiendo sus gráficas y problemas. Es un

señor mayor, serio y muy estricto. Creo que es el único profesor del internado que respetamos de verdad, también es el único que nos trata, al mismo tiempo, con respeto y disciplina.

Tomamos asiento y charlamos entre las compañeras esperando que llegue el profesor. Al entrar en el comedor traté de ignorar a Jennifer, en estos momentos la miro en silencio mientras que ella hace de las suyas escribiendo en la pizarra: No hay clase. Se ríe y sus dos amigas, las que siempre la siguen como dos perros falderos, se prestan al juego mientras hacen dibujos infantiles y estúpidos en la pizarra también.

De repente, la directora entra en clase, todas ocupamos nuestros asientos y con su presencia se hace un silencio. Todas nos quedamos mudas, pero no por la señora Larson, tenemos los ojos clavados en el hombre que está a su lado. Es el tío de la moto del día anterior. En estos momentos viene un poco más arreglado, con unos pantalones oscuros, jersey oscuro y chaqueta, y nos mira a todas con una magnífica sonrisa de amabilidad.

—Niñas —llama nuestra atención la señora Larson—, les presento al señor Matthew Fuller. Vuestro nuevo profesor de matemáticas hasta que finalice el curso.

Ante el anuncio de la directora se producen varias reacciones: escucho aplausos, risas y preguntas de fondo como, ¿qué pasó con el profesor Mckenzie?

Miro al nuevo profesor de matemáticas y descubro que tiene los ojos clavados en mí. Siento que me recuerda del día anterior cuando nos encontramos en la antesala del despacho de la directora.

—Silencio, niñas —manda a callar la directora ante el revuelo montado, alzando la voz como solo ella lo sabe hacer—. El señor Mckenzie ha caído enfermo y no podrá finalizar el curso. Ahora el señor Fuller será vuestro profesor. Espero que lo respetéis como al resto de profesores del internado —ordena mirándonos a todas, muy seria—. Espero que no haya sido un error contratarlo —le comenta al señor Fuller bajito, pero yo consigo enterarme. En clase de matemáticas me tienen asignada la primera fila. Solía distraerme demasiado y alterar el aula, por ello el profesor Mckenzie decidió colocarme lo más cerca de su vista—. Pueden empezar con la clase —

ordena antes de marcharse.

El profesor la acompaña hasta la puerta, luego cierra esta y nos muestra una sonrisa a todas. He de admitir que es muy guapo, pero el hecho de que sea profesor de este internado y de matemáticas acaba de quitarle todo el atractivo para mí. Lo miro algo distante y con recelo. Parece percibirlo, aparto la mirada de él, he de admitir que sus ojos azules son impresionantes, y me centro en abrir el libro por la página donde lo dejamos el día anterior.

—Bien, chicas, como ha dicho la directora, seré vuestro profesor de matemáticas hasta que finalicéis el curso. Espero que nos llevemos bien. —Dirige una mirada a toda la clase con una enorme sonrisa—. Pido alguna voluntaria para que me explique un poco dónde lo dejasteis con el profesor Mckenzie para retomar el temario.

—Yo lo puedo poner al tanto, profesor Fuller —se ofrece de inmediato Jennifer alzando la mano y destacando, como a ella le gusta.

—Gracias. Tu nombre es…

—Jennifer. Soy la delegada de la clase durante este mes y me encanta su asignatura —se presenta, coqueta y sonriente mientras que yo la miro con ganas de vomitar.

El profesor se dirige hacia su mesa, abre el libro y escucha las explicaciones de Jennifer mientras que yo suspiro al verla fingir tan bien ser una niña buena y aplicada.

Me sobresalto un poco cuando el señor Fuller cierra de golpe el libro y me mira con atención.

—¿Qué os parece si os presentáis y así nos conocemos mejor? —propone de forma amigable.

—¿No es más fácil que pase lista? —suelto de golpe, sin pensar. Lo miro y me quedo callada. No sé por qué estoy de tan mal humor.

—Prefiero que os presentéis y escuchar vuestras voces —dice el profesor—. Puedes empezar tú —me indica. Lo miro y me quedo callada.

—Ahora se ha vuelto muda —murmura Jennifer, pero se escucha el comentario en el resto de la clase.

—¡Cállate! —lanza Chloe mirándola de forma desafiante.

—Mi nombre es Sarah Bennett y estoy deseando que se acabe el año escolar para salir de este maldito lugar. Ah, y odio las matemáticas —añado sosteniéndole la mirada—. ¿Contento con mi presentación? —lo reto con una sonrisa fingida.

—Me considero bueno en mi trabajo, puede que a final de curso cambies de opinión y las matemáticas te terminen gustando —me indica el señor Fuller, sonriente, muy seguro de sí mismo, tanto que hace que mi cabreo aumente un poco más.

Aparto la mirada de él, en silencio, mientras escucho una sonrisilla molesta por parte de Jennifer, pero no la miro e intento ignorarla. El resto de mis compañeras se presentan mientras yo observo al nuevo profesor de arriba abajo tratando de encontrarle algún defecto, pero lo cierto es que no lo tiene. Es joven, guapo, simpático y tiene pintas de listo e inteligente.

Luego se presentan el resto de mis compañeras mientras yo no dejo de mirar al nuevo profesor. Es joven, pero se mueve como pez en el agua en el aula. Se nota que no es la primera vez que da clases.

—Y ahora que nos conocemos mejor todos, vamos a seguir con lo que teníais pendiente. Sarah, ¿podrías salir a la pizarra para que comencemos a resolver los ejercicios que os dejó el señor Mckenzie como tarea? —me propone el profesor. Yo lo miro con sorpresa mientras que pienso que se va a vengar de mí por decirle con descaro que no me gusta su asignatura.

—No puedo. Llevo tres puntos en el brazo derecho y me molestan al escribir —miento sobre el dolor. No quiero salir a la pizarra.

El señor Fuller me mira en silencio, frunce el ceño y pregunta con interés:

—¿Qué te ha pasado?

Estoy a punto de decirle que la zorra de Jennifer me ha cortado con un cristal, pero intento calmarme.

—Fue un accidente —murmuro con la mirada fija en Jennifer. Siento el codazo de Madison en mis costillas porque no he dicho la verdad, pero sé por qué lo hago. No quiero ir de víctima con el profesor nuevo.

—Sarah es muy… inquieta, por eso es la que más fines de semana

se queda castigada en el internado —lanza con maldad Jennifer.

Estoy a punto de levantarme y abalanzarme sobre ella, pero Madison me da un pellizco tan fuerte en la pierna que estoy a punto de gritar. Y con ello consigue que me olvide de matar a Jennifer.

—Madison, ¿puedes salir tú? —le indica el profesor.

Mi amiga se dirige a la pizarra mientras que yo suspiro y abro el cuaderno. Cuando veo que no hice los ejercicios ayer, como me mandaron reposo dejé las tareas, pongo los ojos en blanco y me paso la mano por la frente.

—¿Te encuentras bien, Sarah? —se interesa el profesor.

Asiento en silencio mientras lo maldigo por no quitarme ojo de encima y estar pendiente de todos mis movimientos.

Madison resuelve los ejercicios, ella es una persona brillante en las matemáticas, es la que siempre me ayuda cuando no me entero de nada, y cuando vuelve a su asiento el profesor Fuller se acerca a mí y me pregunta:

—¿Los tenías bien, Sarah? —Lo miro de mala leche y estoy a punto de reprocharle si tiene fijación conmigo.

—Los he copiado de la pizarra. No los tenía hechos. Ayer me mandaron reposo por la tarde —respondo algo crispada.

—¿Los has entendido? —insiste mirándome fijamente.

—Sí —miento. Lo cierto es que no he prestado atención, los he copiado de forma mecánica. Pero no le voy a decir la verdad.

—Bien. Mañana os voy a hacer un examen de evaluación, quiero comprobar el nivel de la clase —anuncia de golpe. De inmediato, toda la clase protesta mientras que yo lo miro en silencio, molesta.

El profesor se dirige a su mesa, nos explica qué entrará en el examen de evaluación exactamente y, por suerte, suena la campana que pone fin a la clase.

4

Pasamos el resto de la tarde estudiando en la biblioteca del internado. Me aburren las matemáticas y odio al nuevo profesor por poner un examen de evaluación al día siguiente de llegar.

Al final del día, cuando acudo a la enfermería para ver cómo siguen mis puntos, al salir voy distraída y me choco con alguien que de inmediato me sujeta por la cintura para evitar que caiga. Cuando alzo la mirada me encuentro con unos ojos azules que me miran con atención y lo tengo muy cerca.

—Profesor —balbuceo mientras lo miro atónita.

—Sarah, ¿estás bien? —se interesa sin soltarme.

—Sí —respondo de inmediato—. Iba distraída, no lo vi —justifico de inmediato.

—¿Algo va mal? —pregunta con la mirada en la puerta de enfermería que está detrás de mí.

—No. Me han revisado los puntos, todo en orden —anuncio mientras doy un paso atrás y nos alejamos un poco.

—Me alegro —comenta de inmediato sin dejar de mirarme.

—¿Qué hace aquí tan tarde? —pregunto con interés.

—Le he dejado a la directora mi contrato firmado sobre la mesa. Y también he estado ordenando mi nuevo despacho —añade.

—Bienvenido —murmuro—. Por suerte, en unos meses me largo de este lugar.

—Ya veo que no le tienes mucho aprecio.

—Lo quemaría —le suelto con rabia.

—¿Cómo llevas el examen de mañana? —Cambia de tema.

—Aprobaré —le indico segura de mí misma, con el mentón alzado.

—Estupendo. Hasta mañana entonces, Sarah. Que pases una buena noche —se despide de mí.

—Hasta mañana, profesor Fuller.

Cada uno tomamos nuestro camino y nos marchamos en silencio,

sin embargo, no puedo evitar darme media vuelta y mirar el buen culo del profesor.

Voy directa al comedor y ceno con el resto de mis compañeras, cuando subo a mi habitación con mis amigas, ya a solas, les cuento que me he encontrado con el profesor al salir de la enfermería.

—Oh —gritan todas, emocionadas.

—Hemos tenido mucha suerte. Es superguapo —dice Chloe.

—Y muy simpático, cercano —añade Madison.

—No estáis siendo objetivas, está buenísimo —carcajea Ava—. Nos vamos a alegrar la vista en cada clase que nos dé. ¿Tú qué dices, Sarah? —me pregunta con interés. Las miro en silencio.

—Ya sabéis que todo lo que pertenezca a este internado lo odio, menos a vosotras y al matrimonio Graham.

—La señora Graham nos hace las mejores comidas del mundo y nos deja picar en la despensa de la cocina cuando queremos. La adoro y su marido es un amor —dice Madison.

—Su marido es más estricto —comenta Ava. Rob es el conserje del internado. Vive en este lugar con su mujer, Megan. Son un matrimonio mayor y sin hijos.

—Pero también nos ha tapado algunas de las nuestras —recuerda Madison.

—Eso es porque somos las consentidas de su mujer —dice Ava.

—Volviendo al tema del profesor Fuller —reconduce la conversación Chloe—, creo que hemos tenido mucha suerte. Se ve que es un tío bueno en todos los aspectos, de esos que todo lo hacen bien. —Guiña el ojo y todas nos echamos a reír.

Lo cierto es que Matthew Fuller es un hombre que te deja sin palabras en cuanto lo miras. Es alto, corpulento y atractivo. Y si ya añadimos que es simpático y tiene pintas de buena gente resultaría el hombre perfecto, sin embargo, como yo desconfío de todos ellos porque a la mayoría los comparo con mi padre, menos a Peter, estoy segura de que tarde o temprano le encontraré un gran defecto que le haga desaparecer todos sus encantos.

Durante toda la noche sueño con el dichoso examen con el nuevo profesor de matemáticas. Apenas duermo y me levanto con dolor de

cabeza.

Cuando entramos en la clase para el examen el profesor Fuller ya se encuentra allí y los exámenes repartidos en nuestras mesas. No nos lo esperábamos.

—Buenos días, chicas. Ahí tenéis las pruebas de evaluación. Está todo muy bien explicado, pero si alguien tiene alguna duda al leer el examen que levante la mano y me indique, encantado las resolveré.

Todas nos sentamos en silencio y comenzamos a realizar la prueba. Cuando veo que tengo delante tres folios suspiro. Creo que el nuevo profesor se ha pasado.

A la mitad del examen me sobresalto cuando el profesor se acerca a mí y me pregunta si voy bien. Me molestan un poco los puntos del brazo y parece que él lo ha percibido ya que de forma inconsciente me lo he tocado un par de veces. Yo solo asiento a su pregunta y continúo con mi examen. Cuando suena la campana aun me faltan dos ejercicios por hacer. Él se da cuenta y mientras que recoge el resto de exámenes me indica:

—Sarah, tú tienes quince minutos más para terminar el examen. Estás convaleciente con puntos en el brazo y eso te ha hecho ir más lenta que al resto de tus compañeras.

Levanto la cabeza y le sonrío de forma involuntaria en agradecimiento por el gesto. Jennifer pasa por mi lado en ese momento y me mira mal, pero no le hago caso. Continúo con lo mío. He decidido que los meses que me quedan en este internado los pasaré estudiando, salir de aquí en breve es toda la motivación que necesito.

—¿Quieres más tiempo? —me pregunta el profesor—. Los quince minutos ya han pasado —anuncia a mi lado, mirando mi examen.

—No. Acabo de terminar. —Lo miro y le entrego el examen con tranquilidad.

—Este ejercicio no está hecho —aprecia repasando el folio.

—Lo sé —respondo mirándolo mientras me levanto de la silla—. No sé hacerlo, es muy difícil. Las matemáticas no se me dan nada bien. Tendrá que tener paciencia conmigo.

Ambos nos quedamos mirándonos en silencio. Finalmente, él me sonríe, se mueve y se dirige hacia su mesa mientras yo lo observo

caminar.

—¿No te importa no pasar esta prueba? —pregunta con interés mientras adjunta mi examen a la carpeta donde están los demás.

—Es una prueba de nivel. No es un examen final.

—Tendrás que aplicarte más en la asignatura. Siempre apruebas por los pelos —me indica mientras recoge su maletín.

—Ya veo que ha mirado mis notas.

—Las tuyas y las de toda la clase. Me gusta saber el terreno que piso.

—¿Y qué ha descubierto? —me atrevo a preguntar.

—Que es una clase con nivel.

—Sí, nivel económico tenemos todas —bromeo.

—No te estás tomando esta conversación en serio —me reprocha algo molesto mientras yo lo miro sonriente, por alguna extraña circunstancia estoy disfrutando verlo así de incómodo.

—No suelo tomarme nada en serio. Bastante serio es todo lo que nos rodea, ¿no crees?

Hace unos años que decidí vivir la vida sin tomarme nada en serio. Tras las muertes de mi hermana mayor, que murió a los dieciséis años, cuando yo solo tenía ocho años, y la posterior muerte de mi madre por una grave enfermedad, me enseñaron que la vida hay que vivirla al máximo y disfrutarla. Sin embargo, mi padre se empeña en que todo sea serio, aburrido y estricto.

—Cuando salgas de aquí te vas a enfrentar a la vida en serio, sin estar bajo la protección de tus padres.

—En mi caso, solo la de mi padre —puntualizo—, mi madre murió, y para lo que yo le importo a mi padre y se preocupa por mí… Su cariño lo delegó en mi abuela, la educación en este internado y la protección de un padre en los guardaespaldas que tuve de pequeña.

El profesor Fuller se queda callado mientras yo le sonrío. Creo que he conseguido dejarlo desconcertado.

—Puedes ir a tu siguiente clase —me indica, haciendo como el que no ha escuchado mi anterior comentario.

Asiento, le sonrío y me dispongo a salir de la clase. Antes de marcharme, me doy media vuelta y le digo:

—No sea muy malo corrigiendo mi examen. Tenga en cuenta que estoy convaleciente. —Le muestro mi brazo y finjo darle pena.

El profesor Fuller chasquea la lengua y advierto que reprime una sonrisa mientras mueve la cabeza.

Me marcho y mientras camino por el pasillo me siento feliz, algo que hacía mucho tiempo no me pasaba. Puede que sea porque mañana es viernes y me marcho a casa el fin de semana, pero esta sensación que siento es completamente nueva.

Entro en la clase de historia y me siento al lado de Madison, que me pregunta qué tal el examen.

—Regular. Dejé un ejercicio por hacer —le comento bajito.

—Ya nos arreglaremos para que te copies en el final.

Madison es buenísima en las matemáticas. Con el señor Mckenzie siempre me copiaba, el pobre era mayor y un poco sordo y no se enteraba de nada en los exámenes, pero con el profesor Fuller no creo que tengamos tanta suerte.

Al día siguiente no tenemos clase con el profesor Fuller ni lo vemos por el internado. Al finalizar el día el chófer de mi padre me recoge y me lleva a casa.

Para variar, cuando llego él no está. Siempre se encuentra de viaje. Me recibe mi abuela y le cuento la verdad del incidente de mi corte en el brazo. Desde el internado solo le han comunicado que fue un accidente sin importancia.

—¿Tres puntos, cielo? —pregunta mi abuela, alarmada—. Jennifer es una víbora, deja que la coja un día.

—Abuela, mis asuntos los resuelvo yo. Solo me faltaba que mi abuela vaya al internado a echarle la bronca a la niña que me ha pegado —bromeo mientras la regaño, sonriente.

—Si Jennifer vuelve a pasarse contigo hablaré con la directora para que la expulse —determina.

Me abrazo a ella y le indico:

—Gracias, abuela. Tú nunca me cuestionas. Si esta conversación fuese con mi padre dudaría de todo.

—No soy tu padre. Puede que sea mi hijo, pero no soy como él y sabes que desapruebo muchas cosas de las que hace.

—Lo sé, por eso te quiero tanto. —La abrazo sintiéndome orgullosa de tenerla a mi lado. La vida me quitó a mi madre, pero mi abuela ocupó su lugar dándome todo el amor del mundo.

Una semana después.

Estos días en el internado han transcurrido tranquilos, ha sido una semana eterna en la que la única distracción han sido las clases de matemáticas, por paradójico que parezca. Cada vez que veo a Matt algo extraño pasa dentro de mí que me alegro. Lo observo moverse por la clase y dar sus explicaciones sin prestar atención a lo que dice, está tan bueno y es tan guapo que me distrae. Menos mal que luego Madison me explica todo bien y logro ir al ritmo de la clase.

Este sábado es el cumpleaños de Peter y vamos a celebrarlo todos los amigos juntos. Primero una cena privada en el restaurante de su familia y luego iremos de fiesta. Sé que tengo que cortar con él, pero no he querido hacerlo en fechas tan cercanas a su cumpleaños.

Este fin de semana Madison se va a quedar en mi casa. Ella vive en un barrio más alejado y así estará más cerca y a mí me sirve de excusa perfecta para no quedarme con Peter.

Mientras nos arreglamos para ir a la cena de mi novio Madison me comenta:

—Sarah, tienes que decirle a Peter lo que sientes por él. Esta situación os está haciendo daño a los dos. Mírate, alegra esa cara —me anima mientras ambas nos observamos en el espejo.

—No tengo ganas de ir a esa fiesta —justifico.

—Lo que no tienes ganas es de ir como novia de Peter. Te encanta una fiesta, Sarah. Eres el alma de todas ellas.

La miro en silencio y suspiro.

—Después de su cumpleaños cortaré con él y le diré que jamás podré verlo más allá de un amigo.

—Me parece bien. —Madison me abraza y nos marchamos a la fiesta.

Estamos en el reservado del restaurante cenando y celebrando el cumpleaños de Peter hasta bien entrada la noche, después decidimos marcharnos a una discoteca a bailar.

Para nuestra sorpresa, cuando llegamos a la discoteca Jennifer y sus amigas están ahí. No lo puedo creer. Vamos al centro de la pista, pedimos unas copas y bailamos.

Yo aprovecho y voy al baño, necesito alejarme un poco de mi novio. Esta noche está muy cariñoso, solo sabe abrazarme y besarme, sé que es porque quiere que el broche final a su cumpleaños sea que lo terminemos juntos en la cama.

Ava me acompaña al baño, tenemos que esperar cola y luego vamos por unas copas. De repente, me doy cuenta de que el profesor se encuentra en la discoteca. Me quedo paralizada cuando lo veo saludando a Jennifer y a sus amigas.

Decido pasar de ellos y me quedo en la barra con Ava esperando que nos sirvan.

De camino a la pista Jennifer se cruza en mi camino, me toma por el brazo y me aparta un poco.

—¿Qué quieres? —le pregunto de malas formas.

Se acerca a mi oído y me pregunta:

—¿Ves al profesor? —me indica dirigiendo su mirada hacia la pista superior donde se encuentran todos mis amigos.

—No soy ciega, ¿qué pasa? —pregunto exasperada.

—Vas a ir y le vas a plantar un beso en la boca delante de todos —me ordena.

—¿Tú cuanto has bebido ya? —le pregunto mirando su copa.

—Tranquila, estoy tan cuerda como para haberle metido a tu amiga Madison un poquito de cocaína en su bolso —revela con una sonrisa malvada. La miro con ganas de matarla—. No le pasará nada si besas al profesor delante de todos.

—Eres una hija de puta —le espeto de golpe—. Es el cumpleaños de Peter, él está aquí. No puedo hacerle eso —justifico.

—Entonces Madison lo pagará, Sarah. La venganza es un plato que se sirve frío y llegó mi hora. Voy a devolvértela.

—Eres lo peor, Jennifer.

—No. Soy igual que tú. Me quitaste a Peter solo por vengarte de mí.

La miro a los ojos y veo una maldad que me da miedo, ya no por mí, sino por Madison. Jennifer ha trazado un plan para dejarme mal

delante de todos y llegará hasta las últimas consecuencias con tal de quedar victoriosa. No puedo permitir que Madison pague por mis errores.

Tomo aire, la miro con asco y repugnancia y le anuncio:

—Tú ganas. Cuando bese al profesor le quitas a Madison lo que le has puesto en el bolso.

Jennifer asiente y alza su copa, sonriente.

Me doy media vuelta, le doy un gran sorbo a mi copa, tengo que armarme de valor y me dirijo a la pista superior donde se encuentra el profesor Fuller con varios amigos. De camino allí varias personas intentan pararme para que baile, pero yo continúo mi camino, tengo un objetivo que cumplir. Con la mirada clavada en el profesor me dirijo hacia él. Cuando me acerco se sorprende de verme, me sonríe, pero yo no le doy tiempo a ninguna reacción más. Le tomo el rostro entre mis manos y lo beso como me ha ordenado Jennifer. El profesor se queda estupefacto, sin embargo, comienza a devolverme el beso. Me enredo en su boca y cuando siento que voy a perder la cabeza junto con todos los sentidos de lo que me ha provocado ese beso me alejo. Tengo la respiración alterada, nos miramos. Él se lleva la mano a los labios, sorprendido. Sus amigos nos miran alucinados. Yo solo espero que no haya una novia cerca, pero no me da tiempo a pensar más en ello. Miro a la pista de abajo y veo a Jennifer junto a Peter. Obvio, lo ha avisado de lo que iba a suceder.

Me doy media vuelta, sin decirle nada más al profesor y comienzo a bajar las escaleras. Mis amigas vienen a mi encuentro. De inmediato le arranco el bolso a Madison y miro en su interior. No hay nada. Dirijo la mirada hacia Jennifer y descubro que todo ha sido un farol y yo he caído en la trampa.

5

Peter sale corriendo de la pista y yo voy tras él hasta la calle, pero no logro alcanzarlo. Se monta en un coche y se va.

Cuando me doy media vuelta tengo a mis amigas y al profesor detrás.

—¿Qué pasa, Sarah? —exige saber el profesor.

—Todo ha sido una trampa de Jennifer —revelo enfadada, alzando la voz—. Ahora voy a entrar ahí y se va a enterar.

Mis amigas intentan pararme, pero es el profesor quién me retiene con fuerza en sus brazos para que no cometa una locura.

—Estás muy alterada, Sarah. Será mejor que vuelvas a casa —me indica.

Mis amigas asienten y Ava comienza a llamar a un taxi.

—Tengo que hablar con Peter —grito sin control, no se merecía esto en el día de su cumpleaños.

—Será mejor que lo aclaréis todo mañana —dice el profesor mientras me mantiene sujeta por la cintura.

Lo miro y siento su proximidad, me altera. Recuerdo nuestro beso y se me eriza la piel.

—Lo siento, profesor. Todo fue un juego —me disculpo mientras me alejo de él.

El taxi llega y nos metemos las cuatro en este.

Cuando ha arrancado el coche Chloe dice:

—Vaya morreo le has pegado al profesor. ¿Qué tal besa?

La miro seria y el resto de las chicas igual, Chloe se da cuenta de que ha metido la pata con su pregunta, levanta las manos, se encoje de hombros y suspira.

Cuando llegamos a mi casa, ya Ava y Chloe han avisado a sus padres que se quedaran conmigo, les cuento todo lo sucedido con Jennifer en la discoteca. Madison me abraza llorando, emocionada, agradeciéndome que lo hiciese todo por ella.

Las chicas comienzan a trazar una venganza contra Jennifer mientras que yo no paro de llamar a Peter. No quiero explicarle eso por mensajes, tengo que hacerlo cara a cara.

Para mi gran sorpresa, a la mañana siguiente Peter se presenta en casa. Hablo con él, me disculpo por lo que hice. Le cuento la verdad de lo sucedido, pero también le revelo que dejé que me besase y estuvimos este tiempo de novios solo para molestar a Jennifer. Le ruego que me perdone por jugar con él y le dejo claro que nunca podré verlo más allá de un gran amigo.

Él se va con el corazón roto, y lo entiendo. Me indica que necesita tiempo. Lo observo marcharse con dolor y lágrimas en los ojos, con la esperanza de que algún día me perdone y volvamos a ser los amigos que hemos sido desde niños.

La vuelta al internado el domingo por la tarde me resulta la peor de todas. No sé cómo voy a reaccionar al ver a Jennifer. Las chicas me han convencido de que es mejor dejar todo en tablas, si trasladamos las venganzas al internado todas saldremos mal paradas.

Llevo dos noches que apenas duermo, y el verdadero motivo de ello es que el beso que me di con el profesor lo tengo clavado en mi mente.

Cuando acudimos a la clase de matemáticas ambos nos comportamos con normalidad, como si no hubiese pasado. Creo que Jennifer esperaba algún tipo de veto o castigo, pero cuando ve que nos comportamos con normalidad me mira con tal rencor en sus ojos que me hace estremecer. No entiendo cómo puede envidiarme tanto y ser tan retorcida.

El resto de los días los paso tratando de ignorar a Jennifer. Si ya no he tomado venganza por lo que hizo en el cumpleaños de Peter es porque sé que irá contra Madison solo por joderme a mí, y no puedo permitir que a menos de tres meses para que termine el curso le joda el final a mi amiga. Ella necesita un buen expediente y buenas notas, no es como yo que me puedo permitir una universidad privada.

La última clase del día es historia del arte, estoy cansada y tengo ganas de despejarme, darme una ducha y descansar, sin embargo, aún nos quedan dos horas de estudio obligatorio en la biblioteca. ¡Cómo

odio este internado, sus estrictas normas y horarios infantiles!

Cuando llegamos a la biblioteca descubrimos que el encargado de vigilarla es el profesor Fuller. Me voy a una mesa con mis amigas y comenzamos a hacer los deberes del día siguiente. Terminamos pronto y nos ponemos a hablar bajito, pero comprobamos que el nuevo profesor tiene muy buena vista y oído ya que nos manda a callar de inmediato.

De repente, Jennifer se acerca a nuestra mesa con una amiga.

—¿No te cansas de llamar la atención? —me reprocha con mala intención.

—¿Qué dices? —le espeto, sin saber a qué se refiere.

—Con el nuevo profesor de matemáticas. ¿Después del beso has decidido tirártelo a ver si así te aprueba?

—Déjame, Jennifer —intento no entrar en su juego.

—Vete, no te queremos cerca. Tú siempre traes problemas. Dejemos todo como está —le ladra Ava dirigiéndole una mirada asesina.

—Me encargaré de decirle al profesor que eres una calientabraguetas, al menos que esté advertido —lanza de forma maliciosa, centrada en mí, ignorando al resto de mis amigas—. Siempre haces lo mismo, calientas a los tíos y los dejas plantados. Te encanta ese juego.

—Y luego tú los recoges —le suelta Madison—. ¿Ahora te interesa el profesor? He visto cómo lo miras.

Jennifer la mira con los ojos muy abiertos y cuando advierto que se va a lanzar contra ella me interpongo entre ambas y sin saber cómo Jennifer y yo terminamos agarradas de los pelos mientras el resto de compañeras de la biblioteca gritan.

De inmediato el profesor Fuller nos separa, me agarra con fuerza por la cintura levantándome del suelo y me retiene en sus brazos.

—¡¿Qué pasa!? —grita.

—Se quiere vengar de mí por el corte de su brazo —intenta justificar—, no entiende que fue un accidente —se defiende Jennifer con maldad.

—¡Mentirosa! Tú viniste hasta mi mesa —grito con fuerza mientras el profesor me mantiene agarrada. Estoy muy alterada. Me saca de

quicio que Jennifer siempre vaya contra Madison, sabe de sobra que tiene una beca y cualquier mancha en su expediente la puede expulsar de este lugar, por ello intervine de inmediato.

—¡¿Qué sucede?! ¿Otra vez tú, Bennett? —pregunta la directora, presenciándose en el lugar y mirándome de forma acusatoria.

—Ambas, Porter y ella —interviene el profesor, que me suelta al mismo tiempo.

—¡Estoy harta de ti, Sarah Bennett, solo me das problemas! —me acusa la directora, muy enfadada.

Yo la miro en silencio, mientras chasqueo la lengua. No me voy a defender con ella, he aprendido con los años que no sirve de nada.

—Ambas quedáis castigadas este fin de semana sin salir del internado. A ver si así aprendéis a llevaros bien de una vez por todas, parecéis dos niñas pequeñas —resuelve la señora Larson.

—¡No! —protesta Jennifer de inmediato—. Fue culpa de Sarah —me acusa.

Yo me quedo callada, muevo la cabeza, contrariada, pensando en el fin de semana que me queda a solas con mi gran enemiga en este internado.

—No hay nada más que hablar. Las dos estáis castigadas el fin de semana —sentencia antes de marcharse.

Jennifer y yo nos miramos con el mismo odio mientras que el profesor Fuller se interpone entre nosotras, me toma del brazo y me anima a que vuelva a mi asiento.

6

Me despido de mis compañeras que se marchan a sus casas a pasar el fin de semana mientras yo me quedo castigada en el internado con Jennifer por su culpa. Les he prometido a mis amigas que la ignoraré y no me meteré en más líos con ella, sabemos que lo único que busca es provocarme, una bronca tras otra. Su objetivo siempre ha sido que me expulsen del internado y sigue en su empeño. Creo que ignora que eso no sucederá jamás. La directora, como casi el resto de los mortales, no desobedece una orden del gran Liam Bennett, y todo el que conoce a mi padre sabe que si estás de su lado puede ser muy generoso en todos los aspectos, de lo contrario es un enemigo terrible. Mi poderoso padre mueve hilos en el mundo entero, conoce a las personas más influyentes y se codea con gente muy poderosas.

Doy un paseo por el jardín, al menos en esta ocasión no nos han prohibido salir de la habitación, me siento en un banco y observo el atardecer sintiendo la paz y el silencio que me rodea. El internado se ha quedado solo, a excepción de las personas que viven en este, la señora y el señor Graham y dos guardias de una empresa de seguridad que se turnan durante las veinticuatro horas.

Cierro los ojos y me pierdo en el aire que siento en el rostro. Me dejo llevar hasta que presiento a alguien cerca. Me sobresalto cuando observo que unos ojos azules turquesas como el mar me miran. El profesor Fuller se encuentra parado frente a mí.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con interés al mismo tiempo que se sienta a mi lado en el banco, algo que no esperaba.

—Sí, muy tranquila —respondo mirándolo de soslayo. Se hace un silencio entre nosotros y le pregunto con descaro—: ¿Qué hace aquí? ¿No debería estar disfrutando de su fin de semana ya? Seguro que hay alguien que lo espera.

—Me ha tocado el fin de semana de guardia —responde.

—Larson te la ha jugado por ser el nuevo —le indico.

—Puede ser, pero no me importa. Así aprovecho para conocer bien todas las instalaciones del internado y ponerme al día.

—Y de paso vigilarme a mí y a Jennifer —comento con cierto deje de reproche.

—No te metas en más broncas, Sarah. No reacciones a las provocaciones de tu compañera. —Lo miro en silencio y alzo una ceja, sorprendida por sus palabras—. Vi cómo ella fue quién empezó todo en la biblioteca y creo que lo del beso fue algo parecido. Caes en sus provocaciones demasiado deprisa. Tienes que aprender a controlarte —me aconseja.

Lo miro más relajada y suspiro sintiéndolo un aliado. Estoy acostumbrada a que todo el mundo me acuse en este internado. Lo miro con atención y me quedo pensativa, recordando el beso que nos dimos. No hemos hablado sobre eso de una forma privada, lo hemos dejado pasar y decido no hacerlo por más tiempo.

—Ahora que nombras el beso… ¿te gustó? —pregunto de golpe, sorprendiendo al profesor por completo. Creo que pensaba que iba a disculparme y sentirme arrepentida.

—No estuvo bien. Soy tu profesor —responde de forma cortante.

—No te he preguntado eso —respondo con chulería. No estamos en clase y ha sido él quien ha invadido mi espacio personal.

—No tengo por costumbre besar a mis alumnas.

—¿Te pareció un beso inexperto? —indago con interés mientras él se queda callado, incómodo—. Te recuerdo que me lo devolviste, y con lengua —añado.

—Sarah… ¿Podemos olvidar ese tema? —propone algo agobiado. Yo le sonrío. Me causa gracia que un tío como él esté asustado por el beso que le planté.

—Vale.

—Que no se vuelva a repetir —zanja el asunto.

—¿Estás seguro? —pregunto con una sonrisa.

Él me la devuelve y para mi sorpresa se sienta de nuevo a mi lado.

—No caigas más en los juegos de Jennifer. Te considero más inteligente.

—No podía dejar que fuese contra Madison, ella es una alumna con beca y podría perderla, por el contrario, a mí no me pasará nada. Aparte de pasar todo el fin de semana aquí aburrida y sola —justifico.

—Estás muy segura de que no te expulsarán a ti —comenta.

—Créeme que no. He perdido la cuenta de las veces que me he quedado castigada los fines de semana.

—Un día puede que cambie. Yo que tú no me confiaría.

—Créame, profesor Fuller, mientras mi multimillonario padre siga haciendo grandes donaciones a este centro a mí no me expulsarán.

El profesor me mira y toma una bocanada de aire.

—Puedes llamarme Matthew fuera de clase. Profesor Fuller hace que me sienta muy mayor.

—¿Cuántos años tienes, Matthew? —me atrevo a preguntar.

—Veintiocho.

—Nunca habíamos tenido un profesor tan joven.

—Me costó pasar las pruebas con la señora Larson, pero creo que no tenía a nadie más con mi experiencia —revela.

—Eres bueno —murmuro mirándolo fijamente.

—No lo digo yo, sino mi expediente académico. Fui el mejor de mi promoción y luego tuve suerte de trabajar en varios internados como este.

—Yo soy malísima en las matemáticas, las odio —le manifiesto con franqueza.

—He visto tus notas y es en la única asignatura en la que fallas. En el resto tienes notas brillantes.

—Los números no son lo mío. —Le sonrío.

—Si quieres este fin de semana podemos aprovechar y te doy clases de apoyo —se ofrece mientras que yo me quedo mirándolo. Reconozco en silencio que es el hombre más guapo y atractivo que he conocido, pero no me intimida ni me cohíbe. Me acerco más a él y le indico:

—Trato hecho. Aprovecharé el tiempo en este maldito lugar.

—Pondré todo de mi parte para que te enamores de los números —murmura dedicándome una sonrisa.

—Lo tienes muy difícil, Matthew —murmuro con altanería.

—Aceptaré el reto.

A mi espalda escucho la voz de la señora Graham, me llama para que acuda a cenar.

—Hasta mañana, profesor —me despido de él de una forma amistosa.

—Nos vemos mañana por la mañana en la biblioteca.

—¿Es una cita? —pregunto en tono burlón, mientras me levanto y me marcho, sonriente.

Mientras me dirijo al edificio para acudir al comedor siento una sensación especial en mi interior extraña, como una especie de liberación, plenitud… no sé explicarlo bien, pero algo ha cambiado en mí y el gran agujero negro que siempre sentía cerca está con un poco de más luz de lo habitual.

Cuando llego al comedor Jennifer está ya ahí cenando, me dirijo a la cocina, la señora Graham me entrega mi cena y me siento en un lugar alejado de la culpable que pase este fin de semana encerrada en el internado.

Ambas cenamos en silencio, siento la mirada de Jennifer posada sobre mí todo el rato, pero trato de ignorarla. Cuando termino con el postre recojo todo y lo llevo a la cocina, allí le doy las buenas noches a la señora Graham y ella me entrega un trozo de chocolate a escondidas mientras me da un beso y me dice en el oído:

—Para que tengas dulces sueños, mi niña.

Vuelvo a mi habitación y me meto en la cama directamente. Ha sido una semana intensa.

Al día siguiente, tras haber pasado una noche inquieta, desde que murió mi madre no me gusta dormir sola, cuando lo hago no descanso bien, bajo a desayunar, nuevamente evito a Jennifer y luego me dirijo a la biblioteca. Cuando entro el profesor Fuller ya está allí. Lo miro con atención y lo repaso de arriba abajo, viste de una forma más informal, con vaqueros desgastados y una camiseta, y me gusta ese aire de tío malote que proyecta. Lo imagino en su moto y… tengo que parar mis pensamientos para centrarme en las matemáticas, que es a lo que he venido me recuerdo.

—Buenos días, Sarah. ¿Qué tal te encuentras? —pregunta nada más verme aparecer.

—No he dormido muy bien —revelo casi sin pensar. No soy una persona abierta con los demás, pero los ojos del profesor me han hipnotizado y me ha sacado la verdad con suma facilidad.

—¿Y eso? —se interesa—. ¿Te duele el brazo?

—No. Es solo que no me gusta dormir sola en el internado. Estoy acostumbrada a tener cerca a mis amigas.

De repente, Jennifer irrumpe en la biblioteca y dice:

—Aquí me tiene, profesor, lista para ser su mejor alumna de clase.

Miro a Jennifer y al profesor Fuller y deduzco que ella hace lo mismo que yo ahí. Nos ha ofrecido a ambas darnos clases particulares en nuestro fin de semana de encierro. Por alguna extraña razón, me siento decepcionada con la aparición de Jennifer. El profesor nos saluda a ambas y nos indica que nos sentemos los tres en una amplia mesa.

—Comencemos con la clase de repaso —anuncia abriendo su maletín.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. Miro a Jennifer y observo que ella me mira con atención, al mismo tiempo que me dirige una sonrisa malvada. Aparto mis ojos de los de ella y me centro en el libro de matemáticas.

Cuando llevamos dos horas con el profesor me siento cansada de tanto problema y tanto número, me levanto y les digo:

—Estoy agotada. Gracias, profesor Fuller, pero yo me retiro.

Él me mira en silencio y no dice nada. No tenemos obligación de estar ahí, solo estamos castigadas y podemos hacer lo que queramos. Me doy media vuelta y me marcho, pero escucho a mi espalda que Jennifer dice:

—Es una consentida y mal agradecida. No sabe aprovechar las oportunidades.

El profesor no dice nada, yo continúo con mi camino y ni me giro para responderle a Jennifer.

Me dirijo al jardín y me siento en un banco mientras observo cómo Rob se encarga de cuidar las flores y corta unos arbustos. Él me saluda desde lejos y me sonríe. Es un buen hombre al que admiro y respeto. Cambiaría todo el dinero de mi padre porque fuese como él, atento,

cariñoso y siempre de buen humor.

De repente, me sobresalto al sentir al profesor Fuller a mi lado de nuevo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a la defensiva, algo alterada—. Pensé que pasarías el resto de la mañana en la biblioteca con Jennifer.

—Le puse tareas y salí a despejarme un rato. ¿Qué te sucede? —indaga mientras lo miro molesta.

—No quería estar con Jennifer. Por su culpa estoy aquí este fin de semana, tengo el brazo con una herida… No la soporto. Mientras más lejos la tenga, mejor. Así ella no me provocará y yo no caeré en ello. Estar alejada de ella es un mecanismo de defensa.

—No debes mezclar las cosas. Hoy tienes una gran oportunidad de aprovechar tu tiempo y ponerte al día con ejercicios de matemáticas que te cuestan sacar adelante —me reprende.

—Lo haré lejos de Jennifer. Puedes ponerme tarea y las haré en mi habitación. Mañana te las entrego —propongo.

—Bien. —Coge mi libro que está encima del banco, saca un lápiz de su bolsillo y marca todos los ejercicios que tengo que hacer. No puedo evitar un suspiro cuando observo que son más de diez.

—Los que no seas capaz de terminar o estén mal los repasaremos mañana —añade.

No sé si odiarlo o agradecerle todo esto, solo sé que su presencia me gusta. Siento que es un buen tío, además de guapo y atractivo a rabiar.

El profesor se marcha y yo me quedo en el banco del jardín haciendo los ejercicios que me ha puesto. Luego voy al comedor a almorzar, evito a Jennifer, y subo a mi habitación a descansar y seguir con los ejercicios de matemáticas.

Cuando me doy cuenta son las diez de la noche, me he quedado dormida y no he bajado a cenar. Tengo hambre, pero ya ha pasado la hora de la cena en el comedor. La señora Graham debe de estar en la cama, pero no me importa.

Me paseo por los pasillos en penumbra del internado y me dirijo a la cocina. No hay nadie. Enciendo la luz y comienzo a mirar en el frigorífico y en la despensa qué puedo hacer. Tengo mucha hambre.

Descubro una pechuga de pollo en el frigorífico y decido hacerla a la plancha con unas patatas fritas y huevo, algo fácil.

Cojo la sartén, los filetes de pechuga y lo pongo todo cerca del fuego. Voy a la despensa en busca de los huevos y un paquete de patatas fritas. Cuando entro la veo tan llena que me cuesta encontrar lo que busco. Tengo tanta hambre que se me antoja todo. Veo un bote de nueces y otro de cacahuetes y no puedo evitar coger unos cuantos y comérmelos en el momento. Luego encuentro los huevos y las patatas y cuando entro de nuevo en la cocina veo fuego. Hay humo y llamas ante mis ojos, algo que consigue aterrarme. No sé qué hacer ni cómo ha podido ocurrir en tan poco tiempo. Me dirijo hacia la sartén ardiendo e intento apagar el fuego con un paño. Me aparto dando un sonoro grito cuando el fuego se extiende y prende mi falda. Lo apago con el paño que aún tengo en la mano y comienzo a toser. Hay humo por toda la cocina y el fuego está descontrolado. Miro hacia la puerta y aprecio que no puedo salir. Observo a mi alrededor y me aterro al comprobar que no tengo salida. ¡¿Qué voy a hacer?! Escucho la alarma de incendios sonar, espero que alguien la escuche y los bomberos vengan en mi rescate antes de que muera. Trato de no perder la calma, cojo un paño y lo empapo de agua, luego intento ir hasta la despensa y con una botella de agua grande me mojo todo el cuerpo. Tengo que escapar del fuego y sobrevivir. Me dirijo a una ventana cercana, la abro y comienzo a gritar. No puedo salir por ella, tiene reja. De no existir podría saltar ya que la cocina se encuentra en la planta baja del internado. Sé que hay una puerta que da acceso directo a la calle, por donde entra toda la comida, pero no puedo ir hasta ella ya que debo de pasar por donde se ha iniciado el fuego. Lo único que me queda es gritar agarrada a los barrotes de la ventana hasta que alguien me escuche, me quede afónica o el fuego acabe conmigo.

7

Cuando pienso que mi vida está perdida y moriré consumida por las llamas alguien aparece detrás de la reja. Está todo oscuro, pero cuando veo al profesor Fuller con un martillo en su mano y comienza a golpear con fuerza la reja nace en mi interior una esperanza de salvarme.

—Tranquila —me indica mientras no deja de golpear con todas sus fuerzas los barrotes. Consigo calmarme un poco cuando aprecio que los consigue doblar.

Miro hacia atrás y veo que el fuego está muy cerca, toso, hay mucho humo, intento ponerme el paño mojado en la boca mientras mi corazón late con fuerza mientras ese hombre emplea toda su fuerza para poder rescatarme.

—Intenta salir por aquí. No tenemos más tiempo —me apremia con urgencia.

Meto mi cuerpo por el hueco que ha abierto entre los barrotes, me quedo un poco atascada, pero él tira de mí con fuerza hasta que consigue sacarme de allí. Aterrizo sobre su pecho y ambos caemos al suelo.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado, mientras me aparta de la cara el pelo y me mira con atención. No nos hemos movido tras la caída, estoy encima de él y lo miro a los ojos mientras empiezo a toser.

Asiento con la cabeza, él me sienta en el suelo y se arrodilla a mi lado. De inmediato aparecen los señores Graham y el profesor me ofrece una botella de agua.

De fondo escucho las sirenas de los bomberos y la policía. En cuestión de minutos toda la parte trasera del internado se llena de gente y comienzan a apagar el fuego.

Un policía se acerca a mí y me pregunta:

—¿Había alguien más contigo en la cocina?

—No —respondo con dificultad. Miro a mi alrededor, no veo a Jennifer por ninguna parte y desconozco hasta donde ha llegado el fuego—. Hay otra compañera en el internado —grito, alarmada, ya que a mi alrededor solo están el profesor y el matrimonio Graham. Los guardias de seguridad duermen fuera.

—Tranquila, Jennifer está en su habitación. Las llamas no salieron de la cocina y el humo solo llegó hasta el comedor —dice el señor Rob —. Hemos comprobado que está dormida y no se ha enterado de nada.

Me quedo un poco más tranquila mientras suspiro al ver el gran despliegue que hay a mi alrededor. Miro al hombre que me ha salvado, sentado a mi lado, mirándome con atención, preocupado, y el corazón me da un vuelco. Me ha salvado la vida. Si no hubiese sido por él… De repente, unos médicos se acercan a mí y comienzan a atenderme. Me cuesta respirar un poco, sin embargo, no me doy cuenta de la quemadura que tengo en el muslo hasta que el profesor Fuller se la indica a los médicos. Miro mi piel y me quedo un poco asombrada. Está muy feo. De repente siento mucho dolor, creo que me había centrado en sobrevivir y había olvidado otros daños.

—Hay que llevarla a un hospital —determina el médico.

—Yo la acompañaré y avisaré a su padre —se ofrece de inmediato el profesor. El médico asiente y Matthew entra conmigo en la ambulancia. Lo miro aterrada cuando me colocan una mascarilla de oxígeno y él tiene el gesto de cogerme de la mano y dedicarme una mirada cálida que logra tranquilizarme.

—Todo va a estar bien —susurra en mi oído mientras me aprieta la mano con fuerza.

Lo miro a los ojos y mi corazón da un vuelco como nunca antes lo había sentido. Clavo mi mirada en sus ojos color turquesa y me alegro de tenerlo a mi lado. Puedo apreciar que tiene una mirada limpia y buena.

Cuando llegamos al hospital me llevan para hacerme unas pruebas y me alejo del profesor, él me indica que no se va a mover de la sala de espera. Tras varias horas, me llevan a una habitación y la enfermera me dice que mi familia vendrá de seguida. A los pocos

minutos me sorprendo cuando veo entrar al profesor, busco detrás de él a mi padre o a mi abuela, pero está solo.

—¿Qué tal estás? —pregunta acercándose a mí.

—Bien, ya puedo respirar mejor. Aunque creo que la herida de mi pierna les preocupa a los médicos —susurro con angustia—. He escuchado que es una quemadura de segundo grado y tendré que estar aquí un par de semanas.

—Lo importante es que estás bien —me indica con una sonrisa mientras me coge de la mano.

—Gracias por salvarme. Si no llega a ser por ti puede que en estos momentos no estuviese viva.

—No hay de qué. —Sonríe y de repente comienzo a derramar lágrimas sin poder controlarlo. No quiero llorar delante de él, no soy así de débil. He pasado por cosas peores y he conseguido dominar mis sentimientos. No entiendo qué me pasa. Oculto mis ojos con mis manos, me da vergüenza derrumbarme delante de él de esta forma.

De repente, siento que Matthew me coge las manos, las aparta de mi rostro y me mira con atención. La bondad que veo en su mirada hace que mi corazón dé un completo vuelco y un gran pellizco aparece en mi estómago. No dice nada, pero sus ojos transparentes me dicen tantas cosas…

Como si una fuerza extraña, ajena a mí, me impulsase, me acerco de golpe a él, a sus labios y lo beso. Acaricio su rostro, aproximándolo más al mío y profundizando el beso con ansia. Para mi gran sorpresa, él me corresponde y esto desata toda mi valentía. Continúo besándolo y experimento que nunca en mi vida me había sentido así.

De pronto, la puerta se abre y el profesor se separa de mí con rapidez. Una enfermera ha entrado y me coge una vía en el brazo mientras me explica que me va a poner una medicación para el dolor de la quemadura en la pierna. No le presto mucha atención. Mis ojos están clavados en los del profesor, ambos nos miramos con intensidad mientras tratamos de controlar nuestra alterada respiración. El beso nos ha dejado sin aliento, y descolocados. No pensé besarlo, fue un impulso inesperado. Matthew Fuller me gustó desde que lo vi aparecer con su moto y su casco en el patio del internado. El beso anterior me

encantó, pero lo que he sentido con este me tiene asustada. Esto es mucho más que una mera atracción. Me alerto cuando soy consciente de que mis sentimientos han pasado a ser parte del juego.

La enfermera se marcha y nos quedamos a solas de nuevo. Me revuelvo un poco en la cama, inquieta, y me masajeo las manos.

—Sarah… —comienza a decir él.

—Lo siento, profesor —suelto de inmediato—. Supongo que fue un gesto desmesurado de agradecimiento por salvarme la vida —trato de justificar algo que ni yo misma entiendo—. No volverá a ocurrir —me disculpo. No quiero que se vaya. Necesito tenerlo cerca.

—Bien. —Asiente dedicándome una maravillosa sonrisa. Y el hecho de que me mire como lo hace desata un gran huracán en mi interior. ¿Qué me está pasando?—. Pasaré la noche aquí contigo —anuncia de golpe—. He llamado a tu padre y está fuera del país. Regresa mañana.

—Mi padre nunca está cuando lo necesito —murmuro sin mirarlo a los ojos, con tristeza—. ¿Y mi abuela? —pregunto con interés.

—Son más de las dos de la madrugada. Le dije a tu padre que estabas bien y que me quedaría contigo, no hay necesidad de asustar a una persona mayor en mitad de la noche —argumenta.

—Tienes razón.

—Tu padre ya está al tanto de todo. Ha hablado con el director del hospital.

—Como no, mi padre siempre se codea con lo más alto —me quejo con desilusión. Sin embargo, no ha tenido tiempo de llamar a su hija.

—Es un hombre muy ocupado. Me dijo que en cuanto amaneciese cogería un avión para venir hacia aquí —trata de justificar.

—Él nunca está cuando tiene que estar —comento con rabia.

—Soy lo único que te puedo ofrecer. —Me indica Matthew, colocado de pie a mi lado mientras señala su cuerpo con las manos y me dirige una enorme sonrisa. Sé que trata de animarme.

—No quiero que pases una mala noche. Estoy bien, además seguro que tienes a alguien que te espera en casa —añado mientras imagino a una novia. Un tío como él no puede estar soltero.

—Ya me hice a la idea de pasar el fin de semana solo en el internado. Me tocaba guardia, ¿recuerdas? —pregunta ante mi cara de

desconcierto. Asiento, un poco confusa. Los profesores de guardia duermen en el internado—. De todas formas, no me espera nadie en casa —añade con una sonrisa—. Me acabo de mudar a Nueva York.

Le devuelvo la sonrisa y cierta esperanza nace en mi corazón.

—¿Qué te trajo a esta gran ciudad? —pregunto con interés.

—Un nuevo trabajo y comenzar una nueva vida.

—¿De dónde vienes?

—De Filadelfia. Y ahora dejemos de hablar de mí. Es tarde y sería bueno que descanses un poco —me aconseja mientras se sienta en un sillón cercano y apaga la luz.

Nos quedamos en silencio e intento dormirme, pero no puedo. Suspiro y doy vueltas en la cama, inquieta.

—¿Te pasa algo? —pregunta en un susurro.

—No puedo dormir. Cierro los ojos y veo el fuego. Estuve a punto de morir.

El profesor se inclina en su asiento y me coge de la mano, trata de tranquilizarme.

—¿Quieres contarme cómo sucedió? —pregunta con cautela—. Mañana vendrán a interrogarte.

—No lo sé. Coloqué todo delante del fuego para hacerme la cena, pero no lo encendí. Fui a la despensa a por huevos y me distraje picoteando algo. De repente me di cuenta del humo y del fuego. Fue todo muy deprisa.

—Igual no recuerdas que encendiste el fuego —aventura.

—No. Ni siquiera coloqué la sartén en este. Estoy segura. No sé qué causó el fuego, pero no fui yo. Igual un corto circuito, algún electrodoméstico… No lo sé.

—El informe de los bomberos lo revelará, no te preocupes. Lo importante es que no hubo daños mayores. Trata de descansar. —Se acerca a mí y me da un beso en la frente, el cual me derrite por completo. Lo miro en la penumbra de la oscuridad y un deseo de que siempre esté cerca de mí me invade.

Finalmente me quedo dormida con una sonrisa en los labios, pensando en el maravilloso beso que nos hemos dado. Nunca me habían besado así. Los besos del Matthew son mágicos.

Cuando despierto a la mañana siguiente y abro los ojos el profesor no está a mi lado. Descubro a mi padre en los pies de mi cama en el hospital. Me mira muy serio. Va perfectamente vestido, como siempre. Con sus trajes de firma hechos a medida.

—Papá.

—No digas nada, Sarah —me reprende con severidad—. No tienes excusas. Esta vez has traspasado la línea. Estoy acostumbrado a tus trastadas, pero incendiar el internado…

—¡¿Qué?! —pregunto, confusa, intentando incorporarme en la cama con dificultad.

—¡Cómo has podido! Había más personas en ese lugar que podían haber muerto por tu culpa —brama con las manos alzadas.

—No sé qué ocurrió —trato de justificar con lágrimas en los ojos. Esperaba un beso y un abrazo de mi padre, no algo como esto.

—¡¿No lo sabes?! —Carcajea—. El informe del cuerpo de bomberos determina que fue un incendio provocado. No fue un accidente —recalca fuera de sí mientras me mira taladrándome con los ojos, como si fuese una asesina.

—No. No —niego con la cabeza—. Yo no hice nada.

—¡No mientas! —grita muy enfadado.

Lo miro con decepción y rabia.

—Ni siquiera me has preguntado, me has condenado directamente —escupo mientras lloro.

—Estoy cansado de tus travesuras. Estabas castigada en el internado. He perdido la cuenta de las veces que has hecho algo y te han castigado. En muchas ocasiones he tenido que interceder para que no te expulsen. ¿Qué quieres que piense ante el informe que me han presentado los bomberos?

—Confiar un poco en tu hija —grito con desgarro.

—¿Y qué hace mi hija para ganarse la confianza de su padre? —contraataca—. Solo me das problemas, Sarah. Aprende a comportarte como una adulta y empezaré a confiar en ti.

Me quedo en silencio y me aparto las lágrimas que corren por mis mejillas. Mi padre me mira serio, a cierta distancia, ni siquiera se ha acercado a mí ni me ha preguntado cómo me encuentro.

Entra el médico en la habitación y pone al tanto de mi estado a mi padre. Voy a permanecer cinco días más en el hospital para que me vigilen la herida y luego podré volver a casa.

Mi abuela irrumpe en la habitación, acompañada de su chófer y hombre de confianza, llorosa y se abraza a mí. Cuando me estrella en sus brazos siento que es todo lo que necesitaba. Luego mira con atención a mi padre y a mí y pregunta en tono de sargento:

—¿Qué ocurre?

—Pregúntale a tu nieta. Cada día se supera más. Voy a arreglar la que has armado —brama antes de marcharse y dejarnos atónitas a mi abuela, a su chófer y a mí.

—Sarah, hija, ¿qué pasa? —pregunta mi abuela.

Bill, discreto como siempre, se da media vuelta y nos deja a solas a mi abuela y a mí.

—Mi padre piensa que yo provoqué el incendio —susurro con lágrimas rodando por mis mejillas.

Mi abuela abre mucho los ojos, me abraza de inmediato y me besa el cabello.

—Mi hijo ha perdido la cabeza. Tendré que hablar con él —murmura seria y tajante.

Mi abuela es la única persona sobre la faz de la tierra que le da igual el poder de mi padre, le dice todo lo que piensa y no teme a sus palabras ni represalias. Y él la respeta y escucha con atención porque es su madre y sabe que mi abuela siempre consigue lo que se propone.

8

Cuando estoy terminando de contarle todo lo sucedido a mi abuela y lo que realmente cree mi padre irrumpe en mi habitación el profesor Fuller. De inmediato aprecio que se ha cambiado de ropa y está guapísimo recién duchado. Aún lleva el pelo un poco húmedo y huele de maravilla.

—Buenos días, usted debe de ser la abuela de Sarah —le indica de inmediato mientras le extiende la mano—. Matthew Fuller.

—Isabella Bennett. —Mi abuela le estrecha la mano y lo mira sonriente—. Y este chico tan guapo es tu… —comienza a imaginar mi abuela y antes de que saque conclusiones erróneas le explico:

—Mi nuevo profesor de matemáticas. Él me salvó del incendio. —Mi abuela lo repasa de arriba abajo con una sonrisa y luego me dirige una mirada que solo ella y yo conocemos.

—Vaya, es usted un héroe. Deje que lo felicite, señor Fuller.

—Solo hice lo que debía.

—Hizo mucho más que eso. Salvó a mi nieta. Sarah es toda mi vida.

Se acerca al profesor y lo abraza. Matthew me mira sonriente mientras mi abuela lo achucha con fuerza.

—Ya veo que estás muy bien acompañada. Mejor vuelvo en otro momento —se disculpa el profesor.

—No. Por favor, no se vaya. Su visita me ha venido muy bien para que Sarah no se quede sola. Con suerte mi hijo aún no se ha marchado de este hospital y puedo hablar con él. Es algo que me urge —le explica mi abuela.

—Por supuesto, sin ningún problema, el tiempo que haga falta. Estaré aquí con Sarah.

—Gracias, profesor. Es usted muy amable.

Mi abuela recoge su bolso, me da un beso en la frente y se marcha.

Matthew se acerca un poco a la cama y siento que repara en mis

ojos. Deben de estar hinchados y llorosos por la conversación tan desagradable con mi padre.

—¿Estás bien? —pregunta, serio.

—Todo lo bien que se puede estar cuando te acusan de haber sido la culpable del incendio. Al parecer el informe de los bomberos dice que no fue un accidente y mi querido padre no ha perdido el tiempo en preguntarme si realmente fui yo o qué pudo originarlo.

Observo cómo el profesor se queda callado, se mete las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y se pasea por la habitación inquieto y pensativo.

Su silencio consigue ponerme de los nervios. Se masajea la cabeza y lo escucho suspirar.

—¿También crees que lo provoqué yo? —pregunto a modo de reproche.

—Recuerdo que me dijiste que si por ti fuese quemarías el internado.

Lo miro seria y decepcionada, como si sus palabras hubiesen irrumpido en mi pecho como una daga, al mismo tiempo que recuerdo esa conversación con él. Todo me condena, con mi padre mis actos reiterados de rebeldía en el internado y con el profesor mis propias palabras. Pero ¿por qué me duele más lo que piense Matthew que mi propio padre?

Me quedo en silencio, creo que ambos me han condenado.

—¿No vas a decir nada? ¿Lo hiciste, Sarah? —pregunta mirándome a los ojos.

—No —respondo de inmediato. Al mismo tiempo no puedo evitar que dos lágrimas caigan por mis mejillas, las aparto rápido y bajo la mirada. No quiero que él vea cuánto me afecta esto.

—Te creo, Sarah —escucho de golpe cuando lo siento a mi lado. Me alza el mentón con un dedo para que lo mire y dice—: Tú mirada no miente. Te saqué de allí y estabas muerta de miedo. Sé que no lo hiciste de forma intencionada.

El profesor tira de mi mano y me abraza con fuerza. Me aferro a él, sin dejar de llorar mientras balbuceo:

—Gracias. —Necesitaba que él me creyese, puedo soportar que mi

padre no lo haga, pero Matthew se ha convertido en alguien muy importante, aunque aún no lo sepa.

Mi abuela irrumpe de nuevo en la habitación y el profesor se separa de inmediato de mí y se aleja de la cama.

—Ya hablé con tu padre y lo puse en su lugar —anuncia mi abuela. Yo le sonrío y la observo con admiración. Es una mujer fuerte, valiente, decidida y honesta—. Solo se han producido daños económicos, nada que no pueda arreglar un buen cheque de Liam Bennett. No te preocupes por nada más, cariño. Tú ahora solo tienes que reponerte y terminar el curso.

Mi abuela me toma de la mano y la lleva hasta sus labios. Yo la miro sintiéndola un hada madrina, cada vez que aparece consigue que desparezcan todos mis problemas y preocupaciones.

—Yo me marcho —anuncia el profesor Fuller.

—Profesor, ¿tendría tiempo de tomarse un café conmigo en la cafetería? —le propone mi abuela mientras consulta su reloj—. Creo que Sarah va a estar muy bien acompañada en unos minutos.

De repente aparecen mis amigas en la habitación del hospital. Ver a Ava, Madison y Chloe hace que olvide el mal día que llevo desde que he despertado.

Mi abuela y el profesor desaparecen sin despedirse, cuando me doy cuenta estoy en la habitación rodeada de mis amigas, las cuales me abrazan y besan como si hubiese resucitado.

Mis amigas se marchan cuando una enfermera viene a hacerme la cura en la quemadura de la pierna, luego no tarda en llegar mi abuela. Me sorprende que venga sola, la esperaba con mi padre, el cual no se ha dignado en aparecer más por mi habitación.

—Cariño, ya está todo arreglado —anuncia mi abuela, sonriente, mientras la miro expectante, sin saber a qué se refiere—. Tu padre va a investigar de forma privada cómo se produjo el incendio y, por otra parte, he hablado con el profesor Fuller para que sea él quién te de clases particulares el tiempo que estés sin ir al internado. Sé que las matemáticas te cuestan bastante y estás en la recta final del curso.

—¿Ha aceptado? —pregunto con interés. Estaba un poco triste por estar un tiempo sin verlo, sin embargo, el hada madrina de mi abuela

lo ha resuelto todo para que lo tenga en exclusiva para mí.

—Por supuesto, ¿conoces a alguien que no caiga en los encantos de Isabella Bennett y le niegue algo? —alardea con una gran sonrisa—. El profesor vendrá mañana. Ya lo he arreglado todo con él y la directora del internado para que le deje las tardes libres.

—Abuela, eres la mejor —le indico con un grito. Me abrazo a ella y siento que mi día va mejorando.

—Tu padre está de acuerdo con todo. Ha tenido que volver a salir de viaje de negocios. Probablemente cuando vuelva ya estarás en casa. Yo cuidaré de ti, mi niña.

—Gracias, abuela. —Me abrazo a ella y en el fondo hasta siento un gran alivio que mi padre no esté cerca. Creo que con ella y con el profesor a mi lado voy a estar muy bien.

Paso el resto del día en compañía de mi maravillosa e ingeniosa abuela, con ella es imposible aburrirte. Es una mujer con una vitalidad increíble, culta, elegante y educada. Todo el mundo que la conoce la quiere y admira.

9

Paso la primera noche en el hospital algo incómoda. La quemadura en mi pierna derecha me ha dolido un poco, pero no me he quejado para no preocupar a mi pobre abuela que ha pasado toda la noche a mi lado, sin moverse, cuidándome como una madre. Doy gracias de tenerla a ella, y que por suerte sea tan diferente a su hijo. A veces pienso que mi padre nunca me ha querido, ni siquiera a mi madre. Solo le interesan sus negocios, empresas, el dinero y el poder. De lo único que le estoy agradecida desde que murió mi madre es que no se haya vuelto a casar. Ha tenido varias novias, pero estas no han llegado a vivir en mi casa ni las he tenido que soportar como madrastras.

Mi abuela se marcha a casa y me deja a su chófer y buen amigo de toda la vida para que cuide de mí. Insisto en que no es necesario, pero Bill me quiere como a una hija y paso toda la mañana con él.

Antes de lo esperado el profesor llega a mi habitación, cuando lo veo el corazón me da un vuelco y millones de mariposas revolotean en mi estómago. El último beso que nos dimos vuelve a mis recuerdos y ansío volver a probar sus labios. No sé qué me está pasando, nunca antes me había sentido así, esta sensación de felicidad cuando lo tengo cerca, unas ganas de vivir nuevas experiencias a su lado y el miedo a todo lo que nos rodea, sin embargo, creo que me estoy enamorando. Matthew Fuller ha traspasado la coraza de mi corazón.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me pregunta con una sonrisa maravillosa dibujada de sus labios.

—Muy bien. La herida me molesta un poco, pero es soportable.

—Supongo que ya tu abuela te habrá dicho que vendré a darte clases particulares hasta que vuelvas al internado.

—Sí, gracias por aceptar.

—Tus compañeras te mandan recuerdos. Les he dicho que vendría a verte.

—Las voy a echar de menos. Aún me quedan unos días en este

hospital y aquí las horas pasan muy lentas.

—Ponte a estudiar, aprovecha para los exámenes finales —me propone. Ambos nos miramos y nos quedamos en silencio. Yo lo miro fijamente a sus preciosos ojos y a sus perfectos labios mientras imagino que me vuelven a besar—. ¿Te parece si comenzamos con la clase? —pregunta de golpe. Yo asiento de inmediato.

El profesor saca de su maletín un cuaderno grande y unos bolígrafos. Comienza a explicarme la misma clase que les ha dado a mis compañeras esta mañana. Mientras él habla y explica, concentrado, sobre el papel, yo no puedo dejar de mirarlo. Tenerlo tan cerca y poder observarlo al detalle me atrae demasiado. Cuando me pregunta si lo sigo simplemente asiento con la cabeza, pero le miento. No me importa lo más mínimo lo que hace sobre el papel, me interesa él y que esté a mi lado.

—Te dejaré algunos ejercicios y problemas y mañana me los entregas resueltos —me indica al finalizar la clase.

Yo lo miro un poco apurada, no me he enterado de nada, pero lo intentaré.

Cuando el profesor está recogiendo sus cosas, tras finalizar la clase de hoy, la puerta de la habitación se abre y entra Peter. En cuanto lo veo sonrío de alegría y él no tarda en llegar hasta mí para abrazarme. Desde su cumpleaños no había vuelto a saber nada de él.

—Qué susto me has dado —suspira Peter en voz alta mientras me abraza.

—Estoy bien.

Él se queda sentado en la cama, a mi lado, mientras el profesor nos mira a ambos con atención. Matthew está más serio de lo normal y puedo ver sus ojos clavados en nuestras manos unidas.

—Yo ya me iba, soy el profesor de matemáticas de Sarah. Hemos terminado la clase. Te veo mañana —indica a modo de despedida, lo siento algo tenso. Se da media vuelta y se marcha.

—Adiós —murmura Peter, molesto. Lo ha reconocido. Es el hombre al que besé en su fiesta de cumpleaños.

Me quedo algo angustiada por su marcha tan precipitada, pero la compañía de Peter no me deja pensar más en el profesor.

Peter y yo arreglamos todo entre nosotros y me alegra que me diga que no me quiere perder como amiga.

Una vez a solas, cuando Peter se ha marchado, cierro los ojos y me permito unos minutos de paz y tranquilidad. Pienso en Matthew y en cómo nos miró a Peter y a mí, y una sonrisa se dibuja en mis labios al pensar que podrían ser celos los que sintió al vernos juntos.

Mi abuela vuelve para pasar de nuevo la noche a mi lado y a mí se me hacen las horas eternas hasta que el profesor llegue para una nueva clase. Nunca había deseado tanto una lección de matemáticas.

Cuando Matthew entra en mi habitación y me ve sin compañía pregunta:

—¿Estás sola?

—Sí, mi abuela tenía un almuerzo y se ha marchado un poco antes. No pasa nada porque pase algunas horas sola. Estoy bien.

—¿Tu novio no viene hoy a verte? —pregunta de golpe, sin mirarme a los ojos, mientras saca de su maletín el cuaderno para comenzar la clase.

—¿Qué novio? —pregunto.

—El chico de ayer.

—Peter —pronuncio su nombre con una sonrisa, sin dejar de prestar atención a la cara del profesor—. Fuimos novios por un breve periodo de tiempo, pero nos hemos dado cuenta de que estamos mejor siendo solo amigos.

—Vaya, pensé que… Lo siento —se disculpa algo avergonzado, moviendo la cabeza mientras yo lo miro sonriente.

—Y puestos a aclarar cómo se encuentran nuestros corazones, ¿tienes pareja? —pregunto de golpe. Él me mira algo desconcertado por la atrevida pregunta—. Ya que nos hemos besado en dos ocasiones me gustaría saberlo —le recuerdo.

Se queda en silencio unos segundos, los cuales se me hacen eternos hasta que revela:

—No. Acabo de salir de una relación.

—¿Por qué lo dejasteis? —pregunto con interés. Tratando de controlar mi alegría al escuchar estas palabras.

—Porque me di cuenta de que no estaba enamorado de ella.

Llevábamos tres años juntos, pero no la amaba. —Me sorprende su sinceridad, no esperaba tanta.

—El amor es complicado. Nunca me he enamorado de verdad —admito—. El verdadero amor no llamó a mi puerta hasta ahora.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos, sin decir nada, mientras que en mi interior reconozco que lo que estoy sintiendo hacia él debe de ser que me estoy enamorando. Controlo el impulso de apoderarme de sus labios de nuevo y dejo que comience con la clase. Nuevamente no presto atención a sus explicaciones, me centro en él, en su voz, sus manos, su cara y sus ojos. Me hipnotizan y hace que desee que el tiempo no pase y la clase se haga eterna.

10

Cuando el profesor se marcha y me quedo a solas en la habitación siento cierta sensación de tristeza. Paso varias horas sin compañía hasta que me extraño del hecho de que no llegue la cena ni mi abuela. Miro el móvil y no veo ninguna llamada suya ni mensaje, es muy raro. Ella nunca se olvida de mí.

De repente, la puerta de la habitación se abre y cuando creo que puede ser la cena o mi abuela, nada me sorprende más que encontrarme de nuevo con Matthew, y en esta ocasión lleva en sus manos una caja de *pizza* de mi lugar favorito.

Él entra sonriente, en silencio, mirándome en todo momento mientras yo trato de averiguar qué hace de nuevo en el hospital. Hasta se ha cambiado de ropa, ahora lleva un chándal negro, y viene con una de mis comidas favoritas en sus manos. El olor de la *pizza* de cuatro quesos me está derritiendo por completo. Se me hace la boca agua.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando coloca la caja sobre una mesa auxiliar y me mira.

—Tu abuela me llamó para pedirme un gran favor y no pude negarme —explica.

—¿Ella está bien? —pregunto algo preocupada.

—Sí, solo tiene un poco de migraña y no podrá pasar la noche contigo. Me llamó y me convenció para que te trajese tu *pizza* favorita, pasase un rato contigo y no estuvieses tanto tiempo sola.

—Mi abuela nunca se olvida de mí —reconozco con orgullo. Todo lo contrario de mi padre, aún no he recibido una llamada de él ni otra visita.

—Es una mujer increíble. Tienes mucha suerte de tenerla en tu vida. Te conoce muy bien.

—Ya veo —murmuro con los ojos clavados en él.

Matthew abre la caja y el increíble olor impregna mis fosas nasales.

Hace dos días que solo como comida del hospital que no sabe a nada y tener una *pizza* delante me devuelve las ganas de comer.

—¿Vas a cenar conmigo? —pregunto admirando la enorme *pizza*.

—Tu abuela me dijo que estaba de muerte.

—¿Nunca la has probado? —pregunto cogiendo un trozo entre mis manos.

—Hace poco que llegué a Nueva York. Tengo que hacerme con los sitios de esta gran ciudad.

—Pruébala y me dices —lo animo y luego le doy un bocado a mi trozo.

El profesor me mira con atención y luego le da un mordisco a su trozo.

—Es la mejor que he probado —anuncia relamiéndose los labios, mientras yo me quedo con la mirada fija en ellos y deseo ser ese queso.

—Gracias por una cena tan maravillosa —le agradezco cuando nos hemos comido la *pizza* entera.

—El placer ha sido mío. He hecho un gran descubrimiento.

Cuando observo que el profesor echa las cortinas, baja un poco la luz, se quita los zapatos y se pone cómodo en el sofá que hay en mi habitación, le pregunto:

—¿Qué haces?

—Voy a pasar la noche contigo —anuncia.

Me quedo seria, mirándolo, estallo en carcajadas al analizar sus palabras y le pregunto:

—¿Es una proposición, profesor? Porque la respuesta sería sí. Me encantas —reconozco mirándolo a los ojos—. Desde que te conocí siento algo que nunca he sentido antes. Y después del último beso que nos dimos… —Estoy dispuesta a confesarle lo que comienzo a sentir.

—Sarah, por favor —me corta de inmediato. Estoy sentada en la cama, frente a él y no quiero parar, deseo manifestarle todo lo que siento. En estos días en el hospital me he dado cuenta de que la vida es muy corta y hay que vivirla. Decir la verdad y no ocultar los sentimientos es de valientes, y yo nunca he sido una cobarde.

Me levanto de la cama y me coloco más cerca de él. Me atrevo a

llevar una de mis manos hasta su mejilla y acariciarlo. Él no me lo impide, todo lo contrario, se queda ahí con los ojos cerrados, suspirando ante mi contacto.

—No sé qué me pasa contigo, pero nunca había sentido esto antes. Creo que me estoy enamorando —me atrevo a confesar.

Le tomo la cara con ambas manos y me acerco a sus labios.

—No lo hagas, Sarah —me advierte—. No está bien. Soy tu profesor.

—Me da igual todo. Solo deseo volver a besarte. —Me lanzo sobre sus labios sin esperar respuesta y lo beso.

Para mi gran sorpresa, Matthew me corresponde y nos enredamos en un beso mucho más apasionado que el que nos dimos con anterioridad. Me siento a horcajadas sobre él, sin importarme la herida, y nos acomodamos en el sofá sin dejar de besarnos ni acariciarnos.

Cuando voy a subirle la sudadera Matthew me para y no deja que lo desnude.

—No, Sarah —manifiesta rotundo y contundente, alejándome de su lado.

—¿Por qué lo niegas? —pregunto, frustrada—. Es evidente que sientes algo por mí. No me creas tan inexperta como para no darme cuenta de que me has correspondido al beso con más ganas que el anterior.

—Esto es una locura. —Suspira.

—Solo los locos son los que viven la vida al máximo. Ser correcto y cuerdo resulta muy aburrido. —Lo beso de nuevo, pero Matthew vuelve a separarme de él.

—Estamos en un hospital. Puede llegar alguien —justifica. Lo miro con una ceja alzada y una media sonrisa, con una leve esperanza de que pueda admitir que siente algo por mí y los locos seamos los dos.

—Admite que no te soy indiferente —lo increpo.

—Sarah, eres guapísima. Tienes unos ojos verdes impresionantes. Tu rostro es perfecto, y tienes un cuerpo increíble. Joder, no soy ciego, pero eres mi alumna y tienes diecisiete años —me deja claro.

—Sé que no paso desapercibida a los hombres, no soy tonta. Pero lo

que quiero saber es si te atraigo, si cuando me miras sientes algo por mí.

—Solo tienes diecisiete años, Sarah —me recuerda de nuevo, como si no me pesase ya demasiado mi edad—. Soy once años mayor que tú.

—Sé contar —murmuro—. El próximo año estaré en la universidad. Dejaré de ser una niña encerrada en un internado —le manifiesto con esperanza. Necesito que me vea como a una mujer.

—Esto es una locura —repite con los ojos cerrados—. No puede ser.

—¿Y si no estuviese en el internado ni tú fueses mi profesor? Imagina que han pasado seis meses y yo ya he empezado la universidad y nos conocemos una noche de fiesta. ¿Lo verías todo como ahora? —le planteo.

—La diferencia de edad entre nosotros seguiría siendo la misma —murmura.

—Vamos, no seríamos los primeros. ¿Cuántos matrimonios existen con esa diferencia de edad entre ellos?

Se queda en silencio unos segundos hasta que finalmente admite:

—Sería diferente. —Doy un salto de alegría, una sonrisa se dibuja en mi rostro y lo miro con esperanzas.

—¿Me esperarías a que salga del internado? —pregunto.

—Mientras sea tu profesor en el Relish olvídate de que tengamos algo más que una relación de profesor y alumna.

Lo miro sonriente, sintiéndome triunfal y le pregunto:

—¿Sientes algo por mí?

—Ya te lo he dicho, eres muy guapa, y creo que hemos conectado de una forma especial.

—Me has salvado la vida —le recuerdo con gratitud.

—Sin embargo, no quiero arruinártela. Es mejor que lo dejemos aquí, Sarah —argumenta con el ceño fruncido.

—Ya veremos, Matt —insisto. Sé que siente algo por mí, pero no lo quiere admitir.

Cuando lo llamo de esta forma él alza la cabeza y me mira con un gesto sonriente.

—Matt —repite en un susurro.

—Sí, desde que nos besamos pienso en ti como Matt. Ni como el

profesor Fuller ni como Matthew —revelo acercándome a él. Cierta atracción que no puedo parar me atrae hacia su persona.

De repente, la puerta se abre y aparece mi padre. Matt y yo lo miramos, serios, y nos quedamos de una pieza. ¿Qué hace en el hospital tan tarde? Pensé que estaba fuera de viaje de negocios.

Mi padre mira al profesor y luego se centra en mí.

—Me agrada que estés tan aplicada y no hayas rechazado las clases de refuerzo que tu abuela consideró oportunas —comenta con cierto tono.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto algo inquieta.

—He venido a ver cómo estabas, tu abuela no deja de darme las quejas porque no estoy aquí de forma permanente, y a comunicarte que la investigación privada que solicité sobre el incendio determina que fue provocado, pero que tú no pudiste hacerlo. No ibas a ser tan tonta de quedarte en un lugar donde no podías salir y era tu muerte segura —anuncia con frialdad, sin importarle la presencia de Matt ni tan siquiera mirarlo. Lo trata como a un mueble más de la habitación.

—Perdón, los dejo solos —dice Matt.

Mi padre lo mira y asiente. El profesor sale de la habitación en silencio mientras proceso la información que mi padre me acaba de dar.

—¿Ahora me crees? —le pregunto dolida.

—Sarah, no seas dramática. Existía un informe de los bomberos en los que certificaban que el fuego fue provocado y tú eras la única persona en esa cocina.

—Y tú me condenaste a la primera.

—Todo apuntaba en tu dirección. Odias ese internado —alega.

Estoy a punto de soltarle que también lo odio a él por muchas cosas, pero me quedo callada. Quiero llevar la fiesta en paz hasta que me matricule en una universidad y alquile un piso para estudiar lejos de él y pueda hacer la vida que deseo.

—Déjalo, papá. Estoy cansada. Voy a dormir —miento para que se vaya cuanto antes.

—Me quedaré un rato.

Lo miro, me meto en la cama y apago la luz. Él se sienta en el lugar

que ocupaba el profesor, saca su móvil y comienza a escribir. Seguro que sigue trabajando. Es un adicto al trabajo y a controlarlo todo. Yo cierro los ojos y me sumerjo en el recuerdo del nuevo beso que Matt y yo nos hemos dado. Pienso en nuestra conversación y esbozo una sonrisa al imaginar que en un futuro podremos llegar a tener algo. Siento cómo mil mariposas revolotean en mi estómago y cierta felicidad, hasta el momento desconocida en mi vida, aparece de golpe. Pese a la inesperada aparición de mi padre, puedo decir que ha sido una noche mágica. Ver entrar a Matt por sorpresa en mi habitación, con mi pizza favorita, cenar con él y como postre el beso que nos dimos pasa a ser uno de los mejores recuerdos de mi vida.

11

Los dos sucesivos días que paso en el hospital Matt no vuelve más. Mi abuela me informa que tiene un catarro y se encuentra mal, pero no lo creo. Estoy segura de que está poniendo distancia entre nosotros después de nuestro último beso y de la conversación que tuvimos. Creo que tiene miedo de volver a estar a solas conmigo, pero Matt no me conoce. Si quiere jugar a esto, vamos a jugar.

Cuando me dan el alta en el hospital convenzo a mi abuela para que me deje volver al internado y allí me hagan las curas necesarias. Mi abuela sabe todo lo que necesito a mis amigas en mi vida y en cuanto le ruego un par de veces accede a dejarme volver al internado. A mi padre ni le pregunto, está de viaje de negocios de nuevo, además, a él siempre le parece bien que yo permanezca encerrada y controlada. Desde que mi hermana murió en un accidente de tráfico con tres amigos tras salir de una fiesta se volvió muy protector conmigo.

Le pido a mi abuela que no le diga nada a mis amigas de mi vuelta tan temprana al internado porque quiero sorprenderlas, pero en realidad a quien le quiero dar una sorpresa es a Matt. Si se ha pensado que alejándose de mí me iba a olvidar de él está muy equivocado.

El chófer de mi abuela me acompaña hasta el interior del internado, donde me encuentro con mis amigas y nos fundimos en besos y abrazos. Ellas son las encargadas de llevar mi maleta hasta nuestra habitación.

—¡¿Cómo has regresado tan pronto?! Te esperábamos la semana próxima —dice Ava.

—Quiero estar con vosotras. Y sí, odio este internado, pero no estoy dispuesta a perder muchas clases. El final está cerca y quiero salir de aquí con unas buenas notas para elegir una gran universidad.

—¿Estás bien? —pregunta Madison mientras me siento en mi cama con todas mis amigas alrededor.

—Sí.

—¿Seguro? —insiste mirándome fijamente. Ella es la que mejor me conoce de todas.

—Ha sido un poco duro estos días en el hospital. La herida me duele y pensar que el fuego fue provocado…

—¿No fue un accidente? ¿Un corto circuito o algo así? —pregunta con sorpresa Chloe.

El resto de mis amigas me miran con sorpresa.

—Mi padre dice que el informe de los bomberos determina que el fuego fue provocado. Inicialmente me acusó de ser yo.

—¡¿Cómo?! —preguntan las tres a la vez con los ojos muy abiertos.

—Mi padre ordenó otra investigación privada y determina que yo no pude hacerlo, o al menos no hubiese sido tan tonta de quedarme en un lugar del que no podía salir y era mi muerte segura —les revelo.

—¿Quién fue? —inquiere Chloe.

—En el internado solo estábamos cinco personas. El profesor, los señores Graham, Jennifer y yo. Los de seguridad no cuentan porque ellos están fuera.

—El profesor te salvó y los señores Graham te quieren como a una hija —comenta Ava.

—¿Qué estás queriendo decir? —pregunta Madison.

—Jennifer es la sospechosa principal —determina.

—Me odia, pero de ahí a querer matarme… —murmuro, pensativa. No había pensado en ella, sino en alguien externo al internado.

—Desde que sucedió el incendio no ha venido más por aquí. Según dicen sus amigas pasó mucho miedo y está afectada emocionalmente.

—Ella no estaba cuando pasó todo. De hecho, no la vi cuando llegaron los bomberos ni me llevó la ambulancia —recuerdo, extrañada.

—Esa zorra… —murmura Ava.

—¡¿Cómo ha podido?! —dice Madison.

—Chicas, estamos dando por hecho algo muy grave.

—Sarah, Jennifer te odia. Yo sí la veo capaz de hacerlo. Envidia todo de ti. Lo rica que eres, el poder de tu padre, tus ojos, tu pelo… —dice Chloe.

Me quedo pensativa y la piel se me pone de gallina. Pensar que

alguien quiera matarme, y más ella, la que una vez fue mi amiga, me corta el cuerpo.

—¿Cómo podemos averiguar si fue Jennifer la culpable del incendio? —pregunto con la respiración alterada.

—No fue un cortocircuito ni un accidente, y solo estabais en el internado cinco personas de las cuales ella es la única que te odia tanto como para querer matarte —argumenta Chloe, convencida de ello.

—Es envidiosa, caprichosa y haría cualquier cosa para molestarme, pero ¿matarme? —pregunto sin poder llegar a creerlo.

—Creo que no supera que la mayoría de las chicas escogiésemos la opción de París para el viaje de fin de curso y su propuesta no fuese votada más que por ella y sus dos amigas —recuerda Madison.

—Tiene que haber alguna razón más poderosa —indico, pensativa.

—Tu padre tiene muchísimo más dinero que el suyo, de hecho, leí que el grupo Bennett quería comprar la naviera del padre de Jennifer —manifiesta Chloe.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa. Mi padre se dedica al mundo textil. Tiene tiendas por todo el mundo—. ¿Para qué iba a querer mi padre una naviera?

—Pregúntaselo, pero tiene sentido. Al tener su propia flota transportaría vuestra mercancía textil a menor precio —dice Madison. Ella es la más inteligente de las cuatro. Me quedo fría al escuchar esto y guardo silencio.

—No hablo con mi padre de estos temas, pero le preguntaré a mi abuela. —No voy a quedarme con la duda.

—Bueno, vamos a celebrar que estás de vuelta y bien. Olvidemos a Jennifer —propone Madison.

Mis amigas tiran de mi mano y me llevan al jardín. Tenemos tiempo libre hasta que comiencen las horas de estudio obligadas en la biblioteca como cada tarde. Nos sentamos en el césped, hace un buen día de sol, mientras yo busco con la mirada a Matt. No les he contado a mis amigas la verdadera razón de mi vuelta tan temprana ni mi beso con el profesor, pero, por el momento, prefiero llevarlo en secreto.

De repente, siento el ruido de una moto. Giro la mirada y me

encuentro con Matt bajándose de ella. Observo al detalle cómo se quita el casco, zarandea la cabeza y su pelo rubio oscuro se mueve. El corazón me da un vuelco al verlo ahí. Él deja el casco y comienza a caminar con aire despreocupado, impresionante y guapísimo, lleva unas gafas de sol negras que le sientan de maravilla.

—Profesor —grita Ava—. Sarah ha vuelto —llama su atención mientras que siento la mirada de Matt, a través de sus gafas, clavada en mí.

Continúa caminando en mi dirección mientras me retuerzo las manos, algo nerviosa. No había previsto nuestro primer encuentro así.

—Sarah, qué alegría verte de nuevo por aquí. ¿Estás bien del todo? Pensé que te quedaban algunos días más de reposo en casa —comenta mientras se quita las gafas de sol. Siento su mirada turquesa clavada en mis ojos. Solo él y yo sabemos lo que ha pasado entre los dos, pero en esos momentos llego a pensar que si continuamos mirándonos así y tan cerca como estamos pueden descubrirnos y no es mi intención, por el momento.

—Estoy bien, quería estar con mis amigas y perder el menor número de clases posibles. Estamos en la recta final del curso y quiero aprobar todo con buenas notas. —Tengo ganas de echarle en cara que ha sido un cobarde al renunciar a continuar dándome clases particulares, pero me lo reservo para cuando estemos a solas.

Él me mira como intentando indagar en mis ojos qué pasa, mi tono de voz es serio y mi actitud distante.

—Me alegro. Te veo mañana en clase —se despide. Se nota que va con prisa.

Yo me quedo mirándolo mientras camina en dirección a la entrada del internado.

—¡Qué guapo es! —escucho que suspira Ava.

—Tiene que pasar muchas horas en el gimnasio para tener ese cuerpazo —murmura Chloe.

—Dejad de fantasear con él, seguro que tiene novia —dice Madison, haciendo que todas volvamos a la realidad.

Nos quedamos en silencio mientras siento las miradas de mis amigas clavadas en mí.

—¿Qué piensas de él? —me pregunta Ava de forma directa.

—Que es un creído y un prepotente. Sabe que es un tío guapo, que está bueno y que todas le miramos, seguro que eso le sube el ego —suelto con rabia. Estoy muy enfadada con él.

—Aparte de eso, es el mejor profesor que hemos tenido —argumenta Madison—. Le interesa que aprendamos y sabe explicar.

Suspiro porque lo defienda, pero reconozco que tiene razón.

—Cambiemos de tema, chicas —nos anima Chloe—. París nos espera dentro de poco y seguro que allí conocemos a unos tíos impresionantes. Es la cuidad del amor, igual encontramos al amor de nuestras vidas.

—Solo vamos a estar diez días, ¿quién se enamora en tan poco tiempo? —pregunta Ava.

La miro y suspiro. Creo que me enamoré de Matt en menos tiempo.

Comenzamos a hablar de lo que haremos en París y todo lo que visitaremos cuando nos damos cuenta de que tenemos que ir a la biblioteca para estudiar. Tenemos tres horas de estudios diarias obligadas, luego ya podemos hacer lo que queramos.

Cuando llevamos en la biblioteca una hora me levanto y le indico al profesor que vigila la sala que tengo que salir porque me tengo que cambiar el vendaje de la herida, me cree y de esta forma tengo vía libre y dispongo de tiempo para dejar a mis amigas en la biblioteca e ir al despacho del profesor y plantarle cara. Por suerte hoy es su día de tutoría y sé que aún estará en el internado.

12

Cuando llego a la puerta del despacho del profesor Fuller descubro que está entreabierta. Aguardo unos segundos detrás mientras escucho movimientos en el interior. No habla con nadie, solo percibo que escribe en el ordenador con rapidez. Tomo una bocanada de aire, cuadro los hombros, me adentro en el despacho sin llamar, con valentía y cierro la puerta.

—Eres un completo cobarde. ¿De qué tienes miedo? —lo encaro con las manos apoyadas en el respaldo de una de las sillas que tiene delante de su mesa.

—Sarah —susurra con los ojos desencajados al verme. Se levanta y se asegura de que la puerta está cerrada—. ¿Qué haces aquí? —pregunta con sorpresa.

—Tengo dudas. ¿Las horas de tutorías no son para que nos aclares las dudas? Pues a ello vengo, profesor —exijo con cierto deje en la última palabra.

—Aquí no, Sarah —susurra bajito, acercándose a mí.

—No me has dejado otra opción. Desapareciste del hospital y declinaste ir a mi casa alegando un resfriado. Yo te veo muy bien —aprecio mirándolo a los ojos directamente.

—Era lo mejor, poner cierta distancia después de lo sucedido —argumenta con pesar.

—¿Pensabas que así lo iba a olvidar? —pregunto de golpe, con garra, acercándome a él—. Nunca me habían besado antes como tú lo hiciste, ni había sentido nada parecido —confieso sin miedos—. Jamás olvidaré los besos que nos dimos. Dime que para ti no significaron nada —lo acorralo, acercándome más a él.

—Sarah, soy tu profesor —dice en su defensa.

—Dime algo que no sepa.

—Necesito el trabajo, no puedo jugarme el puesto —manifiesta

apurado y nervioso.

Me acerco más a él y me atrevo a llevar mis manos hasta su pecho. Lo acaricio a través de la tela de la camisa mientras Matt cierra los ojos.

—No te estoy pidiendo que nos paseemos por este internado de la mano —le susurro en el oído, bajito, atrevida y sensual.

—Entonces, ¿qué pretendes? —pregunta, desconcertado.

—Por ahora, que admitas que los besos que nos dimos significaron algo para ti.

Llevo mis manos hacia su cuello y puedo sentir su nerviosismo.

—Está bien. Sentí algo, ¿contenta? —pregunta tomándome las manos con las suyas y alejándome de él.

Le sonrío, satisfecha y le indico:

—Mucho.

—Algo entre tú y yo es imposible —me deja claro.

—Ya veremos —contesto, sonriente. Me pongo de puntillas, el profesor es muy alto, y me atrevo a darle un simple beso en los labios. Él se queda desconcertado por mi actitud mientras yo disfruto del momento—. Gracias, ya has resuelto todas mis dudas.

Me doy media vuelta y me marcho, dejándolo allí plantado con cara de pasmarote.

Camino por el pasillo, hasta llegar a la biblioteca, feliz, como una niña por el campo. Solo me falta saltar y cantar de alegría. He comprobado que el profesor tiene miedo, pero yo le voy a enseñar la mejor lección de su vida.

Regreso a la biblioteca con mis amigas, hago como la que estudio y luego nos marchamos a nuestra habitación. Ellas me encuentran algo rara, me preguntan si me pasa algo, pero me escudo en el dolor de la herida.

Me meto en la cama temprano y sueño con el futuro, uno muy feliz junto a un hombre de ojos color turquesa que me miran con un brillo muy especial.

A la mañana siguiente me levanto con energía y contenta, nunca había tenido esta actitud ante una clase a primera hora de matemáticas, pero ver a Matt me anima.

Cuando entra en clase lo miro y admiro, está igual de atractivo cuando viste de manera formal que informal, tiene algo especial que me atrae sin querer. Es su forma de caminar, su voz, sus ojos, lo guapísimo que es…

Sentada en primera fila no dejo de observarlo al detalle mientras explica en la pizarra una lección nueva. No presto atención a ella, solo a él. Creo que el profesor se da cuenta cuando me pregunta:

—Sarah, ¿lo has entendido?

—Sí, sí —contesto de inmediato mientras rezo para que no me haga ninguna pregunta más.

—Bien. Mañana tendremos examen —anuncia de golpe mientras un murmullo de quejas envuelve toda el aula.

Al finalizar la clase me quedo rezagada a posta, para quedarme unos minutos a solas con el profesor.

—¿Todo bien, Sarah? —pregunta mientras recoge sus cosas y las introduce en su maletín.

—No estoy preparada para un examen mañana —anuncio sin decirle que no he prestado atención a la clase, solo a él.

—Estudia. Tienes toda la tarde.

—Matt —lo llamo así de forma involuntaria. Con mis amigas y en clase es el profesor Fuller—. ¿Podrías darme una tutoría de repaso? —le propongo—. Tengo muchas dudas.

—Imposible, Sarah —niega con la cabeza de forma rotunda—. Esta tarde tengo cosas que hacer.

—¿No me puedes dedicar ni media hora? —insisto.

—No estaré en el internado —dice de forma seria y rotundo.

Estoy a punto de preguntarle dónde estará, pero no me siento con el suficiente derecho a hacerlo.

El profesor recoge todas sus pertenencias y se marcha con prisa, dejándome sola en el aula mientras pienso que sigue huyendo de mí.

Paso el resto de la tarde estudiando con mis amigas en la biblioteca. Madison intenta que comprenda lo que ha explicado el profesor esta mañana, pero mi mente está en otra cosa.

Al día siguiente, cuando llega la hora del examen y el profesor Fuller me entrega el folio con los ejercicios y preguntas lo miro a los

ojos, él esquiva mi mirada y una idea surge en mi mente. Sonrío, cojo un bolígrafo y la pongo en práctica. Quizás si le manifiesto lo que siento por escrito y lo puede leer una y otra vez no continúe alejándose de mí cada vez más.

En vez de responder a las cuestiones del examen empiezo por explicarle al profesor lo que sentí desde la primera vez que lo vi:

Querido profesor Fuller, no va a resultar fácil para mí, pero creo que ir de frente y decir lo que somos y lo que sentimos es lo más honesto en esta vida. Desde que te vi aparecer por primera vez en el internado, todo vestido de negro en tu moto, algo dentro de mí cambió. Vivía sin una ilusión ni una luz que me alegrase cada mañana cuando me despertaba, pero fue conocerte y comencé a pensar en ti. En un principio creí que era un mero encaprichamiento, eres un tío guapo y estás como un tren, pero después de salvarme la vida descubrí que no me había atraído de ti tu impresionante físico, sino lo que me transmitían tus ojos, que en resumen es lo que llevas en el corazón.

No te idolatré por salvarme la vida ni actuar con la valentía que lo hiciste, en el hospital me di cuenta de que sentía algo muy profundo por ti. Y tras besarnos en un par de ocasiones descubrí que estoy enamorada de ti. No sé cómo ha sucedido, pero es una realidad. Pienso en ti a todas horas, te deseo con toda mi alma y necesito estar cerca de ti, que me abraces y me beses para sentirme viva y feliz.

Te suplico que no tengas miedo a esto, sé que tú también sientes algo por mí. Tus ojos no mienten. No me importa la diferencia de edad. En unos meses ya no seré una niña de instituto. Estaré en la universidad y tendré una vida en libertad como la que llevo soñando desde hace años.

No te alejes de mí. Seamos amigos, por ahora. Sabiendo cada uno lo que esconde la mirada del otro, y cuando salga de este internado podremos dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

¿Qué me dices? ¿Podrás esperarme dos meses? No quiero ponerte en una difícil situación mientras yo sea tu alumna.

Pd: Hasta el momento no creía en el amor a primera vista, sin embargo, tras conocerte doy fe de ello.

Te quiero, Matt. Existe algo muy poderoso, que no sé explicar, que me

atrae hacia ti. A veces, siento miedo, sin embargo, es un miedo bonito. Sé que nos esperan momentos maravillosos. Atrévete. Dame una esperanza. Tú también lo deseas.

Cuando termina el examen le entrego el mío como todas mis compañeras y salgo de la clase con una sonrisa pintada en los labios.

Mi amiga Chloe me pregunta:

—¿Te ha salido bien? Te noto muy contenta.

—Creo que ha sido el mejor examen de mi vida. Espero que la respuesta sea positiva —le indico con la mirada clavada en Matt, mientras abandona el aula y pasa por nuestro lado en el pasillo.

13

Paso un día un poco intranquila, pensando en qué momento leerá Matt mi examen y cómo se tomará todo lo que le he expuesto. Mis amigas sienten mi inquietud y lo solapo con el hecho de que me duele un poco mi herida.

Al final de la tarde llega la enfermera del internado, me cura la herida y cuando salgo de la enfermería me encuentro con el profesor por el pasillo. Estamos solos, lo miro mientras mil mariposas revolotean en mi estómago. Me acerco a él con valentía y me atrevo a preguntarle:

—¿Cuánto tendremos las notas del examen? ¿Lo has corregido ya?

El profesor me mira serio y sé de inmediato que ha leído mi examen.

—¡¿Cómo se te ocurre hacer algo así?! —me reprende mirando que no venga nadie por el pasillo. Me toma del brazo y me aparta a un rincón, muy enfadado.

—¿El resultado de mi examen es positivo o negativo? —pregunto con una sonrisa traviesa, mientras me armo de valor. Mi interior tiembla de miedo por una posible negativa.

—Estás loca. En este internado están controlados los exámenes. Tengo que entregarlo a la dirección una vez corregidos. Mañana vendrás a mi despacho y harás un examen de verdad —ordena, serio y rotundo.

—¿No tienes nada que decirme de este? ¿Qué te ha parecido? —insisto, aparentando tranquilidad.

Matt resopla, se toca el pelo y la cara, lo siento agobiado. Yo lo miro expectante.

—Sarah… —comienza a decir.

—Es muy simple, sí o no a lo que te he expuesto. ¿Podemos tener una relación especial? —le pregunto con claridad. Exigiéndole una respuesta clara.

—Cataloga qué es especial para ti —me pide con los ojos entrecerrados.

—Ser amigos. Tener tu teléfono, llamarnos fuera de clases, conocerte más, hablar…

—No puede haber nada más entre nosotros mientras sea tu profesor aquí —me deja claro.

—Lo sé, sería complicado. Me conformo con ser tu amiga y que me esperes a que salga de este internado. Solo faltan dos meses —le recuerdo con ansia.

—Vale —acepta finalmente.

Lo miro sin creerlo, doy un salto y tengo que llevarme las manos a la boca para acallar un grito de alegría. En un impulso me abrazo a él y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias.

—No me las des. Esto no va a ser fácil para ninguno de los dos. Te espero mañana por la tarde en mi despacho. Acude sola con la excusa de que tienes dudas sobre la clase de mañana.

—Lo haré. —Cuando veo que tiene intenciones de marcharse lo tomo por el brazo y le indico—: Te olvidas de algo. —Lo miro sonriente, a la espera.

—No. Hemos dicho amigos —me deja claro.

—Me refería a tu teléfono. Dame tu número —especifico.

Él se queda en silencio y lo medita.

—¿Dónde lo vas a apuntar? —pregunta.

—Si tienes un bolígrafo, aquí en mi pierna —le indico mientras me subo un poco la falda del uniforme.

Matt suspira, yo sonrío y él termina dándome un bolígrafo y su número de teléfono.

—Te enviaré un mensaje esta noche y ya sabrás mi número.

—¿Esta noche? No podéis tener móviles en el internado.

—La mayoría de las chicas los tenemos escondidos —le revelo, sé que no nos va a delatar.

Él sonríe y yo estoy a punto de darle un beso en sus maravillosos labios, pero me contengo. No quiero comenzar mal. Me acerco a él y le susurro en el oído a modo de despedida:

—Guárdame el secreto.

Me doy media vuelta y me marcho, sonriente y contoneando mis caderas a conciencia, sé que el profesor me mira. A medio pasillo me doy la vuelta y compruebo que él sigue ahí. Le lanzo un beso con la mano y continúo mi camino, inmensamente feliz. Soñando con un futuro, con él y todo lo que llegará dentro de unos meses. Siempre me imaginé que mi vida comenzaría de verdad al salir de este internado y empezar en la universidad, cuando viviese sola, pero jamás llegué a imaginar que lo haría enamorada y con un hombre como Matt.

Voy directa a la habitación, grabo el número de Matt en mi teléfono, me ducho y borro los números de mi piel, sin que quede rastro alguno. Ni me molesto en bajar a cenar. No tengo hambre, además voy a aprovechar que no están las chicas para ponerle un mensaje con tranquilidad sin que me pregunten con quién me estoy mensajeando.

Una vez tumbada en mi cama, en pijama, con el pelo mojado y el móvil en mis manos pienso qué decirle en el primer mensaje que le envíe. Escribo:

Quiero ser tu mejor amiga, por ahora. Dentro de un par de meses querré mucho más. ¿Qué me dices?

Envío el mensaje y espero contestación. Observo que aparece en línea y una sonrisa se pinta en mis labios. Me llevo un dedo a la boca y me lo muerdo, impaciente ante su respuesta.

Estoy deseando conocerte más. Desde la primera vez que te vi llamaste mi atención, Sarah. Eres especial, hay algo en ti que no me permite alejarme como mi razón me indica. Te has colado en mi corazón.

Tengo que leer todas sus palabras en más de tres ocasiones para asimilar el sueño en el que estoy inmersa. Abro su foto de perfil y lo admiro, es tan guapo.

¿Qué te gustaría saber de mí?

Le pregunto, intrigada.

Todo.

Responde de inmediato, sonrío y cambio mi posición en la cama mientras ruedo por ella, feliz.

De repente, siento que mis amigas se acercan a la habitación y sé

que tengo que cortar la conversación con Matt, por el momento no quiero que sepan nada.

Tengo que dejarte, vienen las chicas y no quiero que vean que hablo contigo. Te veo mañana.

Le envío un emoticono con un beso a modo de despedida, él me contesta:

Que descanses, mejor amiga. Un beso.

Guardo mi teléfono debajo de la almohada antes de que lleguen mis amigas y me pregunten la razón que me ha mantenido en la habitación sin bajar a cenar.

Charlamos de forma animada antes de dormir, como cada noche hasta que nos obligan a apagar las luces y, por primera vez, cuando cierro los ojos y me acurruco en la cama, recordando todo lo que Matt y yo nos hemos prometido siento el corazón rebosante de felicidad. Tenemos que ir con cuidado, me va a costar ser su amiga y no lanzarme a sus brazos ni a sus labios, pero solo serán un par de meses. Luego podré darle todos los besos y abrazos que voy a anhelar en este tiempo.

14

—Hoy tienes un brillo especial en la mirada. ¿Hay algo que nos quieras contar? —me pregunta Madison mientras desayunamos.

—Nada. Estoy feliz. Me encuentro muy bien.

—Estás diferente —aprecia Ava mirándome a los ojos fijamente, tratando de averiguar qué me tiene así.

—El incendio me cambió, ver que pude morir ahí me hizo despertar y apreciar todo lo que me rodea. Vosotras, mi abuela, salir de este internado en breve, el viaje de fin de curso, la universidad… —enumero con ilusión.

—Me gusta verte así de alegre —dice Chloe—, pareces otra. La versión mejorada de Sarah Bennett. Últimamente estabas un poco apagada.

—Me he reactivado, chicas. Vamos, la clase de matemáticas nos espera —les recuerdo levantándome de la mesa.

—¿Desde cuándo te hace ilusión ir a una clase de matemáticas? —pregunta Ava con sorpresa.

—Pues como a todas, desde que el profesor Fuller llegó —suelta Chloe—. Es la mejor fórmula matemática que he visto jamás.

Todas estallamos en carcajadas mientras nos dirigimos a la clase.

Cuando el profesor entra en el aula todas estamos revueltas por la estancia, él nos pide que ocupemos nuestros asientos y silencio. Aprecio que evita mirarme de forma directa, sin embargo, yo no le quito ojo.

—La nota de los exámenes las tendréis mañana —anuncia antes de comenzar con un nuevo ejercicio en la pizarra.

Presto atención a la clase y descubro que es un repaso del examen que hicimos ayer. Lo miro sonriente, agradecida para el examen que me espera esta tarde a solas en su despacho.

La clase finaliza sin que Matt me dirija una sola mirada especial.

El resto del día, hasta la hora de la tutoría, se me hace muy largo.

Anhelo volverlo a ver y estar a solas con él. Sé que mis amigas me observan porque me ven diferente, pero yo también siento que lo estoy. Me siento más viva, con más ilusión y como si algo en mí hubiese despertado y fuese otra Sarah a la de antes.

Cuando llego al despacho del profesor me espera. Entro y cierro la puerta. Nos miramos en silencio y nos sonreímos, sin ninguno saber cómo comportarse. Tengo ganas de ir hasta él, abrazarlo y besarlo, pero no es lo acordado y necesito que confíe en mí.

Me siento en la silla que hay delante de su mesa y me extiende el examen.

—Espero que no tengas dudas y saques una buena nota. Estaré aquí, pero no podré ayudarte. Necesito que estés en las mismas condiciones que el resto de exámenes de tus compañeras.

—Lo entiendo —le indico con un asentimiento de cabeza—. No quiero privilegios como alumna, los deseo como tu amiga —murmuro mientras agacho la cabeza, cojo el bolígrafo y comienzo a hacer el examen.

Por el rabillo del ojo aprecio una sonrisa en los labios de Matt, pero no dice nada, solo me mira con atención. Yo me concentro en los ejercicios del examen mientras que él no deja de mirarme todo el tiempo, sentado frente a mí.

—He terminado —anuncio y observo su cara de sorpresa. Creo que no esperaba que lo hiciese tan rápido.

—Bien. Mañana sabrás la nota, junto al resto de tus compañeras.

—¿No tendré ningún tipo de privilegio? —pregunto de forma coqueta, mirándolo, sonriente.

—Como alumna, ninguno —me deja claro.

Sonrío, me levanto de mi asiento, imitándolo en el gesto y me acerco a él cuando va hacia la puerta para abrirla.

—Gracias por esta pequeña concesión —le indico mirando mi folio del examen, aún sobre su mesa.

—No te confundas, esto nos salva el pelo a los dos. Te recuerdo que tengo que entregar todos los exámenes que hacéis en dirección. ¿Qué hubiese dicho la señora Larson si le entrego *tu otro examen*? —pregunta mirándome con atención.

Alzo mis ojos hacia los suyos, estamos muy cerca, puedo sentir su respiración. Matt me mira serio mientras que yo esbozo una sonrisa al imaginar lo que me expone.

—Seguramente hubiese pensado que soy una persona muy sincera y valiente, que se ha atrevido a decirle al guapo profesor lo que sintió por él desde el primer momento que lo vio, aparte de deberle su vida y estarle agradecida desde lo más profundo de su corazón —susurro muy cerca de sus labios. Me coloco de puntillas y me atrevo a darle un pico, luego me giro y abro la puerta. Antes de marcharme le guiño el ojo y él me sonríe de una forma que acelera mi corazón hasta límites insospechados.

***

Estamos terminando la última clase del día cuando la señora Larson se acerca a mí y me pide que la acompañe a su despacho. Mientras camino detrás de ella, con la mirada fija en su recta espalda y su moño estirado, tanto como lo es ella, pienso sí he hecho algo últimamente por lo que deba ser llamada a su despacho. Desde luego ir allí no es para nada bueno. Cierta inquietud me agobia por el hecho de que haya podido averiguar mi amistad especial con el profesor Fuller o que mi examen haya caído en sus manos.

Cuando entro en el despacho me encuentro dentro a mi padre y el profesor Fuller. Ambos están de pie, callados y serios. Me retuerzo las manos mientras que miro a mi padre, que se acerca a mí y me da un beso en el cabello y me toma por la cintura para mantenerme a su lado. Yo miro a Matt mientras rezo por dentro y todo mi cuerpo está en tensión. Trato de adivinar en su mirada qué está pasando, pero no logro ver nada.

La señora Larson se coloca detrás de su mesa, pero no toma asiento. Nos mira a los tres.

—¿Qué pasa, papá? —pregunto en un susurro.

—Tranquila, hija —me indica mientras mira hacia la directora.

Yo poso la mirada en Matt, pero él no me mira. Le suplico en silencio que lo haga, pero no lo hace.

—Estamos aquí por un asunto muy delicado —anuncia la directora.

—Papá, yo… —comienzo a decir, con la mirada clavada en Matt. No quiero que mi imprudencia le cueste el puesto de trabajo. Estoy segura de que mi examen ha caído en manos de la directora.

—No tienes que decir nada, hija. Nosotros estamos aquí para que nos den una explicación y nos pidan disculpas —manifiesta altivo. Cuando mi padre habla así da miedo.

Observo a la directora y es la primera vez que veo que agacha la cabeza ante alguien y baja la mirada. ¿Qué está pasando?

La señora Larson le hace una señal a Matt, a mí se me acelera el corazón y cuando él entiende el gesto procede a abrir la puerta del despacho.

Me quedo como una estatua cuando veo aparecer a Jennifer con una mano vendada y a sus padres al lado. De inmediato, alzo la mirada hacia los ojos de mi padre, es un hombre alto y corpulento, para que me explique qué está pasando.

—Sarah, estamos aquí porque Jennifer va a pedirte perdón —anuncia la directora.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa, mirándola de arriba abajo.

Mi enemiga está custodiada por sus padres y siento en su mirada que me odia más que nunca.

—Jennifer, ¿qué tenías que decirle a mi hija? —le indica mi padre con voz queda y distante, implacable. Lo observo y parece un dios. Su semblante es serio, sin embargo, sé que se siente poderoso y triunfador. No me cabe la menor duda de que él ha organizado todo este número.

—Lo siento, Sarah. Se me fue de las manos —balbucea Jennifer. Su madre la tiene tomada de la mano mientras mi rival tiene un nudo en la garganta que le impide continuar hablando y varias lágrimas ruedan por sus mejillas.

—Fue mucho más que eso —determina mi padre, rotundo—. Mi hija no estaría viva de no ser porque el profesor Fuller la rescató con valentía.

Cuando escucho las palabras de mi padre, que santifica a Matt, mi intranquilidad cesa y un gran descanso se apodera de mi cuerpo. Que

él esté fuera de todo esto me tranquiliza. Luego miro a mi padre y a Jennifer, mientras asimilo todo lo que está sucediendo. Tras unos segundos en silencio, balbuceo:

—¿Quisiste matarme? —La miro sin creerlo.

—Ya te dije que se me fue de las manos, mi intención fue asustarte. No soy una asesina. —Jennifer rompe a llorar mientras su padre la abraza.

Yo miro a mi padre, él solo asiente, mientras me pregunto qué viene ahora.

—Sarah, te ruego que me perdones. Te juro que nunca más haré nada igual. Podemos volver a ser amigas como antes. —Jennifer se acerca a mí, me coge de las manos y me suplica con la mirada.

En ese instante solo me importa ser la mejor hija ante mi padre, por ello le exijo a Jennifer:

—Ya que estamos aquí reunidos, ¿puedes enumerar todas las ocasiones en las que me has hecho la vida imposible y has conseguido que me castigasen por tu culpa?

Jennifer me mira con los ojos echando chispas, traga con dificultad y luego, mirando a la directora y a mi padre, confiesa todo mientras yo siento cómo mi padre acaricia mi espalda de arriba abajo. Creo que es su forma de pedirme perdón por todas las veces que no me creyó.

Una vez que Jennifer ha confesado, sus padres la miran serios mientras ella misma no sabe dónde meterse. Luego es mi padre quién toma la palabra:

—Sarah, está en tus manos el futuro de Jennifer. Puede ser expulsada del internado y podemos tomar acciones legales en su contra por lo del incendio. Tú decides, hija.

Miro a mi padre y luego a Matt, que está en un rincón del despacho.

—Por favor —escucho el susurro de Jennifer. Su voz suena arrepentida y su mirada es suplicante.

Vuelvo a mirar a mi padre, situado a mi derecha y a la señora Larson. Todos permanecen en silencio mientras siento que tengo que tomar la decisión más difícil de mi vida.

—Perdona a nuestra hija —me ruegan los padres de Jennifer—.

Mide las consecuencias que tendrá para ella si decides echarla del internado y tomar acciones legales en su contra.

—¿Midió Jennifer las consecuencias cuando me dejó atrapada en la cocina incendiada? —espeto con dolor, recordando la agonía que pasé hasta que Matt apareció y me rescató.

—Sarah, la grandeza de las personas reside en saber perdonar, no en actuar con odio y rencor por los actos de otros —resuena la voz de Matt desde el lugar en el que permanece.

Alzo la mirada hacia él y tomo una gran bocanada de aire. Miro a mi padre y le indico:

—Está bien, no hagas nada.

El poderoso Liam Bennett asiente con un gesto de la cabeza y mira a los padres de Jennifer. Ella suspira y me dice:

—Gracias.

Cuando va a abrazarme doy un paso atrás.

—Te quiero muy lejos de mi lado, no me mires, no me hables ni te cruces en mi camino en este tiempo que nos queda en el internado —le exijo—. No tomaré represalias por lo que me hiciste, pero no volveré a ser tu amiga.

Se hace un silencio en el despacho.

—Puedes subir a tu cuarto, Jennifer —le indica la directora—. Y por favor, chicas, les ruego que todo esto quede aquí. El incendio fue un accidente, por el bien de todos —nos recuerda la señora Larson.

—Espero que lo que su hija trató de hacer en contra de Sarah no tenga nada que ver con el hecho de que he comprado su empresa. Eso son negocios. Yo solo tuve una gran oportunidad y la aproveché, gracias a ello no caerán en la ruina —comenta mi padre para mi asombro.

Los padres de Jennifer no dicen nada, solo le dedican un gesto de agradecimiento a mi padre extendiéndoles la mano y se marchan con su hija. Mientras yo me quedo pensativa en las palabras de mi padre, que se acerca, me da un abrazo y un beso, me mira orgulloso y me indica:

—Confiaba en tu nobleza, hija. —Luego da unos pasos, se dirige a Matt, le extiende la mano y le dice—: Profesor, gracias por todo.

—No hay de qué señor Bennett.

—Tiene usted todo mi apoyo —le deja claro y luego mira a la directora.

Mi padre y yo salimos del despacho y él, como siempre, tiene mucha prisa. Me da un abrazo y nos despedimos cerca de su coche hasta el fin de semana que vuelva a casa.

Tras ver marcharse el coche de mi padre, tomo una bocanada de aire, miro al cielo y busco a mi madre entra las estrellas que brillan en él. Paseo un poco por el jardín y me siento en mi banco favorito. Necesito procesar interiormente todo lo que ha pasado en el despacho de la directora. No puedo volver a la habitación y que las chicas me bombardeen de preguntas, tengo que pensar bien qué decirles ya que estaban presentes cuando la señora Larson me pidió que la acompañase a su despacho.

Masajeo un poco mi cara y me recompongo de la difícil decisión que he tenido que tomar con respecto a Jennifer, pero no me arrepiento. Al menos, siempre tendré la conciencia tranquila de que no le arruiné la vida a nadie. Siento que he hecho lo correcto.

15

Cierro los ojos, sentada en el banco donde llevo un buen rato y me dejo impregnar por la paz y la tranquilidad de la noche. No se escucha nada y así quiero seguir por algunos minutos más. Ha sido muy fuerte enterarme de que la que un día fue mi amiga ha intentado matarme y casi lo consigue. ¿Qué puede llevar a una persona a hacer algo así? Me cuesta creer que sea la envidia y el dinero. Me va a costar no contarles la verdad a mis amigas, pero será mejor que no decirles nada ya que quiero que estas hagan algo contra Jennifer.

De repente, siento a alguien a mi lado. Me sobresalto y abro los ojos. Cuando encuentro a Matt solo puedo arrojarme a su pecho y abrazarlo. Lo necesito.

Él me acoge con fuerza y me refugio en él. Es todo lo que necesito, alguien a mi lado, que sienta que le importo y se preocupa por mí. Y él me transmite todo eso.

—He pasado mucho miedo cuando te vi a ti y a mi padre en el despacho de la directora. Pensé que sería algo relacionado con nosotros —susurro al mismo tiempo que alzo la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tranquila —me indica dedicándome una sonrisa al mismo tiempo que me acaricia el rostro con su mano.

—¿Sabías lo que hizo Jennifer antes de acudir al despacho? —le pregunto con miedo.

—Me lo contaron la directora y tu padre antes de que tú llegases.

—¿Ella lo confesó o… —Esa parte no me ha quedado muy clara. El hecho de que el incendio fuese intencionado por Jennifer me dejó en *shock*.

—Se quemó el brazo y tuvo que ser atendida. Pasó esa misma noche, sus padres no dijeron nada e intentaron que todo quedase oculto, justificaron su falta en el internado con una bronquitis grave, pero tu padre lo descubrió todo con la investigación privada que

mandó a hacer ante el informe de los bomberos de un incendio provocado.

Respiro con tranquilidad y doy gracias en silencio porque mi padre lo haya descubierto. Matt me frota los brazos, estoy temblando.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con preocupación.

—No. Asimilar que la que un día fue tu amiga me quiso matar no es fácil.

—Yo creo que a Jennifer solo se le fue de las manos. No pienso que en su mente tuviese la idea de matarte en ningún momento. Estaba molesta porque la empresa de tu padre comprase la del suyo e igual fue un arrebato sin pensar —comenta mientras me toma las manos entre las suyas.

—Hace años que me odia —intento justificar.

—Has tomado la decisión correcta —me tranquiliza—. Creo que esa chica merece otra oportunidad, estaba muy asustada. Ya ha aprendido la lección. Tomar acciones legales en su contra podría haberle arruinado la vida.

—Ella lo hubiese hecho —le rebato.

—Pero tú no eres ella. Y eso es lo que me gusta de ti —confiesa acariciándome las manos, con la mirada fija en las mías.

—¿Qué es lo que te gusta de mí? —indago mostrándole una sonrisa.

—Muchas cosas. Tu mirada verde y limpia dice todo lo que llevas en tu corazón. No eres una alumna conflictiva ni mala estudiante como pensé en un principio. Creo que has pasado por muchas cosas a tu corta edad y ello te ha creado como una especie de coraza que no deja entrar a nadie en tu corazón y ver lo maravilloso que puede ser, pero solo hay que verte con tus amigas y con tu abuela para apreciar a la verdadera Sarah.

—Tú has entrado en mi corazón —le revelo, sonriente, y añado—: Aún me pregunto por qué puerta te colaste.

Matt se inclina sobre mi oído y susurra:

—Por una secreta, pero no te lo voy a revelar. Solo yo sé el camino.

—Me gusta que seas tú —confieso a la misma vez que llevo mis manos a su rostro, me acerco a sus labios y me apodero de ellos. Lo necesito como respirar.

Me corresponde y bajo la luz de la luna nos besamos de una forma maravillosa que hace que nunca más quiera separarme de él.

Tras unos minutos en los que nos hemos olvidado de todo lo que nos rodea, Matt se aleja un poco de mi lado y mira alerta a nuestro alrededor.

—Sarah… —Su tono denota que lo que continúa es una regañina por habernos besado en el jardín del internado a oscuras. Le coloco un dedo sobre sus labios y le digo:

—Lo sé. No debí besarte, pero no pude contenerme. Estoy loca por ti, Matt —confieso sin tapujos.

—Tú sí que me vas a volver loco a mí, Sarah. —Suspira revolviéndose el pelo—. Ya falta poco.

—¿Para qué? —inquiero con misterio, a posta. Él me sonríe, sabe a qué me refiero.

—Para poder besarnos a nuestro antojo en cualquier lugar, para pasear de la mano sin tener que escondernos y para gritar al mundo lo que sentimos.

—Sueño con ello. Este fin de semana cuando vuelva a casa podemos vernos en cualquier lugar —propongo con ilusión.

—No tentemos a la suerte, mejor hablamos por teléfono. Recuerda que mientras que seamos profesor y alumna debemos mantener las distancias. Además, deberías de estudiar, los exámenes finales están ya muy cerca —me recuerda.

—Está bien. Te concedo estos dos meses de tranquilidad porque cuando salga de este internado vamos a vivir a tope todo de lo que nos estamos privando.

—Ahora vuelve a tu habitación —me pide Matt.

***

Un mes después

—¡París nos espera! —gritamos las cuatro a la vez cuando cerramos las maletas y nos disponemos a bajar a la entrada principal del internado para que el autobús nos lleve al aeropuerto. Al fin ha

llegado la hora de nuestro viaje de fin de curso. Llevamos meses organizándolo y esta semana junto con todas mis compañeras será un sueño. Solo me faltará Matt, nos acompañan la profesora Emma y el sobrino de la directora, el profesor Richard, estaba establecido que fuesen ellos antes de llegar el profesor Fuller, pero ya le he prometido que volveremos juntos a la ciudad del amor.

Anoche me despedí de Matt por mensajes mientras mis amigas dormían. En este mes nos hemos convertido en muy buenos amigos, hemos hablado sobre nosotros, nuestras vidas, gustos, aficiones y planes de futuro. Cada día me siento más enamorada de él. Cada vez que lo veo en clase o por los pasillos tengo que hacer esfuerzos titánicos para no lanzarme a sus brazos y besarlo como deseo, pero siempre me repito que ya falta poco y que estamos haciendo las cosas bien, sobre todo por él. No quiero que por mi culpa pierda el trabajo ni tenga ningún problema.

Bajo las escaleras del internado con cierta nostalgia ya que Matt se quedará aquí impartiendo clases a las alumnas de cursos inferiores. En ocasiones siento celos de que sea un profesor tan deseado y admirado, pero luego me repito que es solo mío y ya nos queda muy poco aquí como profesor y alumna.

Cuando lleguemos de París en dos semanas tendremos los exámenes finales y luego ya seré una mujer libre. Estaré fuera de este internado y Matt y yo podremos vernos como una pareja normal. Tengo tantas ganas de disfrutar con él todo lo que hace una pareja normal que tengo ansiedad. Siento que es la persona que mejor conozco, le he entregado toda mi confianza y lo sabe todo de mí, o casi todo. Hay algo que no me he atrevido a decirle aún.

Cuando salimos al exterior y comenzamos a introducir las maletas en el autobús aparece la directora y anuncia:

—Cambio de última hora. —Las dieciséis chicas que formamos el grupo de excursión le prestamos atención con miedo—. El profesor Richard resbaló anoche en la ducha y se ha roto una pierna. No podrá ir al viaje. Será el profesor Fuller quién lo sustituya. Se lo he comunicado hace unas horas y os reuniréis con él en el aeropuerto —anuncia.

Una enorme alegría invade mi cuerpo, estoy a punto de saltar y aplaudir, pero cuando veo que mis compañeras lo hacen no puedo evitar unirme a ellas. Sin embargo, cierta pena se acomoda en mi corazón ya que voy a tener a Matt muy cerca, pero al mismo tiempo muy lejos en París. Será muy difícil tenerlo al lado y no poder cogerlo de la mano y disfrutar juntos de la ciudad del amor. Pero, al mismo tiempo, estoy feliz porque lo veré todos los días y sé que nuestras miradas cómplices y esos besos imaginarios que nos damos en la distancia valdrán la pena.

Cuando llegamos al aeropuerto y veo a Matt con sus maletas esperándonos el corazón me da un vuelco. Nos dirigimos una mirada cómplice y comenzamos a caminar en grupo. La profesora Emma va a la cabecera, dirigiendo todo, y el profesor Fuller al final, comprobando que nadie se quede detrás. Me hago la rezagada, con la excusa de ponerme los cordones de los deportes para estar más cerca del hombre que quiero.

—No sabes lo que me alegro de este cambio de última hora —le susurro mientras le dirijo una sonrisa.

Matt me la devuelve con la mirada al frente, sin perder de vista todo lo que nos rodea.

De repente, observo que la profesora Emma le sonríe y coquetea con Matt de forma abierta. Me quedo paralizada. En un principio creo que son imaginaciones mías, pero de pronto esa mujer deja de caerme bien.

Me acerco a Chloe y Ava y les pregunto con sumo interés:

—¿Sabemos si la profesora Emma tiene pareja? —Mis amigas me miran con atención. Dirigen la mirada hacia ella y la ven hablando animadamente con Matt.

—Si la tiene igual está por cambiarla, está claro que en este viaje quiere algo con el profesor Fuller. Está encantada con el cambio, miradla como le sonríe.

—Él parece no echarle mucha cuenta —murmuro con la mirada fija en ambos.

—Los tíos son todos iguales, cuando se les calienta la bragueta lo tiran todo por la borda —lanza Chloe.

—Esos dos tienen lío en París —aventura Ava.

La miro seria y me doy media vuelta en busca de Madison.

En el control de entrada me coloco cerca de Matt y me quedo mirando las manos del profesor cuando se tiene que quitar el cinturón antes de pasar por el arco de seguridad. Me acerco a él con el pretexto de dejar mi móvil en la cinta y le susurro:

—Sueño con el día en el que sean mis manos las que hagan eso.

Matt alza la mirada y la clava en mis ojos, puedo verlo ruborizado y es algo que me encanta. Paso por su lado y me coloco debajo del arco de seguridad, me hacen levantar las manos y me cachean. Mientras recogemos nuestras cosas de la cinta transportadora al otro lado Matt se acerca a mi oído y dice con disimulo:

—Estoy deseando cachearte como lo hizo el de seguridad, pero ten por seguro que yo lo haré más a fondo. —En esta ocasión la que se ruboriza y siente mucho calor soy yo.

Nos unimos al grupo y Matt procura alejarse un poco de mí. Saltan chispas entre nosotros y es mejor que nadie aprecie la complicidad que tenemos.

En el avión la profesora Emma y Matt se sientan al final de todas nosotras, para tenernos vigiladas y ya no lo veo más. Cuando llevamos dos horas de vuelo me levanto al servicio, es una excusa para ver qué hace con la profesora, y cuando paso por el lado del profesor aprovecho que Emma está dormida y le acaricio el brazo con disimulo a Matt, lleva una camiseta de manga corta en negra y está arrebatador.

Él se sobresalta ante mi contacto y mi interior da un vuelco cuando siento que se levanta y me sigue. Llegamos a la puerta del baño del avión y entro en este, lo miro al cerrar la puerta con deseo de que entre conmigo, pero sé que es un gran riesgo y que ya falta poco para echarlo todo por la borda.

Salgo del baño y cuando veo a Matt esperando para entrar todo tipo de fantasías se desatan en mi mente, al pasar por su lado le susurro:

—Algún día, profesor. —Lo miro con intensidad mientras me muerdo el labio inferior.

—Ya queda poco —murmura con voz ronca.

—He observado a la profesora Emma desde que te uniste a nosotras, esa mujer quiere algo contigo —le indico, seria.

—Es una buena compañera —alega ante mis celos.

—Te come con los ojos —le indico, molesta.

—Lástima que yo solo tenga ojos para ti.

Me dedica una sonrisa mientras pasa al interior del minúsculo baño y yo vuelvo a mi asiento algo acalorada.

Soñando con un futuro maravilloso me quedo dormida varias horas. Luego veo una película con Madison y comemos algo, al poco anuncia el piloto que vamos a aterrizar en París.

No vuelvo a hablar con Matt a solas, él y la profesora Emma dirigen al grupo desde que salimos del aeropuerto y llegamos al hotel que tenemos reservado en pleno centro de París. Él día está un poco gris y cae una pequeña llovizna. La profesora Emma nos ha indicado que bajemos a comer algo al restaurante del hotel y después subamos a las habitaciones para descansar, pero no tenemos sueño. Con la diferencia horaria y lo que hemos dormido en el avión lo que queremos es salir y ver París de noche.

Mientras cenamos urdimos un plan para despistar a los profesores cuando crean que vamos a dormir. En un principio no me gusta mentir a Matt, pero no sería propio de mí quedarme en la habitación y obedecer a los profesores.

Miro con reticencia a Jennifer, no me fío de ella y no quiero que nos castiguen por su culpa, desde que me confesó todo en el despacho de dirección del internado en presencia de nuestros padres no ha vuelto a molestarme ni yo a dirigirle la palabra.

—A todas nos interesa que los profesores no se enteren de esta salida o comenzaremos mal el viaje —dice Jennifer mirándome directamente.

Asiento y miro hacia la mesa en la que comen algo Matt y la profesora Emma. Ambos charlan animadamente. Observo cómo ella lo mira y se me revuelve el estómago. ¿Es que Matt no se da cuenta de que está tonteándole con descaro? Tengo que dominarme para no ir hasta ellos y ponerla en su sitio.

Nos retiramos a las habitaciones y descubro que Matt tiene la suya

justo enfrente de la mía, al final del pasillo. Suspiro mientras pienso en cómo vamos a engañar a Matt y que no nos escuche salir a todas.

Nos despedimos hasta el día siguiente en el desayuno con los profesores, Matt me sonríe mientras yo me siento mal por mentirle, pero no puedo decirle nada sobre nuestra escapada ya que la impediría.

Como hemos acordado, vamos a salir de las habitaciones en silencio y de forma progresiva. Nos vamos avisando por el móvil. La habitación que comparto con mis tres amigas es la última.

Cuando me toca a mí con Ava, Madison y Chloe estoy nerviosa. Si Matt abre la puerta y nos descubre me muero. No quiero decepcionarlo.

Por suerte, salimos en silencio y no nos descubren. Cuando estamos en la calle todas nos dirigimos en la misma dirección. Queremos ver la Torre Eiffel iluminada. Llegamos hasta allí caminando, no está muy alejada y cuando nos hemos hecho algunas fotos y admirado la edificación Chloe propone que nos vayamos a una discoteca. Me niego en cuanto lo expone, pero al resto le parece una idea genial y no tengo más remedio que aceptar. Ava hace una búsqueda por internet de algún sitio cercano y lo encuentra. Nos dirigimos a él y tenemos la gran suerte de que no nos piden la edad para entrar. Ninguna tenemos los dieciocho años aún cumplidos, pero la sala está tranquila y suponemos que lo que les interesa es que dieciséis chicas monas llamen la atención.

En el interior suena música alta y apreciamos que el local es muy guay. Es grande, tiene tres pistas de baile y una gran barra en el fondo. Un chico, supongo que es uno de los relaciones públicas del local, se acerca a nosotras y nos ofrece gratis dos botellas de champán como bienvenida a la ciudad. Nos la sirven y todas brindamos. La verdad es que el champán bien frío está buenísimo y vacío mi copa de un solo trago. Luego nos dirigimos a la barra, nos pedimos una copa y nos ponemos a bailar. Hacía tanto que no salíamos de fiesta que nos lo estamos pasando genial. Hasta Jennifer parece otra, integrada entre todas las compañeras y divertida.

Cuando ya llevamos en la discoteca dos horas y me he bebido tres

copas necesito un descanso, voy al baño, me siento en un cómodo sofá y me como unas palomitas y unas gominolas que tenemos en una mesa del reservado que nos han asignado. Miro mi móvil y compruebo que Matt me ha puesto un mensaje hace casi una hora y ni lo he visto. En este me dice:

Solo hago dar vueltas y más vueltas en la cama. No puedo dormir. ¿Te pasa lo mismo?

Como no le contesté me escribió de nuevo:

Ya veo que tú sí estás dormida, qué suerte. Hasta mañana.

Cuando leo este último mensaje me siento fatal. Miro el reloj y creo que ya es hora de irse. Como sigamos de fiesta mañana no nos podremos levantar y seguir el programa trazado. Le comunico a mis amigas que es hora de marcharnos, pero se acaban de pedir otra copa y me dicen que nos vamos cuando se la terminen.

De repente, siento mucho calor. El local se ha llenado por completo y comienzo a agobiarme. Necesito un poco de aire. Decido salir fuera sin decirle nada a mis amigas y de paso le hablo a Matt. Saco mi móvil y le respondo al hombre de mi vida.

La diferencia horaria es un coñazo. ¿Has conseguido dormir?

Matt se pone en línea de inmediato y una sonrisa se dibuja en mis labios.

¿Dónde estáis? Hace un par de horas recibí una llamada de recepción en la que me informaban que todas habíais salido. Estoy dando vueltas por los alrededores del hotel, como esto llegue a oídos de la directora…

Joder… estamos en un buen lío. Y yo más porque le he mentido. No le contesto. Necesito tiempo.

De repente, entro en la discoteca y le indico a mis compañeras que tenemos que volver de inmediato porque he salido a tomar el aire y he visto al profesor Fuller preguntar al portero de la discoteca si ha visto a un grupo de chicas americanas. Les miento y les explico que por suerte no ha entrado. Todas echamos a correr hacia el hotel, no lo tenemos muy lejos, a un par de calles.

Voy al final de todas mis compañeras con Chloe, Madison y Ava. De repente, en la esquina del hotel me siento muy mal. Todo comienza a darme vueltas y me mareo. Mis amigas me sostienen y me sientan en

el suelo, el resto entran en el hotel para que no las pillen.

16

Mis amigas se agachan a mi lado y se preocupan por mí. Ava me recoge el pelo y entre Madison y Chloe tratan de levantarme.

—Queda muy poco para que lleguemos al hotel —me anima Ava, pero yo siento que no puedo con mi cuerpo.

Me entran ganas de vomitar y lo hago allí mismo. Mis amigas me ayudan a ponerme en pie y cuando lo están intentando escucho una voz que me es familiar.

—Yo me ocuparé de ella. Id a vuestra habitación ya —les ordena Matt a mis amigas mientras que me mira serio.

—Profesor… nosotras… —intenta justificar Madison.

—A la habitación. No lo volveré a repetir. Y más os vale que todo esto no llegue a oídos de la directora o os hará volver mañana mismo —dice muy enfadado. Nunca lo había visto así.

Matt me sostiene mientras que yo lo siento como mi salvador. Me abrazo a su pecho cuando mis amigas se alejan y se marchan a la entrada del hotel.

—Joder, Sarah —comenta cabreado mientras me aparta el pelo de la cara.

—Me encuentro fatal. ¿Puedes dejar la regañina para mañana? —le imploro mientras siento que la cabeza me va a explotar.

Escucho a Matt resoplar mientras me toma con fuerza por la cintura y me obliga a caminar. Entramos en el hotel, ya no hay rastro alguno de mis compañeras y cuando nos montamos en el ascensor siento que me mareo de nuevo. Matt lo nota y en cuanto nos bajamos de este camina deprisa conmigo, me lleva casi en volandas y entramos en su habitación. Vamos directo al baño y allí vacío de nuevo mi estómago. Él me acompaña en todo momento mientras que yo me quiero morir de la vergüenza. Luego me siento en una banqueta cercana, Matt me pasa una toalla mojada y me refresco la cara.

Lo miro con el corazón en un puño. No dice nada, solo me mira

serio mientras lo siento distante y decepcionado.

—Tienes que darte una ducha —dice al fin.

Miro mi ropa y mis zapatos, manchados. Cierro los ojos y lamento toda esta situación. Es vergonzoso que me vea así.

—Vale —susurro mientras intento ponerme de pie, pero me tambaleo.

Matt me indica que me quede sentada, se agacha frente a mí, me quita los zapatos y los calcetines y luego se deshace de mi jersey. Me ayuda a ponerme en pie y con dedos hábiles me abre el botón del pantalón vaquero y me los quita. Cuando estoy frente a él en ropa interior me ruborizo un poco. Jamás pensé que sería así. En mi mente era todo mucho más romántico y menos caótico.

—Tienes que meterte en la ducha con agua casi fría, eso ayudará a que te sientas mejor —me indica con la mirada posada en mi ropa interior. Al menos llevo un conjunto nuevo y medio sexi.

Cuando él me ayuda a levantarme me quito el sujetador bajo su atenta mirada y luego comienzo a bajar las braguitas, tarea que él termina mientras lo escucho suspirar.

—¿Decepcionado? —pregunto con una sonrisa tímida.

—De tu comportamiento sí —me deja claro de inmediato. Me da la mano y me ayuda a entrar en la ducha. Yo lo miro con lágrimas en los ojos a punto de brotar—. Tú eres preciosa, en todos los sentidos —confiesa con una mirada transparente y una media sonrisa que trata de evitar.

Abre el grifo y me estremezco al sentir el agua fría sobre mi piel. Para mi gran sorpresa, Matt entra conmigo en la enorme ducha, pero no se quita la ropa. Cuando el agua empieza a caer sobre él y se empapa lo miro y me derrito. Está arrebatador. Con mimo me enjabona el cuerpo mientras ambos nos miramos en silencio. No puedo evitar acercarme a él y susurrarle en el oído:

—Creo que esto no es justo, estoy en clara diferencia.

—Tú te lo has buscado —zanja al mismo tiempo que cierra el grifo, sale de la ducha y me ayuda a ponerme un albornoz—. Ve a mi cama —me indica. Lo miro con sorpresa y aclara de inmediato—: Necesitas descansar.

Sin rechistar hago lo que me pide. A los pocos minutos Matt sale del baño envuelto en otro albornoz. Me he tumbado en su cama y lo miro sonriente.

—Esto es mucho más de lo que imaginé. París y nosotros solos en esta habitación —murmuro mientras el deseo me consume por dentro. Me siento mucho mejor tras la ducha.

—No te hagas ilusiones. Descansa un poco y luego volverás a tu habitación. Le dirás a tus compañeras que te llevé a un hospital. Para que no sospechen de las horas que pasarás aquí.

—¿La profesora Emma sabe algo de esto? —pregunto con miedo. Matt sé que no le dirá nada a la directora, pero de ella no me fío.

—No. Me avisaron a mí desde recepción. Emma debe de dormir.

—¿No te ha molestado? En la cena no paraba de coquetearte y no me digas que no te has dado cuenta —le advierto, enfadada.

—¿Puedes confiar en mí? —me pide exasperado.

—Me fío de ti, de ella no.

—Bien, pues no tienes de qué preocuparte.

—Lo hago cada vez que observo cómo te mira y siento que no se lanza a tu yugular porque estáis rodeados de todas nosotras. ¿Alguna vez se te ha insinuado con descaro? —pregunto.

—¿Quieres dejar el tema? —propone algo molesto.

Lo miro seria, Matt se sienta a mi lado y, pese a la situación en la que me encuentro, me atrevo a pedirle:

—¿Puedo abrazarte?

Se lo piensa por unos segundos, pero finalmente accede. Se tumba a mi lado y me abrazo a su pecho, donde coloco mi cabeza. Cuando siento su calor sé que es todo lo que necesito.

—¿Te encuentras mejor? —se preocupa.

—Sí, gracias. Gracias por aparecer en mi vida. No tienes idea de todo lo que te quiero —confieso con emoción. Hasta el momento solo nos hemos manifestado nuestros sentimientos por escrito. Tenerlo así de cerca y sentirlo es un gran privilegio.

—Has revolucionado mi vida y mis sentimientos, lo sabes ¿verdad? No sé cómo lo hiciste para meterme en mi corazón, Sarah. Me he repetido una y mil veces que lo nuestro es imposible, pero lo que

siento por ti es más fuerte. Es algo poderoso que me atrae a ti. Has pasado a ser el centro de mi vida. Pienso en ti cada minuto desde que te conocí —confiesa.

—Me pasó lo mismo, Matt. En cuanto te vi no pude dejar de mirarte. Sentí algo desconocido en mi interior que no había sentido antes. No sabía lo que era enamorarse de alguien hasta que llegaste a mi vida.

Lo miro, me acerco a él y decido romper todas las reglas. Lo beso con ansia y necesidad mientras Matt profundiza el beso y lo siento tan hambriento como yo. Le acaricio el rostro, paso las manos por su pelo y lo acerco mucho más a mí. Se tumba sobre mí y sentir todo su peso sobre mi cuerpo es maravilloso. Al mismo tiempo, comienzo a sentir que cierta parte de su anatomía se despierta y me siento más poderosa y atrevida que nunca. Comienzo a abrirle al albornoz y paseo mis manos por su pecho sin dejar de besarlo.

—Sarah, tenemos que parar —me indica sin interrumpir el beso.

—No quiero parar, Matt. Deseo esto contigo aquí y ahora —manifiesto mientras le bajo el albornoz por sus hombros. Lo quiero desnudo, siento que la ropa que nos separa nos estorba y lo necesito piel con piel.

—Es una locura —susurra sobre mi cuello mientras sus manos acarician mis muslos.

—Es amor. Te necesito. No me dejes así —le suplico a la misma vez que yo misma me abro el albornoz y lo invito a que hagamos el amor.

Matt fija los ojos en mi cuerpo desnudo, lo siento tragar con dificultad al mismo tiempo que niega con un gesto de su cabeza. Me incorporo en la cama, me quedo desnuda por completo frente a él y me siento a horcajadas sobre sus piernas mientras me mira con atención. Le paso las manos por la nuca, nos quedamos en silencio unos segundos, solo mirándonos a los ojos, y le digo:

—Solo escucha a tu corazón. No te pares a pensar si está bien o mal. —Me lanzo y lo beso con pasión.

Matt me corresponde, caemos de nuevo en la cama, enredados, sin dejar de besarnos mientras nuestros cuerpos piden a gritos que los unamos.

El movimiento de la mano de Matt, buscando algo a tientas en la mesita de noche me distrae, cuando encuentra lo que busca descubro que es su cartera, lo observo sacar un preservativo, rasga el envoltorio y se lo coloca bajo mi atenta mirada.

Cuando entra en mi interior percibo la emoción más grande que he sentido en mi vida, me mira a los ojos y la ternura que reflejan los suyos hace que lo ame más. Es tierno y delicado, me besa y me acaricia provocándome todo tipo de sensaciones hasta ahora desconocidas para mí. Me aferro a él con fuerza, clavándole las uñas en la espalda y él acalla un grito que sale de mi garganta con besos. De repente, se queda quieto, me mira, yo lo miro pensando que algo va mal y me dice:

—¿Eras virgen? —pregunta con sorpresa.

—Sí —respondo con pudor mientras observo una amplia sonrisa en la boca de Matt. Era lo único que no me había atrevido a confesarle hasta el momento. Se acerca a mí, me besa y susurra:

—Vas a acabar conmigo, Sarah.

—Tengo la intención de que me dures muchos años. Un para siempre no estaría mal —comento con una sonrisa en mis labios.

—Vamos a hacer que recuerdes tu primera vez para siempre —murmura con besos sobre mi cuello.

Y cumple su promesa.

17

Matt y yo nos hemos olvidado por completo de todo lo que nos rodea y estamos inmersos en nosotros mismos y en la felicidad que experimentamos. He tenido la mejor noche de mi vida junto al hombre que amo. Sé que jamás la olvidaré. Hemos hecho el amor dos veces y he de reconocer que me pasaría la vida en la cama con Matt. Es un amante maravilloso. Cuando mis compañeras hablaban del sexo jamás imaginé algo así. Madison y yo éramos las únicas que aún no habíamos tenido relaciones sexuales, no había aparecido el hombre adecuado y ambas teníamos claro que lo haríamos con la persona indicada. En estos momentos me alegro enormemente de haber esperado a que Matt apareciese en mi vida.

Estoy abrazada a él mientras duerme y lo admiro con una sonrisa en mis labios. Paseo las manos por su duro pecho y sus brazos mientras me pregunto qué hará para tener un cuerpo así. Yo odio hacer ejercicio, soy delgada por genética, mi madre era muy delgada, con un tipazo y doy gracias a dios por haber heredado este aspecto de ella. También tengo sus mismos ojos verdes. Lo único que he sacado de mi padre es el abundante cabello castaño oscuro, me hubiese gustado más ser rubia como mi madre y mi hermana, pero el día que tuve la idea de ponérmelo de su mismo color mi padre me lo prohibió diciéndome que ya me parecía a ella lo suficiente y llevar el pelo rubio haría que le recordase más y aumentaría el sufrimiento que tenía por su pérdida.

Sumida en mis pensamientos, me sobresalto cuando Matt se sienta de golpe en la cama y mira su móvil.

—¡Joder! —grita levantándose de golpe. Bajo mi atenta mirada comienza a vestirse—. Nos hemos quedado dormidos, Sarah. Son las ocho de la mañana y tengo veinte mensajes privados de tus amigas interesándose por tu estado.

Le sonrío, me tumbo en la cama y le indico:

—Dile que estoy mejor que nunca. Feliz. Enamorada. Ilusionada. Y loca por mi profesor de matemáticas.

Matt se acerca a mi e intenta sacarme de la cama.

—Por favor, vístete y ve a tu habitación sin que nadie te vea —me ruega, muy preocupado.

—Mi ropa estaba hecha un asco, ¿recuerdas? —Me levanto de la cama, me coloco el albornoz que está tirado en el suelo y me acerco a él. Me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios mientras Matt se abrocha los botones de la camisa.

—Sarah, si nos pillan aquí estaremos acabados. —Tomo conciencia de la situación y sé que él puede perder mucho más que yo. Suspiro, le doy otro beso y cojo mi móvil. Veo que tengo mil llamadas y mensajes de mis amigas, siento que hayan pasado una noche angustiadas mientras que la mía ha sido de puro placer. Le escribo un mensaje a Madison y le indico que no baje a desayunar dentro de media hora, que me espere en la habitación sin decirle nada a las chicas de este mensaje. Luego escribo por un grupo común de las cuatro donde las tranquilizo y les indico que volví del hospital bien y el profesor me consiguió una habitación para mi sola ya que no quería molestar a nadie. Tengo que volver a la habitación sin que nadie me vea y necesito hacerlo cuando baje todo el mundo, solo me retrasaré diez minutos. Mis amigas se quedan más tranquilas y yo respiro con alivio —. Todo arreglado —le indico a Matt. Me mira con recelo y le ruego —: confía en mí.

Me acerco a él, lo beso, me besa, me toma por la cintura y me alza hacia arriba.

—¿Qué tal estás? —me pregunta, un poco más relajado.

—Muy bien. Eres un amante maravilloso. Espero no haberte decepcionado —manifiesto con miedo mientras recuerdo que mis amigas decían que la primera vez no era nada del otro mundo.

—En absoluto. Me quedaría hoy todo el día en la cama contigo repitiendo si no fuese por la situación en la que nos encontramos. —Una amplia sonrisa se dibuja en mis labios y lo beso, aún alzada en sus brazos.

—Me debes un día entero en la cama —le hago prometer.

—Cuenta con ello. Te aseguro que lo deseo tanto como tú.

—Dime que no te arrepiente de lo que ha sucedido entre nosotros —me intereso con temor al observar su ceño fruncido.

—No me arrepiento porque fue maravilloso y especial. Una noche increíble. —Cuando escucho que la cataloga así se me desboca el corazón—. Pero fuimos unos inconscientes, yo más que tú. Es un gran riesgo el que corremos.

—Todo va a salir bien. —Le doy un último beso y lo animo a que se vaya. Me quedo en la habitación, me siento en la cama en la que han pasado tantas cosas entre nosotros esta noche y espero a que todo el pasillo se quede en silencio y Madison me escriba para decirme que es seguro que regrese a la habitación.

Cuando me amiga me da la señal, cojo mi ropa en una bola en la mano y el bolso que llevaba la noche anterior. Le indico que abra la puerta de nuestra habitación y cuando Madison ve que salgo del cuarto del profesor Fuller envuelta en un albornoz se lleva las manos a la boca y abre mucho los ojos. Le hago un gesto con el dedo para que no diga nada y entro en la habitación de inmediato. Nadie nos ha visto.

—¿Estabas con el profesor? ¿Has pasado la noche en su habitación? —enfatiza con un grito ahogado mientras se lleva las manos a la boca —. ¡No lo puedo creer! ¿Qué está pasando?

—Madison… necesito una ducha —le indico mientras voy al baño, pero ella viene detrás y se sienta en un taburete mientras yo me meto bajo el agua.

—Dime que… No. No puede ser lo que estoy pensando. —Yo comienzo a cantar mientras me enjabono, feliz—. Te conozco, Sarah Bennett. ¿A qué se debe ese buen humor tan temprano? Deberías tener resaca después de lo de anoche.

Salgo de la ducha, me envuelvo en una toalla y comienzo a secarme bajo la atenta mirada de mi amiga.

—Estoy mejor que nunca, Madison —le indico sonriente.

—Ese brillo en tus ojos… —Aprecia mirándome con atención—. ¿Qué pasó anoche? —pregunta a modo de exigencia.

—Fue la mejor noche de mi vida —revelo mientras voy hacia mi

maleta y comienzo a sacar algo de ropa.

—¡¿Quieres soltarlo ya?! —pregunta atacada.

—El profesor y yo… Estamos enamorados —suelto de golpe.

—¡¿Qué?! ¡¿Pero cuándo…?! —Madison sacude la cabeza, confusa.

Me siento en la cama, la tomo de las manos y le confieso:

—Desde la primera vez que lo vi todos mis cimientos se movieron, no quise admitirlo ante vosotras, pero me volví loca por él. Soñaba con él todas las noches. Tras mi accidente nos acercamos más. En un examen le revelé lo que sentía por él y bueno… hemos estado hablando mucho por mensajes durante un tiempo. Y anoche, pues… Dimos rienda suelta a lo que sentimos, no pudimos evitarlo.

—¡¿Qué?! ¿Os habéis acostado? ¿Anoche? ¿Aquí? ¿Tu primera vez? ¿Juntos? —Madison está en *shock*.

—Sí —respondo sonriente y con tranquilidad mientras la observo.

—¡Joder! ¡Esto es muy fuerte! Tú y el profesor.

—No puede saberlo nadie más —le ruego—. Matt y yo quedamos en hacer oficial lo nuestro cuando terminase el curso y ya no fuese mi profesor, pero anoche nos dejamos llevar.

—Y lo llamas Matt —enfatiza con un grito ahogado, llevándose ambas manos a la boca.

—No tenemos tiempo de hablar más, Madison —le indico consultando la hora. Son casi las ocho y media y a las nueve nos recoge un autobús en la puerta del hotel para llevarnos a ver varios museos.

Mi amiga sacude la cabeza, intenta procesar todo, me mira de arriba abajo y me pregunta:

—¿Qué tal ha sido?

—Increíble, maravilloso, perfecto —describo sintiéndome en una nube muy alta, de la cuál no quiero bajarme.

Madison me abraza, me da un beso y me susurra en el oído:

—Me alegro por ti, te mereces ser muy feliz.

—Gracias. Cuento los días para que acabe el internado y poder estar con Matt libremente, sin escondernos.

Salimos de la habitación y mientras bajamos en el ascensor le recuerdo:

—Las chicas no pueden saber nada. Mientras menos gente lo sepa mejor.

—Intentaré controlar este desconcierto que siento —comenta Madison.

Entramos en el comedor y me siento junto a Ava y Chloe mientras Madison se encarga de traerme un café y algo sólido para mi cuerpo. Mis amigas se interesan por mi salud y no puedo evitar decirles que estoy mejor que nunca, con mucha fuerza y energía para seguir disfrutando de París.

De repente, miro al fondo y veo a Matt junto a la profesora Emma y toda la alegría que sentía desaparece cuando observo que ella le pasa la mano por el brazo con familiaridad. Él alza la cabeza, me sonríe y yo le devuelvo el gesto. De pronto siento una patada por debajo de la mesa y Madison me susurra al oído con disimulo:

—Contrólate. —Creo que mi amiga ha visto las ganas que tengo de levantarme y coger por los pelos a la profesora Emma por tocar lo que es mío.

Nunca había sentido celos de nadie y estoy comprobando que es una sensación que no me gusta, puede llegar a sacar lo peor de mí.

18

Subimos al autobús después del desayuno y nos dirigimos al museo más importante de París: El Museo del Louvre. Siempre he sentido verdadera fascinación por ver algunas obras que están ahí. Me gusta el arte y es algo que heredé de mi abuela. A ella le encanta comprar cuadros y visitar museos.

Cuando entramos en el museo siento verdadera fascinación. Me acerco a las obras de arte y las observo con detenimiento, solo pensar en contarle a mi abuela que he estado frente a *La Mona Lisa* me produce una enorme felicidad.

La profesora Emma sigue pegada a Matt como una lapa y no pierde ocasión de sonreírle como una boba cada vez que le dirige la palabra. Decido alejarme un poco para que no me amargue la visita y poder disfrutar del lugar.

Entre los pasillos del museo me quedo un poco más alejada del grupo centrada en un cuadro que ha llamado mi atención. De repente, me sobresalto cuando siento a Matt a mi lado. No lo esperaba.

—Es maravilloso —murmura Matt con la vista clavada en el cuadro.

—¿Te gusta el arte? —pregunto con curiosidad.

—Mucho.

—A mí también. Desde niña mi abuela hablaba mucho sobre este. ¿Habías estado antes en París? —pregunto de golpe.

—No.

—Bien, me gusta que lo hayas descubierto conmigo. No podemos pasear de la mano ni besarnos libremente, pero algo es algo. Al menos te tengo a mi lado. —Me acerco un poco a él y le rozo la mano con mis dedos mientras mantengo la vista clavada en el lienzo—. Puedo mirarte y tú puedes leer en mis ojos todo lo que te amo. —Me giro hacia él y le sonrío.

—Algún día volveremos juntos, de la mano —aventura—. No te la soltaré.

—Prométemelo —le ruego.

—Prometido. Volveremos en nuestro quinto aniversario de pareja —comenta, sonriente.

Lo miro seria y le pregunto:

—¿Te estás burlando de mí?

—Para nada. Antes tenemos que visitar muchos otros lugares interesantes. —Me hace un guiño con el ojo y se da media vuelta.

Continúo para unirme al grupo de mis amigas y cuando paso por un rincón decido quedarme ahí y llevar a la práctica una idea. Espero a que todos pasen, incluida la señorita Emma que va a la cabecera del grupo charlando con varias alumnas. Matt siempre va el último, controlando que nadie se disperse, tiro de su brazo y lo beso cuando nadie nos ve.

—Lo siento, pero no podía irme de aquí y estar cinco años esperando para que me besases en este lugar —justifico cuando me mira serio tras el beso. Luego esboza una sonrisa, me da un breve beso y se marcha. Yo me uno al grupo con disimulo y pasamos toda la mañana en El Louvre.

Por la tarde vamos a La Torre Eiffel. La profesora Emma está cansada y quiere marcharse al hotel, pero el resto queremos seguir. Incluso mis compañeras hablan de volver a salir de fiesta esta noche. Están tramando echarle un laxante a los profesores en la bebida de la cena para que así estén ocupados el resto de la noche y no reparen en nuestras salidas.

Intento impedir que echen el laxante a los profesores una vez que estamos cenando en el comedor del hotel, pero Jennifer y sus amigas están decididas a ello. Mi relación con Jennifer ha sido tan calmada desde que confesó lo que me hizo que no quiero interponerme en sus planes y volver a ser enemigas. Distantes estamos muy bien. Todo lo que le hagan a la profesora Emma se lo tiene merecido por babosa con el hombre que yo quiero, pero no deseo que mi pobre Matt pase una mala noche, por ello solo me queda una solución: prevenirlo.

Me acerco a él y le susurro como puedo:

—No bebas el agua de la jarra de tu mesa. —Me mira con sorpresa, sin entender mis palabras mientras ambos observamos cómo la profesora Emma se bebe un vaso entero y se sirve otro—. Tiene laxante —le susurro y me marcho a mi mesa.

Escucho a mi espalda a Matt suspirar y me siento con mis amigas. Madison me ha visto y por la mirada que me echa sé que ha percibido que he advertido a Matt. Me encojo de hombros y ella me devuelve una sonrisa mientras el resto de la mesa planea cómo salir a hurtadillas de las habitaciones e ir de nuevo a la discoteca en la que estuvimos la noche pasada.

Mientras cenamos hago mis propios planes y estos toman vida cuando Madison, que es muy responsable, me susurra:

—¿Tú vas a ir? Yo estoy cansada y no tengo ganas de fiesta. —Madison es un bicho raro a la que solo le gusta estudiar.

—Tengo algo en mente para quedarnos ambas sin levantar sospechas, pero necesito tu ayuda. Tú dormirás y yo podré estar unas horas a solas con Matt.

Madison me mira con los ojos muy abiertos, pero yo le sonrío y le susurro:

—Tranquila, confía en mí. Espera a que todas elijan el postre. Luego tú y yo vamos a pedir lo mismo, pero algo que ninguna de ellas haya escogido. Antes de subir simulamos ambas malestar y vamos a vomitar al baño de aquí, que todos nos vean. Le echaremos la culpa al postre, nadie de las chicas sospechará —resuelvo de forma triunfal.

—¿Y qué hacemos con el profesor? Le has dicho lo del laxante —comenta segura de ello.

—Yo me encargo de Matt, no habrá problemas. Tú descansarás, las chicas saldrán de fiesta, yo podré estar unas horas con el hombre de amo y la profesora Emma estará muy ocupada en el retrete de su baño.

—Espero que tu plan salga bien —dice Madison tras un suspiro. Ella nunca hace estas cosas, no miente ni se mete en líos. Soy yo la que la arrastro a ellos, pero es una amiga ejemplar. Una hermana.

Madison y yo ponemos en marcha nuestro plan, lo que peor llevamos es mentirles a Chloe y Ava, pero no tenemos más remedio.

Mi amiga y yo comenzamos a fingir malestar en el estómago y nos marchamos al baño sin que los profesores se percaten de ello. Después de varios minutos en el baño Madison y yo regresamos y ambas damos la misma versión. Hemos vomitado y nos sentimos mal, con el estómago revuelto. Es Jennifer la primera en decir que debe de habernos sentado mal el *mousse* de limón que hemos pedido como postre. Todas subimos y ya en la habitación Madison y yo les decimos a nuestras amigas que así no podemos salir. En un principio quieren quedarse para cuidarnos, pero las convencemos de que estamos acompañadas y se pasará descansando en la cama.

Ava y Chloe se arreglan para salir y se coordinan con el resto de chicas por un grupo de Whatsapp mientras Madison y yo estamos metidas en la cama simulando estar mal con el estómago. Me preocupa que Matt esté pendiente a la salida de las chicas y pueda frustrarlo todo. Por ello le escribo un mensaje y le indico que, por favor, no salga de su habitación hasta que yo vaya y le explique todo.

Hasta que todas mis compañeras se van a hurtadillas tengo el corazón en vilo. No las tenía todas conmigo de que Matt no apareciese y frustrase la salida, pero creo que ha comprendido que si lo hacía me ponía en una difícil situación y yo tendría que justificar por qué lo he advertido, algo que levantaría sospechas entre las chicas.

Pasados diez minutos desde que todas se han marchado dejo a Madison metida en la cama y le escribo un mensaje a Matt para que me abra la puerta de su habitación. Tengo que rogarle un poco para que acceda. Por suerte es la habitación de enfrente. Abro mi puerta y lo veo ya ahí esperándome, descalzo, con unos pantalones de pijama y una camiseta. Está arrebatador.

—Sarah, no puedes volver a mi habitación —me regaña en cuanto cierra la puerta.

—Tranquilo, no nos ha visto nadie. Solo Madison sabe la verdad sobre nosotros —le revelo antes de que lo pregunte. Me mira serio y le justifico—: Necesitaba a una aliada. Es mi mejor amiga y no dirá nada.

—Esto se nos ha ido de las manos. —Bufa y resopla al mismo tiempo mientras se pasea incómodo por la habitación—. Por cierto,

¿me puedes explicar lo del laxante? —pregunta, desconcertado.

Pero no me da tiempo a responderle. Tocan a su puerta y ambos nos miramos alerta.

Matt me indica que me esconda detrás de la puerta y abre esta.

—Hola, Matt. He pensado que igual te gustaría que nos tomásemos una copa juntos después de la cena. He traído la bebida y dos copas —le propone con descaro la profesora Emma.

Estoy a punto de salir y enfrentarla, pero Matt me agarra con fuerza de la mano. Tiene el hombro sobre la puerta y me sujeta con el brazo sin que la profesora se dé cuenta.

—Emma, me coges en mal momento. Verás, estaba hablando con mi novia por videoconferencia, tú sabes, algo íntimo y relajado… —le deja caer. Sus palabras hacen que esboce una enorme sonrisa al pensar en mí como su novia.

—Oh, Matt, lo siento —se disculpa de inmediato.

De repente se hace un silencio y Matt le pregunta:

—¿Estás bien?

—No. Creo que no —dice apurada.

Le tira a Matt la botella y las copas, él las recoge en sus manos y ella sale corriendo por el pasillo mientras yo me llevo las manos a la boca y estallo en carcajadas.

Matt cierra la puerta y me mira, serio, sin entender nada.

—Debe de haberle hecho efecto el laxante —le indico sin parar de reír.

—¿Me lo puedes explicar? —me exige Matt mientras suelta en una mesa la botella y las copas.

—Las chicas han salido hoy de nuevo. Era una estrategia para tener la certeza de que estabais entretenidos.

—¡No lo puedo creer! ¡Joder! Cuando me advertiste pensé que era una broma de mal gusto. ¿Dónde están tus compañeras? Tengo que hacer que regresen a la habitación. Si les pasa algo a alguna…

—Matt —lo paro en seco cuando se está deshaciendo de los pantalones del pijama para colocarse los vaqueros de nuevo—. No puedes ir en su busca o yo estaré perdida frente a ellas.

—Soy el responsable del grupo junto con la profesora Emma —me

recuerda.

—Lo sé, pero no harán nada que no hayamos hecho antes. La discoteca está aquí cerca y en caso de que pase algo confesaran que os dieron un laxante y no estabais en condiciones de supervisar nada.

—No me dejas más tranquilo, Sarah —me indica serio y pensativo, rascándose el mentón.

—Es lo que hay, Matt. No hagas que me arrepienta de haberte avisado de que no tomases el agua. Estoy jugando a dos bandas, en tu favor y en el de mis compañeras. Mi posición es muy difícil, no lo hagas tú más —le ruego mientras me acerco a él y le coloco las manos en el pecho.

—¿Y tú cómo que estás aquí? —pregunta.

Le cuento mi plan con Madison, suspira y se sienta en la cama. Voy hasta él, me siento en sus rodillas y lo abrazo.

—Me ha gustado lo que le has dicho a la profesora Emma para quitártela de encima. ¿Hubieses actuado igual de no haber estado yo aquí? —le pregunto mirándolo a los ojos.

—No soy tonto, Sarah. Sé que está interesada en mí y hasta el momento me he hecho el loco, pero dejarla entrar en mi habitación son palabras mayores. Creo que le ha quedado claro que estoy loco por mi novia —comenta, sonriente.

—¿Tú crees? Igual vuelve a insistir.

—Se seguirá encontrando con negativas. A mí solo me interesas tú.

—Me da miedo que ella te tiente y caigas en sus encantos —manifiesto, apurada.

—Tendrás que confiar en mí. Las dudas también aparecen en mi mente cuando sales de fiesta con tus amigas —revela, esbozo una sonrisa al sentirlo celoso y le doy un beso.

—¿Podemos aprovechar estas horas para nosotros? Igual pasa mucho tiempo hasta que volvamos a estar así —le ruego.

Matt me mira, yo le sonrío y terminamos abrazándonos y besándonos. Finalmente, le susurro:

—Me muero porque me hagas el amor de nuevo.

—Sarah…

—¿No te apetece? —pregunto con una sonrisa pícara. Él me sonríe

como si lo estuviese retando y contesta:

—A todas horas, pero…

—Nada. Aprovechemos. Las chicas han salido y a la profesora Emma le queda un rato sentada en el retrete. Nadie sospechará nada ni nos descubrirán. —Le doy un empujón, lo tumbo en la cama y me siento a horcajadas sobre él mientras comienzo a deshacerme de la parte superior de mi ropa bajo su atenta mirada.

En los ojos de Matt puedo leer el deseo, se incorpora, me atrae hacia sus labios y se apodera de mi boca con ansia.

Tras hacer el amor, en esta ocasión no nos quedamos dormidos, vuelvo a mi habitación no sin antes prometerle a Matt que le enviaré un mensaje cuando todas las chicas vuelvan bien.

A la mañana siguiente tenemos programado un paseo por el Sena en barco y una comida en la embarcación. Algunas chicas están algo resacosas, pero nada que no solucione unas gafas de sol y mucha agua.

En un momento del paseo le pido a Matt que se haga una foto conmigo. Muchas de mis compañeras se la han hecho. Unas solos y otras en grupo, no creo que si lo hago yo levante sospechas. Mientras Madison nos hace la foto lo agarro por la cintura y le digo entre dientes:

—Me muero por una foto donde nos besemos con este paisaje increíble detrás.

Matt me mira serio mientras yo sonrío, feliz, y le digo de inmediato:

—Ya lo sé. Dentro de algunos años. —Ambos estallamos en carcajadas, pero nos miramos y sabemos que es una promesa. París siempre será especial para nosotros.

Los siguientes días pasan muy deprisa. París es precioso y recorrerlo con Matt al lado, mirarlo a los ojos y que me dedique esas sonrisas que sé que son solo para mí me llena de felicidad. De vuelta a casa, en el avión, pienso en todo lo vivido estos últimos días, más de lo que nunca llegué a imaginar.

Sé que ahora viene lo peor, dos semanas en el internado, sin clase,

estudiando para los exámenes finales y sin ver a Matt. Pero sé que una vez todo pase ambos seremos libres. Cumplo dieciocho años en tres meses y ya mi abuela me preguntó cómo deseaba la superfiesta que me quiere preparar. Me da igual qué hacer, solo pienso en esa celebración y el hecho de ir con Matt de la mano y presentarlo a todos como mi pareja.

19

Tras catorce días estudiando sin parar y una semana llena de exámenes, cuando realizamos el último, que por casualidad ha sido el de matemáticas y dónde he visto a Matt tras días añorándolo, aunque hemos estado hablando por teléfono y enviándonos mensajes, una gran emoción invade todo mi cuerpo. Cuando le entrego el examen al profesor estoy a punto de besarlo, pero me contengo. Faltan las notas, que las tendremos dentro de tres días, pero recoger todo del internado y decirle adiós para siempre es lo que he deseado desde hace años. Como siempre me decía mi abuela, todo llega en esta vida. Y siento que mi momento ha llegado. Me siento feliz, pletórica y realizada. Solo pienso que en la universidad a la que asistiré y el piso que alquilaré. Antes pensaba vivir con mis amigas, pero en las últimas semanas he decidido que quiero compartir mi vida desde ya con Matt. Tenemos que hablarlo, pero estoy decidida. Si él va a trabajar y yo estudiar apenas tendremos tiempo de vernos, por ello quiero que todas las noches sean nuestras.

Todas las compañeras de clase salimos al patio y gritamos a la vez que hemos terminado los exámenes. Saltamos y nos abrazamos, alegres. Luego nos encaminamos a nuestras habitaciones para recoger todo. Esta noche tenemos una fiesta de despedida en el internado y ya volvemos a nuestras casas definitivamente.

Cuando llego a la habitación lo primero que hago es quitarme el dichoso uniforme. Odio la faldita y los zapatos de niña que tenemos que llevar. Me coloco unos pantalones vaqueros y una camiseta y suspiro tumbada en la cama boca arriba mientras mis amigas recogen sus ropas.

—Llegó el día —digo con alivio.

—Yo os voy a echar de menos —comenta Madison algo nostálgica. Creo que era la única de todo el internado que no le pesaba estar aquí.

—Seguiremos siendo amigas, las mejores. Para siempre —dice Ava mientras nos tomamos todas de las manos.

—Da igual que no asistamos a la misma universidad, quedaremos y nos veremos, y haremos viajes juntas —propone Chloe.

Las miro en silencio y sé que siempre serán un pilar fundamental en mi vida.

Estamos listas para la fiesta de despedida del internado. He escogido un vestido blanco con motivos en negro, precioso. En palabra de honor y largo hasta los tobillos. Todas vamos de largo.

Cuando entro en la fiesta y veo a Matt vestido de esmoquin no puedo parar de mirarlo. Está impresionante. Todas las chicas lo miran, babean por él y unos celos incontrolados se apoderan de mí cuando lo veo al lado de la profesora Emma. Madison lo nota y me susurra en el oído:

—Solo puede mirarlo. Él es tuyo, además, solo tiene ojos para ti.

En mitad de la fiesta me acerco a Matt y le propongo que nos marchemos. Él se lo piensa, pero no estoy dispuesta a ceder y lo pongo contra la espada y la pared a posta:

—Si no nos vamos te beso aquí mismo. Ya hemos terminado la relación alumna profesor, ahora quiero que empecemos otro tipo de relación —le indico con una sonrisa.

Matt asiente finalmente y ambos salimos de la fiesta juntos sin que nadie nos vea. Cuando hemos bajado las escalinatas del internado y estamos en el jardín camino a la moto de Matt lo tomo de la mano, cuando siente mi contacto se para, mira nuestros dedos entrelazados, me acerco y le doy un breve beso en los labios. De inmediato él mira a nuestro alrededor, por si alguien nos haya podido ver, a lo que yo le susurro en el oído:

—Somos libres. Ya podemos ser tú y yo y dar rienda suelta a todo lo que sentimos sin temer a nada.

Lo beso de nuevo antes de subir a su moto y le pido que me lleve a su casa, quiero pasar la noche con él. Se queda en silencio y luego me sonríe.

—¿No tendrás problemas en casa? —pregunta, preocupado.

—No. Mis amigas y yo íbamos a pasar la noche en el internado y volver a casa mañana. Ya le he enviado un mensaje a Madison diciéndole que no se preocupe por mí, que estaré muy bien cuidada.

—No te quepa la menor duda. —Matt arranca la moto y nos ponemos en marcha.

Vive en un barrio modesto de Queens. Es un apartamento muy pequeño, pero me gusta. Lo siento acogedor. Pasamos la noche juntos y Matt hace que la vivamos como un auténtico sueño. Mi padre siempre me hablaba de un gran regalo cuando terminase la High School, pero estar junto a Matt esta noche es mi verdadero regalo.

Cuando el sol entra por la ventana y me despierta me muevo en la cama, los brazos de Matt rodean mi cuerpo desnudo y una enorme sonrisa se dibuja en mis labios cuando recuerdo la noche que hemos pasado y todo lo que nos hemos confesado.

Le doy un beso y él se despierta.

—Tengo que confesarte algo —anuncio—. Has conseguido que cambie de opinión y las matemáticas me gusten muchísimo. —Ambos estallamos en carcajadas cuando recordamos esa conversación el día que él llegó al internado—. Pusiste tanto empeño porque me enamorase de los números que terminé haciéndolo del profesor —confieso.

—Me dijiste que lo tenía muy difícil.

—Fue difícil —murmuro, refiriéndome a los meses anteriores—, pero ha merecido la pena. Es la mejor recompensa que haya recibido. Te quiero, Matt. Me tienes loca.

Desayunamos en la barra de la cocina entre besos y abrazos, sintiéndome una mujer enamorada hasta la médula, y completamente correspondida.

—Tienes que volver al internado a recoger tus cosas —me recuerda Matt.

—No. Le pedí a Madison que se encargase de todo. Mi padre está de viaje por Europa y mi abuela tiene una gala solidaria muy importante este fin de semana. Por ello he planeado que pasemos unos días juntos, solos y lejos de aquí. ¿Qué te parece? —pregunto ansiosa.

—Tengo que corregir los exámenes —se excusa de inmediato.

—Lo puedes hacer en el plan que tengo en mente —le indico con misterio.

—¿Qué has pensado?

—Mi padre tiene una casa en Los Hamptons. Vamos a pasar allí el fin de semana. Alejados de todos, solos tú y yo.

—Sarah, no me parece ir a la casa de tu padre. Primero me gustaría que conociese lo que hay entre nosotros.

—No te preocupes. Mi padre tiene tantas propiedades por el mundo que no se va a enterar. Di que sí —le suplico poniéndole morritos.

Finalmente, ante mi insistencia, Matt acepta.

Antes de marcharnos a Los Hamptons, mientras Matt mete algo de ropa en una bolsa de viaje, hablo con mis amigas por mensajes. Les confieso que amo al profesor y que entre él y yo está naciendo algo maravilloso. Les cuento el plan que he organizado con Matt este fin de semana e intentan apuntarse, pero se los prohíbo. Les prometo que tras los días que pase con él a solas las veré.

Cuando nos montamos en la moto, le he pedido un chándal prestado a Matt y voy divina con mis zapatos de tacón de la última noche, él sonríe ante mis pintas, pero esto es Nueva York y aquí todo es normal. Antes de arrancar me pregunta:

—¿No vas a necesitar ropa? Podemos pasarnos por tu casa o ir a comprar algo —propone.

Me abrazo a él y le susurro en el oído antes de colocarnos los cascos de seguridad:

—Pienso estar todo el fin de semana desnuda.

Matt se vuelve y me mira serio. Yo suelto una carcajada y le indico:

—En mi casa de Los Hamptons tengo de todo.

—Bien —murmura más relajado.

—¿No te gustaba la idea de tenerme todo el tiempo desnuda?

—Sueño con ello desde que te conocí —reconoce.

Me abrazo a él y ponemos rumbo a mi casa.

20

Llegamos a Los Hamptons y le indico a Matt el camino hasta mi casa. Cuando estamos parados frente a la entrada la admira en silencio antes de bajarse de la moto.

—¿Impresionado? —pregunto al mismo tiempo que coloco los pies en el suelo y me quito el casco.

—Es una casa muy grande —murmura con sorpresa.

—Como todas las que tiene mi padre —le indico sin darle mucha importancia—. Me he criado en mansiones muy grandes, la de Nueva York es mi residencia habitual, esta de Los Hamptons es la casa de las vacaciones de verano, a la de Aspen acudimos cuando hay nieve, y a la de Miami también vamos con frecuencia. Tiene unas cuantas más por Europa que no conozco aún.

—Pues debes de perderte en todas ellas.

—Esta es mi preferida. Pasé mis mejores veranos en esta casa con mi madre y mi hermana —revelo admirando la edificación.

—Las echas mucho de menos.

—Cada día —confieso—. Fue la mejor madre del mundo. Mi hermana murió cuando yo tenía ocho años, pero la recuerdo mucho. Estábamos muy unidas pese a la diferencia de edad.

—No tienes la misma relación con tu padre —comenta con cautela.

—No. Mi relación con él es distante, mucho más desde que mi madre enfermó. Me alejó de ella y es algo que jamás le perdonaré. Tras morir ella mi padre se refugió en el trabajo, apenas lo veía. Viajaba mucho. Mi abuela ejerció de madre y doy gracias todos los días porque esté en mi vida y me quiera tanto.

—Eres muy afortunada —comenta mientras baja de la moto y me abraza.

—No lo creía hasta que apareciste en mi vida —le revelo mirándolo a los ojos—. Te has convertido en mi verdadero motor para vivir.

—Todo esto es una locura, pero maravillosa. Me he enamorado de ti como un loco, Sarah. Nunca me había pasado nada igual. Daría mi vida por ti y lo arriesgaría todo por estar a tu lado siempre. Jamás lo olvides.

—Te amo, Matt. Como no creí nunca que fuese posible.

Lo beso y luego lo tomo de la mano y entramos en la casa. Hacemos un recorrido por toda ella, preparamos algo de comida y nos damos un baño en la gran piscina.

Hacemos el amor en una tumbona, al aire libre y nos quedamos dormidos mientras el sol calienta nuestros cuerpos.

Mientras cenamos y luego ya en la cama hacemos planes de futuro. Le propongo a Matt que vivamos juntos cuando empiece la universidad y acepta. Acordamos hacer pública nuestra relación en la fiesta que dé por mi dieciocho cumpleaños. Él me ayuda a decidirme por una universidad. Me apoya en todo momento cuando le expreso mi deseo de estudiar diseño de moda y no económicas como quiere mi padre. Y lo adoro por apoyarme y orientarme en todo.

Mi móvil está lleno de llamadas y mensajes de mis amigas que no contesto, este fin de semana es solo mío y de Matt, solo quiero que seamos nosotros. Estoy viviendo lo que siempre soñé y es maravilloso. No quiero bajarme de esta nube, no deseo que esta felicidad y sensación de plenitud que siento disminuya nunca. Quiero más, mucho más con él.

Tras un fin de semana de ensueño junto al hombre que amo en mi casa de Los Hamptons, Matt me deja en la puerta de mi casa en Nueva York. No cruza la verja de entrada pese a que se lo pido con insistencia. Quiere hacer las cosas bien y dejar de ser mi profesor de forma oficial, y eso será cuando me den las notas y acabe oficialmente el curso.

Durante estos días le he preguntado mil veces por mi nota de matemáticas, pero siempre me decía lo mismo, no iba a hacer excepciones. Matt es muy profesional y lo he respetado. Su maletín con los exámenes lo he tenido a mano en más de una ocasión cuando él dormía y yo lo admiraba, pero prefería abrazarlo y estar a su lado que desperdiciar mi tiempo en mirar una simple nota.

Cuando entro en mi casa me encuentro con mi abuela, me recibe con besos y abrazos y directamente me pregunta:

—¿Quién era el chico que te ha dejado en la puerta y se ha marchado en la moto?

Me quedo callada y pensativa, no esperaba que ella ya estuviese en casa y mucho menos que nos hubiese visto justo en el momento en el que abría la puerta para entrar a la propiedad y Matt me decía adiós. Mentalmente doy gracias de que no se quitase el casco y mi abuela no viese que se trataba de él. Para Matt es importante que le cuente lo nuestro a mi familia una vez haya pasado la graduación, ya sí lo haremos.

—Un amigo —respondo de forma escueta.

—Es más que un amigo, querida. —Me observa al detalle con una enorme sonrisa—. Te has enamorado, mi niña —suelta de golpe—. Tus ojos no mienten. Ese brillo y esa sonrisa te delatan, Sarah.

Tomo una bocanada de aire, pensativa en qué contestarle a mi abuela. Pero ella se acerca a mí, me da un beso y un abrazo enorme mientras susurra en mi oído:

—Vívelo al máximo, cariño. El primer amor es especial, único. Nunca se olvida.

—¿Cómo sabes que es mi primer amor? —pregunto con curiosidad.

—Porque nunca te había visto tan feliz, cariño.

—Lo soy, abuela —revelo ilusionada.

—¿Cuándo me lo vas a presentar? —pregunta con interés.

—Pronto.

—Espero que hayas sabido elegir y sea un buen chico, digno de mi nieta.

—Es el mejor hombre del mundo, abuela. Me siento muy afortunada.

Cuando subo a mi habitación, tras una ducha, me tumbo en la cama y llamo a mis amigas, pero no tardan en autoinvitarse a mi casa a dormir para que les cuente bien mi fin de semana en Los Hamptons con el profesor. Están que no se lo creen.

Llegan a casa con una fiesta de pijama organizada en la que el centro de atención soy yo. Siento que estoy en un interrogatorio, pero

a la misma vez me siento superfeliz de contarles todo y no tener más secretos con todas ellas. Nunca los he tenido y la sensación de mentirles a Ava y Chloe me torturaba. Ambas me reprochan que no confiase en ellas como en Madison en París, pero finalmente me acaban comprendiendo. Me ven tan feliz que me perdonan todo.

21

Dos semanas después

Sentada en el borde de la piscina de mi casa, tomando un poco de sol mientras me bebo un café, chapoteo con los pies en el agua mientras sonrío al mundo y a la vida sintiéndome muy feliz. Anoche fue la fiesta final de mi graduación, he sacado unas notas estupendas y he decidido ir a la universidad privada de Nueva York para formarme en mis estudios de diseño de moda. No he tenido mucho tiempo de mirar piso en estas semanas, pero anoche, en la fiesta de graduación, le prometí a Matt que sería lo primero que hiciese cuando me levantase hoy.

Le pedí que pasásemos la noche juntos, ansiaba terminar la fiesta con él en su apartamento, pero se negó. Me dijo que tenía que disfrutar de mi graduación con mis amigas y que él se mantendría en un segundo plano, como mi profesor, la última vez que ejercería de ello. Cuando le estreché la mano delante de todos, como hicimos todas las alumnas tras entregarnos el diploma de graduación, estuve a punto de darle un beso en los labios delante de todos, pero recordé que mi padre estaba presenciando el acto y no quería que se enterase de esa forma ni formar un escándalo que saliese en la prensa al día siguiente.

He quedado con Matt en que se lo presentaré a mi padre esta misma semana. Espero que mi padre no tenga ningún viaje. Ya he pensado que haré una reunión en casa con él y mi abuela y llegaré con Matt para que conozcan oficialmente a mi novio. No creo que le pongan ninguna pega. Es un hombre con un trabajo, responsable, maduro y me quiere. Sé que a mi padre no le hará mucha gracia que me vaya a vivir con él, pero de eso no se tiene porqué enterar hasta pasados unos meses, cuando empiece la universidad.

El sonido de mi teléfono, que lo he dejado en la mesa del jardín, me saca de mis pensamientos. Corro hasta él y lo descuelgo con una

sonrisa al ver que es Matt.

—¿Podemos vernos dentro de una hora? —pregunta de golpe.

—Por supuesto, lo estoy deseando. ¿Voy a tu apartamento?

—No, prefiero que demos un paseo. Central Park estará bien —propone—. Paso a recogerte.

—Vale, voy a vestirme —le indico con entusiasmo, dejando la taza encima de la mesa y encaminándome hacia las escaleras que conducen a mi habitación, situada en la planta superior de la casa.

Espero a Matt en la puerta de mi casa y mientras lo hago me digo que esta será la última vez. En esta misma semana se lo pienso presentar a mi abuela y a mi padre y ya no tendremos que escondernos.

Me subo a la moto y me abrazo al hombre que amo con locura, ocupa mi corazón y todos mis pensamientos desde que entró en mi vida.

Llegamos a Central Park y caminamos de la mano. Hace un día estupendo. Miro a Matt y lo siento muy callado y serio. Me paro en seco, me coloco delante de él, le quito las gafas de sol y lo miro bien. Observo unas leves ojeras y tiene pinta de cansado.

—¿No has dormido bien? —pregunto, preocupada.

—Apenas he pegado ojo —revela tras un suspiro.

Me acerco a él, lo beso y Matt se apodera de mis labios, hambriento. Me besa de una forma tan especial que me hace parar el beso, mirarlo y preguntarle:

—¿Pasa algo? Parece que te estés despidiendo de mí —le indico con una enorme sonrisa—. Bueno, quizás te estás despidiendo de tu soltería de cara a los demás y de que vivías solo. Esta noche he determinado que quiero pasar todo el verano contigo de vacaciones por ahí.

—Sarah, yo no… —comienza a decir.

—Lo sé, no tienes tanto dinero. Pero yo sí. Desde los dieciséis tengo una tarjeta bancaria sin límites que puedo usar para lo que se me antoja. He pensado que podemos volver a París —le propongo con entusiasmo.

Matt me toma de ambas manos y me lleva en silencio hasta un

banco cercano, nos sentamos ahí mientras lo miro y lo siento raro. Algo lo atormenta.

—Sarah, esto no puede ser —manifiesta, serio y distante.

—Vale, haremos lo que tú quieras. Pero estaremos todo el verano juntos. No voy a irme de vacaciones con mis amigas como tenía planeado. No podría pasar un mes entero alejada de ti.

—No me estás entendiendo, Sarah. Lo nuestro no puede ser —lanza de golpe.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa mientras lo miro con atención.

—Hemos vivido unos días y momentos juntos increíbles y maravillosos, pero tenemos que ser realistas. Nuestra diferencia de edad es considerable. Soy once años mayor que tú. Llegará el día en el que me veas como a un viejo. Yo ya he vivido la fase en la que tú entras ahora, fiestas universitarias, amigos… Mi vida es otra. Tengo responsabilidades, un trabajo serio…

—Tonterías. Yo te quiero, tú me quieres. Eso es lo que realmente importa, mi amor —le imploro tomándole el mentón con ambas manos y mirándolo a los ojos con atención—. ¿Por qué estas dudas? —pregunto con miedo.

—No son dudas, Sarah. Es una realidad. No quería herirte, pero lo cierto es que lo que ha sucedido entre nosotros es una aventura que no llegará a ningún lado. Seamos realistas.

—¡¿Cómo?! ¿Qué me estás diciendo? —le exijo de golpe.

—Me dejé llevar por tu belleza y por tu juventud. Te sentí tan indefensa con tus problemas que me acerqué a ti intentando protegerte. Me he dado cuenta de que todo fue un capricho. Sarah, no puedo permitir que todo esto vaya a más. No quiero hacerte daño.

—Pero… ¡¿Qué te pasa?! —grito sin importarme que la gente que pasea por nuestro lado desvíe la atención hacia nosotros.

—Ya te lo he dicho, esto no puede continuar.

—¿Me estás dejando? —pregunto con un hilo de voz. Tengo un gran nudo en la garganta y estoy a punto de llorar.

—Solo quiero que seas feliz.

—Mi felicidad está a tú lado —manifiesto con desgarro.

—Te darás cuenta con el tiempo de que no es así. Cuando empieces

la universidad y conozcas a chicos de tu edad te pareceré mayor y aburrido.

—Estoy enamorada de ti, Matt. Te aseguro que los hombres que me rodean o me rodeen son invisibles. ¿A qué vienen estas dudas? —le imploro mientras un par de lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Quiero lo mejor para ti, y sé que estoy haciendo lo correcto, aunque te duela —revela—. Quiero que vivas lo que viene en tu vida sin ataduras.

—¿Soy yo o eres tú? —le reprocho, dolida, mirándolo a los ojos mientras pienso en el hecho de que haya podido ser un mero capricho o una diversión en su vida.

Matt se queda en silencio, me mira, se coloca de pie y dice:

—Me he dado cuenta de que sigo enamorado de mi ex. Quiero pedirle otra oportunidad.

—Esto es una broma, ¿verdad? —pregunto con el corazón a punto de estallarme en el pecho.

—Eres joven, superarás esto, Sarah. Perdóname. Pero lo nuestro no puede ser.

Matt me acaricia el rostro con su mano, se lleva mis lágrimas en ella, se da media vuelta y se marcha sin decir nada más. Me tiemblan las piernas y todo mi cuerpo tanto que tengo que sentarme, soy incapaz de correr detrás de él.

Me quedo en *shock* tras irse Matt, no doy crédito a lo que está sucediendo ni el por qué ha tomado esta decisión tan repentina. Estábamos tan bien, habíamos hecho tantos planes de futuro juntos, y ahora me sale con esto… No lo puedo creer.

Sin saber qué hacer, llamo a Ava para que venga en mi rescate. No puedo ni moverme del banco donde estoy sentada. Un ataque de nervios se ha apoderado de mí y estoy llorando sin parar. Tengo el corazón roto por la mitad. No puedo creer que haya sido un capricho para Matt, que haya jugado conmigo de esta forma.

Cuando Ava llega hasta mí me abrazo a ella de forma desconsolada. No sabe qué me pasa, me mira seria y me pregunta:

—¿Te han hecho algo? ¿Te llevo a un hospital? —inquiere.

—No. Solo quiero morirme.

—¿Qué ha pasado? Me estás asustando.

—Matt me ha dejado. Solo he sido un capricho para él.

—¡¿Qué?! —me mira seria mientras asiento—. Yo lo mato. —Ava se pone en pie y me mira desafiante—. Dime donde vive ese tío.

—No vas a solucionar nada —le indico rota.

—¡Joder, qué cabrón! —grita, cabreada. Me toma de la mano, me abraza y luego mira a nuestro alrededor—. ¿Nos vamos a mi casa? —propone.

Asiento de inmediato. En este estado no quiero que mi abuela me vea.

Todo el trayecto hasta la casa de Ava, vive en una mansión casi tan grande como la mías, sus padres son médicos, ninguna de las dos dice nada.

Mi amiga me lleva hasta su habitación y me tumbo en la cama, no he parado de llorar desde que Matt me dejó. Ava baja a la cocina a prepararme algo que logre calmarme y cuando vuelvo a abrir los ojos descubro que Chloe y Madison también están ahí en la habitación junto con Ava. He debido quedarme dormida.

Miro a mis amigas y rompo a llorar de nuevo. Madison y Chloe me abrazan. Ava debe de haberles contado todo. Miro hacia ella y la veo con mi móvil en sus manos.

—He llamado a ese cabrón un montón de veces, pero tiene el móvil apagado —revela Ava, muy cabreada.

—¡Joder! Parecía superenamorado de ti —comenta Madison.

—¿No ha pasado nada entre vosotros que lo haya hecho tomar esta decisión? —inquiere Chloe.

—Estábamos mejor que nunca. Todo iba sobre ruedas, con mil planes trazados y con ganas de ponerlos en marcha. No entiendo por qué hoy me ha dicho todo eso.

—¿Estaba contigo por interés? —pregunta Ava.

—No. Le propuse que nos fuésemos un mes de vacaciones juntos, me dijo que no se lo podía permitir y le dije que yo lo pagaba y se negó en rotundo.

—Todo esto es muy raro —murmura Madison—. El profesor se veía un buen tío, legal. No daba la pinta que fuese de los que se

aprovechan de las jovencitas.

—Pues era uno de ellos —afirma Ava—. Él día que lo vuelva a ver…

—Ha jugado conmigo hasta cansarse —murmuro con dolor—. Me dijo que sigue enamorado de su ex.

—¡Será hijo de puta! —lanza Chloe.

—Sabéis qué, deberíamos avisar a la señora Larson, para que no vuelva hacer esto con otras alumnas —dice Madison.

—Ahora mismo llamo al internado —interviene Ava y observo que empieza a marcar en el teléfono.

—¡No! —grito. Seré una estúpida, pero no quiero hacerle daño pese a que él me haya roto el corazón. Pero Ava no se para y escucho que dice:

—Tengo una información delicada sobre el profesor Fuller, ¿podría pasarme con la directora? —La miro con terror mientras mi amiga permanece en silencio.

Le ruego bajito:

—No lo hagas. Sabrá que he sido yo. No quiero líos con mi padre.

—Estoy llamando con número oculto —me susurra Ava. Luego se queda callada, escucha lo que le dicen al otro lado de la línea y corta la comunicación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta de inmediato Chloe.

—Me han dicho que el profesor Fuller renunció esta misma mañana a su puesto y que ya no forma parte de la plantilla del internado —revela Ava con sorpresa.

—Va a volver con su ex —susurro al mismo tiempo que pienso en su vuelta a Filadelfia.

—Hay que pensar una forma de vengarse de este tío. Ha roto tu corazón y no lo vamos a dejar ir de rositas —propone Ava.

—¿Qué sugieres, genio? —pregunta Chloe—. Tiene el teléfono desconectado, ha dejado el internado y probablemente ya no esté en Nueva York.

—El padre de Sarah tiene mucho dinero, podemos contratar un detective para que lo encuentre —lanza Ava.

—¿Y luego qué? —pregunta Madison.

—Joder, luego le damos una paliza entre todas.

Le sonrío a mis amigas, me quieren mucho, pero en estos momentos lo único que necesito es estar sola y llorar.

—Chicas, quiero irme a casa.

—Sarah, quédate. Mis padres se van esta noche de viaje. Podemos pasar todas aquí el fin de semana. Seguro que hacemos que estés mejor.

—Gracias, pero en estos momentos necesito estar a solas —les suplico.

Mis amigas me entienden y me llevan a casa. Quieren acompañarme dentro, pero les ruego que no lo hagan. Necesito darme una ducha y meterme en la cama un par de años y dedicarme solo a llorar. Me despido de ellas y prometo cogerles el teléfono cuando me llamen ya que de lo contrario amenazan con presentarse en mi casa sin importar la hora que sea.

Cuando voy camino de mi habitación, antes de poner un pie en el primer peldaño de la escalera que me lleva a ella, escucho la voz de mi padre. Viene de su despacho, voy hacia allí, la puerta está entreabierta, me decido a entrar, pero me quedo parada cuando lo escucho hablar con alguien por teléfono. Espero a que termine la comunicación mientras escucho:

—Gracias por encargarte del tema del profesor de mi hija. Quiero a ese tío muy lejos de ella. No está al nivel de alguien como Sarah Bennett, la heredera de todo un imperio. Hazle llegar el cheque por la cantidad que acordamos a ese cazafortunas.

Me llevo una mano al pecho y otra a la boca para acallar un grito. No lo puedo creer. Mi padre sabía lo de Matt y yo y le ha ofrecido dinero para alejarlo de mí. Y él lo ha aceptado. Esa es la verdadera razón de todo, el dinero. Me ha dejado por una importante cantidad, mi padre no escatima cuando quiere algo. Lo de su ex o que no está enamorado de mí es mentira. Me ha cambiado por dinero.

Corro hasta mi habitación sin que mi padre me escuche y me meto en la cama. Lloro mientras maldigo a Matthew Fuller y el momento en el que me enamoré de él. No sé si agradecer esta información que acabo de saber o haber permanecido en la ignorancia de la realidad

que me rodeaba. Yo solo quería un abrazo de mi padre, sentirme querida por alguien, sin embargo, he descubierto que él también ha jugado conmigo al no decirme que sabía que tenía una relación con mi profesor y ha actuado a mis espaldas para alejarlo de mí.

22

Ocho años después

El teléfono suena con insistencia mientras doy una vuelta en mi enorme cama y me tapo la cabeza. Miro el reloj y compruebo que solo hace unas horas que me he acostado. Vuelve a insistir quien quiera que sea y me decido a coger el teléfono antes de que me explote la cabeza, anoche me tomé un par de copas de más y estas son las consecuencias.

Miro de quién se trata la llamada y resoplo cuando veo que es Chloe. Hace un par de años que le he dado el puesto de mi secretaria personal y la tía es tan eficiente que en ocasiones me agobia.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz somnolienta. Son las ocho de la mañana y ella sabe que nunca aparezco por la oficina antes de las diez de la mañana. No me importa trabajar hasta tarde, pero madrugar no está hecho para mí.

—Sarah, te han dado el premio —grita—. La mejor colección primavera-verano ha sido para el grupo Bennett.

Me levanto de un golpe de la cama y me llevo una mano a la boca, emocionada. Lo cierto es que no lo esperaba. Este año había muchísima competencia y colecciones muy buenas.

—No lo puedo creer —murmuro.

—Pues créelo, es tuyo. Lo acaban de anunciar. En dos semanas tendrás que recoger el premio y ahora sí que te va a reconocer todo el mundo por tu trabajo y no por ser la hija de Liam Bennett.

—Has conseguido que me levante de la cama y pase la resaca que tenía, Chloe. En una hora estoy en la oficina.

—Estupendo. Porque no dejan de entrar llamadas. Muchos medios quieren entrevistarte antes de que te den el premio.

Cuelgo la comunicación y fijo la mirada en el cielo. La pasada noche olvidé echar las cortinas del ático en el que vivo. Estoy en la

planta noventa y cinco he de confesar que aquí me siento más cerca de mi madre y de mi hermana. Hace cuatro años que vivo aquí y me encanta despertar cada día en un lugar así. En mi infancia me crie en mansiones, pero desde que alquilé un apartamento los años que estuve en la universidad supe que el lugar que escogiese para que fuese mi casa no sería una mansión. Vivo en el edificio residencial más alto de Nueva York, en la Quinta Avenida, y las vistas de mi casa son increíbles, no las cambiaría por nada. El ático tiene más de dos mil quinientos metros cuadrados, cuenta con seis dormitorios y siete baños. Tiene unos techos de cuatro metros de altura y todas las ventanas son de tres metros por tres metros. Observar gran parte de Nueva York sin que reparen en ti es todo un lujo. En parte odio que esta casa sea un regalo de mi padre. Me entregó las llaves del ático el mismo día que me gradué en la universidad. Nunca pensé que me llegase a conocer tan bien, pero lo cierto es que en cuanto puse un pie en la que hoy es mi casa no la pude rechazar, y menos sabiendo que mi padre me la había regalado por recomendación de mi abuela, la cual me confesó que mi madre tenía en mente desde siempre regalarme una casa en propiedad en cuanto me independizase. Así que no lo miro como un regalo de mi padre, sino de mi madre. En parte el grupo Bennett fue creado por mi abuelo paterno. Es cierto que luego entre mis padres lo llevaron hacia lo más alto y se volvieron multimillonarios, pero fue algo de los dos. Mi madre siempre fue una mujer trabajadora, creativa y con mucha iniciativa. Y pese a que mi padre tiene muchos defectos, debo admitir que ha sabido dirigir el grupo Bennett muy bien. Sin embargo, yo me he propuesto superarlo y lo conseguiré. La contabilidad se me da fatal, pero como diseñadora me considero buena. Aparte, me encanta mi trabajo. Desde que entré a formar parte del grupo Bennett cuando terminé la carrera y comencé a incluir mis diseños en las colecciones las ventas se dispararon. Mi padre tuvo ante sus ojos los mejores datos económicos que jamás había visto. A raíz de ahí comenzó a confiar en mí, y poco a poco fue soltando cuerda y a día de hoy soy la única que se encarga de las colecciones en el grupo Bennett, junto con un gran equipo que me ayuda, sola no podría hacerlo. Nuestras empresas están repartidas por

más de cuarenta mercados, tenemos más de nueve mil fábricas que se encargan de confeccionar todas las colecciones de las diferentes tiendas que engloban el grupo Bennett. Tenemos más de cinco millones de empleados en todo el mundo y unos beneficios diarios de más de dos millones de dólares.

Mi padre es el presidente del grupo Bennett, un imperio textil expandido por todo el mundo del que se siente sumamente orgulloso y solo le interesa dejar a una heredera digna del mismo, por ello siempre lo tengo detrás de mí, pisándome los talones y supervisando todo lo que hago. En los últimos años ha aprendido a confiar en mí dentro de la empresa, se ha dado cuenta que soy buena en lo mío, sin embargo, no pierde ocasión para echarme en cara que no llevo una vida ordenada y me la paso de fiesta en fiesta sin encontrar a un hombre con el que formar una familia y darle nietos.

Solo tengo veintiséis años, la maternidad no me llama demasiado, aunque no la descarto en un futuro. Pero no pienso tener un hijo antes de los treinta y cinco. La libertad y autonomía de la que gozo me encantan. No le doy explicaciones a nadie ni dependo de nadie. Hago lo que quiero, con quien quiero y cuando quiero. Me gusta mi vida tal y como es. Me apasiona mi trabajo y me considero muy afortunada con el círculo de amigos que tengo.

Llego al gran edificio del grupo Bennett y miro hacia la última planta. Allí se encuentra el despacho de presidencia de mi padre. Yo preferí tener el mío un poco más alejado de el de él. Una planta treinta y ocho me pareció bien con respecto a una sesenta que ocupa el señor Liam Bennett.

Subo en el ascensor y en cuanto salgo de este todas las personas que están en mi planta, nada más verme aparecer, comienzan a aplaudirme. Les doy las gracias y de inmediato aparece Chloe para llevarme a mi despacho. Antes de cerrar la puerta les indica a todos:

—Esta noche lo celebramos.

Escucho a través de la puerta cerrada como todos aplauden, miro a mi amiga que lleva varias carpetas en sus manos y presiento que me queda un día muy largo hasta que llegue la hora de esa celebración.

Chloe suelta las carpetas en la mesa y me da un gran abrazo.

—Enhorabuena. Eres la mejor —me felicita.

—Gracias, pero es un trabajo de equipo. Soy afortunada de contar con el mejor de todos ellos.

—Eres la jefa más estupenda que se pueda tener. Trabajar a tu lado es un gusto.

—Me alegra que me veas así. No quiero que te vayas jamás de mi lado. Sé que nunca encontraría una mano derecha como la tuya. Sabes que eres mucho más que mi secretaria personal, Chloe.

—Lo sé. De hecho, el buen sueldo que se refleja en mi nómina cada mes me lo recuerda.

—Trabajas más que cualquier directivo con cargo de esta empresa, aparte, eres una de mis mejores amigas.

De repente, la puerta de mi despacho se abre y cuando Chloe y yo vemos de quién se trata nos quedamos asombradas.

23

—Señor Bennett —dice Chloe en cuanto ve aparecer a mi padre.

Debo de confesar que yo me encuentro tan asombrada como mi amiga, mi padre jamás sale de su última planta en el edificio, es un jefe que no se codea con los demás. Él da todas las ordenes desde su fortaleza, como llamo a su impresionante despacho de doscientos metros cuadrado en madera de caoba.

—He venido a felicitar a mi hija —anuncia.

Chloe le hace un asentimiento de cabeza como si se tratase de alguien de la realeza y sale en silencio de mi despacho, dejándonos solos.

—¡Qué sorpresa, papá! ¿No te has perdido por el camino hasta llegar aquí? —le pregunto de forma irónica. En todos los años que llevo trabajando en la empresa nunca se ha dignado a venir a mi despacho.

—Ven, dame un abrazo —me pide de forma afectuosa. Me acerco a él algo reticente ya que no suele ser así conmigo. Solo recibo un beso y un abrazo de mi padre el día de mi cumpleaños, y si ese día está en Nueva York—. Estoy muy orgulloso de ti —manifiesta para mi gran sorpresa, eso sí que no lo esperaba.

—Gracias —murmuro mientras me retiene cerca de su pecho. Me tiene tan desconcertada que no atino a decir nada más.

—Ya me he enterado que habrá una gala para otorgarte el premio en dos semanas. Me gustaría acudir con mi hija, de tu brazo. —Tras escuchar su petición me tengo que sentar. Lo miro seria y me pregunto si realmente es mi padre el hombre que tengo delante. ¡¿Tan orgulloso está de mí?! Desde que trabajo en el grupo Bennett nunca hemos ido juntos a ningún evento.

—¿De verdad? —pregunto de forma incrédula.

—A menos que tengas una pareja que no me hayas presentado… —deja caer con cierto tono en su voz que reconozco. Lleva varios años

insistiendo en el hecho de que tengo que sentar la cabeza y encontrar a un hombre con el que formar una familia.

—No hay nadie, ya lo sabes —le dejo claro.

—Pues ya es hora de que lo haya. No será porque no sales. —No pierde la oportunidad de recriminarme—. ¿Ninguno te parece bien?

—Nadie está a la altura, papá. Es difícil encontrar a un hombre con más dinero que yo, y que tú lo consideres adecuado —le reprocho. Nunca, en todos estos años, le he dicho nada sobre la conversación que escuché en su despacho donde supe que le dio dinero a Matt para que se alejase de mí porque no lo consideraba bueno para su hija, sino un cazafortunas.

Siempre culpé a Matt por aceptarlo. Mi padre todo lo resuelve extendiendo un cheque con muchos ceros, de él no me sorprendió, pero de Matt sí. Jamás lo perdonaré.

—Pues baja un poco el listón, hija. No se puede ser tan exigente. Me hago viejo, quiero verte casada, con hijos e irme de este mundo sabiendo que hay más herederos para el imperio Bennett.

—Solo tengo veintiséis años —le recuerdo.

—Y eres la vicepresidenta de este grupo textil. Te recuerdo que necesitas una imagen seria y que dé confianza. No me gusta tener que estar continuamente parando y pagando por fotografías tuyas en discotecas a altas horas de la noche y con copas de más para que no salgan a la luz y perjudiquen la imagen del grupo Bennett.

—Con el premio que me van a otorgar he demostrado que aparte de ir de fiestas también trabajo. En mi tiempo de ocio puedo hacer lo que me plazca.

—Deberías tener más cabeza —me reprocha.

—¿Algo más? —le pregunto a modo de cortar la conversación.

—Sí. Busca a un hombre que te haga feliz y te proporcione una vida estable, y a mí me haga abuelo —me sugiere antes de darse media vuelta y marcharse.

Cuando ha salido de mi despacho manifiesto en voz alta:

—Yo también te quiero, papá. —En ocasiones pienso que para él solo soy una marioneta. Su única heredera y quiere dejarme una vida trazada dentro y fuera del trabajo, pero está muy equivocado. Pese a

que el grupo Bennett ha crecido muchísimo en manos de mi padre yo tengo mis propias ideas, y con respecto a formar una familia tengo claro que nunca tendré hijos si no puedo dedicarles mi tiempo y amarlos como mi padre jamás hizo conmigo. Él me dio todo lo material que puede existir, pero se olvidó del cariño de un padre. Doy gracias todos los días de mi vida por tener a mi maravillosa abuela. Siempre pendiente de mí.

Chloe vuelve a entrar en mi despacho y me pregunta preocupada:

—¡¿Qué quería?! ¿Algo va mal?

—No. Por increíble que parezca ha salido de su fortaleza para felicitarme. Bueno y recordarme, como siempre, que ordene mi vida, me case y le dé nietos.

—Lo cierto es que tu vida sentimental es un poco caótica, ahí lleva toda la razón tu padre. No te vendría nada mal que encontrases a alguien con quien pases más de dos meses seguidos.

—No valgo para tener una vida en pareja, me agobio. Necesito libertad —defiendo con arraigo—. Cuando veo a Ava a las puertas del altar siento pánico.

—Por cierto, tenemos que hacerle la última despedida antes de la boda —me recuerda Chloe.

Ava es la primera de nosotras que se casa. Hace un mes nos fuimos las cuatro amigas a México y pasamos unos días increíbles. Se casa en tres meses y antes queremos prepararle una noche de fiesta que no olvide. Nos han hablado de un sitio aquí en Nueva York donde unos chicos que bailan muy bien, hacen unos números increíbles en el escenario. Queremos probar ese sitio. Nunca hemos ido a un espectáculo de *boys* y este, al parecer, es un lugar muy lujoso donde todo está superorganizado.

***

Dos semanas después

Es el primer premio que me dan en mi carrera y estoy muy nerviosa. Me miro delante del espejo y sonrío cuando veo el reflejo de mis tres

amigas detrás. Están tan ilusionadas como yo. Han venido a mi casa a ayudarme a vestirme y me acompañarán a la entrega del premio.

—Estás fantástica —dice Madison mientras me mira con emoción.

—El vestido es precioso —lo elogia Ava.

He escogido un modelo en gris plomo, con escote barco y largo hasta el suelo. Llevo el pelo recogido y me veo mayor, pero me gusta el resultado.

—¿Nerviosa? —pregunta Chloe, que me conoce muy bien.

—Un poco —reconozco.

—¿Por recoger el premio o por aparecer del brazo de tu padre? —insiste Chloe.

Todas estallamos en carcajadas.

—Por ambas —reconozco.

—Es la hora —anuncia Madison.

Bajamos y la limusina de mi padre, que llega junto con mi abuela, me recoge. Mis amigas van juntas en otro coche. Yo tengo que bajarme del brazo de mi padre en la entrada de la gala, y por supuesto insistí en que no dejaría a mi abuela atrás.

Cuando nos bajamos de la limusina todos los fotógrafos se vuelcan con mi padre y conmigo. Es muy difícil obtener una foto de los dos juntos. Mi padre es muy reticente a la prensa y las fotos, sin embargo, en esta ocasión se muestra muy complaciente y amable, algo que me alerta y hace que me pregunte qué está cambiando en él. ¿Será la edad?

Cuando llega el momento de entregarme el premio me quedo helada cuando descubro que es mi padre quién sale al escenario para dármelo en persona. No puedo creerlo, me repito mientras subo los cuatro peldaños hasta el escenario concentrada en no caerme de boca.

Mi padre me entrega el premio, me abraza, me besa y no sé cómo logro dar el mini discurso que traía preparado con la impresión de verlo en el escenario, a mi lado, de donde no se mueve.

Cuando termino de dar el discurso y los agradecimientos a todas las personas que me han otorgado el premio mi padre toma la palabra, para mi gran sorpresa.

—Señoras, señores, creo que es el momento adecuado para

anunciar algo importante. —Se hace un silencio, mi padre me mira y yo lo miro desconcertada sin saber qué va a decir—. En esta vida hay que saber cuándo retirarse, y mi momento ha llegado. Con este premio queda patente la valía de mi hija para hacerse cargo del grupo Bennett. —Un murmullo se empieza a escuchar en la sala—. Quiero comunicar que la nueva presidenta del grupo Bennett será mi hija Sarah. Ha llegado la hora de mi jubilación y sé que ella lo hará muy bien.

Tras escuchar esta repentina reacción de la que no tenía ni idea, pensé que a mi padre le quedaban muchos años en la empresa, me quedo de piedra.

Un sinfín de aplausos nos engulle mientras que mi padre me abraza y me da un beso.

—¿Por qué me has hecho esto? —le susurro en el oído.

Él sabe que no quería este cargo. Me encuentro muy cómoda en el lugar que tengo en estos momentos y no quiero ser la presidenta del grupo Bennett, no por ahora. Sabía que el cargo llegaría en algún momento de mi vida y tendría que estar al frente, pero lo esperaba en muchos años, mínimo a los cuarenta. No entiendo por qué mi padre ha decidido jubilarse tan pronto.

—Porque sé que no hubieses aceptado de otra forma —me indica mostrándome una sonrisa triunfadora, a lo que yo le respondo:

—Igual no lo hago —lo reto.

—Lo harás —concluye con autoridad, me toma de la cintura y posamos juntos para una foto que nos piden en el escenario. Tengo que forzar una sonrisa mientras siento que mi padre siempre se las arregla para manejar mi vida a su antojo.

24

Hace una semana que mi padre anunció su retirada y los inversores y las cotizaciones en bolsa en nuestra empresa han bajado considerablemente. No es alarmante, pero son datos que me animan a que mi padre cambie de opinión y decida no retirarse y dejar el imperio Bennett en las manos de una cría, como ha salido publicado en algunos periódicos de economía, pero a Liam Bennett le gusta desafiar al mundo y manejar mi vida y, por ahora, no ha cambiado de opinión.

Durante esta semana he pensado mil excusas para deshacerme del cargo hasta dentro de unos años, pero mi padre no las aceptaría, sin embargo, le tengo un candidato que igual lo valora. Su principal asesor desde hace años, Logan Harrison.

Como todos los domingos por la tarde, visito a mi abuela en su casa. Desde que mi padre se volvió a casar hace cinco años mi querida abuela se marchó a una bonita casa con jardín para ella sola. Por suerte, la mujer que escogió mi padre es una buena persona, cuando me la presentó creí que se trataría de la típica cazafortunas ya que es quince años menor que él y era la encargada de una de nuestras tiendas de Nueva York, pero los años me han demostrado que existen las madrastras buenas. Al que no soporto es a su hijo, Nick es dos años menor que yo y desde que metió cabeza en el grupo Bennett tiene unos aires de grandeza que no me gustan. He tenido que pararle los pies en un par de ocasiones porque trata a los empleados de forma muy déspota. En una ocasión, cuando una dependienta lo acusó de querer abusar de ella en un probador, le pedí a mi padre que lo echase, pero no me hizo caso. Indemnizó a la dependienta con mucho dinero para que el caso no saliese a la luz y todo quedó en silencio. No aprobé la actitud de mi padre, pero no me quedó otro remedio.

Cuando llego a casa de mi abuela la abrazo y se queda mirándome,

dice:

—¿Dónde has dejado todo el *glamour*? —Llevo un chándal holgado, una coleta y voy sin maquillar—. Así no debería de salir a la calle la futura presidenta del imperio Bennett —me regaña con una sonrisa, mientras me toma de las manos y me mira con atención.

—No tenía ganas de vestirme. He estado a punto de no venir —le indico mientras nos sentamos en el porche.

—Estuviste de fiesta anoche hasta altas horas —afirma segura de ello. Yo le sonrío y asiento—. Deberías de dejar de salir tanto —me reprocha.

—Es difícil cuando siempre tengo tantas invitaciones a sitios a los que acudir.

—Pues cambia de hábitos, hija. Llevas años saliendo y no has encontrado a un hombre digno de ti. Prueba ir a la biblioteca o al supermercado —aventura y ambas estallamos en carcajadas.

—Igual mi media naranja no aparece jamás.

—No digas eso, quiero verte feliz, ese brillo especial en tu mirada que una vez vi y nunca más ha vuelto a ti. —Tras escuchar las palabras de mi abuela me tenso. Me ha hecho pensar en Matt—. Además, quiero bisnietos. ¿No me vas a dar esa alegría antes de morirme? —casi me suplica.

—Para darte bisnietos no necesito encontrar al hombre de mi vida —lanzo de golpe. Ella me mira con los ojos muy abiertos. Es una mujer tradicional en ese aspecto—. Puedo inseminarme cuando quiera y ser madre.

—Necesitas a un hombre a tu lado, que te quiera y te dé todo lo que necesitas —insiste.

—¿Podemos dejar ese tema? —le suplico poniéndole morritos a conciencia—. En estos momentos me agobia más ser la próxima presidenta del grupo Bennett y cómo deshacerme del cargo por unos años más.

—¡¿Cómo?! —pregunta mi abuela escandalizada—. ¿Por qué no quieres sustituir a tu padre?

—Porque me apasiona mi puesto en estos momentos y sé que en cuanto tome la presidencia en mis manos no podré dedicarme a lo que

me dedico ahora y me encanta.

—¿Y qué has pensado?

—Que Logan Harrison tome la presidencia hasta que yo me encuentre con ganas de asumirla.

—Al menos estás siendo sincera y has dicho con ganas, porque capacitada para el cargo estás. Lo sé.

—No me apetece en estos momentos. Me acaban de otorgar un premio. Solo quiero seguir diseñando, que es lo que realmente me gusta.

—¿Y qué ha dicho tu padre a tu propuesta? —inquiere con expectación.

—Mañana hablaré con él.

—No estoy de acuerdo, quiero que lo sepas. En esta locura no te apoyo, querida —me deja patente, pero yo me abrazo a ella y le doy un beso, sé que respeta mi decisión.

—No quiero una vida planeada, abuela. Necesito vivir mi vida, no la que mi padre quiere que sea.

—Tienes un destino, Sarah, y tarde o temprano tendrás que tomar los mandos —me recuerda.

—Prefiero que sea más tarde. No sé por qué mi padre quiere retirarse ya. Siempre pensé que se jubilaría cuando no diese más de sí, y aún le queda guerra que dar.

—Ya, pero ha decidido vivir y estar al lado de su mujer. Creo que es la única decisión de mi hijo que apoyo de forma unánime. Ha trabajado mucho estos años, su vida y su mente necesitan desconectar y perderse por el mundo.

—Me ha dicho que se traslada a Los Hamptons a vivir —le revelo a mi abuela—. Dice que necesita la paz y la tranquilidad que se respira allí.

—Mi hijo ha cambiado mucho desde que se casó con Emily.

—Sí, ella lo volvió un poquito, solo un poquito más humano —le indico, sonriente. Y mi abuela está de acuerdo conmigo.

25

Es lunes y las diez de la mañana cuando me presento en la fortaleza de mi padre para tener la conversación más importante de nuestras vidas. Más bien, para intentar que acepte mi propuesta de postergar mi cargo como presidenta del grupo Bennett por unos años.

Cuando la secretaria de mi padre me indica que puedo pasar a su despacho entro con decisión. Él me espera sentado en su sillón, me mira y sonríe. Camino hacia él y se levanta para recibirme, algo que me asombra. Se acerca a mí y me da un beso.

—¿Cómo está la futura presidenta? —pregunta tomándome del brazo. Nos sentamos en unos sillones cercanos a su mesa.

—De eso precisamente quería hablarte —le indico mientras me retuerzo las manos y me recuerdo estar serena.

—Dos meses, Sarah. Te di dos meses para yo soltar los mandos y que los cogieses tú —me recuerda. Al día siguiente de anunciar su retirada me comunicó que en dos meses tendría que sucederlo.

—Es muy poco tiempo, papá. Verás, he pensado que podría ser Logan Harrison quién tomase los mandos por unos años. Así a mí me daría tiempo de aprender todo bien. No puedo enfrentar la presidencia sin saber muchas cosas que desconozco.

—Ni lo pienses. Logan estará a tú lado, te guiará en todo, pero tú serás la presidenta del grupo Bennett, mi hija —replica con orgullo.

—¿Y si me niego? —lo desafío sosteniéndole la cabeza alta.

—¿Lo harás? —contraataca.

—Sí —afirmo segura de ello—. No quiero ser la presidenta por ahora. Me gusta ser la vicepresidenta y mi trabajo de diseño. Si me pongo al frente de este enorme imperio no podré hacer lo que más me gusta.

Se hace un silencio entre ambos, mi padre se levanta de su asiento y se pasea ante mí, pensativo, mientras yo creo que lo he descolocado y me siento victoriosa.

—Como intuirás, Sarah, una persona como yo no lanza una propuesta como la que has tenido en tus manos sin tener un plan B en mente. Te conozco muy bien, hija. Te he seguido muy de cerca desde que entraste a trabajar en esta empresa, puede que tú no lo hayas notado, pero tu padre ha seguido cada uno de tus pasos.

—¿Qué quieres decir con ello? —pregunto con cierto temor.

—Que ha llegado la hora de que tu vida cambie para siempre en una dirección u otra, la elección va a estar en tus manos —anuncia. Me quedo callada, esperando que diga algo más, se hace de rogar, se vuelve a sentar a mi lado, me mira y dice—: Voy a lanzarte mi propuesta, Sarah. Tienes dos opciones: o aceptas la presidencia o escojo como presidente a Nick y tú vas fuera de la empresa —me comunica rotundo.

—¡¿Qué?! No puedes hacer eso.

—Sí puedo. Soy el dueño absoluto del grupo Bennett.

—Pero yo tengo la parte de mamá.

—Tu madre y yo convenimos que si a alguno de nosotros le pasaba algo el otro se quedaba con el sesenta por ciento de las acciones, para de esa forma nunca perder el control. Tienes el cuarenta por ciento de las acciones de esta empresa, pero yo soy el que tomo las decisiones aquí. Puedes marcharte a casa y ver cada mes como engorda tu cuenta bancaria hasta que yo muera, bueno, eso si finalmente no decido dejarle todo a Nick y a mi mujer.

Lo miro sin poder creer lo que me está diciendo.

—¿Esto es un chantaje? —pregunto con un hilo de voz. No esperaba nada igual.

—No. Es mi decisión ante la tuya de no aceptar la presidencia —reflexiona con pasmosa tranquilidad, como todo un maestro. Y es en este momento cuando entiendo por qué Liam Bennett es un gran empresario. No solo juega con el dinero y las empresas, juega con las personas para conseguir todo lo que quiere.

Me quedo en silencio y reflexiono, sintiéndome una marioneta en sus manos. Tengo ganas de plantarle cara y salir diciéndole que no acepto, pero ver cómo el imbécil de Nick se pone al frente del imperio que mi madre también creó me da náuseas, se lo debo a ella, y solo

porque adoro a mi madre y todo lo que fue, agacho la cabeza, me trago mi orgullo y susurro:

—Vale, acepto el puesto de presidencia. —Lo miro con rencor y dolor mientras que mi padre me sonríe.

—Llegados a este punto, no todo va a ser tan fácil, Sarah.

—¿Qué quieres decir? —pregunto a la defensiva, con temor. Con mi padre nunca se sabe.

—Me has desafiado y ahora tengo mis condiciones. Si las aceptas, la presidencia y la empresa entera serán tuyas.

—Y son… —pregunto con la mirada fija en él. Creo que está disfrutando de todo esto.

—Algo muy simple —revela—. Quiero que te cases en un plazo de seis meses y me des nietos.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loco? —grito colocándome en pie delante de él.

—La presidencia será tuya en menos de un mes y medio —determina—. Si en seis meses desde el día de hoy te has casado y me das nietos todo mi imperio será para ti antes de que llegue mi muerte. Serás la única dueña del grupo Bennett, podrás hacer y deshacer sin consultarme nada, porque recuerda que, aunque seas la presidenta del grupo, yo seguiré ostentando el sesenta por ciento de las acciones.

—¿Cómo pretendes que me case en seis meses? —grito perdiendo los papeles.

—Te aseguro que, para una mujer joven como tú, con tu belleza, tu posición económica, con todo lo que sales y con todos los hombres que te codeas no será nada difícil.

—¿Por qué me pides esto? —le pregunto sin comprenderlo.

—Porque quiero verte formar una familia, centrada en ella, en tu trabajo y fuera del mundo de la noche, las fiestas y discotecas que tanto te gustan.

—No, no puedes manejarme de esta forma —le echo en cara con dolor.

—Tú decides, Sarah. Yo solo te estoy exponiendo un plan. Lo tomas o lo dejas.

Me quedo callada, meditando todo, las opciones y salidas que

tengo. Cuando voy a mandarlo a la mierda dice:

—Tienes una semana para pensarlo bien. No tienes por qué darme una respuesta ahora. Reflexiónalo con calma. No tomes ahora una decisión de la que te puedas arrepentir.

—Esto es… Eres…

—Ahórrate las calificaciones, hija. En una semana te espero aquí para que me comuniques qué has decidido.

Cojo una bocanada de aire y estoy a punto de mandarlo todo a la mierda para siempre e irme muy lejos de él, pero me llama la atención una foto de mi madre recogiendo un premio que permanece en un rincón de su despacho y siento como si una fuerza extraña me ahogase quedándome sin voz.

Me doy media vuelta y me marcho del despacho de mi padre sin decir nada. Furiosa, con ganas de llorar y gritar de la impotencia que siento ante sus aires de superioridad queriendo dominar siempre mi vida a su antojo.

26

Cuando paso por delante del despacho de Chloe y me ve entrar en el mío y dar un sonoro portazo, al instante la tengo a mi lado.

—¡¿Qué te pasa?! —pregunta con miedo, a cierta distancia, mientras yo me dedico a tirar al suelo todo lo que encuentro. Tengo un gran ataque de nervios que no puedo controlar.

—Odio a mi padre —grito con rabia y dolor. Me llevo las manos a la cabeza y me revuelvo el pelo.

—¿Qué sucede? —insiste acercándose a mí. Me toma de la mano y me lleva hacia el sofá para que nos sentemos juntas.

Estallo a llorar sin poder controlarlo, me lleno más de rabia contra él por todo lo que estoy pasando en estos momentos mientras Chloe me abraza con paciencia. Luego la miro y le cuento todo lo que mi padre me ha propuesto en su despacho. Mi amiga se queda tan alucinada como yo y ambas ponemos a parir a Liam Bennett.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Chloe con cautela.

—Mandarlo todo a la mierda y empezar de cero por mí misma —escupo con asco.

—¿Se lo has dicho? —pregunta con miedo.

—No, pienso dejarlo con la duda una semana. Planear bien como decirle en su cara que no lo necesito, ni a él ni a sus millones y te juro que va a ver como resurjo de las cenizas y voy a convertirme en su competencia.

—Así me gusta. Tú fuerte e indestructible —me anima Chloe.

Suspiro y tomo aire. Me duele un poco la cabeza y necesito alejarme de este lugar.

—Me voy a casa. Cancela mi agenda del día de hoy, por favor.

—Está bien. ¿Quieres que te acompañe? —se ofrece.

—No. Necesito estar sola. Gracias, amiga.

—Te parece si llamo a las chicas y quedamos para cenar —me

propone, cuando ve que le voy a dar una negativa dice—: Te hace falta distraerte, y escuchar sus opiniones.

Me quedo en silencio, pensativa y finalmente acepto.

De camino a mi casa, mientras conduzco, siento la necesidad de pasear al aire libre, liberar tensión, por ello cuando llego a casa me enfundo en mi ropa de deporte y me voy a correr a Central Park, tengo que echar fuera todo lo que siento porque si no el veneno que ha provocado mi padre terminará por matarme.

Tras correr hasta el cansancio y sentirme medio derrotada, me siento en un banco para tomar fuerzas. Cuando lo hago, me doy cuenta de que estoy en el mismo lugar en el que ocho años atrás me rompieron el corazón. Cierro los ojos y maldigo a Matt y a mi padre. Dos hombres que se han encargado de arruinarme la vida y sacar lo peor de mí.

Abro los ojos y observo a las personas que están alrededor, la vida que me rodea y no me permito hundirme. Juro que saldré adelante. Matthew Fuller me rompió el corazón, llegué a tocar fondo y resurgí en la mujer que soy hoy día. No voy a permitir que la decisión de mi padre me haga descender de nuevo hasta los infiernos. Dos hombres importantes en mi vida me han decepcionado y roto el corazón en dos. De Matt nunca más supe de él, supongo que él sí sabrá de mí, soy una persona demasiado pública, los medios siempre me persiguen. Pero juro que mi padre sí va a ver en sus propias narices en lo que me voy a convertir, en su principal rival empresarial. Me costará, pero estoy decidida a romper todo lazo con él.

Llego a casa, me meto bajo la ducha y luego me tumbo en la cama, donde me quedo dormida hasta que llegan mis amigas.

Ya Chloe las ha puesto al tanto. Madison y Ava me dicen nada más verme:

—Tu padre es un cabrón.

—Decidme algo que no sepa —les indico y las cuatro estallamos en carcajadas.

Mis amigas me consuelan y me muestran todo su apoyo en mi firme decisión de marcharme de la empresa y plantarle cara a mi padre.

—¡¿Cómo pretende que te cases en seis meses?! —pregunta Ava.

—¿También te tenía elegido al candidato? —se interesa Madison.

—No. Por increíble que parezca, eso lo dejaba a mi elección.

—Tu padre tiene una mente maquiavélica —murmura Chloe—. ¿Cómo puede proponerle algo así a su hija?

—Porque no me quiere. Nunca me ha querido, para él solo soy su sucesora y quiere asegurarse de que sea como él pretende.

—¿Sabe algo de todo esto tu abuela? —pregunta Madison.

—No. He querido dejarla al margen. Se lo contaré cuando rompa todas las relaciones con mi padre, porque cuando salga definitivamente del grupo Bennett no pienso hablarle más. Para mí estará muerto y enterrado.

—Bueno, para aliviar toda esta tensión y desestresarnos, ¿nos vamos a comer algo y luego al sitio ese donde bailan de muerte esos tíos medio desnudos con cuerpos impresionantes? —propone Chloe.

—¿El Marlone? —pregunta Ava.

—Sí. Ese. Todo el mundo habla de él. Lleva un año y algo abierto y he escuchado que hay que reservar con semanas de antelación.

—Hoy es martes, no creo que haya mucha gente —dice Madison.

—Pensamos llevarte ahí para tu última despedida de soltera, pero creo que esta noche las cuatro necesitamos divertirnos —manifiesta Chloe.

—Si nos gusta podemos volver —lanza Ava.

Acepto la propuesta de mis amigas, necesito salir, tomarme un par de copas y olvidarme de mi padre. De hecho, creo que necesito emborracharme y pasármelo de lujo hasta que este dolor que siento desaparezca.

27

Cada vez que me siento con los ánimos por los suelos, como es el caso, me visto de rojo. En esta ocasión escojo un vestido muy corto, con escote pronunciado, ajustado a mi cuerpo y unas sandalias altas. Llevo el pelo suelto, ondulado. Me pinto los labios de rojo, quiero aparentar que soy una mujer fuerte y decidida, no deseo que nadie note que estoy rota por dentro. Me miro en el espejo y me doy el aprobado. He obtenido lo que quería. Mi generoso escote y mis largas piernas evitarán que los demás reparen en la tristeza y la rabia contenida que hoy reflejan en mis ojos verdes.

Cuando mis amigas me ven aparecer por el salón de mi casa se llevan las manos a la boca.

—Vaya mujerón —grita Madison.

—Esta noche encuentras al marido que quiere tu padre para ti —lanza Ava.

—Impresionante, Sarah —dice Chloe. Creo que solo ella aprecia lo verdaderamente rota que estoy por dentro. De ahí la gran fachada que me he creado para esconderme detrás.

—¿Nos vamos? —las animo forzando una gran sonrisa, diciéndome que me olvide de todo y pase un buen rato con mis amigas.

Cenamos en un restaurante que nos gusta mucho a las cuatro y mientras lo hacemos Madison anuncia que ha conseguido las entradas para el *show* de esta noche en el local de moda, El Marlone. Estaba lleno, pero mi amiga conoce a alguien de la empresa que lo gestiona y ha conseguido un sitio en primera fila.

Cuando entramos en el lugar las cuatro nos quedamos un poco alucinadas. Creo que esperábamos otra cosa más inferior. Todo es muy lujoso. Tiene una decoración muy cuidada y las personas que trabajan allí van todas muy bien vestidas. Hay un enorme escenario y cuando vemos que nos sitúan en primera fila, en el centro de este, sonreímos. Nos pedimos unas copas y nos las tomamos al ritmo de la música de fondo mientras paseamos la mirada por el lugar y descubrimos que

está lleno a reventar. Una voz anuncia que en diez minutos empezarán las actuaciones y la gente aplaude.

—Esto es increíble —dice Madison.

—Me han asegurado que el *show* es pura maravilla. Seis tíos que están buenísimos se encargan de representar varios números cada noche. Bailan como dioses y se mueven de una forma que provocan taquicardia a todas las presentes —anuncia Chloe.

—Estoy impaciente —dice Ava.

—Volveremos otro día en el que te traigamos adornada y se note que venimos de despedida de soltera —comento mientras observo a varias chicas con amigas en esta situación.

Lo cierto es que el local está superbien ambientado. He de reconocer que me he animado bastante. He pedido la segunda copa antes de que comience el show y parece que mi estado de ánimo va mejorando después de la descabellada propuesta de mi padre esta mañana.

Las luces bajan su intensidad y una mujer sale al escenario y presenta el *show* que veremos a continuación. Se trata de seis chicos que llevan unos años haciendo este tipo de números por locales. Desde que pasaron por aquí no los dejaron escapar y a día de hoy tienen exclusividad en El Marlone.

El espectáculo comienza, las luces se apagan, la música sube de volumen y los seis hombres aparecen en escena causando un gran furor entre todas las presentes. Llevan gafas y van vestidos de militares, con metralletas en sus manos. En cuanto comienzan a contonearse la temperatura sube en el ambiente. Tengo que darle un buen sorbo a mi copa porque han salido con fuerza. Sus movimientos son impresionantes, estudiados y muy eróticos. Llevan bailando menos de un minuto y ya hacen que los desees en tu cama.

El resto de las chicas gritan, vociferan sus nombres. Me sorprendo cuando descubro que se los saben. Miro a mis amigas y están tan alucinadas como yo. Puedo decir que soy la reina de las fiestas, desde que salí del internado no he parado de salir, pero jamás había presenciado nada igual.

—¡Madre mía! —grita Chloe.

—Cuando llegue a casa le pido a mi futuro marido un numerito así —dice Ava. El resto estallamos en carcajadas.

—Estos tíos le calientan la sangre a cualquiera, ¿qué me dices, Madison? —le pregunto a conciencia, de las cuatro es la más recatada.

—Tienes toda la razón —grita con euforia.

—Me llevaría uno a casa hoy —grita Chloe.

—Y yo —me uno a ella con otro grito mientras aplaudimos y nos volvemos locas cuando se quitan las camisetas y vemos sus estupendos pechos musculados.

Luego los seis chicos se acercan más al borde del escenario, los tenemos muy cerca, los vemos bailar y nos quedamos con la boca seca cuando se quitan los pantalones delante de nosotras y se quedan en tanga. Continúan bailando y calentando el ambiente con movimientos muy sensuales y estudiados. Tienen cachondo al público por completo.

Yo en especial me fijo en uno de los chicos, tiene un cuerpo de infarto, el mejor de todos. Me ha mirado un par de veces y he sentido como clavaba sus ojos ocultos por las gafas en mi cuerpo, en especial en mis piernas y mi escote.

Cuando el número está a punto de terminar todos tiran las gafas y caen de rodillas sobre el escenario, con sus piernas abiertas y los brazos extendidos hacia arriba.

De repente, siento que me mareo. El corazón se me acelera y una voz interior me grita: no puede ser. Parpadeo con fuerza, miro a mis amigas, pero ellas siguen aplaudiendo el final del numerito. El resto de tíos se acercan a las mujeres y ellas le introducen billetes en el interior de los tangas y los tocan a conciencia mientras ellos se dejan. Yo me he quedado fría como el hielo, mientras siento unos ojos desde el escenario que me han reconocido tanto como yo a él.

Hacía ocho años que esperaba este momento, tenerlo frente a frente. Saber de él, pero jamás pensé que me encontrase con Matt en un lugar como este y fuese uno de los bailarines. ¿Cómo ha terminado aquí?

Los chicos se retiran y por megafonía nos indican que vuelven con otro número en diez minutos.

Mis amigas me miran con atención, y me preguntan alarmadas:

—¿Estás bien?

—Estás muy pálida —aprecia Chloe con preocupación.

—Era él —susurro con un hilo de voz.

—¿Quién? —inquiere Madison.

—El profesor. Matt —murmuro sin dar crédito a lo que acabo de presenciar.

—¿El profesor Fuller? —insiste Ava. Yo asiento, no me salen las palabras.

—¿No estarás confundida, Sarah? —insiste Madison—. ¿Qué iba a hacer él bailando en un lugar como este?

—¿No lo habéis reconocido? —les pregunto desesperada. Todas niegan a la vez—. Está muy cambiado, ahora lleva una barba recortada, pero es él. Eran sus ojos, su mirada. Han pasado ocho años, pero lo reconocería aunque pasasen cien.

—¡Joder! —maldice Chloe—. ¿Quieres que nos vayamos? —propone algo alterada.

—No —niego de inmediato. Necesito verlo de nuevo.

Me pido otra copa y espero impaciente su inminente salida al escenario. En cuanto lo hacen, en esta ocasión vestidos de bandoleros con pañuelos tapando sus rostros, sé de inmediato quién es Matt. Sus ojos también están fijos en mí. Está tan descolocado como yo de verme ahí, incluso se ha equivocado en un par de pasos y se ha retrasado con respecto a sus compañeros en romperse la camiseta.

—¡Es él! —gritan las chicas. Yo asiento sin perderlo de vista.

Tengo el corazón acelerado, la sangre hirviendo y unas ganas de tirármelo como nunca antes las había sentido. No puedo dejar de mirarlo. Lo odio aún más por provocarme estas ganas, cuando en realidad tendría que echarle en cara muchas cosas.

Tras finalizar el número se acerca a mi lado, las mujeres ya le han introducido billetes en el tanga. Saco de mi bolso trescientos dólares y me atrevo a ponerlos en su tanga en la parte delantera, bien adentro, mientras los dos nos miramos a los ojos con intensidad. Estamos a punto de incendiar el local con lo que ambos proyectamos en esos instantes. Matt se da media vuelta y se marcha mientras yo me quedo temblando.

—Joder, Sarah. Ole tus ovarios —me dice Ava.

—Admiro tu valentía. Yo le hubiese arrancado la piel a jirones por lo que te hizo.

—La venganza es un plato que se sirve frío —murmuro, pensativa.

Y en esos momentos una idea aparece en mi mente. Lo barajo y me pregunto: ¿Si tienes la oportunidad de vengarte a la misma vez de los dos hombres que más daño te han hecho en la vida la desaprovecharías?

Matthew Fuller y mi padre van a beber de su propia medicina mientras yo lo disfruto.

Sarah Bennett tiene una oportunidad de venganza y no la piensa desaprovechar.

28

Salgo fuera del local antes de que Matt y el resto de los chicos vuelvan dentro y se preparen para la próxima actuación, necesito respirar aire fresco y alejarme. Mis amigas insisten en acompañarme, pero quiero estar sola.

Saco un cigarrillo de mi bolso, a veces fumo, y en estos momentos siento que lo necesito más que nunca. Me paseo por la acera, fuera del local, dándole profundas caladas al cigarrillo y llego hasta la esquina. Allí observo a dos hombres y descubro que uno de ellos es Matt. Sin pensarlo, me encamino hacia ellos. Necesito enfrentarlo.

El sonido de mis tacones hace que ambos hombres se giren y reparen en mí. Cuando me doy cuenta de que el acompañante de Matt tiene una navaja en la mano me quedo de piedra.

—Sarah… Vete de aquí —me ordena Matt cuando me ve.

El hombre que tiene la navaja en la mano me mira de arriba abajo.

—Ya lo sabes, Fuller —lo advierte en tono amenazante—. Tienes veinticuatro horas para pagarme los cinco mil dólares que me debes o eres hombre muerto.

Me quedo paralizada al escuchar la amenaza, soy incapaz de darme media vuelta y marcharme de ahí como me ha pedido Matt.

De pronto, saco mi bolso y de este mi talonario con un bolígrafo.

—Espera —llamo la atención del tío con pintas de matón.

—¿Cinco mil dólares has dicho? —pregunto mientras firmo el cheque. El hombre asiente. Escribo la cantidad, arranco el cheque y se lo entrego—. Deuda saldada —le indico al tío. Matt está serio y en silencio a mi lado.

—Tienes suerte de codearte con ricachonas como ellas —le dice a Matt antes de darse media vuelta para marcharse.

—Un momento —llamo la atención del matón antes de que se marche—. Ya que he saldado la deuda creo que tengo derecho a saber

qué la originó —exijo con valentía.

—Una carrera de moto. Le gané. Me entregó su moto, pero también tenía que pagar el resto de la apuesta. Espero que tenga fondos, si no iré a por ti también, muñeca —se despide el tío alzando el cheque.

Matt y yo nos miramos en silencio una vez a solas.

—Te lo pagaré —murmura cabizbajo mientras yo sonrío de forma amarga. En estos ocho años imaginé muchas veces que nos volvíamos a encontrar, pero jamás pensé en una situación como esta.

—Ya lo creo que me lo pagarás —contesto alzando el rostro y sosteniéndole la mirada mientras que todo mi cuerpo tiembla ante su presencia.

Matt da dos pasos para acercarse a mí mientras me mira con la respiración agitada.

—Sarah… —comienza a decir.

—Tío, dónde te metes. Vamos con el siguiente número. Vamos con retraso, joder —le indica un compañero desde la puerta de detrás del club.

—Me tengo que ir —se escusa Matt. Se da media vuelta y se larga.

Asiento en silencio, incapaz de articular palabra y llego hasta la puerta principal del club. Suspiro mientras tengo la mirada clavada en el nombre de este, El Marlone, en la fachada. Nunca imaginé encontrarme con todo lo que descubrí aquí esta noche. ¿En quién se ha convertido el profesor Fuller? No es solo un *stripper*, también se dedica a correr carreras ilegales de motos por dinero.

Soy incapaz de volver a entrar y quedarme para ver el *show* completo. Llamo a mis amigas desde la puerta y les digo que me voy a casa. No tardan en salir y nos marchamos juntas.

Cuando llegamos a mi ático me tumbo en el sofá del salón. Ava va a mi nevera y saca una botella de vino blanco bien frío mientras Madison y Chloe se sientan a mi lado.

—Qué puta casualidad encontrárnoslo en ese lugar —maldice Chloe.

—¿Cómo ha terminado de bailarín de *striptease*? —pregunta Madison, asombrada.

—Igual de esa forma se saca un dinero extra —aventura Ava

mientras coloca el vino y unas copas en la mesa que tenemos delante.

—Deben de sacar una pasta por noche. Entre lo que le pague el local y lo que se llevan en el tanga… —reflexiona Chloe—. Si todas son tan generosas como Sarah que le introdujo trescientos dólares, ¡madre mía! —exclama.

—No llevaba más efectivo, pero le hubiera dado más. Me ha demostrado nuevamente que para él el dinero es muy importante —escupo entre dientes con dolor. No les cuento el cheque que he extendido para saldar su deuda. Aún estoy asimilando la nueva vida de Matt y no quiero que mis amigas me atiborren de preguntas.

Ava sirve las copas y me bebo la mía de tirón. La necesito.

—¿Qué tal te encuentras? —se atreve a preguntar Madison.

—Tranquilas, no voy a hacer ninguna tontería. Por un lado, hoy ha sido un día de mierda. La propuesta de mi padre y volver a encontrarme con Matt después de ocho años sin saber nada de él. Debería estar hundida y lamentándome, pero no es así —les hago saber con entusiasmo mientras me miran calladas y expectantes.

—Ah, ¿no? —pregunta Chloe.

—No —niego con alegría. Cojo la botella que está sobre la mesa, me lleno la copa y la alzo antes de decir—: Brindemos por mi resurgir, chicas. A Sarah Bennett le han puesto en sus narices esta noche una oportunidad de venganza y no piensa desaprovecharla.

Brindo con mis amigas mientras ellas me miran sin comprenderme muy bien.

—¿Qué has pensado? —pregunta Madison.

—Ahora mismo mi mente es un completo hervidero de ideas, las tengo que ordenar y poner en marcha. Cuando tenga todos mis planes bien atados os los contaré —anuncio, segura de ello.

—¿No nos puedes adelantar algo? —inquiere Chloe.

—Voy a vengarme de los dos hombres que me han jodido la vida a la misma vez. ¿No es fantástico? —pregunto sonriente, alzando mi copa, mientras mis amigas me miran en silencio.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta Ava.

—Sí. Mi padre y Matt van a tener lo que tanto desean. Ambos van a recibir la lección de su vida. Hoy ha sido un gran día, chicas —resumo

con una sonrisa.

Ava y Madison se despiden y se marchan a casa, es muy tarde, pero Chloe insiste en quedarse conmigo esta noche.

Cuando nos quedamos solas me pregunta:

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Cancela mi agenda de mañana en la empresa. Necesito el día para mí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con temor.

—Trazar planes para poner en su sitio a mi padre y al profesor.

—Puedes confiar en mí —me indica Chloe.

—Déjame que lo piense todo bien. Mañana cuando termines de trabajar vente para acá, te voy a necesitar.

—Me das miedo, Sarah —murmura mi amiga.

—No te preocupes, voy a estar bien. De hecho, creo que mejor que nunca.

Le doy un beso, me despido de ella y me retiro a mi habitación. Una vez ahí, a solas, me miro frente al espejo y me enorgullezco de mi aspecto físico y que Matt me haya visto así vestida y me haya devorado con la mirada. No sabe lo que le espera.

Me deshago del maquillaje, de mi vestido rojo y me meto en la cama. Los ojos y el cuerpo de Matt me persiguen toda la noche, sueño con él, me despierto sudorosa y muy caliente, lo deseo tanto hasta el punto de llegar a masturbarme pensando en las dos actuaciones en las que lo vi casi sin ropa. Su cuerpo es más fuerte, más musculoso, más definido. Estos ocho años lo han hecho más atractivo y más deseable, pero eso quedará para mí. Juro que él me va a desear de esta misma forma, lo voy a volver loco, y no me va a tener.

Cuando amanece me levanto temprano. Desayuno con una libreta en mano en la que voy trazando todos mis planes. Hago una llamada telefónica en la cual contrato a un detective privado. Quiero que me dé información de Matt, necesito saberlo todo de él. Solo si conoces bien a tu enemigo podrás derrotarlo, en mi caso, vengarme y que pague todo el dolor que me causó cuando jugó conmigo.

El resto de la mañana lo paso disfrutando mientras planeo ciertos momentos que sucederán en los próximos meses. Puedo recrearlos en

mi mente y me hacen sonreír. Liam Bennett se va a arrepentir el resto de su vida de haberme propuesto la presidencia del grupo Bennett junto con la condición de casarme y darle nietos.

Hace apenas unas horas me sentía hundida en el barro, pensaba buscar otro trabajo y empezar de nuevo, lejos de la empresa de mi padre, sin embargo, acudir a esa sala de *striptease* ha sido lo mejor que he hecho nunca. Hizo resurgir a esta nueva Sarah Bennett con ganas de venganza.

29

Llevo cuatro días metida en casa, sin recibir visitas, solo hablo con mis amigas por teléfono, planeando mi venganza. Ya lo tengo todo atado y medido. Esta noche voy a dar el primer paso. Es sábado y les he pedido a las chicas que volvamos al Marlone. Por suerte, Madison ha conseguido las entradas y la misma mesa que la vez pasada. En esta ocasión vamos de despedida de soltera con Ava. Le he aventurado que va a ser una gran noche.

He salido de compras y he escogido el vestido más sugerente, atrevido y con escasa tela que he encontrado. Lo he elegido en verde, del mismo color que mis ojos. Me queda como un guante y estoy segura de que todos los hombres me desearán esta noche, aunque a mí solo me importe uno en concreto.

Quedamos en mi ático, vestimos a Ava con un velo en la cabeza, que se note que es la futura novia, y nos marchamos al Marlone con muchas ganas de juerga y pasarlo bien.

Hasta el momento mis amigas desconocen mis verdaderos planes. En especial Chloe ha insistido mucho en cuál va a ser mi decisión sobre lo que me planteó mi padre y les he dicho a las tres que mañana en un almuerzo en mi casa les contaría todo, antes no. Tengo que tener la absoluta certeza de que mi venganza va a salir adelante tal y como la tenga trazada.

Entramos en El Marlone y ocupamos el mismo lugar que la vez pasada. De nuevo el local está lleno a reventar. Pedimos unas copas y mientras me la tomo trato de tranquilizarme, cierta inquietud dentro de mi cuerpo me tiene alerta. Tengo ganas de que empiece el espectáculo y volver a ver a Matt.

En esta ocasión, los chicos se hacen de rogar. El *show* comienza quince minutos tarde, la gente pide que empiece y cuando salen a la pista, vestidos de ángeles, el corazón me da un vuelco en cuanto veo a

Matt.

Pasan unos minutos hasta que él se percata de que estoy ahí de nuevo, sentada en primera fila sin perder detalle.

En la primera actuación calientan el ambiente, bailan como dioses ya que saben contonearse muy bien. No puedo evitar imaginarme con él en la cama, pero desecho estos pensamientos de inmediato.

En la segunda actuación salen vestidos de policías. El *show* es increíble. Creo que esta noche todas vamos a soñar con esas porras.

Tras la tercera actuación, en la que salen vestidos de granjeros, hacen un descanso. Anuncian que volverán en veinte minutos. El *show* de hoy es diferente, pese a que se han quedado en tanga no se han paseado por el público para que introduzcamos billetes en sus partes.

—¡Madre mía! Yo necesito a un tío esta noche en mi cama después de esto —lanza Chloe.

—Yo le acabo de pedir a mi futuro marido que me espere en la cama, despierto y desnudo —dice Ava.

—Mi novio está de viaje —dice Madison con tristeza.

Yo me quedo callada, si todo sale como espero el final de mi noche será muy satisfactoria.

Ava propone un brindis, porque las cuatro encontremos el verdadero amor como ella y nos recuerda que para su boda solo faltan menos dos meses.

El *show* comienza de nuevo y en esta ocasión salen todos vestidos de diablos. Este espectáculo es más extenso que los anteriores ya que es el final. Se quedan en tanga y se pasean por el borde del escenario mientras las mujeres les introducen billetes en sus partes. En esta ocasión yo me abstengo. Matt me mira mientras que lo repaso de arriba abajo en silencio.

Luego Matt y otro chico desaparecen y el resto se pasean por toda la sala saludando y recogiendo más billetes de otras mujeres. Cuando pensamos que el espectáculo ha terminado, Matt y el otro chico salen de nuevo, van vestidos de bomberos y escogen a dos mujeres del público que están celebrando su despedida de soltera. Una de ellas resulta ser Ava, pero, por suerte, no es Matt quien tira de su mano, sino un chico de color con unos ojos verdes impresionantes. Matt

escoge a otra chica y cuando la veo de su mano, que la lleva hasta el escenario, la sienta en una silla y comienza a bailar delante de ella tengo que controlar la gran ira que aparece en mi interior. No puedo parar de mirarlo, más bien de taladrarlo. Y el muy cabrón hace con su numerito que desee ser esa mujer. Me pido otra copa con mucho hielo, necesito bajar la temperatura de mi cuerpo y tener la mente bien fría para lo que viene.

Siento a Matt tenso, sin embargo, hace su trabajo muy bien. He de admitir que se ha vuelto un completo maestro de la seducción. Pero yo también le voy a demostrar todo lo que he aprendido en estos años.

Cuando Matt coloca a la chica en el suelo y se tumba sobre ella haciendo movimientos que logran ponerme taquicárdica hasta a mí, estoy a punto de levantarme y marcharme de allí, pero logro controlarme.

El espectáculo termina, mi amiga vuelve a nuestra mesa muy alterada mientras Chloe y Madison la reciben entre risas. Yo me levanto con disimulo y voy al baño. Necesito retocarme, ahora empieza mi *show* y va a ser Matt quien se quede con la boca abierta cuando me vea.

Tras ir al baño, pintarme los labios de nuevo y mirarme al espejo para infundirme fuerzas y decirme que yo puedo hacerlo, salgo de allí en una clara dirección. El camerino donde se encuentre Matthew Fuller. De camino allí una persona seguridad me para y me indica que no puedo acceder. Saco quinientos dólares de mi bolso y se los entrego.

—Seguro que es suficiente. Siempre puedes decir que no me viste pasar —le sugiero con una sonrisa coqueta.

El tío se hace a un lado, se guarda el dinero en el bolsillo y me deja pasar hacia mi objetivo.

Cuando estoy en la puerta, permanece abierta, observo a los seis chicos hablar entre ellos. Noto que existe complicidad y amistad. De repente, se percatan de que estoy ahí y se hace un silencio. Matt los mira a todos y como por arte de magia se despiden y se marchan, no sin antes dirigirme un buen repaso de arriba abajo y desearle a su amigo una buena noche con cierto tono que no me pasa

desapercibido.

Matt me mira serio, de forma intensa, en silencio e incómodo. Doy un par de pasos y me acerco a él, con la cabeza alta, aparentando seguridad y frialdad. Tiemblo por dentro, pero no puedo exteriorizarlo o todo se irá a la mierda.

—Sarah —murmura Matt mientras me mira de forma intensa.

Cuando escucho mi nombre en el timbre de su voz todo mi cuerpo se estremece.

—Veo que no has olvidado mi nombre —comento de forma mordaz.

—No podría olvidarte jamás. Cuando te vi ahí sentada frente al escenario la primera vez por poco me da un infarto. Y hoy… Esperaba tu vuelta desde hace días, tengo una deuda contigo —me recuerda, lo que él ignora por el momento es que vengo decidida a cobrármela.

—Han pasado algunos años. Has cambiado mucho —comento mientras le dirijo una mirada despectiva de arriba abajo, haciéndole notar que es alguien muy inferior a mí.

Él asiente en silencio mientras me mira. Lo siento emocionado. En sus ojos hay un brillo especial y no quiero que me mire así ya que hace que me transporte al pasado. No deseo sentir lo que produce su mirada dentro de mí, por ello me doy media vuelta y me paseo por el camerino viendo fotografías del *show* que llevan a cabo.

—Supongo que has venido a cobrar la deuda —murmura con la voz rota, lo siento emocionado, pero no dejo que esta emoción cale en mí —. Si me das unos días más… —suplica.

—Quería saludarte —murmuro para descolocarlo. Él me mira en silencio, le devuelvo la mirada y decido colocarme mi careta de niñata rica, fría y caprichosa—: Es mentira —reconozco de golpe con una sonrisa forzada. Él asiente y me sonríe, nervioso, mientras da un paso para acercarse a mí—. Quiero algo de ti —revelo de golpe.

—Estoy en deuda contigo. ¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta con amabilidad.

—No, querido. La que va a ayudarte soy yo —manifiesto, segura de mí misma.

—Sarah, ahora me gano la vida de esta forma. Han pasado muchas

cosas y… —trata de justificarse, pero no le doy opción.

—No estoy aquí pidiéndote explicaciones. Lo cierto es que no me interesa tu vida ni porqué has acabado así; de *stripper*, metido en carreras ilegales y en líos de deudas.

—No te entiendo —murmura, confuso.

—Ya me vas a entender. No te preocupes —le explico con una sonrisa. Tras pasearme por el camerino a mi antojo me doy media vuelta y lo encaro mientras me siento sobre una mesa, cruzo mis piernas y él clava sus ojos en ellas—. Estoy aquí porque necesito a un marido a medida —anuncio como si nada—. Tengo que casarme cuanto antes y la verdad que al verte me he vuelto a encaprichar de ti. Eres guapo, tienes un buen cuerpo y darías la apariencia que necesito. Te ofrezco un millón de dólares para que te cases conmigo —suelto de golpe, sin anestesia—, y, por supuesto, la deuda del otro día también quedaría saldada —añado.

—¡¿Qué?! ¿Estás loca o has bebido demasiado? —pregunta con los ojos muy abiertos mientras me mira sin reconocerme.

—Estoy perfectamente lúcida, y en mis cabales —añado con tranquilidad mientras lo miro sonriente—. Te ofrezco un negocio. Yo necesito a un marido y tú eres el perfil que se ajusta a ello. Te voy a pagar muy bien por tus servicios, descuida.

—Esto es… Te presentas aquí y… ¿me dices esto? ¿Es un juego? ¿Una burla? —pregunta, desconcertado.

—Es una propuesta y tú eres un posible candidato. Tengo que casarme por diversos factores que no tienes porqué saber. Te lo estoy proponiendo. Puedes aceptar o no. De lo contrario se lo propondré a alguno de tus compañeros —dirijo la mirada hacia la puerta por la que acaban de salir los demás.

—¡¿Cómo pretendes que me case contigo?! —pregunta fuera de sí.

—¿Estás casado? —inquiero haciéndome la tonta. Sé la respuesta, el detective que lo ha investigado me lo ha contado todo de él.

—No.

—Bien, por ese lado no tienes problemas.

—¿Para qué necesitas un marido? —pregunta acercándose más a mí y tomándome de los brazos, al sentir su contacto toda mi piel se eriza.

—Quiero un marido y más adelante un hijo —exijo con la cabeza alta—. Es todo lo que necesito de ti. Todo ello a cambio de un millón de dólares —le recuerdo la cifra económica.

Matt me mira impactado, serio y asustado. El pecho le sube y le baja, alterado. No esperaba algo como esto.

—Sarah… —susurra—. ¿Dónde está la Sarah que yo conocí? —pregunta mirándome a los ojos, con miedo.

—De esa Sarah ya no queda nada. No la busques porque no la vas a encontrar. Tienes hasta las cinco de la madrugada del día de hoy para aceptar mi propuesta —le doy de tiempo—. Si no pasaré al siguiente candidato y seguirás teniendo una deuda de cinco mil dólares conmigo —resuelvo alegre y sonriente. No quiero que note mi interés en él. Para mis planes solo me vale Matt, pero eso no se lo pienso decir. Él es mi as en la manga.

Saco de mi bolso una tarjeta con mi número de teléfono y se la entrego. La coloco sobre su pecho y él atrapa mi mano antes de que la retire.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué te ha pasado? —pregunta con decepción.

—La vida, eso es lo que me ha pasado. Supongo que lo mismo que a ti. —Me alejo de él y me encamino hacia la puerta contoneando mis caderas a conciencia.

No vuelvo la vista atrás. En cuanto enfilo el pasillo me llevo una mano al pecho y otra a la boca. Varias lágrimas salen de mis ojos mientras me digo a mí misma: lo has hecho muy bien. Te has mostrado ante él valiente, fría, distante, caprichosa, altiva, y he representado la imagen de una mujer rica que con dinero puede comprar lo que quiera, incluso un matrimonio pactado, un marido y un hijo.

30

Cuando vuelvo a la mesa con mis amigas, después de pasar un rato en el baño serenándome, ellas se interesan por mí y cómo me encuentro. Les pido que nos vayamos a casa y una vez en mi ático les cuento lo que le he propuesto a Matt esta noche.

—¡Qué has hecho qué! —grita Chloe.

—¡No lo puedo creer! —Madison se lleva las manos a la boca.

—¡La madre que te parió! —exclama Ava.

Las tres me miran con los ojos muy abiertos, asombradas, casi en estados de shock.

—¿Y él que ha dicho? —pregunta Madison.

—No dijo nada. Se mostró muy asombrado. Le he dado hasta las cinco de la madrugada para que me dé una respuesta. —Las tres consultan el reloj a la misma vez.

—¿Y crees que diga que sí? —pregunta Madison.

—Joder, le ha ofrecido un millón de dólares. Como para negarse —lanza Chloe.

—Necesita el dinero. Dirá que sí —aseguro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Ava.

—Lo he mandado a investigar —revelo sin pudor alguno.

—Joder, Sarah —murmura Chloe.

—Antes de proponerle todo tenía que saber si me diría que sí, de lo contrario no se lo hubiese propuesto.

—¿Para qué necesita el dinero? ¿Tiene deudas?

—Algunas —no especifico más—, además, su tía abuela está enferma. Es diabética y está mal del corazón. Necesita medicamentos muy caros. Él cuida de ella porque no puede pagar una residencia de mayores en condiciones y trabaja en El Marlone para pagar su medicación.

—¿Por qué ya no da clases? —se interesa Madison.

—No lo sé. Hasta donde me dijo el investigador hace unos tres años que es bailarín de *striptease*. No quise que investigase más. En cuanto me dio la información de su familiar enfermo me valió con ello. No me interesa nada más.

—¿Qué pretendes con todo esto, Sarah? —pregunta con miedo Ava.

—Es obvio. Vengarme de los dos hombres que me han arruinado la vida —reconozco de frente, con una sonrisa triunfal.

—¿Y estás segura de que en esta venganza tú no vas a salir herida? —reflexiona Madison.

—No. Voy a jugar con ellos como jugaron conmigo. Matt me utilizó en el pasado y se fue de mi vida por dinero. Ahora volverá a ella también por dinero y yo lo utilizaré a él para cumplir los deseos de mi padre y a la misma vez se atragante con ellos y viva mortificado toda su vida cuando conozca a mi marido.

—Madre mía cuando Liam Bennett conozca tus planes —aventura Chloe.

—Para entonces Matt ya será mi marido y no podrá hacer nada. Yo solo habré cumplido con sus deseos y él los lamentará —zanjó con una sonrisa triunfal.

—He de admitir que es un plan brillante. Matas dos pájaros de un tiro —reconoce Ava.

—Lo es —afirmo, segura de ello.

—Ahora solo falta que Matt acepte. ¿Has pensado en la posibilidad de que no lo haga?

—Lo hará.

—Yo también lo creo, pero no por el dinero. Siempre pensé que ese hombre te amaba más que a su vida —reconoce Madison.

—Jugó conmigo y aceptó el dinero de mi padre para alejarse de mí —le recuerdo, dolida.

—Bueno, dejemos el tema —intercede Chloe—. ¿Esperamos contigo la llamada del profesor? —propone—. Solo faltan tres horas —nos recuerda mientras consulta su reloj de nuevo.

—Haced lo que os apetezca.

—Nos quedamos —dicen las tres a la vez.

—Por descabellado que nos parezcan tus planes, estamos contigo —

me hace saber Ava.

Las cuatro nos abrazamos y siento que ellas son mi verdadera suerte en esta vida.

Mi teléfono suena a las cuatro y media de la madrugada. Es un número que no conozco y deduzco que es Matt, a la misma vez que lo deseo con toda mi alma. Si no acepta mi propuesta estoy perdida con mi padre.

Nerviosa, descuelgo la llamada. Pregunto:

—¿Quién es?

—Acepto, Sarah. Me casaré contigo —escucho la voz seria y distante de Matt.

—Bien. Tu deuda queda saldada conmigo y te daré un millón de dólares —le recuerdo.

—¿Algo más? —pregunta con pasividad. No sé si está cansado o casarse conmigo le produce pena.

—Tenemos que vernos mañana para firmar un contrato con mi abogada en el que se establezcan y especifiquen los términos de nuestro acuerdo.

—Vale. ¿A qué hora? —pregunta con desánimo.

—¿Puede ser sobre las seis de la tarde? —le propongo, mirando a Ava. Desde que terminó la carrera en Derecho trabaja en un bufete como pasante, no le han dejado hacer gran cosa, pero ya va siendo hora de que mi amiga brille por sí misma.

—Mándame la ubicación y allí estaré —murmura.

—Ok.

—Hasta mañana, Sarah. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Descuida, sé muy bien que estoy comprando a un marido, justo lo que necesito. Y me lo puedo permitir —añado esforzándome por sonar frívola y despreocupada.

La comunicación se corta y cuando dejo el móvil sobre la mesa estoy temblando. Miro a Ava y le indico:

—Serás mi abogada.

—¡¿Qué?! —pregunta con los ojos muy abiertos.

—No puedo confiar este contrato a nadie más que a ti. No puedo arriesgarme que salga a la luz antes de que me case y mi padre se

entere de todo —le explico.

—Pero yo… llevo dos años de pasante —justifica, nerviosa.

—Puedes ya es hora de que subas de escalón. Ahora que Matt ha aceptado y mis planes marchan según lo planeado. También tengo que comunicaros que tengo planes para vosotras. —Miro a Ava y a Madison.

—¿Qué has pensado? —preguntan ambas con miedo.

Suelto una sonora carcajada y les sonrío.

—Quiero que trabajéis para la futura presidenta del grupo Bennett. Necesito rodearme de personas de confianza. Ya tengo a Chloe como mi secretaria personal y seguirá siéndolo. Ahora quiero que vosotras dos también estéis cerca de mí. Ava, te necesito en el equipo jurídico y Madison, a ti en el de finanzas. Os voy a pagar muy bien —las animo.

Ambas sonríen, dan un salto y me abrazan.

—Estoy muerta de miedo, pero yo digo sí —acepta Ava.

—Yo también acepto, Sarah —dice Madison—. Estoy muy contenta en mi trabajo, pero lo que sea por ti.

—Gracias. —Me abrazo a mis amigas muy contenta de que estén a mi lado en esta nueva etapa, la cual auguro no será nada fácil en mi vida.

A la mañana siguiente, me presento en casa de mi padre. Es domingo y él siempre desayuna en el jardín cuando hace buen tiempo. Su mujer nada en la piscina mientras yo lo saludo y me siento a su lado.

—¿Tú levantada un domingo a estas horas? —pregunta mi padre mirándome con atención—. ¿Anoche no saliste de fiesta? —inquiere mientras me mira serio.

—Sí, pero he venido a decirte algo importante —anuncio mientras me sirvo un café y miro a la mujer de mi padre que no deja de hacer largos en la piscina.

—Espero que realmente lo sea —murmura con aire despreocupado.

—Acepto, papá —le indico de forma dócil y sonriente—. Lo he pensado mucho y seré la próxima presidenta del grupo Bennett. Pondré todo mi esfuerzo para hacerlo tan bien como tú en todos estos

años, serás mi ejemplo a seguir —le hago un poco la pelota para que engorde su ego y confíe plenamente en mí—. Y también accedo a casarme y a asentar mi vida. Cuando me haga con mi nuevo puesto y con la vida de casada te daré nietos —añado.

—¿De verdad? —pregunta con asombro.

—Lo he pensado mucho, y llevas razón. Es hora de asentar mi vida. Además, la futura presidenta de un imperio como el grupo Bennett tiene que proyectar una buena imagen.

—Me alegra que hayas considerado mi propuesta y tu respuesta sea esta. Me hace muy feliz, hija. ¿Y tu futuro marido? —se interesa.

—Bueno, papá… Hay un par de candidatos. Voy a hacerle caso a la razón y me decidiré por uno.

—Estupendo, hija —manifiesta eufórico, sintiéndose triunfador—. Piensa siempre con la cabeza y todo te saldrá bien. Estoy muy orgulloso de ti, Sarah—. Me mira con emoción y estoy a punto de creer que veo un atisbo de amor por mí en sus ojos y que todo esto no lo hace por su propio interés y para joderme la vida, como siempre.

—¿Contento? —le pregunto con una sonrisa forzada.

—Mucho. Acabas de cumplir mi gran sueño.

—Espero no defraudarte, papá.

—En unas semanas serás la presidenta del grupo Bennett y muy pronto una mujer casada con una vida ordenada y una familia feliz, como siempre deseé verte —recita mirándome con una admiración que no entiendo.

—Sí. He pensado en preparar una gran fiesta de despedida para ti y en la que me entregues los mandos. ¿Qué te parece? —Me esfuerzo por parecer complaciente y una buena hija, sumisa y dócil, como él pretende.

—Estupendo, hija. Ponte con ello. Y la próxima gran fiesta en la familia será la de tu boda —insiste.

Estoy a punto de preguntarle cuál es el interés porque me case, pero no lo hago. Está tan contento y no sospecha nada de todo lo que tengo preparado que decido dejarlo así, que disfrute por unos días de su pequeña victoria, porque luego no habrá marcha atrás.

31

Tras un domingo en casa toda la tarde, sola, pensando en los términos del contrato que le pondré a Matthew Fuller por delante mañana, tengo la cabeza a reventar. Llamo a Ava sobre las nueve de la noche y le hago saber que ya he redactado el borrador que me pidió. Se lo envío y me indica que se pondrá con él esta misma noche para mañana firmar el acuerdo. Me pregunta el lugar donde lo firmaremos y tras pensarlo mucho decido que sea en mi casa. No quiero que esto se sepa ni nadie nos vea y le pueda ir a mi padre con la información antes de tiempo y esto pueda chafar mis planes.

Grabo el teléfono de Matt en la agenda de mi móvil, lo llamo y no me responde. Me meto en la ducha y luego en la cama. Cojo el móvil en mis manos y lo miro esperando su llamada. Luego lo imagino en la cama de alguna mujer de todas las que presencian el *show*, deseándolo, y siento unos celos enormes que no puedo controlar. No lo quiero en los brazos de otras mujeres a partir de que firmemos el contrato mañana. Sumida en estos pensamientos que me atormentan, el móvil suena en mis manos y observo que es Matt. No lo descuelgo al primer tono, ni al segundo, lo quiero hacer esperar y descuelgo al quinto.

—¿Hola? —contesto alegre y sonriente.

—Sarah, me has llamado.

—Ah, sí. Matt —pronuncio con aire despreocupado—. Firmaremos el contrato en mi casa. Te enviaré la dirección al móvil. Esto es algo confidencial entre tú y yo. Nadie más lo puede saber —le dejo claro.

—Está bien. Nos vemos mañana en tu casa, Sarah.

—Hasta mañana —me despido de una forma breve y seca, mientras en mi mente resuena el tono especial de su voz cada vez que pronuncia mi nombre.

Tras cortar la llamada me acurruco en la cama y cierro los ojos.

Comienzo a pensar en el día que él llegó al internado y la primera vez que lo miré a los ojos de cerca y todo mi interior se estremeció. Rememoro los mejores días de mi vida, los que pasé con Matt en París y todas las promesas que nos hicimos. Me quedo dormida sumergida en los momentos más felices de mi vida, los que nunca desaparecerán de mis recuerdos. Tengo todo lo que puedo desear en este mundo, menos un amor como el que viví con Matt. Nunca he vuelto a encontrar en un hombre todo lo que Matt me hizo sentir y he vivido con esa frustración todos estos años.

De repente, en mitad de la noche, me despierto sobresaltada. Me siento en la cama, con el corazón acelerado y con lágrimas en mi rostro. Tomo conciencia de la realidad y me llevo las manos a la cabeza. Es el mismo sueño de siempre, el momento en el que Matt me deja en ese banco de Central Park y me destroza la vida para siempre. En estos años he estado en tratamiento psicológico para poder superarlo, pero estas pesadillas nunca han desaparecido. Vuelven todas las noches, y esta es una de las razones por las que nunca me he quedado en la cama con ningún hombre la noche entera ni me ha permitido comenzar una relación con nadie más, porque Matthew Fuller no ha salido de mi vida ni de mi corazón en todos estos años. Quiero venganza, por ello tengo que dejar mis sentimientos a un lado y actuar con la razón.

Al día siguiente me levanto temprano y estoy en mi despacho antes de las nueve de la mañana. Chloe se sorprende al verme llegar.

—¿La futura presidenta va a ser madrugadora? —se carcajea en cuanto entra en mi despacho y estamos a solas.

—No podía estar más tiempo en la cama. Tengo muchas cosas pendientes.

—Un matrimonio entre ellas —me recuerda—. ¿Quién nos iba a decir que tú serías la próxima en casarse tras Ava?

—Probablemente me case antes que ella —murmuro mientras abro mi ordenador.

—¡¿Qué?! A Ava le queda un mes y medio para la boda —me recuerda escandalizada.

—En tres semanas seré la presidenta del grupo Bennett y quiero

contraer matrimonio días después. Deseo darle a mi padre todo lo que me pidió de golpe —comento con rencor.

—Eres consciente de que va ser una bomba, ¿no? —inquiere Chloe, preocupada.

—Es mi intención. Desestabilizar a mi padre y a Matt —le indico con tranquilidad.

El resto de la mañana transcurre muy lenta, miro el reloj cada minuto y estoy impaciente porque llegue la hora de verme con Matt en mi ático.

Cuando Ava me llama y me comunica que el contrato está listo, me lo envía por *email* para que lo imprima y Matt lo firme, me pongo nerviosa.

Lo imprimo en mi despacho, saco dos copias y lo leo todo de nuevo. Está perfecto, tal y como lo deseo. Llamo a mi amiga, le doy las gracias y me marcho a casa. Necesito una ducha antes de que llegue Matt. Ava se ofreció a estar presente en el encuentro, pero prefería un encuentro a solas con él y que entre ambos discutamos cada término y nuestra futura convivencia como marido y mujer.

Parada frente a mi vestidor, no sé qué ropa escoger para recibir a Matt, estoy algo nerviosa, me decido por un vestido elegante, de corte midi, ajustado a mi cuerpo en tono rosa palo con el que he acudido a algunas reuniones formales. Me arreglo el pelo y me maquillo con esmero. Por último, me coloco unos zapatos de tacón y lo espero. Tengo el contrato sobre la mesa del salón, con un bolígrafo y mi móvil al lado.

Consulto la hora y faltan cinco minutos para que Matt llegue. Tocan a la puerta, me sobresalto y sé que es él. Cuando lo recibo todo mi cuerpo se estremece al verlo con una simple camiseta negra de manga corta, ajustada a sus musculosos brazos y pecho y unos vaqueros claros que le hacen un culo maravilloso. Observo unos tatuajes en sus brazos que antes no tenía y me sorprenden, no pegan con el Matt que conocí. Está impresionante, ha cambiado mucho, pero sus ojos siguen siendo los mismos, ese color turquesa que hace que tiemblen todos mis cimientos. Ahora lleva el pelo un poco más corto, le sienta bien, lo hace más sexi. Sus ojos me miran con atención pese a la seriedad que

muestra su rostro.

—Hola, Sarah. Aquí me tienes.

—Pasa. —Le hago un gesto con la mano para que pase al interior.

—Un ático espectacular —lo elogia cuando ve las vistas que tiene.

—Sí. Me gusta vivir aquí.

Ambos nos miramos en silencio, parados de pie en el salón, frente a frente.

—Tú dirás —me anima Matt.

—Tengo el contrato redactado por escrito por mi abogada. Todos los términos recogidos. Si te parece, nos sentamos y lo discutimos —le ofrezco.

—Me parece bien —acepta, muy serio, mientras observa todo nuestro alrededor con detenimiento.

Tomamos asiento, yo a la cabecera de la mesa y él a mi izquierda. Abro la carpeta que contiene el acuerdo y le extiendo una copia. Son varios folios.

—Pasemos a leerlo punto por punto. Quiero que todo quede bien claro entre nosotros —anuncio con profesionalidad.

—Por favor, estoy impaciente por descubrir cómo las mujeres millonarias como tú compran a un marido —comenta con ironía, serio, taladrándome con la mirada, reclinado en su silla con aire despreocupado.

Lo miro seria, pero no le respondo. No quiero enzarzarme con él en una disputa antes de firmar el acuerdo. Me estoy jugando demasiado.

—Punto uno —comienzo la lectura en voz alta. Adopto una posición rígida en la silla y profesional—. Una vez de acuerdo ambas partes con todos los puntos que recoge este contrato, el matrimonio se llevará a cabo en el plazo de tres semanas. Será una boda civil en la que solo acudirán los contrayente y dos testigos propuestos por la novia. Todo será en secreto. —Matt me mira mientras lee el contrato a la misma vez que yo—. ¿Estás de acuerdo? —le pregunto al concluir este punto.

—Sí —murmura.

—Punto dos. Convivencia. Desde el día en el que se contraiga el matrimonio los cónyuges vivirán en el ático de doña Sarah Bennett.

Cada cual tendrá su propio espacio en la casa, sin tener que compartir la misma habitación de forma habitual.

Miro a Matt al terminar este punto y paso al siguiente. Él chasquea la lengua y esboza una sonrisa, pero no dice nada.

—Punto tres. Duración del matrimonio. Esta unión tendrá una duración de tres años. Podrá disolverse antes si doña Sarah Bennett así lo decide.

—¿Tres años? —pregunta Matt con asombro. Creo que no esperaba tanto tiempo.

—¿Es un inconveniente para ti? —pregunto de forma fría y distante.

—No, solo que no pensé que necesitases un marido por tanto tiempo, imaginé que más bien era una situación puntual. Algunos meses —especifica.

—Punto cuatro —paso al siguiente punto sin darle más explicaciones—. Concepción de un hijo. —Cuando hago alusión a esto Matt alza la mirada y la clava en mis ojos—. La señora Bennett concebirá un hijo del señor Fuller. Cuando la unión entre ellos se disuelva la señora Bennett tendrá la custodia del niño, se encargará de su educación y decidirá todo con respecto a ese hijo.

—¿Un hijo? —pregunta, asombrado de que esto se recoja en el acuerdo.

—Te voy a pagar un millón de dólares, Matt —le recuerdo—. Necesito a un marido por ahora y a un hijo más adelante.

—¿Por qué? —pregunta, serio.

—Eso te lo explico en el punto cinco —paso a leerlo—: El Señor Fuller no tiene derecho a hacer preguntas ni a saber los motivos que llevan a la señora Bennett a este acuerdo entre ambos.

Observo cómo Matt mueve la cabeza, contrariado.

—Continúa. Veamos hasta dónde llega todo esto —me anima con un suspiro, removiéndose en la silla, incómodo.

—Punto seis —anuncio—. El señor Fuller dejará su actual trabajo y estará siempre a disposición de su futura mujer. Deberá acudir a todos los lugares y actos que ella le pida su presencia en calidad de su esposo. En ellos deberá comportarse como tal y dar una imagen de

pareja enamorada y feliz ante los demás.

—No puedo dejar mi trabajo —alega de inmediato—. Tengo un contrato firmado por un año más. Nos demandarán y no quiero meter en líos a los chicos por mi culpa. No accedo a este punto —se niega en rotundo.

—No puedo permitir que mi marido baile en un *show* de *stripteases* —manifiesto de forma tajante—. Soy una mujer muy reconocida e influyente en este país y fuera de nuestras fronteras.

—Es lo que hay. ¿Me quieres? Es lo que soy —manifiesta enfadado.

—Mis abogados se encargarían de todo. Pagaré la indemnización al local por ti y te aseguro que los demás chicos continuarán como están. Te doy mi palabra.

Matt se queda en silencio unos minutos.

—Si alguno de ellos tiene un solo problema vuelvo —me deja claro y yo asiento segura de que no tendrá que hacerlo—. ¿Qué voy a hacer yo entonces? —pregunta, extrañado.

—Ser mi marido —respondo con indiferencia.

—¿Y mientras tú trabajas te limpio la casa o cómo va esto? —pregunta, furioso.

—Tengo a una persona que se encarga de mantener este ático limpio y me cocina a diario. Tú puedes hacer lo que quieras. Levantarte tarde, ver la televisión, ir al gimnasio… Te avisaré con tiempo cuando tengamos que salir juntos o venga alguien a casa. Durante tres años tu trabajo será ser mi marido. Todos los gastos que tengas en ese tiempo los pagaré yo —le dejo claro.

—Esto es una locura —murmura—. Continúa, por favor —me alienta—, estoy deseoso de saber cómo regulas la forma en la que vas a quedarte embarazada de mí —comenta de forma mordaz.

Lo miro seria y continúo:

—Punto siete. La señorita Bennett controlará sus ciclos de fertilidad y concretará con el señor Fuller el día adecuado en el calendario para que se quede embarazada. El embarazo se producirá por medios naturales.

—¿Y si ese día me duele la cabeza? —me espeta de golpe, desafiante.

—Pues te tomas una pastilla. ¿O cómo lo haces con las mujeres del *show* que babean por ti y te ofrecen dinero al acabar cada espectáculo? —pregunto de golpe, alterada.

—No te tengo que dar explicaciones de con quién me acuesto.

—Punto ocho. Pagos —anuncio dejando el tema atrás—. A la firma de este acuerdo y posterior matrimonio se transferirá medio millón de dólares al señor Fuller a su cuenta bancaria. El resto se abonará al concluir el contrato. ¿De acuerdo?

—Sí —contesta de forma seca.

—Punto nueve. El señor Bennett deberá aceptar todas las peticiones que desee la señorita Bennett mientras que sean marido y mujer.

—Un punto demasiado amplio —se queja, pero no le discuto, paso al siguiente.

—Punto diez. En el matrimonio, el tiempo que dure el mismo, se debe fidelidad por ambas partes.

Cuando leo esto Matt alza la mirada y clava los ojos en mí. Creo que no lo esperaba.

—¿Y si alguno incumple? —pregunta de golpe.

—Lo pierdes todo —le dejo claro.

—¿Y tú? —contraataca—. Lo mío está todo muy bien atado, pero tu parte es muy abierta. En cualquier momento me puedo encontrar con algo que desees y tenga que cumplir sin rechistar que en estos momentos ni siquiera presagie. Las mujeres millonarias como tú tenéis gustos y costumbres muy peculiares —escupe entre dientes.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto de forma abierta.

—Que este acuerdo no sea una guerra ni nos matemos en ella.

—No va a ser fácil —le prevengo.

—Cuento con ello. Quiero tu palabra, con ella me vale. Soy de los que confían en las personas.

—Qué suerte —carcajeo—. Yo dejé de hacerlo hace años, cuando me partieron el corazón —le recuerdo y él se tensa—. Pero tienes mi palabra —le prometo, cambiando de tema.

—Si descubro que estás con otro hombre el tiempo que dure todo esto me marcharé sin importarme nada —me deja claro de forma tajante, como si yo le importase.

Lo miro en silencio, hago un esfuerzo por no sonreír y paso al penúltimo punto.

—Punto once. El señor Fuller no podrá decirle a nadie de este acuerdo. Para el resto del mundo darán la versión que ella le indique sobre el matrimonio.

—Estoy ansioso por conocer los motivos de todo esto —murmura.

Yo me quedo en silencio y pienso que nunca los sabrá, o puede que los imagine cuando mi padre monte en cólera y sepa su propuesta.

—Punto doce. El señor Fuller asume seguir el ritmo de vida de la señora Bennett y estar a la altura en todo momento de la posición de ella. Bajo ningún concepto dará jamás declaraciones a la prensa sobre el matrimonio ni nada relacionado con ambos. Es todo —le indico cuando acabo de leer el contrato—. Como verás, es algo bien sencillo de cumplir por ambas partes. ¿Tienes algo que añadir? —le pregunto. Ava me ha dejado un par de puntos en blanco que podemos rellenar a mano.

—Sí —dice de inmediato.

—Dime.

—Me aceptas con todas mis cargas, Sarah. No vengo solo. Tengo una mochila de responsabilidad en mi vida que no puedo dejar atrás —especifica.

—Cuento con ello —le indico. Sé que se refiere a su tía abuela, es lógico que quiera tiempo para ir a verla y saber de ella y por supuesto que tendrá una vida, amigos y otras responsabilidades en esta vida—. ¿Todo claro? —pregunto.

—Sí. ¿Estás segura de todo esto? —me pregunta cuando le extiendo el bolígrafo para que firme todas las hojas.

—¿Lo estás tú? —inquiero mirándolo fijamente.

—Necesito el dinero —manifiesta con cierto tono de dolor que me hace sentir pena por él.

—Y yo un marido —le indico de forma fría—. Creo que ambos nos beneficiamos.

Firmamos el acuerdo bajo un ambiente bastante tenso.

—Ten cuidado con la copia, por favor —le ruego cuando le entrego su acuerdo.

Él me lo extiende y dice:

—Guárdalo tú en esta casa. Si algo se filtra siempre sabrás que no fui yo. Confío en ti —me indica. El corazón me da un vuelco cuando escucho estas sinceras palabras, pero no permito que calen en mí, de inmediato saco mi coraza, me coloco en pie y le ofrezco:

—¿Quieres que te enseñe el ático en el que vas a vivir dentro de poco?

Matt asiente y vamos a ello.

—Es un ático inmenso —murmura cuando termino de enseñarle todo.

—Dime qué habitación te ha gustado más para que te la preparen —le indico.

—Me da igual.

—Puedes darme la dirección de tu casa y me encargaré de que vayan por tus pertenencias —le ofrezco.

—No te preocupes, no tengo gran cosa. Ya te lo he dicho, solo llegaré una mochila de responsabilidad.

—Vale.

—¿Qué día será la boda y dónde tengo que ir? —pregunta antes de marcharse, cuando ya estamos al lado de la puerta de entrada.

—Yo te aviso el día exacto. Será en tres semanas —especifico.

—Bien. Nos vemos en tres semanas. —Me mira en silencio y ambos nos quedamos sin saber qué hacer—. ¿Cómo tengo que despedirme de mi futura mujer? —pregunta mirándome a los ojos.

Sus palabras me desconciertan por completo.

—Como quieras —suelto sin pensar.

De repente, Matt me toma por la cintura, me atrae hacia él y me planta un beso demoledor. Me suelta de golpe, me tambaleo de la impresión, observo cómo me sonríe y luego susurra en mi oído:

—Adiós, futura esposa.

Abre la puerta, se marcha y me quedo temblando. Me dejo caer sobre la pared y me siento en el suelo una vez a solas, acariciándome los labios, sintiendo aún su sabor sobre ellos y con la sensación de que él es el que ha salido con una victoria por esa puerta mientras que a mí me ha dejado cao.

32

Tres semanas después

Mañana por la noche es la gran fiesta de despedida de mi padre como presidente del grupo Bennett y pasado mañana ya seré la presidenta oficial, y una mujer casada.

Llevo un día muy ajetreado. Hoy he firmado con mi padre toda la documentación necesaria para dirigir el grupo Bennett con autonomía propia para siempre. Tras estampar mi firma en esos documentos he levantado la vista y le he sonreído a mi padre con satisfacción. Desconoce mis planes y todo el poder que me acaba de otorgar. No sospecha nada y eso hace que me sienta triunfal con mi plan de venganza.

Hace una semana que estoy tan liada que aún no he tenido tiempo de llamar a Matt para decirle que nos casaremos en menos de cuarenta y ocho horas en Las Vegas. Madison y Chloe nos acompañarán y serán nuestros testigos. Ava está muy liada con su boda y no podrá acompañarnos. He planeado pasar el fin de semana en Las Vegas. Salir hacia allí en cuanto termine la fiesta de despedida de mi padre.

En un principio, mi intención era casarme aquí mismo en Nueva York en un acto civil y breve, pero Ava me convenció de que sería más creíble si lo hacía en Las Vegas, tanto de cara a mi padre como a la prensa, ya que sería inevitable que no se enterasen de mi matrimonio en brevedad, y, de este modo, cuando tuviese que explicar mi forma repentina de casarme todo sería menos sospechoso. Las bodas en Las Vegas se dan todos los días y nadie las cuestiona porque son normales, locuras que se hacen por amor y que a veces salen bien y otras no.

Son las ocho de la tarde cuando me tumbo en el sofá después de una ducha relajada y me dispongo a llamar a Matt. He echado de menos saber de él todos estos días y cada noche he tardado en

conciliar el sueño imaginándolo en su *show* y todas esas mujeres deseándolo.

Lo llamo y descuelga al primer tono.

—Esperaba tu llamada —dice con voz queda y profunda—. De hecho, creo que ha sido muy poco considerado por tu parte no interesarte por tu futuro esposo en todos estos días. Cada noche que salía al escenario esperaba verte allí. Te he buscado entre todas esas mujeres —me indica y consigue que el corazón se me altere.

—He estado muy ocupada —contesto a la defensiva.

—Claro, olvidaba que una mujer multimillonaria como tú debe de trabajar muchas horas al día para llegar a fin de mes —se burla en tono serio y distante.

—No. Trabajo para mantener a mi empresa en lo más alto —le indico con rebeldía.

—Pensé que solo gastabas dinero e ibas de fiesta en fiesta hasta el amanecer, es lo que la prensa publica sobre ti —comenta con desdén.

—No le hagas mucho caso a la prensa. La mitad de lo que dicen no es verdad —le rebato, crispada.

—¿Tampoco lo es el hecho de que mañana te convertirás en la presidenta del grupo Bennett porque tu padre se retira? —pregunta con cierto tono de reproche.

Contaba con el hecho de que ya supiese esa información, lo sabe medio mundo y hace dos semanas que la prensa no deja de perseguirme.

—Eso es cierto —le indico de inmediato.

—¿A qué se debe tu llamada? —pregunta.

—Para informarte de que nos casaremos este fin de semana en Las Vegas.

—¡¿Qué?! ¡Yo no puedo irme de viaje!

—Sí puedes. Te haré llegar el billete de avión y la habitación del hotel. Nos veremos allí. Saldrás mañana por la noche —le ordeno, tajante.

—¿Y me avisas ahora? —se queja, muy enfadado—. Tengo una vida, responsabilidades —ladra.

—Esta noche será tu última actuación en El Marlone —le recuerdo.

—Hace dos noches que no voy y hoy tampoco podré acudir —me informa.

—¿Y eso? —pregunto con interés.

—Asuntos personales. No te interesan. Soy pobre, pero tengo una vida, responsabilidades. Ya te lo dije —me informa algo alterado.

Suspiro y un gran ataque de celos se apodera de mí al pensar que se haya estado despidiendo de alguien. Intento dominarme y luego le ordeno sin hacer más preguntas:

—Nos vemos en Las Vegas pasado mañana. Yo llegaré muy tarde y ya te veré antes del matrimonio. Lo tengo todo planeado, no tienes que preocuparte por nada.

—Bien.

Se hace un prolongado silencio entre ambos.

—¿Algo más? —pregunta Matt. Lo siento tenso y enfadado.

—No. Avísame cuando ya estés en Las Vegas.

—Adiós, Sarah. Creo que cuando nos volvamos a ver serás una mujer con mucho más poder, dinero y amor.

—¡¿Cómo?! —exclamo, confusa.

—Serás una de las empresarias más poderosas del mundo, una mujer muy rica y muchas personas te querrán por ello.

—Puede ser. Buenas noches, Matt.

Corto la comunicación y me estremezco por lo último que me ha dicho. Tiene razón, sin embargo, nunca he deseado ser poderosa ni rica. Siempre quise ser feliz y enamorarme, encontrar al hombre de mi vida, algo de lo que no puedo presumir que haya conseguido hasta el momento.

Paso una noche en la que apenas pego ojo. Me repito que tengo que ser fuerte para llevar a cabo todo lo que he planeado. Ha llegado mi oportunidad de venganza.

Me miro en el espejo antes de salir hacia la fiesta de despedida de mi padre y en la que me entregará el testigo de la presidencia del grupo Bennett. He escogido un diseño en gasa negra, escote en pico y largo. Ajustado a mi cuerpo. Me decidí por el color negro porque para mí es como si asistiese a un funeral. No encuentro motivo de alegría alguno a esta gran fiesta. Tendré que aparentar felicidad y daré un

discurso de despedida a mi padre, le dedicaré palabras que no siento de verdad, pero tengo que hacerlo por el bien de la empresa y mío propio. Los planes tienen que seguir adelante sin levantar sospecha y yo tengo que aparentar una gran dicha y entusiasmo por mi nuevo cargo.

Ya le he comunicado a mi padre las dos primeras incorporaciones que haré en el grupo Bennett en cuanto tome posesión del mismo, y serán incorporar a Ava en el departamento jurídico y a Madison en el de las finanzas. Se ha mostrado de acuerdo y entusiasmado con mis decisiones.

Llego a la fiesta junto con mi abuela, una mujer que hoy luce superorgullosa de su nieta, como me lo ha manifestado en infinidad de veces. Cuando la miro siento cierta culpabilidad por no hacerla partícipe de mis planes, pero ella tiene una edad y no merece cargar con mi venganza. Prefiero que esté al margen de todo y sepa lo menos posible.

Doy gracias a que mis tres amigas estén en la fiesta. Ellas me dan ánimos para todo lo que conllevará esta noche.

Mi padre llega acompañado de su mujer. Es el centro de atención esta noche. Todos quieren darle la enhorabuena por el trabajo de estos años.

Cuando llega la hora de su despedida, soy yo la que comienza con el discurso ante los presentes, sin embargo, no espero otro por parte de mi padre hacia mí en el que siento toda su confianza y admiración ante mi sucesión. En ese momento me siento culpable de lo que voy a hacer, pero de inmediato desecho mis pensamientos cuando recuerdo la conversación que escuché años atrás en su despacho en la que descubrí que le ofreció dinero a Matt para que se alejase de mí. Nunca me dijo nada, entre él y yo esa conversación jamás se tuvo. Por lo que estoy deseando ver su reacción cuando vea a Matthew Fuller como mi marido. ¿Me dirá lo sucedido años atrás o seguirá en silencio? Estoy expectante con su reacción, y la de Matt, ya que tarde o temprano va a descubrir que fue idea de mi padre que contrajese matrimonio y tuviese un hijo en un futuro no muy lejano, eso si no se lo dice él mismo. Lo cierto es que estoy preparada para todo.

La fiesta se alarga más de lo esperado, nos hacen muchísimas fotografías y finalmente tengo que marcharme excusándome con un gran cansancio para no perder el avión que me llevará a Las Vegas junto a Madison y Chloe para reunirme con mi futuro marido y convertirme en una mujer casada.

Una vez sentada en el avión, antes de despegar, he usado una línea regular, no quise ir en el avión privado de mi padre para que no se enterase de nada, consulto mi teléfono y mi cuerpo se tranquiliza cuando leo el breve mensaje de Matt en el que me dice que ya está instalado en la habitación del hotel que reservé en Las Vegas.

33

Tras seis horas de vuelo en las que he logrado dormir un poco, llegamos al hotel casi al amanecer. Madison y Chloe se quedan en su habitación en la misma planta donde se encuentra Matt y yo subo a una *suite* que he reservado. Quedamos en dormir otro par de horas, descansar un poco en una cama en condiciones y luego vestirnos para mi boda. Llevaré un sencillo vestido blanco y a Matt le traemos varios trajes de chaquetas, alguno le estará bueno. Madison y Chloe serán las encargadas de hacérselos llegar e indicarle la hora en la que tendrá que acudir a la capilla para que nos casemos.

Sobre las doce de la mañana Madison y Chloe tocan a mi puerta. Ya están preparadas para mi boda, y traen consigo mi vestido.

—Matt ya tiene su traje y le hemos indicado que nos vemos abajo en la capilla en una hora y media.

—¿Qué tal ha sido el reencuentro con el profesor cara a cara? —me intereso. Se vieron en el *show*, pero no intercambiaron palabra alguna.

—Nos recordaba —dice Madison.

—Yo lo encuentro super cambiado —comenta Chloe.

—Está más bueno, más guapo. La barba recortada le queda muy bien, le da un toque más sexi. Te llevas un pedazo de tío como marido. Vas a ser la envidia de muchas mujeres —dice Madison.

—¿Tengo que recordarte que es un matrimonio pactado? Se casa conmigo por dinero. No me quiere, nunca me quiso. Solo jugó conmigo años atrás, pero ahora ha llegado mi turno, y mi juego —manifiesto, herida.

—Yo creo que lo vuestro fue real, solo que él se echó atrás por la diferencia de edad, quiso dejarte vivir la experiencia universitaria sin ataduras. Igual tuvo miedo que fueses tú quién lo dejases —revela Madison.

—No recordemos más el pasado, por favor —le pido a mis amigas.

Paso por la ducha, me ayudan a peinarme bien el pelo, me maquillan y me coloco mi vestido de novia. Es de tirantes, corte midi y en blanco roto. Muy sencillo, pero elegante. Madison y Chloe me entregan un ramo de flores, no había pensado en llevar uno, pero mis amigas me indican que es un regalo de las tres, pese a Ava no haber podido estar presente.

Me admiran con ojos llorosos y me hacen una foto antes de salir de la habitación, para enviársela a Ava.

—¿Tengo que recordaros que esto no es una boda por amor? Fuera sentimientos. Es un contrato. Una venganza —les recuerdo cubriéndome con una coraza para yo misma no tener los sentimientos a flor de piel.

Soñé tantas veces casarme con Matt, pero ninguna fue así. La vida da muchas vueltas y nunca sabemos cómo vamos a terminar.

—Espera, no te he enseñado los anillos —dice Chloe abriendo una cajita con ambos dentro—. Espero que sean de vuestra talla.

—Da igual. Si no ya compraremos otros —contesto con desánimo. Nunca imaginé mi boda así.

Tomo una bocanada de aire y me dispongo a salir de mi habitación. Cuando llegamos a la puerta de la capilla y no veo a Matt mi corazón se acelera. ¿Y si se ha arrepentido?

Entramos en el interior y mi corazón se calma cuando lo veo junto a la persona que nos va a casar. Al escuchar mis pasos se da media vuelta y clava sus ojos color transparentes en los míos. Está guapísimo, impresionante. El corazón me da un vuelco cuando esboza una sonrisa y me quedo embobada en ella. Llego hasta su lado, me extiende la mano, se la tomo, se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y susurra en mi oído:

—Una novia impresionante.

Lo miro sin saber si es un cumplido o un reproche, o puede que ya esté representando su papel de marido comprado.

Le sonrío y miro a la persona que nos va a casar. El señor mayor comienza la ceremonia de inmediato. No reparo en las palabras que dice, no puedo dejar de mirar a Matt. El traje le queda como un guante, está guapísimo y tengo que dominar mis instintos para no

desear que esta boda fuese de verdad y él me quisiese como tanto soñé alguna vez.

Ambos firmamos en el documento que nos indica el señor que oficia la ceremonia y luego nos besamos cuando Chloe dice de forma espontánea:

—¡Vivan los novios! Que se besen.

Yo la miro algo incómoda, pero Matt toma las riendas de la situación acercándose a mí y uniendo nuestros labios. Lo que comienza como un simple beso se convierte en algo más profundo, hasta que escuchamos el fuerte carraspeo del señor y nos separamos de inmediato. Puedo ver las caras de mis amigas y sus sonrisas pícaras. Salimos de la capilla, Matt repara en el ramo que llevo en mi mano y dice mirando a mis amigas:

—¿No tienes que tirarlo?

Chloe y Madison se colocan detrás de mí, lo lanzo y lo coge Madison porque Chloe no pone voluntad en ello. Las tres terminamos riendo a carcajadas.

Luego Madison nos pide:

—Por favor, posad para unas fotos. Ya sois marido y mujer. —Mis amigas se encargan de hacernos varias fotografías más. Ya durante la ceremonia también las han estado haciendo.

Las miro con cara de ya *está bien* y Chloe propone ir a comer.

Cuando nos sentamos los cuatro en la mesa nos traen una botella de champán, es evidente que estamos recién casados y es una cortesía del lugar. Brindamos con cierta incomodidad mientras Matt y yo solo nos dirigimos miradas en silencio.

Tras los postres, Madison y Chloe se excusan con ir al baño juntas, pero ya no vuelven más. Me envían un mensaje al móvil en el que me dicen que disfrute de mi luna de miel con mi guapo marido. Lo miro mientras se lleva la copa a los labios y lo admiro, no puede ser más sexi.

—¿Qué viene ahora? —pregunta Matt sacándome de mis pensamientos.

—Chloe y Madison se han marchado. Nos han dejado solos —le comunico.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta de golpe, mientras me mira con intensidad. Sacudo la cabeza y desecho los pensamientos lujuriosos que en estos momentos pasan por mi mente.

—Estamos en Las Vegas y recién casados, ¿jugamos? —propongo.

—¿A qué? —pregunta de inmediato, con un brillo en sus ojos en el que puedo leer la doble intención de sus palabras. Hace que mi cuerpo entero se encienda.

—Apostemos a la ruleta, las máquinas… Nunca he estado en Las Vegas. ¿Y tú? —me intereso.

—En un par de ocasiones —revela con desgana.

Me sorprende, pero no le pregunto cuando vino ni con quién, pese a que me muero por hacerlo.

—Entonces, guíame —le propongo.

Matt se levanta, me extiende la mano, se la tomo y nos vamos.

Pasamos una tarde muy divertida apostando en diferentes juegos. Algunos los entiendo y otros es él quien se encarga de explicarme muy bien cómo jugar. Ganamos una buena cantidad de dinero a la ruleta rusa y cuando vemos los resultados nos abrazamos por impulso.

—Es tarde, creo que deberíamos volver al hotel —comento ante nuestra proximidad y complicidad.

—Me muero por saber si vamos a tener noche de bodas —suelta de golpe Matt, mirándome de forma intensa, con un brillo especial en sus ojos y una atractiva sonrisa en sus labios.

Cuando voy a soltarle un no rotundo, algo se pasa por mi mente. Así actuaría la Sarah de antes, pero no esta nueva Sarah.

—Por supuesto que vamos a tener noche de bodas —le revelo de forma sensual—. Será nuestro primer acercamiento, o ensayo para cuando tengamos que tener un hijo. Así nos vamos conociendo.

—Te recuerdo que ya nos conocemos en la intimidad —susurra en mi oído.

—De eso hace muchos años, Matt. Entonces yo era una niña inexperta —le indico sonriente, pero a él no le hace gracia.

Llegamos a mi *suite* y cierro la puerta. Yo me adentro en ella mientras que siento que Matt se queda parado en la puerta.

—¿Qué quieres que haga, Sarah? —pregunta en tono serio.

Me quedo pensativa y al cabo de unos segundos una idea aparece por mi mente.

—No tuve despedida de soltera. ¿Qué te parece si me haces un *show* privado? —le propongo acercándome a él. Le acaricio la solapa de su chaqueta mientras que lo miro, desafiándolo.

—¿Es lo que quieres? —pregunta, serio, impasible.

—Sí —respondo de inmediato.

—Bien. Entonces siéntate en el sofá y prepárate para el *show* —anuncia como si fuese mi sentencia final.

Trago con dificultad mientras lo veo colocar varios sillones de forma estratégica frente a mí y vaciar todo lo que hay en la mesa que tengo situada delante del sofá.

Luego pone música en su móvil y deja este sobre la repisa de la chimenea que tenemos al lado. Me mira, se prepara y se da la vuelta antes de comenzar.

Antes de que empiece ya tengo el corazón acelerado y todos los poros de mi piel lo desean. Trago con dificultad cuando comienza el *show,* se da la vuelta, empieza a bailar y comienza a deshacerse de su ropa frente a mí de una forma tan sensual que estoy a punto de marearme.

Sé lo que está haciendo, trata de calentarme hasta que le ruegue que me toque. Cierro los ojos ante algunos de sus movimientos y lo imagino sobre mí.

Finalmente, se acerca, me mira y yo llevo las manos hasta su pecho mientras contonea las caderas al son de la música.

—¿Y ahora qué? —me pregunta cuando da por terminado el *show* y yo me siento empapada.

—Hazme el amor —le imploro mirándolo a los ojos. Lo deseo como nunca he deseado a nadie. Creo que voy a explotar.

—No, Sarah. Yo no le hago el amor a las mujeres con las que estoy por dinero —revela de forma seria y tajante—. Yo las follo —me deja claro mirándome de forma dura.

Lo miro con resentimiento, pero debo de admitir que en estos momentos siento tal necesidad por él que decido tragarme mi orgullo y le imploro acercándome a su boca:

—Pues fóllame.

Matt me alza en sus brazos, se apodera de mi boca, me arranca el vestido en dos tirones y me deja en ropa interior. Me coge en brazos y sin dejar de besarnos como locos y acariciarnos me lleva hasta la cama. Me quita la ropa interior, se recrea en mi cuerpo desnudo y se coloca un preservativo. No lo paro, por el momento no quiero quedarme embarazada. Deseo esperar unos meses.

Matt entra en mi interior de golpe, suelto un grito cuando lo siento todo mío. Nos miramos a los ojos mientras él comienza a entrar y salir de mí con fuerza. Le beso el cuello, lo acaricio, me vuelve loca, mientras que siento que es todo lo que he necesitado y anhelado en estos años. Consigue que me corra como nunca y él lo hace al mismo tiempo, desplomándose sobre mí. Lo abrazo mientras aún lo siento en mi interior muy vivo y deseo que nos quedemos así por mucho tiempo, pero no es así. Matt no tarda en retirarse de mí e ir al baño. Me acurruco en la cama, sola, sintiendo frío en mi cuerpo y desolación en mi corazón.

De repente, siento los brazos de Matt alrededor de mi cintura. Me atrae hacia él y me abraza. Me recuesto en su pecho y cierro los ojos con una sonrisa en mis labios mientras pienso en que ya es mi marido, mío.

34

Me despierto entre los brazos de Matt, lo tengo dormido a mi lado. Lo miro en silencio hasta que él entreabre los ojos y ambos volvemos al mundo real.

—¿Cómo cambió tu vida tanto? —le pregunto con cierto dolor. Era un profesor excelente, podría haber tenido un futuro brillante.

—Y tú, Sarah, ¿cómo cambiaste tanto? —pregunta mientras me acaricia la mejilla.

—Sigo siendo la misma —susurro con un nudo en la garganta. Estoy a punto de confesarle que sigo enamorada de él como el primer día. Que todo mi resentimiento es producto de un amor no correspondido y que jugó conmigo, pero no se lo expongo.

—Antes eras una chica dulce, inocente y entusiasta. Ahora te has convertido en una mujer fría y calculadora. ¿Por qué llega este matrimonio a tu vida a la misma vez que has sido nombrada presidenta del grupo Bennett? —pregunta con interés.

—Ya te lo dije. Necesito un marido y un hijo —respondo alejándome de él y saliendo de la cama desnuda.

—¿Por qué yo? —insiste.

—Porque eres guapo e inteligente y quiero que mi hijo tenga esas cualidades. No se puede comprar todos los días a un marido así —le suelto con rencor antes de desaparecer en el baño.

Me meto en la ducha y dejo que el agua me caiga en la cabeza, esperanzada en que se lleve todo lo que siento y mis problemas. Daría todo lo que tengo en mi vida por no ser Sarah Bennett, sino una chica normal y corriente, sin tanto dinero. Nunca lo he deseado. Yo solo quiero ser feliz.

De repente, me estremezco cuando siento que Matt me rodea la cintura y me estrecha contra su cuerpo.

—No quiero que esto se convierta en una guerra, Sarah —susurra en mi oído—. Para mí eres especial, llevemos este acuerdo lo mejor posible para ambos sin hacernos daño —propone.

Dejo caer la cabeza sobre su pecho mientras miro la pared que tengo enfrente. Matt me pasa la mano por mi mejilla y me da un beso en ella. No sé cómo interpretar ese gesto con el que creo que me está consolando porque ha sentido mi enfado de antes.

Me revuelvo entre sus brazos y lo miro a los ojos a la misma vez que paseo mis manos por su musculoso pecho mientras el agua cae en cascada sobre nosotros. Nos miramos a los ojos y me sorprendo cuando leo en la mirada de Matt el mismo dolor que yo siento.

Me coloco de puntillas y le doy un beso, en agradecimiento por esta especie de tregua. Él me toma con fuerza por la cintura, me alza en sus brazos y profundiza el beso.

Siento un cosquilleo en mi vientre y un fuerte deseo incontrolado de que me haga suya de nuevo, pero me retiro de él, lo miro y salgo de la ducha. No puedo caer rendida en sus brazos a la primera de cambio, por mucho que lo desee. Mi realidad es otra y de nada sirve que quiera ocultarla en momentos como estos, llevados ambos por el deseo, la lujuria y el placer de nuestros cuerpos.

De vuelta a Nueva York, en el avión, Matt y yo viajamos sentados juntos. Ya es mi marido y desde ese instante siempre iremos juntos, dando una imagen de pareja enamorada. Ya le he explicado que desde que hagamos público nuestro matrimonio siempre tendremos a gente que nos observe y nos fotografíe sin que seamos conscientes, por ello no podemos hablar fuera de casa sobre nuestro acuerdo ni tener diferencias.

Cuando aterrizamos Matt se encarga de recoger las maletas mientras mis amigas me preguntan con interés:

—¿Hubo noche de bodas? —pregunta Chloe con cierto tonillo acompañado de una sonrisa pícara. Madison la imita. Ambas me miran con atención.

Me quedo en silencio y esbozo una sonrisa antes de decirles:

—Sí. Estuvimos juntos.

—¡Madre mía! ¡Habéis empezado fuerte! —exclaman ambas a la vez y les indico que bajen el tono. Matt está cerca.

—Fue solo sexo —les dejo claro en un susurro.

—¿Y si termináis enamorados de nuevo? —pregunta Madison.

—Él nunca estuvo enamorado de mí, jugó conmigo. Fui un entretenimiento —les recuerdo.

Ambas se quedan en silencio y me observan.

—¡Joder! —maldice Chloe mirándome con atención—. Te has vuelto a enamorar de ese tío —lanza de golpe.

—No me he vuelto a enamorar —les aclaro mientras observo a Matt recoger las maletas—. Nunca he dejado de amarlo en todos estos años. Es la razón por la que no he sido feliz —les revelo de golpe. No puedo seguir ocultándolo más—. He intentado todo para olvidarme de Matt y no ha funcionado, por ello llegué a la determinación que solo lo haría si me vengo de él.

—¡Joder! —exclama Madison llevándose las manos a la cabeza.

—Vas a sufrir con esto, Sarah —dice Chloe mirándome con dolor.

—No más de lo que Matt y mi padre han provocado en estos años. Necesito saldar esta deuda con ellos, quedarme en paz para luego ser feliz.

—¿Y crees que lo conseguirás? —pregunta Madison.

—Sí, porque no tendré cuentas con el pasado.

—Creo que estás muy equivocada —me indica Madison.

Matt aparece con las maletas y vamos en busca de un taxi. Finalmente, mis amigas se van en uno y yo y mi reciente marido en otro. Insisto en que venga a casa pese a que tenga que recoger sus cosas, lo puede hacer otro día. Me he encargado de que tenga el armario lleno de toda clase de ropa que pueda necesitar.

Llegamos juntos a mi ático y dejamos las maletas en la entrada. Yo me adentro en el salón y me siento en el sofá. Matt se queda de pie al lado de la puerta. Cuando lo veo ahí cruzado de brazos, lo miro y me pregunta:

—¿Qué se supone que debo de hacer? No sé qué sigue ahora.

Lo miro y un sentimiento de pena se apodera de mí. ¿Lo estoy utilizando? Me pregunto con culpabilidad. Sí, me respondo al instante,

pero él también me utilizó a mí.

—Estoy muerta. Ha sido un fin de semana sin parar. En breve me voy a ir a la cama. Puedes ir a tu habitación o hacer lo que quieras en el ático. A partir de hoy será tu casa todo el tiempo que estemos juntos.

—¿Y mañana? —pregunta con interés.

Suspiro, me incorporo un poco en el sofá y le indico:

—Mañana es lunes y tomo posesión de mi nuevo despacho como presidenta del grupo Bennett. Lo más seguro es que esté todo el día fuera. Puedes adaptarte a la casa e ir haciéndote con ella. Si crees que vas a necesitar algo que no haya solo tienes que pedírmelo. Ronnie viene todos los días de diez de la mañana a seis de la tarde. Se encarga de cocinar y mantener limpia esta casa. Es de mi entera confianza. Intentaré hablar con ella por la mañana, pero si no puedo dile que eres mi marido. Lo único que te pido es que no se lo digas a nadie más. Aparte de mis amigas y Ronnie no lo va a saber nadie más por el momento. Necesito un par de días para hacer público nuestro matrimonio. Mi padre será a la primera persona a la que se lo digamos.

—¿Por qué esperar unos días? —pregunta.

—Porque no voy a tener tiempo antes. Tengo la agenda llena esta semana. Con reuniones de jefes de departamentos y directores comerciales.

Posiblemente muy pronto tenga hasta que viajar a Europa para reunirme con las personas encargadas de manejar el grupo Bennett allí. Quiero conocerlas.

—¿Y yo mientras qué hago? —pregunta con un suspiro.

—Relájate y tómate unas vacaciones en casa.

—¿No puedo volver a mi casa hasta que me necesites? —pregunta en modo de queja.

—No —manifiesto de forma rotunda—. Tenerte aquí en mi casa nos permitirá pasar tiempo juntos, que nos vayamos haciendo como matrimonio y conozcas un poco más mi mundo antes de que te sumerjas en él de lleno.

—Como tú quieras —manifiesta con desgana—. Si me indicas cuál

es mi habitación… Me doy una ducha y descanso.

Me levanto del sofá y llevo a Matt hasta el que será su cuarto de ahora en adelante.

—Hasta mañana, Matt.

—¿Así te despides de tu marido? —pregunta con una sonrisa. Le guiño el ojo y me doy la vuelta, sonriente—. Si tengo que cumplir con mis obligaciones maritales esta noche avísame —dice en tono de broma.

No le respondo. Entro en mi habitación y cierro la puerta con fuerza para que él escuche el portazo.

35

Me levanto temprano, desayuno y escojo un traje de chaqueta en color blanco para enfrentar mi primer día como presidenta del grupo Bennett. Antes de marcharme me pregunto si Matt aún dormirá ya que no he escuchado nada desde que me levanté, sin embargo, cuando estoy recogiendo mi bolso del sofá para marcharme lo veo aparecer con un pantalón corto, el pecho descubierto y todo él empapado en sudor. La imagen de Matt me paraliza por completo, el corazón se me acelera y siento un tirón en el vientre con el que deseo mandar a la mierda mi primer día en el despacho de presidenta y pasarlo con él en la cama.

—Buenos días, qué madrugadora —murmura Matt con la mirada clavada en mí como si fuese desnuda.

—¿Lo dices tú? —le pregunto repasándolo de arriba abajo.

—Siempre me levanto temprano. Duermo poco. Soy un hombre muy activo.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —me intereso.

—Averiguar cómo viven los maridos de mujeres millonarias como tú y ellos no hacen nada, igual existe un club o algo así —bromea mientras coge el bote de leche fría del frigorífico y bebe directamente de él.

Esa imagen me afecta demasiado. Me doy media vuelta y me marcho.

Cuando llego a mi nuevo despacho mis amigas me esperan en el nuevo puesto de Chloe. Ella seguirá siendo mi secretaria personal. No despediré a la que tenía mi padre, pero mi amiga es mi mano derecha y en quién confío todo. Ava y Madison me esperan para incorporarse a sus nuevos puestos. Estamos muy contentas de trabajar juntas. Pasamos a mi despacho y se interesan cómo ha ido la primera noche con mi marido en casa.

—Cada uno durmió en su habitación —les aclaro.

—¡No me lo creo! —se sorprende Ava.

—¿Y puedes dormir teniendo a un hombre así tan cerca de ti? Yo tendría sueños eróticos cada cinco minutos —lanza Chloe.

—Tengo que controlarme. Si se da cuenta de que me resulta irresistible estaré en sus manos.

El teléfono del despacho suena y es la secretaria de mi padre, nos interrumpe para recordarme que tengo a los principales directivos esperando para reunirme con ellos y conocerlos mejor.

Mis amigas se marchan y paso una mañana de lo más entretenida en la sala de reuniones, entre números, estadísticas y predicciones. En ocasiones mi mente me traiciona y no les presto demasiada atención. Pienso en Matt y su cuerpo impregnado en sudor mientras me pregunto qué estará haciendo.

Tras un día interminable, llego a casa a las siete de la tarde. Matt está tumbado en el sofá viendo la televisión. En cuanto me ve, pregunta:

—¿Un día duro?

—Infernal —especifico sentándome cerca de él y deshaciéndome de los zapatos de tacón—. ¿Qué tal el tuyo? —me intereso.

—Muy productivo. Ronnie me ha puesto al tanto de cómo funciona todo en esta casa.

Cuando la nombra me llevo las manos a la cabeza. Olvidé por completo llamarla.

—Ya veo que os habéis conocido.

—Es un encanto de mujer.

—Sí lo es. Y tiene una mano estupenda en la cocina. Hacía años que no comía tan bien.

—Me alegro. Voy a darme una ducha. ¿Has cenado?

—No. Estaba esperando a mi mujer. No sé si los maridos que esperan en casa pueden cenar antes o deben aguardar la llegada de sus esposas. El contrato no decía nada sobre eso —lanza la pulla.

—Puedes poner la mesa si quieres. Estaré lista en quince minutos.

—¿Qué quieres cenar? —pregunta dirigiéndose a la cocina.

—Lo que sea. No he comido nada en todo el día. —Matt me mira

sorprendido—. Mi vida no es tan maravillosa como piensas. Me sobra dinero, pero me falta tiempo. Ya lo descubrirás.

Me ducho rápido y no me seco ni el pelo, tengo demasiada hambre. Cuando voy a ponerme un pijama decido escoger un camisón corto, combinado de satén y encaje con una bata corta a juego. No me abrocho esta. Descalza, me gusta caminar así por mi casa, me encamino a la cocina. Cuando Matt me ve siento su mirada en todo mi cuerpo. No llevo sujetador y cuanto posa sus ojos en mí, mis pezones se ponen duros.

—La cena está lista —dice tras aclararse la garganta al verme. Es justo como lo quiero, deseándome.

Me siento en la mesa que ha preparado y observo que ya domina dónde se encuentra todo en la cocina.

—¿Quieres vino? —pregunta con la puerta del frigorífico abierta.

—Sí, bien frío —respondo. Matt lleva un simple pantalón de chándal gris y una camiseta del mismo color, pero su cuerpo y todo él es tan maravilloso que solo observarlo me hace sentir calor, el mismo que he tenido durante todo el día cada vez que pensaba en la última imagen que me ofreció antes de salir de casa esta mañana. Nunca he tenido tantas ganas de llegar a mi casa como hoy. Necesito deshacerme de esta ansia enorme de estar con él que me domina. Es como un imán muy potente que me atrae de forma incontrolable y yo no contaba con esto cuando planeé nuestro matrimonio.

Cenamos en silencio. Matt se dedica a observarme comer, parece que eso le causa placer.

—No sabía que comías tanto. Estás tan delgada… —murmura.

—Creo que el estrés me mantiene delgada. Me encanta comer y nunca hago dieta.

Él asiente en silencio.

Ambos terminamos tan hartos que no queremos ni postre. Recogemos la cocina y luego, para mi sorpresa, Matt se sienta a ver la televisión conmigo en el salón. Él se tumba en el sofá y yo lo hago en un sillón relax a su derecha. Puedo observar cómo clava la mirada en mis piernas, mi escote y mi hombro. Llevo la bata un poco caída. Al cabo de un rato siento algo de frío y enciendo la chimenea. Matt hace

rato que no le presta atención a la televisión ni a mí, está centrado en su móvil, de vez en cuando sonríe y eso logra ponerme desquiciada pensando en que pueda estar hablando con otra mujer. Debe de conocer a muchísimas y seguro que tiene a varias amigas especiales.

Me levanto, me acerco a él y le pregunto a forma de llamar su atención:

—Voy por un yogurt casero de limón. Ronnie los hace increíbles, ¿quieres uno? —le ofrezco.

Matt me mira, niega de inmediato con un gesto de la cabeza y vuelve a la conversación del móvil que lo tiene tan ocupado, ignorándome por completo.

Voy a la nevera, vuelvo al lugar que ocupaba antes y comienzo a comerme el yogurt.

—Está delicioso —murmuro en cuanto lo pruebo, relamiendo la cuchara.

Matt levanta la mirada, me observa y vuelve a la pantalla de su teléfono.

Yo continúo relamiéndome los labios a conciencia. Me termino el yogurt y siento frío. Me acurruco en posición fetal, mirando hacia la chimenea, y murmuro:

—Qué frío.

—Si no fueses medio desnuda… —murmura Matt sin dejar de teclear en su teléfono.

—¿Te molesta? —le pregunto con cierto tono alterado.

—No, para nada. Puedes pasearte por tu casa como te plazca, por mí no hay problema. Como si quieres ir desnuda. No voy a ver nada que no haya visto antes —lanza mirándome a los ojos—. Pero sé lo que estás haciendo, Sarah —dice de golpe—. Si me quieres en tu cama o aquí mismo solo tienes que pedirlo. Estos juegos de seducción no encajan entre nosotros. Recuerda que, entre tú y yo, tú pides y yo respondo, así va la cosa —me indica de forma dura y tajante.

Lo miro de forma desafiante, me levanto del sillón que ocupo, doy varios pasos en su dirección, dejando caer mi bata al suelo, me coloco delante de él, le quito el móvil de las manos y me siento sobre sus piernas a horcajadas.

—Tienes razón —susurro en su oído mientras le acaricio el pelo—. Yo soy la que paga y exige. Tú solo estás a mis órdenes —le manifiesto a conciencia, con toda la intención de herirlo. No puedo olvidar que me dejó años atrás por dinero y ha vuelto a mí por la misma razón.

Matt pasea su rostro por mi cuello, aspirando mi aroma y con ello logra encenderme por completo. Acaricia con sus manos mi cintura, atrayéndome más hacia él. Lo siento ya duro y eso me hace sonreír sobre su boca antes de apoderarme de ella. Lo tengo como quería, deseándome. Ahora debería parar esto y marcharme, dejarlo con las ganas, pero soy débil y no puedo. Estoy tan necesitada de él, de sus besos, de sus caricias y de su cuerpo que caigo en sus brazos y decido entregarme al placer mientras me consuelo diciéndome a mí misma que es un placer por el que estoy pagando.

Matt se deshace de mi camisón a la misma vez que yo le quito la camiseta mientras nos besamos y acariciamos como locos.

—Tengo los preservativos en mi habitación —susurra en mi oído.

—Ve por ellos —le indico, desesperada.

Matt me deja a un lado y se levanta del sillón, ambos sentimos que vamos a estallar ante esta repentina lejanía. Nos miramos con deseo, se acerca, me coge en sus brazos, me besa y murmura:

—Mejor te llevo conmigo, ahorraremos tiempo.

Sonrío sobre sus labios mientras nos besamos en dirección a su habitación.

Follamos de una forma frenética hasta calmar nuestros deseos. Cuando comienzo a tomar tierra del brutal orgasmo al que me ha llevado Matt me pregunta:

—¿Era lo que necesitabas para terminar tu día? ¿Estoy a la altura del marido que esperabas?

—Irás mejorando —le suelto algo crispada. Me mira distante y molesto.

—¿Vas a querer algo más o puedo descansar? —siento esta pregunta como una bofetada en la cara después de lo que acabamos de vivir.

Me levanto de su cama, lo miro con desprecio y le digo:

—Gracias por tus servicios. Has sido muy eficiente y complaciente.

Era justo lo que necesitaba esta noche para deshacer toda la tensión acumulada —trato de que se sienta tan herido y ofendido como yo en estos momentos.

Me marcho a mi habitación, me meto en la cama y lloro hasta que me quedo dormida mientras me reprocho: ¿qué esperabas, un cuento de hadas? Querías una venganza, solo que no contaste con el hecho de que la cercanía de Matt te resultase tan deseable e irresistible. No es solo sexo y tú la sabes, Sarah —me recuerdo—. Puede que para Matt lo sea, pero yo estoy mezclando muchos sentimientos en esta relación.

36

Tras lo sucedido entre Matt y yo anoche me levanto temprano y me marcho sin verlo. Me siento ofendida por cómo me trató ayer, pero al mismo tiempo me digo que no es nada que yo misma no me haya buscado con el contrato que le hice firmar y mi afán de venganza por lo que me hizo años atrás. Quiero que me desee y sienta todo lo que yo sentí en estos años, sin embargo, soy yo la que termina deseándolo a él y Matt recordándome que está junto a mí porque le pago, haciéndome sentir como jamás llegué a imaginar.

Cuando llego a mi oficina Chloe me recibe con la *tablet* en la mano y me sigue hasta el despacho. Cierra la puerta y me pregunta:

—¿Estás bien? —Mira mis ojeras. He tratado de ocultarlas con el mejor corrector que tengo, pero creo que ni así se han disimulado ni un poco.

—No he dormido apenas esta noche.

—¿Y eso? —pregunta con cierta sonrisilla que me molesta.

—La conciliación entre el nuevo trabajo y la familia —manifiesto, crispada.

—¿Por familia te refieres a tu padre o a tu marido? —pregunta Chloe, sonriente.

—Matt —susurro—. Pero no quiero hablar de él —le dejo claro—. ¿Qué tengo en mi agenda de hoy?

—Más reuniones y una comida con Jeff Palmer. El hombre que dirige la naviera que compró tu padre y se encarga de nuestras exportaciones. Es joven, y muy guapo —añade.

—¿Eso es relevante para mi reunión con él? —inquiero, molesta.

—Al menos sabes que no te vas a reunir con un vejestorio, pero vale. Ya veo que no estás de humor hoy. Te dejo trabajar.

Chloe sale de mi despacho mientras yo suspiro, pienso en Matt y me pregunto qué estará haciendo. Descuelgo el teléfono y llamo a

Ronnie. Discretamente ella me informa de que lleva dos horas en el gimnasio y esto al menos ayuda a que mi cuerpo se relaje un poco y suelte toda la tensión que tengo acumulada al imaginarlo haciendo ejercicio en mi casa.

Nuevamente llego a casa tarde. En esta ocasión sobre las nueve de la noche. Me encuentro a Matt en la cocina comiéndose un sándwich.

—Ya empezaba a preocuparme —murmura con cierto tono irónico —. Los medios aseguran un romance entre tú y Jeff Palmer tras vuestra comida de hoy y posterior salida en un bar de copas.

Me quedo un poco descolocada cuando me reprocha en la cara toda esa información.

—Soy la presidenta del grupo Bennett, me he convertido en una mujer muy rica y poderosa, con muchos negocios y empresas a mi cargo —enumero—, tengo a los medios más encima de mí por el interés que genero. Están deseosos de encontrarme una pareja.

—¿Cuándo piensas dar la noticia de que ya tienes un marido? —pregunta, serio, y siento exigencia en ello. Luego le da un bocado al pan y me mira serio mientras mastica.

—En un par de días. No puedo con todo a la vez —le reprocho.

Esta misma mañana me he enterado que mi padre estará una semana fuera en la casa de Aspen con su mujer. La boda de mi amiga Ava es el sábado y siento que no llego a todo. Aún no sé qué hacer, si acudir con Matt o ir sin él.

—Me prometiste que no tendría problemas en El Marlone. El jefe se acaba de enterar de que ya no iré más y me llamó amenazándome con demandarme por incumplimiento de contrato. No me importa lo que me pase a mí, pero si los chicos están en riesgo volveré —determina de forma tajante.

Suspiro y paso la mano por mi cabeza. Había olvidado ese tema.

—Lo resolveré mañana a primera hora.

—Bien.

—Me voy a la cama, estoy rendida.

—¿No vas a cenar? —pregunta mientras está centrado en su sándwich.

—No tengo hambre. Me duele la cabeza.

—¿Debo tomarlo como una excusa para no pasar esta noche por mi habitación? —comenta y luego me dirige una sonrisa forzada.

—Que te jodan, Fuller —bramo, enfadada.

—Cuando tú me digas, esposa mía. Estoy aquí para eso —alza la voz mientras camino dándole la espalda.

Me paro en seco, me vuelvo y lo miro con furia, mientras él me dirige una mirada sonriente, pero no le contesto. No tengo ganas de seguirle el juego. Me encuentro muy cansada y por lo visto Matt tiene ganas de guerra mientras que yo solo quiero una ducha y meterme en la cama.

Al día siguiente vuelvo a marcharme temprano y lo primero que hago nada más llegar a mi despacho es reunirme con Ava y pedirle de forma discreta que solucione el tema de Matt y sus compañeros en El Marlone. Mi amiga es tan eficiente en su nuevo trabajo que faltan dos días para su boda y continúa a mi lado al pie del cañón.

A final del día Ava me comunica que el dueño del lugar no se viene a razones. Si Matt no baila el sábado por la noche en el club demandará a sus compañeros. Firmaron todos como parte del *show* y este está incompleto sin mi marido.

Le sugiero a mi amiga que lo deje en manos de Chloe y mía, a ver si somos capaces de resolverlo y le indico que se tome los días libres que quedan hasta su boda.

El día antes del enlace ceno con mis amigas, las cuatro juntas en mi ático, hace dos noches que no veo a Matt, cuando he llegado a casa no estaba, con anterioridad me había preguntado si lo iba a necesitar y le dije que no, por lo que me comunicó que estaría fuera arreglando unos asuntos personales.

—Aún no me has confirmado si mañana vas a acudir a mi boda con tu marido —me recuerda Ava.

—No lo sé —murmuro, pensativa.

—Pues tienes poco tiempo para decidirlo —me indica Madison.

—¿Por qué te lo estás pensando? —inquiere Chloe.

—No quiero que mi padre se entere por terceros que me he casado —argumento.

—No tiene porqué enterarse. No vais a llevar un letrero diciendo

que sois marido y mujer. Irás acompañada de un tío guapo, además mi boda es algo muy simple. Solo acudirán mi familia y amigos, ni siquiera seremos doscientas personas. Nadie se va a enterar de que has acudido con Matt —me anima entusiasmada.

—Lo pensaré.

Para finalizar la noche nos tomamos una copa de champán y brindamos por el futuro de casada de Ava, para que sea muy feliz. Justo en ese instante aparece Matt por la puerta, no nos esperaba ahí a las cuatro y nos mira con sorpresa.

—Estamos de despedida —le indica Chloe ante el silencio que se hace, donde ninguno sabemos qué decir.

—Tranquila, Ava. Él no es el *stripper*, ahora que se ha convertido en mi marido ya no hace espectáculos —comento mientras me levanto de la silla con mi copa en la mano, mirando a Matt.

—Tiene razón, ahora solo se los hago a ella cuando me lo pide en privado. La que paga manda —suelta de golpe y lo siento como una bofetada, pero nada que no me merezca ya que he sido yo la que ha empezado con esto.

Mis amigas se ponen en pie y ante el tenso ambiente con mi marido se despiden y nos quedamos a solas, ambos de pie en medio del salón dirigiéndonos miradas desafiantes.

—¿Me puedo ir a mi habitación o mi mujer quiere que le haga algo? —pregunta con cierto tono molesto.

Siento que la sangre me hierve. No sé cómo lo hace, pero en mi afán por herirlo y devolverle todo lo que me hizo siempre consigue que me sienta fatal.

—Necesito que mañana vengas conmigo a la boda de Ava —suelto de golpe, en tono de mando.

—¿Ya vas a hacer público que somos marido y mujer? —pregunta con interés.

—No. Solo irás a mi lado, como mi acompañante y pareja. Por el momento no divulgaremos nuestro estado civil.

—¿Debo mostrarme cariñoso, atento y enamorado? Dime tú que *roll* representaremos —me exige con una mirada cargada de resentimiento.

—Cariñoso y atento, con eso me vale. No te esfuerces en lo de enamorado, sabemos que eso no funcionará —le indico a modo de pulla.

Me mira de forma distante y murmura:

—Has comprado a un marido muy eficaz, te aseguro que puedo representar ser el hombre más enamorado del mundo y nadie lo cuestionaría —me reta, pero no caigo en su juego.

—Dejémoslo para más adelante —propongo—. La boda es a las doce. Está listo sobre esa hora —le ordeno, paso por su lado y me marcho a mi habitación.

Paso la noche dando vueltas y más vueltas en la cama. Cierta angustia y malestar se han apoderado de mí. ¿Por qué me siento así? Me casé con Matt para vengarme de él, demostrarle todo el dinero que tengo y cómo puedo comprarlo para que esté conmigo. Sin embargo, cada vez que lo ridiculizo recordándole que pago por sus servicios o que se gana la vida como *stripper* me siento muy mal conmigo misma. Nunca conté con esta sensación que se produce en mi interior. Mi mente quiere venganza, pero lo cierto es que cada vez que la pongo en práctica mi corazón se rompe en mil pedazos.

37

El día de la boda de Ava me levanto temprano y me tomo un café en mi cocina. Ronnie ha llegado antes y me ha servido el desayuno. Matt aparece en ropa de deporte y se sienta a mi lado.

—Buenos días, qué madrugadora —murmura cogiendo una tostada de la mesa y untándole mermelada.

—Es la boda de una de mis mejores amigas, debo estar perfecta —comento y luego le doy un sorbo al café.

—¿Acaso no lo estás siempre? —pregunta mirándome directamente a los ojos. No sé si es un cumplido o un reproche. Me mira serio.

De repente, llaman a la puerta, Ronnie se encarga de abrir y son los maquilladores, el peluquero y el masajista. He dormido fatal y tengo el cuello supercargado, necesito con urgencia un buen masaje.

Matt se queda mirando todo el despliegue que ha entrado.

—Por favor, esperadme en mi habitación —les indico. Todos conocen bien la casa.

Ronnie los acompaña mientras Matt y yo nos quedamos en silencio hasta que desaparecen.

—¿Y todo ese ejército? —pregunta con sorpresa.

—Mi puesta a punto para la boda de mi amiga —murmuro levantándome de la mesa y dejando la servilleta sobre ella.

—¿Para la nuestra te esmeraste tanto? —pregunta con curiosidad.

Me inclino sobre su oído y le indico:

—La nuestra era un contrato, como los que suelo firmar todos los días en mi trabajo.

Me doy media vuelta y me marcho.

Dos horas y media después aparezco en el salón con un vestido rojo en gasa y escote palabra de honor, largo. Matt me espera con un traje de chaqueta negro que le queda como un guante. Lleva una corbata gris, chasqueo la lengua y le indico:

—Cámbiate la corbata. —Le extiendo la que traigo en la mano. Roja, del mismo color y tela de mi vestido.

Él me mira de arriba abajo pero no dice nada, ningún cumplido, algo que me cabrea. Se cambia la corbata en silencio, delante de un espejo y se vuelve hacia mí.

—¿Algo más?

—No. Ya estás perfecto para aparecer junto a mí en la boda de Ava. Podemos irnos —le ordeno de forma seca.

Matt me hace un gesto con la mano y salgo primero. Llegamos hasta el garaje y le extiendo las llaves de mi deportivo negro. Él las mira con sorpresa.

—Conduce tú, yo no puedo con este vestido y estos zapatos.

—¿No llevamos un chófer? —pregunta con sorna.

—No. Mientras menos llamemos la atención en la boda de Ava, mejor.

—¿Dónde es la ceremonia? —pregunta colocándose al volante.

—En el jardín de la mansión de sus padres. Son pocos invitados, una boda íntima —le explico—. La celebración también será allí.

Pongo el GPS del coche y salimos de mi edificio. El resto del camino lo hacemos en silencio. Matt va concentrado en el tráfico y descubro que se maneja muy bien por Nueva York en coche, además conduce mi deportivo como si fuese suyo.

—Es un buen coche —murmura.

—¿Estás pensando en una carrera con él? —pregunto con curiosidad—. ¿O solo corrías con las motos?

—Eso forma parte de mi vida privada. —Me dirige una mirada seria y dura que la siento como un latigazo. Él tampoco pierde ocasión de recordarme porqué está a mi lado.

Giro el rostro y contemplo el paisaje por la ventanilla. No pienso hablarle más en todo el día.

Cuando llegamos a casa de mi amiga dejo a Matt en el césped con el resto de invitados y subo a la habitación de Ava. Ya está vestida de novia, Madison y Chloe están con ella. Cuando la veo me emociono y suelto un par de lágrimas. La abrazo, le entregamos el ramo y le abrimos la puerta para que haga el paseo hasta el altar.

Cuando llego junto a Matt me pregunta:

—¿Todo bien? —Observo que repara en mis ojos, emocionados.

—Sí.

Ava aparece al final del pasillo, entre flores e invitados y la música de su entrada comienza mientras un emocionado novio la espera en el altar con lágrimas en sus ojos. Mientras mi amiga camina hacia el amor de su vida no deja de llorar.

Y yo rompo en lágrimas al ver el amor de ambos, flota en el ambiente y es maravilloso.

—¿Lloras porque nuestra boda no fue así? —susurra Matt en mi oído.

—Algún día tendré una boda como esta, en la que me espere un hombre que me ame de verdad en el altar —le espeto con dolor.

—Estoy seguro —murmura mientras asiente con una sonrisa en sus labios que consigue sacarme de quicio.

Tras una emotiva ceremonia en la que no he dejado de llorar y en la que Matt me extendió su pañuelo para que secase mis lágrimas, pasamos a tomar unas copas antes de sentarnos en las mesas.

Entre los invitados todos me conocen, se acercan a mí, me saludan y se quedan mirando a Matt, que permanece a mi lado. Yo les indico:

—Les presento a mi acompañante, Matthew Fuller. —No doy más explicaciones.

—Aparte de estar a tu lado y sonreír con amabilidad, ¿tengo que ser más cariñoso contigo? ¿Abrazarte o besarte? —pregunta con cierto tono molesto.

—No es necesario, por el momento —añado mirándolo a los ojos.

Continúo saludando a más gente hasta que viene hacia mí Peter, me abraza y me besa con efusividad. Está recién llegado. Ahora vive en Miami, pero no ha querido perderse la boda de nuestra amiga.

Cuando repara en Matt a mi lado lo observa con detenimiento de arriba abajo.

—¿Estás con él? —pregunta directamente. Sin duda lo ha reconocido, y Peter, como las chicas, sabe todo lo que sufrí por Matt cuando me dejó.

Un tenso silencio se hace entre los tres hasta que Matt toma la palabra.

—Sí —manifiesta al mismo tiempo que me toma por la cintura con

posesión y me acerca a su cuerpo.

—Sarah… ¿cómo puedes volver con él después de lo que te hizo? —pregunta entre dientes, con la mandíbula tensa.

Me acerco a él y le susurro bajito:

—Después te lo explico.

—No. Mejor ahora —exige. Me toma del brazo y tira de mí.

—Enseguida vuelvo —me disculpo con Matt al dejarlo solo.

Peter me lleva hasta dentro de la casa, ambos la conocemos bien y cuando estamos solos explota:

—Sarah, ese tío casi acaba con tu vida. Quizás tú lo hayas olvidado, pero yo no. Te dejó hecha una mierda. Solo quería tu dinero, ¿recuerdas? ¿Te ha buscado ahora que eres la presidenta del grupo Bennett y eres mucho más rica y poderosa que hace ocho años cuando te partió el corazón? ¡Cómo has podido caer de nuevo! —Alza la voz mientras se pasea agitado, alzando las manos.

—Déjame explicártelo —le pido con calma.

De forma breve, le cuento cómo encontré a Matt y mis planes de venganza. Sé que puedo confiar plenamente en Peter. En todos estos años me ha demostrado su amistad y lealtad.

Cuando vuelvo encuentro a mi marido sentado en la mesa, junto con los demás invitados. Le dedico una sonrisa a todos, él se acerca mi oído y me pregunta:

—¿Algo de lo que preocuparme?

—No —contesto mientras lo miro seria. Peter se sienta frente a nosotros, junto a Madison, su pareja y Chloe. Peter ha venido solo. Ha dejado a su novia en Miami, aunque él cambia de novia como de camisa.

Me sobresalto un poco cuando Matt me acaricia el brazo, se acerca y me da un breve beso en los labios. Lo miro reprendiéndolo por el gesto, pero luego me distraigo cuando veo las sonrisillas de mis dos mejores amigas. El novio de Madison propone un brindis en la mesa por los novios y espero que este destense el ambiente. Matt y Peter se miden con los ojos ya que están frente a frente.

Durante la cena no dejamos de hablar de los años universitarios y todas las fiestas a las que acudíamos. Matt se pasa todo el tiempo en

silencio. Lo siento removerse en la silla y cuando llevamos dos horas sentados me pregunta consultando su reloj:

—¿Nos queda mucho tiempo más aquí?

—Es la boda de mi mejor amiga, no pienso marcharme hasta que se acabe todo.

—Bien, voy al baño —anuncia. Se levanta y se retira.

Los padres de Ava se acercan a la mesa, charlamos con ellos y cuando levanto la vista aprecio que Peter ha desaparecido. Miro en la dirección en la que se marchó Matt y voy a su encuentro. No quiero un enfrentamiento entre ambos.

De camino al baño, en mitad del césped, observo que Peter y Matt están hablando, uno frente al otro. Mientras me acerco con paso ligero aprecio que mi marido es mucho más alto, corpulento y fuerte que Peter.

Cuando llego junto a ellos pregunto:

—¿Qué pasa aquí? —Los miro a ambos y se hace un silencio.

—Me tengo que marchar —anuncia Matt.

—No. Tú no te vas. No me vas a dejar sola —le exijo delante de Peter, con autoridad.

—Sí. Me voy —afirma seguro de ello, enfrentándome—. Te dije que si no se resolvía lo del Marlone tendría que volver. Los chicos están en problema y no los voy a dejar tirados. Es lo que hay. Ya te lo advertí —me recuerda con la mandíbula tensa y los ojos echando chispas.

—Eres un cabrón, siempre la dejarás tirada cuando más te necesita —le echa en cara Peter.

—Cállate. No sabes nada —ladra Matt de malas formas, dirigiéndole una mirada envenenada.

—Lo sé todo. Entre Sarah y yo no existen secretos —le espeta alzando la cabeza—. Tú solo eres un puto *stripper* al que paga por puro capricho porque tiene tanto dinero que solo ella puede permitirse comprar lo que sea. Debe de ser muy frustrante que una mujer como ella te ordene todo, hasta cómo y cuándo debes de follarla —le suelta con rencor.

—Peter —alzo la voz para que se calle.

En ese instante Matt le suelta un puñetazo en la cara que lo tumba

en el césped.

—Esto no me lo ha ordenado ella. Ahora puedes despedirme, Sarah —murmura antes de darse media vuelta y marcharse.

Me arrodillo a ayudar a Peter, que sangra por la nariz mientras observo cómo Matt se marcha.

Los invitados se han dado cuenta del altercado y Peter y yo tenemos a varias personas alrededor que lo ayudan.

38

Mientras Madison y su novio curan a Peter le cuento lo sucedido a Chloe.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta mi amiga.

—Voy a ir a ese club ahora mismo.

—No creo que sea buena idea —me aconseja Chloe.

—No puedo permitir que salga a ese escenario siendo mi marido —comento, intranquila.

—Es la boda de Ava. Ya resolverás esto mañana. Déjalo que baile, total lleva haciéndolo mucho tiempo y aún nadie sabe que es tu marido.

—No puedo, voy a ir al Marlone.

—Esta noche no vas a solucionar nada. Solo lo verás bailar y ojos que no ven, corazón que no siente —me aconseja Madison.

—Voy a ir —determino. Decidida—. Siento que todo esto sea en plena boda de Ava, pero no puedo dejarlo pasar.

—Tu marido se va a llevar una gran sorpresa cuando te vea —susurra Madison.

—No creo que sea más que la de la primera vez —le respondo algo tensa.

—Suerte. —Chloe me da un abrazo y se despide de mí—. Creo que Matt te importa mucho más de lo que estás dispuesta a admitir.

Suspiro y le dedico una sonrisa tímida. Me encamino al interior de la casa y subo a la habitación de mi amiga para cambiarme. No puedo presentarme en El Marlone con ese vestido o llamaría demasiado la atención.

Escojo un sencillo vestido negro, corto y ajustado a mi cuerpo. Ava y yo tenemos la misma talla.

Antes de montarme en mi deportivo para marcharme Peter intenta pararme, pero no lo consigue. En mi mente solo existe un objetivo,

que mi marido no pise el escenario del Marlone nunca más.

Cuando llego el portero me indica que el local está lleno. Le entrego un buen taco de billetes y me deja pasar.

Una vez dentro descubro que he llegado tarde. Las luces están bajadas y la música alta. Los focos del escenario están encendidos y los chicos salen a bailar.

Cuando todos están en el escenario las mujeres enloquecen. Saltan y gritan sin parar. Yo solo puedo mirar a Matt, que cuando advierte que estoy ahí, sentada en un taburete en la barra, se equivoca en los pasos de la coreografía que están haciendo y me mira de forma severa.

En cuanto termina el primer número y hacen un descanso me cuelo en los camerinos de ellos y le exijo a Matt frente a los demás chicos:

—Ni se te ocurra hacer el numerito con una de las chicas de las despedidas de soltera —le exijo refiriéndome al número en el que la sientan en una silla y bailan sobre ella y los tocan a su antojo.

—No tengo otra opción. Es parte de *show* de esta noche —dice Matt impasible mientras yo lo miro a punto del ataque de nervios.

—¿No lo puede hacer alguno de ellos? —propongo.

—Haremos uno cada uno, hay muchas chicas esta noche —manifiesta sin echarme demasiada cuenta mientras se viste para el siguiente número.

Me quedo en silencio, lo miro a los ojos y él me mira a mí mientras se encoge de hombro, indicándome que no puede hacer otra cosa.

—¿Por qué no te has quedado en la boda de tu amiga? —pregunta con los ojos entornados.

Me quedo en silencio porque ni yo misma sé responderme esa pregunta. No sé qué me ha impulsado a salir corriendo detrás de él para impedir este maldito numerito que no he podido hacer.

De repente, escucho una voz, la de uno de sus compañeros, que propone:

—Sácala a ella. Vístete de soltera y grita. Matt irá a por ti.

Lo miro, esbozo una media sonrisa y lo escucho murmurar:

—No.

Me doy media vuelta y salgo del camerino mientras oigo a uno de sus compañeros decir:

—Joder, has triunfado. Está celosa y es muy rica. Esta te saca de pobre, Fuller.

—¡Cállate! —escucho que le grita Matt, enfadado.

En el último camerino por el que paso llaman mi atención varios atuendos, ya que en el local hay días en los que también bailan chicas. Me hago con un velo y una diadema, y vuelvo a las mesas del escenario. La gente se ha movido de sitio en el descanso, algunas aún están en la barra y otras hacen cola en el servicio. Me siento en una mesa en primera fila y arrimo mi mesa a la de otras chicas que también están de despedida de soltera.

En menos de cinco minutos los chicos vuelven a salir a escena. Puedo sentir la mirada de Matt cuando me ve caracterizada y sentada en primera fila. Hacen dos números seguidos más y luego cada uno de ellos se encarga de ir por una chica para sacarla al escenario y sentarla en las sillas que están preparadas para bailar sobre ellas y darles una verdadera despedida de soltera.

Matt no me mira de forma directa, primero pasea la mirada por todo el local y estoy a punto de saltar sobre él y decirle que como se atreva a escoger a otra chica lo mato.

Finalmente, me mira, se acerca y me toma de la mano.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —susurra en mi oído.

—Defender lo que es mío. No quiero que nadie te toque —revelo sin tapujos. Algo que provoca una enorme sonrisa en su rostro.

Me sienta en la silla de un leve empujón que no espero y luego se coloca a horcajadas, en pie, delante de mía. Comienza a bailar mientras se abre la camisa.

—Compórtate como ella —me ordena cuando ve que me quedo absorta en su torso.

Miro a las mujeres que tengo alrededor, sentadas en sillas y el resto de chicos bailando sobre ellas, que los tocan y gritan como locas, y decido comportarme como las demás para no levantar sospechas.

Paseo mis manos por el cuerpo de Matt, atrevida y sin reservas. Le sonrío con picardía y me dejo llevar por sus movimientos sensuales cerca de mí. Cuando de golpe me coloca en el suelo y baila sobre mí haciendo flexiones como si nada lo miro a los ojos y observo cómo él

se pierde en los mío. Ambos tenemos las respiraciones aceleradas. Acerca su boca a la mía y está a punto de besarme, pero me deja con las ganas. Hace que lo desee de una forma enloquecedora, nunca me había sentido así. Es el baile, la música, todo lo que nos rodea.

Cuando el espectáculo termina, Matt me toma por la cintura y me devuelve al sitio que ocupaba. Nos miramos de una forma tan especial que al mismo tiempo siento un gran vacío cuando se aleja de mí.

—¡Madre mía! —grita el resto del local. El numerito ha sido impresionante.

Tengo la boca seca y necesito una copa cuanto antes. Me acerco a la barra y cuando estoy ahí escucho a un hombre hablando por teléfono y por la conversación puedo comprobar que es el dueño de ese lugar. Lo miro como al culpable de que Matt haya tenido que volver sobre la pista y una idea se me pasa por la cabeza. Me acerco a él y le pregunto con interés:

—¿Es el dueño de este sitio?

—Sí. Ya he observado que ha disfrutado mucho del espectáculo. Mis chicos son los mejores de Nueva York —alardea.

—¿Por cuánto dinero vendería este lugar? —pregunto de golpe, directa al grano.

—No podría pagarlo —carcajea mirándome con atención.

—Póngame a prueba —lo reto en mi faceta más seria de mujer de negocios.

El señor se queda mirándome y dice:

—Tres millones de dólares. —Tras soltar la cifra se queda callado, sonriente, como diciendo: no lo podrías pagar.

—Bien. Le daré tres millones y medio si firma la venta el lunes —lanzo segura de mí misma.

El tío se queda con la boca abierta.

—¿Quién eres? —pregunta mientras me mira con interés.

—Alguien con mucho dinero que desea ser la dueña de este sitio.

Asiente a mi propuesta, se lo piensa y finalmente me extiende la mano.

—Trato hecho.

Le estrecho la mano y le sonrío.

—Me alegra. El lunes lo llamará mi equipo jurídico para cerrar el trato.

El hombre, el cual ignoro como se llama, me extiende una tarjeta de contacto que guardo en mi bolso. Le hace una señal al camarero, pide dos copas de champán y brindamos por el negocio que acabamos de cerrar.

Me encamino de nuevo hacia los camerinos, ya el chico que custodia la entrada me conoce y me deja pasar. Cuando me sonríe al hacerse a un lado para que entre, me vuelvo y le indico:

—A partir del lunes tendrás un extra en el sueldo. Seré tu nueva jefa —le guiño el ojo y el muchacho me sonríe muy contento. Solo le falta ponerse a saltar.

Entro en el camerino de los chicos, todos están recién duchados y vestidos para marcharse con sus mochilas en la mano. En cuanto me ven todos se despiden de Matt de inmediato mientras me miran sonrientes.

—Hasta mañana, tío. Que vaya bien la noche —le dice el último en salir.

Una vez a solas le revelo:

—No tendrás que volver a este lugar. Ya lo he arreglado todo.

Matt me mira algo desconcertado.

—¿Qué has hecho? —pregunta, serio, acercándose a mí.

—Algo que aprendí de mi padre. Cuando no puedas conseguir algo, cómpralo —recito muy cerca de él. Casi rozándole los labios con los míos, colocada de puntillas.

Matt me mira unos segundos en silencio, procesando la información.

—Como me compraste a mí —resuelve de golpe, y recibo sus palabras como un latigazo. Todo esto lo he hecho por él y así me lo paga. En ese instante toda mi alegría desaparece y me alejo de él—. ¿Cuánto has pagado? —se interesa.

—Tres millones y medio de dólares.

—Definitivamente te has vuelto como tu padre —me echa en cara —. Este club no vale ni la mitad de ese dinero.

—¿Así es como me lo agradeces? Era la única forma que tenía para

que no bailases más y tus compañeros siguiesen sin problemas.

—Yo no te he pedido nada. A mi mujer es a la que le molesta que trabaje aquí —suelta de golpe.

—Tienes razón —admito, ofendida—. ¿Nos vamos a casa? —le exijo adoptando una actitud seca y distante.

—Si es lo que quieres… —murmura con indiferencia.

—¿Tenías pensado otra cosa? —pregunto con desdén.

Matt me dirige una mirada intensa y ardiente.

—Follarte aquí mismo. No sé cómo me he podido contener ahí fuera en el escenario —revela sin dejar de taladrarme con sus ojos mientras me toma con fuerza por la cintura y me arrima a su cuerpo.

—Adelante —lo aliento. Mi cuerpo arde tanto como el suyo y solo él puede apagar este intenso fuego que siento.

Se apodera de mis labios con ansia y me devora la boca con la maestría que lo caracteriza.

Follamos como locos sobre el tocador, mirándonos entre todos los espejos del camerino. Es muy erótico y sensual.

Como dos extraños, una vez que hemos acabado, nos vestimos en silencio y nos marchamos en mi coche. Esta vez conduzco yo.

Matt se sorprende cuando volvemos a la boda de Ava. Él va vestido con el traje de chaqueta con el que se marchó y a mí no me importa regresar con otro vestido.

—Le debo a mi amiga bailar en su fiesta —murmuro antes de bajar del coche.

—No sé si sea buena idea.

—Tranquilo, Peter ya se ha marchado.

—¿Cómo lo sabes?

—Me llamó hace una hora desde su hotel.

Salimos del coche y nos encaminamos hacia la fiesta de mi amiga, donde la mayoría de los invitados bailan en la pista. Siento a Matt algo reticente, por ello lo tomo de la mano, lo miro y hago que camine a mi lado. Él me dedica una sonrisa mientras siento cómo aprieta más mi mano al mismo tiempo que entrelazamos nuestros dedos.

39

El domingo me dedico a dormir y descansar, no veo a Matt en todo el día, supongo que él está tan rendido como yo. Hace escasas horas, cuando llegamos a casa, nos habíamos tomado unas cuantas copas en la fiesta de Ava, nos miramos en silencio nos desnudamos en el salón y dimos rienda suelta de nuevo a la pasión.

El lunes por la mañana le comunico a Chloe la compra del Marlone y le encargo que lo lleve a cabo con el departamento jurídico con discreción. Ava estará una semana de luna de miel.

Luego Chloe me recita toda la agenda de la semana y me hace suspirar porque llegue el fin de semana de nuevo.

Cuando llego a casa, pese a la apretada agenda que tenía para el día de hoy todo ha ido sobre ruedas y a las cinco estoy entrando en mi ático. Cuando me encuentro a Matt en el salón con mi abuela y ambos toman café juntos casi me da un infarto.

—Hija, tu amigo es increíble —comenta nada más verme.

Miro a ambos en silencio y, con paso lento, me acerco a ellos. Taladro a mi marido con la mirada, por tomarse esas confianzas con mi abuela y tomo asiento junto a ellos. Con el día que he tenido, esto era lo que me faltaba.

—Qué sorpresa, abuela. ¿Cómo tú por aquí? —pregunto, intranquila. No sé qué le ha dicho Matt de su presencia en mi casa o si lo ha reconocido. Mi abuela es muy despistada.

—Tenía una reunión de amigas cerca y quise visitar a Ronnie para ver qué tal la vida de mi nieta, ya que no te veo desde la fiesta de despedida de tu padre —se queja. Normalmente solemos vernos cada dos días. Cierro los ojos y lamento haberme olvidado de ella por tanto tiempo.

—Ya sabes, abuela, el nuevo cargo me ha tenido muy ocupada —excuso de inmediato.

—Y este amigo —me indica, sonriente.

—Eh… sí, Matt. —Lo miro preguntándole qué le ha dicho a mi abuela sobre su presencia en mi casa.

—Ya me ha comentado que es tu entrenador personal, y que está pasando unos días aquí porque ha tenido un problema en su edificio.

—Eh… sí. Ya sabes, el ático es muy grande y solo iban a ser unos días —comento, algo nerviosa.

Mi teléfono suena y es Chloe. Atiendo la llamada y me quedo en silencio. Matt me mira desde la distancia y advierte de inmediato que algo va mal.

Doy gracias a mi abuela cuando se despide y decide dejarme a solas con mi entrenador.

Cuando sale por la puerta le pregunto a Matt apurada:

—¿Te ha reconocido?

—No.

—Vale. —Me quedo un poco más tranquila.

—Llegó sin avisar. Ella estaba hablando con Ronnie y aparecí de golpe sudado de entrenar —me explica, pero lo corto de inmediato.

—Tenemos varios asuntos que hablar más importantes que mi abuela. En realidad, ella no me importa ahora, si descubre lo nuestro estaría de mi lado.

—Tú dirás.

—Ya soy la dueña del Marlone legalmente. Necesito encontrar quién gestione aquello. ¿Conoces a alguien?

—Puedo hacerlo yo mismo —propone.

Lo miro en silencio, lo medito y le indico:

—Ya tienes trabajo, pero solo gestión —le dejo claro.

—Estupendo —me agradece con una sonrisa—. Ya me aburría esta vida de marido florero.

—Ya hablaremos de tu contrato y tu sueldo, eso es un extra a lo acordado en el contrato —le informo—. Por otro lado, mi presencia en El Marlone anoche vestida de despedida de soltera ha hecho saltar las alarmas. Alguien me vio y me reconoció cuando subí al escenario. Se ha filtrado que me caso y la prensa de medio país busca a mi futuro marido —revelo seria.

—¿Qué viene ahora? —pregunta con tranquilidad.

—Un paso más. Hay que adelantar contarle la noticia a mi padre. Iba a esperar que regresase de su viaje, pero no puedo permitir que se entere por la prensa si llegan a descubrirnos antes. Viajaremos pasado mañana a Aspen y le daremos la noticia. A partir de ese día serás mi marido de forma oficial. Ya no tendrás que esconderte. Luego haremos alguna salida en plan pareja, avisaré a la prensa y confirmaremos lo nuestro. Más adelante tendremos que hacer un par de fiestas con amigos y tal, pero eso ahora mismo no me preocupa.

—Bien, mañana mismo iré a por todas mis cosas. Haré el traslado definitivo. Estaba esperando este momento. Mi periodo de adaptación ha finalizado y esto comienza en serio —recita.

—¿Quieres que te ayude? —me ofrezco por cortesía.

—No te preocupes. No vivo en un barrio muy recomendable. Además, solo tengo que traer una mochila con lo más importante de mi vida.

—Bien —murmuro al mismo tiempo que cierro los ojos y dejo caer la cabeza en el sofá. Estoy agotada.

—Creo que necesitas descansar —aprecia Matt.

—Y comer.

—¿Hago la cena mientras tú te pones cómoda? —pregunta y veo en su mirada cierta amabilidad.

—Hacía tiempo que no me proponían algo tan tentador —le indico sonriente, a la misma vez que me levanto para darme una ducha antes de quedarme dormida en el sofá.

Tras un día frenético de trabajo, cuando llego a casa Matt no está. Debe de haber ido a recoger todas sus cosas como me dijo ayer. Me tumbo en el sofá para relajarme tras darme una ducha y picar algo y me quedo dormida.

Me sobresalto cuando llaman a la puerta. Descalza y medio adormilada acudo a abrirla y descubro que es Matt, pero parpadeo con fuerza cuando aprecio que no viene solo. Sacudo la cabeza mientras me digo que no es un sueño. Matt está parado frente a mí con una niña pequeña en sus brazos.

—Ya estoy aquí —anuncia mientras me mira. Me quedo en la puerta, mirándolos, sin saber qué decir—. Te dije que tenía una mochila de responsabilidades y que vendría con ella cuando todo empezase de verdad —me recuerda mientras lo miro con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado—. Te presento a Mía. Es mi hija.

40

Matt pasa al salón con su hija mientras yo cierro la puerta y los veo entrar al interior de mi casa. Él deja la gran bolsa que trae consigo en el suelo y sin soltar a la niña que dice que es su hija se sienta con ella en el sofá. La pequeña me mira en silencio, un poco asustada.

—No me dijiste que tenías una hija —murmuro en forma de reproche sin dejar de observar a la pequeña, con el corazón acelerado. No esperaba algo como esto.

—Mía viene conmigo. Es mi responsabilidad. No pienso renunciar a ella —defiende con arraigo—. He dejado a mi tía abuela en una residencia para mayores, donde estará muy bien cuidada a sus ochenta y cinco años, con el dinero que me diste me puedo permitir tenerla ahí y no le falten sus medicinas, pero no pienso separarme de Mía mientras dure nuestro acuerdo. Soy todo lo que tiene.

Lo miro con furia, desafiante. Me duele que tenga una hija y que me lo haya ocultado hasta el momento.

—Pues lo siento —alzo la voz mientras lo miro—. Ella no entraba en el contrato —le reprocho—. No quiero nada que interfiera en mis planes y sin duda ella lo hará. ¿Cómo te has presentado con tu hija en mi casa sin preguntarme? —le recrimino de forma acalorada. No puedo creer que tenga una hija, estoy alucinando.

—Es solo una niña indefensa. No tiene a nadie más. ¿Crees que si tuviese a alguien de confianza y la certeza de que iba a estar bien cuidada la traería aquí? —pregunta mirándome con desconfianza.

Me quedo callada, mirándolos a ambos.

—¿Con quién ha estado estos días? —pregunto de forma abrupta.

—Con la novia de Tom, uno de los chicos del espectáculo. Él es como mi hermano y Anne es una buena chica. Estaba de vacaciones y le pagué por cuidarla estos días, pero no tengo a nadie más con quién dejarla —me suplica.

Lo miro y lo siento tan desesperado como una vez lo estuve yo cuando él me dejó, y decido llevar mi venganza al límite.

—Lo siento. Pero no puedo aceptarlo. Elige, tú hija o el contrato. —Lo pongo entre la espada y la pared sintiendo que soy la bruja más grande del universo por jugar con una niña indefensa.

Matt chasquea la lengua, me mira con desprecio y rabia de arriba abajo, se levanta y comienza a recoger sus cosas.

—Rompe ese puto contrato —brama—. No me importan las consecuencias. Mía solo me tiene a mí y no la voy a dejar por nada del mundo. Ni siquiera por tu millón de dólares —escupe entre dientes cerca de mí—. Ya me las arreglaré, como en todos estos años.

Cuando observo que está abriendo la puerta para marcharse y que todos mis planes se van a ir a la mierda decido recapacitar.

—Vale. Está bien. Ella puede quedarse —le indico, seria, mientras miro a esa criatura indefensa que no tiene la culpa de nada—. Pero no quiero que me moleste. No me gustan los niños —le dejo claro.

Matt se para en seco, se da media vuelta y me taladra con sus ojos turquesas, que arden como el fuego.

—Piénsalo muy bien porque no habrá vuelta atrás. Es lo que hay. Nunca voy a renunciar a ella por una mujer, por mucho dinero que me ponga sobre la mesa —defiende de tal forma que consigue emocionarme—. Mi hija vale más que tus millones.

—Mía tiene suerte de tener un padre como tú. Ojalá el mío hubiese sido así —murmuro con pena y siento que la mirada de Matt se apacigua.

Él se vuelve a adentrar en el salón con la niña, que permanece seria y callada. Se sienta en el sofá de nuevo y le dice a su hija:

—No pasa nada, cariño. Vamos a quedarnos.

En ese momento me siento tremendamente culpable por haber montado este numerito delante de la pequeña, pero el impacto de ver a Matt con una hija en sus brazos me ha hecho perder los papeles sin medir las consecuencias.

Me siento en el sofá y me acerco un poco a la niña. Es preciosa. Tiene unos ojos azules impresionantes con espesas pestañas y pelo castaño claro. Su carita es redonda y perfecta. En cuanto la miro bien

mi corazón se enternece, sorprendiéndome. Nunca he tenido trato con niños pequeños, pero ha sido mirarla a los ojos y sentir algo especial que nunca había experimentado antes.

—¿Qué edad tiene? —me intereso.

—Dos años y medio.

—¿Habla? —pregunto mientras la observo. Está muy seria y callada.

—Es un pequeño lorito, pero como no te conoce y ha presenciado tu enfado está cortada.

—¿Y su madre? —pregunto con miedo.

—Solo me tiene a mí —responde sin dar más explicaciones.

Lo miro y suspiro, agobiada. No contaba con este pequeño detalle en mis planes.

—No te asustes, Mía —le susurra Matt a su hija—. Está un poco loca, pero es inofensiva.

Su comentario consigue sacarme una sonrisa. Él me la devuelve y me anima:

—Dile algo amable, que vea que no eres el lobo feroz.

Me acerco un poco a la niña, le tomo su manita y le hablo:

—Hola, Mía. Bienvenida a mi casa. Perdona mi reacción al verte. No entrabas en mis planes, pero ya que estás, pasa y ponte cómoda. Este ático es muy grande. Seguro que tu padre sabe hacerlo tan bien que ni siquiera notaré tu presencia.

La niña me mira seria y reticente, pero finalmente sonríe y aprieta mi mano con la suya.

—Es una niña muy cariñosa y muy buena. Te prometo que no dará ruido ni sentirás que está aquí. Voy a buscar una guardería para que acuda a diario y se relacione con otros niños, y también quiero encontrar a alguien que cuide de ella cuando yo no esté. Los gastos de Mía corren de mi cuenta —me deja claro, como si me importase el dinero.

—Supongo que habrá que ponerle una habitación para ella con las cosas que necesita una niña —murmuro.

—No te preocupes. Dormirá conmigo. No quiero que te cause problemas. Si llora en mitad de la noche la tendré más vigilada.

—No soy tan inhumana. Los niños necesitan su espacio y en esta casa es lo que sobra. Mañana llamaré al decorador.

Matt asiente y ambos nos quedamos en silencio. Tengo tantas preguntas en mi mente que hacerle que se agolpan, pero no me considero con el derecho de hacérselas.

—Quiero agua —pide Mía. Cuando escucho su vocecita por primera vez la miro embobada.

Matt saca una botella pequeña de la mochila y se la entrega. La niña bebe con ganas mientras que su padre y yo la miramos sin pestañear.

—Si quieres llevar las cosas a tu habitación y acomodarte con ella… —le ofrezco—. Os ayudo.

Lo cierto es que estoy tan desconcertada ante la situación que no sé cómo actuar.

Matt asiente y se levanta con la niña.

Me encamino con Matt hacia su habitación.

—¿Te gusta, Mía? —le pregunta a la niña, que lo mira todo con atención.

—Sí —susurra abrazada al cuello de Matt.

Yo los miro a ambos mientras maldigo al detective privado que me dio toda la información sobre él. Nunca me dijo nada de la existencia de una hija.

—Quieres bañarla, darle de comer… —le ofrezco mientras siento que sobro en escena. Verlo como padre me ha afectado demasiado.

—No te preocupes. Ya ha cenado. En un rato tendrá sueño y se dormirá. Le pondré los dibujos y caerá rendida ¿verdad, princesa? —le pregunta, sonriente.

Verlo en la faceta de padre hace que el corazón me dé un vuelco. Cuando le puse por contrato que quería un hijo suyo me lo imaginé muchas veces como padre, pero sin dudas el proceso se ha acelerado y mis expectativas se han quedado cortas. Con el amor y devoción que Matt mira a su hija y ha defendido estar junto a ella me hace presagiar que es un padre maravilloso.

—Os dejo solos para que estéis más cómodos. Voy a la cocina a comer algo. ¿Has cenado? —le pregunto, confusa.

Él niega con un gesto de la cabeza.

—Ronnie siempre tiene de todo en la nevera. Cuando se duerma puedes ir a ver si se te apetece algo.

—Gracias —murmura antes de marcharme y cerrar la puerta.

41

Cuando llego a la cocina suspiro con fuerza. En realidad, no me apetece nada de comer. Que Matt tenga una hija me ha dejado sin palabras. Algo así no entraba en mis planes. Me siento decepcionada y en una encrucijada. Cojo un tarro de helado, una cuchara y me voy con ello al salón. Me siento en el sofá y pongo la televisión de fondo. Cuando tengo los ánimos por los suelos o me siento mal mi gran remedio es comer helado de vainilla.

De repente, siento a Matt en el salón. No sé cuánto tiempo ha pasado. En silencio, llega hasta el sofá en el que estoy sentada y se posiciona a mi lado con la mirada clavada en el helado.

—¿Es tu cena? —pregunta.

—Necesito algo dulce —murmuro.

—Siento que la existencia de Mía te haya descolocado tanto, pero al mismo tiempo te doy las gracias por aceptarla. Te aseguro que no supondrá un problema en tus planes.

—Me tenías que haber dicho que tenías una hija —le reprocho.

—¿Eso hubiese cambiado las cosas? —inquiere con una ceja alzada —. Tú querías un marido y que te dé un hijo, y aquí me tienes. Lo cumpliré —me deja claro.

—Lo sé. Pero no me gustan las sorpresas y el hecho de que tengas una hija y te hayas presentado aquí con ella lo ha sido.

—Ya te he dicho que ella no te molestará. Voy a buscar a alguien que cuide de Mía. Yo estaré disponible para ti siempre que me lo pidas —me deja claro.

—¿Dónde está su madre? —pregunto de nuevo.

—No me gusta hablar de ella. Forma parte de mi vida privada. Yo solo tengo que darte explicaciones desde que firmamos el contrato en adelante —manifiesta de forma tajante.

—Vale. No haré más preguntas —contesto, molesta.

Él me mira serio, distante, como debatiéndose entre abrirse a mí y

crear un vínculo de confianza o permanecer siendo dos completos desconocidos.

—Necesito tiempo —murmura.

Asiento y en parte lo comprendo. En un mes he puesto su mundo del revés. Ha pasado de ganarse la vida bailando por las noches en un *show* de *striptease* a ser el marido de una mujer millonaria y poderosa. Ha entrado en un mundo que desconoce y debe de estar un poco descolocado.

—Mañana por la noche cogeremos un vuelo para ir a ver a mi padre y darle la noticia. Dentro de tres días haremos público nuestro matrimonio —le recuerdo, cambiando de tema y que sepa que tiene que conseguir a alguien para que se quede con su hija.

—¿Qué tengo que hacer yo aparte de estar a tu lado? —se interesa.

—Seguirme la corriente en todo lo que diga, mostrándote como un marido complaciente y enamorado.

—¿Estás preparada para la reacción de tu padre? —pregunta, serio.

—¿Lo estás tú? —le espeto con furia.

—Yo no tengo nada que perder, Sarah. No soy nadie. No entiendo este matrimonio, ni sé en qué te puede beneficiar. Más bien creo que soy altamente perjudicial para ti y la mujer que eres. No encajo en tu mundo y será un verdadero escándalo cuando tu círculo me conozca y se sepa de dónde vengo. No lo podrás ocultar.

—Yo sí lo entiendo —murmuro sin mirarlo a los ojos.

—¿Algún día me lo explicarás? ¿Cuándo termine todo esto? —pregunta con interés.

—No lo sé. Necesito tiempo. —Le devuelvo la misma frase.

—Ya —dice esbozando una sonrisa—. ¿Algo más?

—Por hoy es suficiente. Me marcho a la cama —le indico antes de levantarme del sillón para marcharme—. Espero que Mía y tú os adaptéis a este lugar.

—No sé si podré acostumbrarme a vivir en un ático tan grande y lujoso como este. Todo lo que te rodea es demasiado para mí —murmura con pesar.

Estoy a punto de preguntarle si esa fue realmente la razón por la que me dejó hace años o fue el dinero que le dio mi padre, pero me

contengo. No quiero desenterrar el pasado.

—Voy a comer algo —dice Matt.

Me vuelvo en mitad del salón y le sugiero:

—La lasaña de verduras está increíble.

De camino a mi cuarto, cuando paso por la habitación de Matt veo que la puerta está abierta. La niña duerme en la cama entre cojines. Me adentro en la habitación y la observo. Es guapísima. Parece un ángel dormido. La arropo un poco y murmuro mirándola con cierto sentimiento que me desconcierta:

—No entrabas en mis planes, pequeña. Tendrás que perdonarme todo lo que le haga a tu padre, pero él me rompió el corazón y sufrí muchísimo. Tú no entras en mi venganza, intentaré mantenerte al margen de toda esta locura.

Le doy un beso y me marcho a mi habitación.

Al día siguiente hablo con Chloe y Madison mientras desayunamos en una cafetería cercana a mi casa y les cuento que Matt tiene una hija de dos años. Se quedan tan sorprendidas como yo.

—¿El detective no te dijo nada sobre la niña? —pregunta Madison con interés.

—Lo cierto es que cuando me dio la primera información de Matt, que vivía en el Bronx, tenía a su tía abuela a cargo y sus problemas económicos no le pedí que siguiese investigando. Con esa información me valía para mis planes.

—¿Esa niña hubiese frenado tus planes con Matt? —se interesa Chloe.

—No —respondo.

—¿Qué quieres de él? Entiendo que te sirve para vengarte de tu padre, pero ¿cómo piensas vengarte de Matt? —pregunta Madison.

—Lo he comprado con dinero, estará a mi disposición y vivirá un tiempo a mis órdenes.

—Sí, pero a cambio será un hombre rico y reconocido para siempre. Si tienes un hijo de él nadie lo olvidará, ni saldrá de tu vida nunca —reflexiona Chloe.

—Igual Sarah no quiere que se vaya de su vida, sino que se

enamore de ella —lanza Madison.

Mi amiga me conoce bien y ha dado en el clavo. Quiero a Matt y tenerlo junto a mí solo podía conseguirlo con este plan de venganza que tracé para tratar de curar mi corazón. Yo fui un capricho para él en el pasado y en estos momentos le estoy demostrando que él lo es para mí al convertirlo en mi marido y querer un hijo suyo. Pretendo que en este tiempo sienta el mismo dolor que sentí yo cuando descubrí que solo fui un juego para él. No sé qué vendrá en el futuro, pero sí sé que desde que apareció en mi vida me levanto cada día con ganas de vivir.

De repente, el teléfono de Chloe emite un sonido, lo mira y dice, alerta:

—Sarah, tienes que ver esto.

Leo la noticia que ha saltado hace escasas horas a la prensa:

Sarah Bennett se ha casado en Las Vegas hace unas semanas. Por el momento desconocemos el nombre de su ya marido, pero no tardaremos en daros el nombre. Queremos saberlo todo del hombre que ha cazado a la gran soltera de oro. La presidenta del grupo Bennett ya no es una mujer libre.

—¡Joder! —maldigo, furiosa.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Chloe.

—Averigua cómo se enteró la prensa de esto.

Me coloco el abrigo y salgo de la cafetería en dirección a mi casa. Tengo que hablar con Matt cuanto antes.

Cuando entro lo encuentro en la alfombra de mi salón jugando con su hija.

—Tenemos problemas —anuncio mientras él me mira de arriba abajo.

—¡¿Qué sucede?! —pregunta de inmediato, colocándose de un salto en pie y mirándome a los ojos.

—Los medios de comunicación ya saben que me he casado en Las Vegas. Lo que no han descubierto quién es mi marido, pero no tardarán en averiguarlo y exponer todo sobre ti. ¿Algo de lo que me deba preocupar? Ellos escarbarán en tu pasado y si hay algo más como lo de Mía prefiero saberlo por ti.

—No.

—Bien. Tenemos que ir a hablar con mi padre cuanto antes. —Miro a la hija de Matt pensando qué hacer con ella.

—Puedo pedirle a alguno de los chicos que se quede con ella —sugiere—. Dame un par de horas —me pide apurado.

—No tengo un par de horas. Tenemos que coger un avión privado ya —le indico alzando la voz. Estoy algo nerviosa.

—Lo siento —se disculpa, apenado.

Camino por el salón intranquila, pensando con rapidez y hago una llamada a Ronnie. Estoy segura de que tendrá tan buena mano para los niños como en la cocina.

Le agradezco que pueda venir cuanto antes a casa para que cuide de Mía pese a que sea su día libre.

—Problema solucionado. Ronnie se quedará con ella —le comunico a Matt con la mirada clavada en su hija.

—¿Es de confianza? ¿Tiene buena mano con los niños? —se interesa, preocupado.

—Lleva años trabajando para mí. Es una mujer de mediana edad que ha criado a tres hijos y hace su trabajo siempre de forma eficiente.

—Bien.

Desaparezco en mi habitación para coger un par de cosas en una bolsa y cuando vuelvo al salón le ordeno a Matt:

—Ve a cambiarte, a ponerte algo más formal. —Está en chándal y descalzo. Me mira y le aclaro—: Tienes el armario lleno de ropa nueva, lista para representar el papel de mi marido. Coge en una bolsa algo de ropa, pasaremos una noche fuera. Y no te preocupes por Mía, estaré aquí con ella. No puede ser tan difícil cuidar de una niña por algunos minutos.

Matt asiente y tras darle un beso a su hija en la cabeza desaparece para ir a su habitación. Me siento en el sofá y observo cómo Mía juega en la alfombra, entretenida con dos peluches.

—Me gustan tus zapatos. Son muy bonitos —dice la niña y con su comentario logra arrancarme una sonrisa.

Llevo unos zapatos de tacón en color nude.

—Te voy a decir un secreto —susurro—, te los cambiaría por los

tuyos. Son más cómodos y más bonitos.

—Vale —dice, y comienza a quitarse los deportes en color rosa que lleva.

—No —le indico. Joder, ya he metido la pata. No sé tratar con niños. Solo he querido ser amable con ella y ahora quiere que me ponga sus zapatos y le deje los míos. Ya la he liado—. No tenemos la misma talla —trato de explicarle—. Te compraré unos como los míos —resuelvo. Para mi gran sorpresa la niña se pone a saltar de alegría y toca las palmas.

Me quedo embobada en ella, envidiando su mundo y su inocencia. De repente, se abraza a mí y me da un beso espontáneo. La miro y me sonríe.

—Guapa —murmura mirándome con atención.

Me acerco a ella y le doy un beso. Ha conseguido despertar mi ternura y que deje a un lado los problemas que me abruman en estos momentos.

Mi teléfono suena y es Chloe de nuevo. Lo atiendo de inmediato:

—Ya se sabe que tu marido bailaba en El Marlone hasta hace poco. Dicen que os conocisteis ahí.

Cierro los ojos y maldigo a los medios. No me importa que sepan esa información, sabía que la manejarían tarde o temprano, lo que me jode es que mi padre no se entere de mi matrimonio por mí, tal y como planeé. Presentarme con Matt de la mano en su casa formaba parte de mi gran venganza.

Entre tanto llega Ronnie, no corto la comunicación con Chloe y le indico:

—Por favor, llévala al cuarto de invitados y juega con ella. Si necesitas algo mándalo a pedir.

—Sí, señorita Sarah.

—Ven conmigo, pequeña. —Ronnie coge a Mía en sus brazos y se la lleva. Escucho de fondo que le va diciendo que le contará un cuento sobre hadas y princesas.

Yo sigo la comunicación con mi amiga.

—¿Has averiguado cómo se han enterado de mi matrimonio? —pregunto, impaciente.

—No, pero ya tengo a varias personas centradas en ello. Creo que saltó la liebre el día en el que alguien te vio en El Marlone celebrando tu supuesta despedida de soltera. Están algo desconcertados porque eso fue después de la boda en Las Vegas. Puede que ese hecho los retrase en obtener toda la información y ganes tiempo.

Matt aparece ante mi vista con un traje de chaqueta azul marino y una camisa blanca. No lleva corbata. Lo miro embobada, no lo esperaba tan formal.

—¿Y Mía? —pregunta de inmediato al no ver a la niña. Me mira como si la hubiese tirado por la ventana.

—Tranquilo, está con Ronnie en el cuarto de invitados —le indico. Se da media vuelta y me deja sola.

De repente, suena el timbre de la puerta. Voy a abrir pensando que se trate de Madison y Chloe, pero mi sorpresa es mayúscula cuando me topo de frente con mi padre.

42

Entra como un huracán y cuando está en mi salón brama con los brazos abiertos:

—¡Dime que no es cierto que te has casado en Las Vegas con un hombre que se desnuda en espectáculos para mujeres! —Me quedo en silencio mientras me acerco a él, mirándolo de frente, sin miedos, mientras disfruto de que el momento de mi venganza ha llegado—. ¡Has perdido la cabeza! —grita fuera de sí cuando mi silencio y mi semblante le confirman que es cierto lo que dice la prensa—. ¡¿Estabas borracha?! —me reprocha, alzando la voz y moviéndose por el salón como un león enjaulado—. Tú y tu manía de estar siempre de fiestas y bebiendo. ¡Estas son las consecuencias! —grita más alto mientras que yo lo observo y dejo que eche fuera todo su veneno.

Matt llega al salón corriendo. Los gritos de mi padre deben de haber llegado hasta la habitación donde estaba con su hija. Cuando lo ve se queda parado en seco, se recompone de la impresión mientras que ambos se reconocen y se miden con las miradas.

—No voy a permitir que le grite de esa forma a mi mujer, por mucho que sea su padre —le advierte con genio, serio y de forma autoritaria.

—¿¡Tú?! —grita mi padre, señalando a Matt con el dedo—. ¿No me digas que te has casado con él? —me reprocha con los ojos muy abiertos, alterado.

—Sí. Es mi marido, papá —anuncio con tranquilidad, sin dejar de observarlo.

Matt camina hacia mi lado y me toma de la mano. Mirando a mi padre con valentía. Creo que yo estoy más nerviosa que él en estos momentos.

—Nos volvemos a encontrar, señor Bennett —lo saluda Matt—. Le dije que algún día volveríamos a vernos las caras. Aquí me tiene. —

Alza mi mano unida a la de él. Miro a Matt y luego a mi padre.

—¿Sabes con quién te has casado? ¡Solo quiere tu dinero! —grita fuera de sí.

—Parece que tú lo conoces bien, papá —le reprocho.

—Por supuesto —admite sin tapujos, mirando a Matt de forma desafiante—. Lo aparté de tu camino en una ocasión, pero, por lo visto, se las ha apañado para volverte a engatusar. Es un cazafortunas —grita muy alterado. La vena de su cuello está a punto de estallar.

—¿Lo apartaste? ¿Qué sabías tú de eso? —Me deshago del agarre de Matt y me coloco delante de mi padre, mirándolo a los ojos, alterada.

—Todo. Tu amiga Jennifer me llamó para contarme vuestro idilio —admite de frente—. Gracias a ella pude apartar a este hombre de tu lado hace años, y hoy es tu marido. ¡¿Qué broma es esta?! —brama mirando a Matt.

Yo me tomo unos segundos para reflexionar y tomar conciencia de lo que pasó años atrás.

—Ninguna broma, papá. Es mi marido. ¿No querías verme casada? —le recuerdo—. Tus deseos son órdenes, aquí tienes a tu yerno.

—Esto no ha sido casualidad —manifiesta con la mirada clavada en Matt—. Es tu venganza —le reprocha cogiéndolo por las solapas de la chaqueta y zarandeándolo con fuerza.

—¡Papá! —intercedo antes de que la cosa llegue a mayores. Lo aparto de Matt y me coloco entre ambos.

—No sabes lo que has hecho —dice mi padre, furioso, con los ojos cargados de rabia y dolor—. Este escándalo nos va a llevar a la ruina o ¿qué crees que sucederá cuando salte a los medios que te has casado con un stripper que estuvo en la cárcel? ¡Qué buen marido para la presidenta del grupo Bennett! —grita—. Una de las mujeres más influyentes y ricas del mundo.

—¡¿Qué has dicho?! —pregunto con el corazón a punto de salírseme por la boca. ¿Matt ha estado preso?

Miro a mi marido y observo que le sostiene la mirada a mi padre. No niega lo que acaba de revelarme. Me llevo las manos a la boca y me siento. Me tiemblan las piernas mientras me pregunto: ¿qué he

hecho? Miro a Matt reprochándole que no me haya dicho nada sobre esto. Le pregunté si había algo sobre él que tuviese que saber. Por supuesto no me imaginaba nada tan grave como esto.

—¡¿Matt?!! ¿Qué hiciste? —pregunto, sobresaltada. Mirándolo de forma acusadora.

—¿No lo sabes? —inquiere con desdén—. Pues en ese caso que te lo explique tu padre, fue él quien me envió entre rejas.

—¡¿Qué?! —Miro a ambos y siento que me mareo.

Mi padre lo desafía con la mirada.

—No le tengo miedo, señor Bennett —le manifiesta de frente—. Mi posición en estos momentos no es la de hace años. Ahora, si quiero, soy yo quién puede hundirlo a usted, suegro —le recuerda mientras le dedica una sonrisa triunfal y yo los miro a ambos con el corazón encogido.

—¡Te vas a divorciar de este hombre, te lo ordeno, Sarah! —grita mi padre.

—Ya no tienes ese poder sobre mí. Soy la presidenta del grupo Bennett, yo me encargaré de que el pasado de mi marido no afecte a la empresa —manifiesto con nerviosismo.

—¿No te das cuenta? Se ha casado contigo para vengarse de mí.

Lo miro con una sonrisa amarga mientras pienso que Matt me ha utilizado tanto como yo a él.

—Eso es algo que resolveré con mi marido a solas —le dejo claro y lo invito a marcharse con un gesto de la mano. No soporto tenerlo más delante de mí. ¿Quién es mi padre y qué hizo? Pienso escandalizada.

Mi padre se acerca a Matt y le susurra entre dientes:

—Me las pagarás.

Cierra la puerta de un sonoro portazo mientras que Matt y yo nos quedamos en silencio.

Estoy sentada en el sofá con la vista clavada en la alfombra, mientras trato de poner en orden todo en mi cabeza. Matt se encuentra de pie, a mi lado, pero no dice nada.

Al cabo de unos minutos miro hacia él y le suplico:

—Explícamelo todo.

Matt se deshace de la chaqueta, la tira sobre un sillón cercano y se

remanga la camisa mientras se sienta frente a mí.

—Acabé con lo nuestro porque tu padre me amenazó. Se presentó en mi casa y me dijo que si no cortaba contigo me acusaría de abuso a una menor. Sarah, eras mi alumna y tenías diecisiete años —me recuerda—. Tu padre tenía fotografías nuestras en actitud comprometedora —añade.

—¿Por eso me dejaste? —inquiero con un hilo de voz. Tengo un nudo tan grande en la garganta que siento que me ahogo.

—Sí —afirma con pesar, con los ojos cerrados.

—¿Por qué fuiste a la cárcel? —pregunto sin entender nada.

—Porque al día siguiente de cumplir tus dieciocho años fui a buscarte a tu casa y enfrenté a tu padre. Me daba igual todo. Me dijo que no estabas, que ibas a pasar el verano lejos y que ya te habías olvidado de mí.

—¿Qué pasó luego? Dijiste que él te envió a la cárcel —me intereso acongojada, con lágrimas rodando por mis mejillas. No puedo soportar el terrible dolor que siento en estos momentos.

—Me detuvieron esa misma noche. Tu padre presentó cargos y pruebas contra mí. Jennifer testificó muchas barbaridades y me metieron en la cárcel.

—¡¿Qué?! —pregunto con los ojos muy abiertos—. ¿Cuánto tiempo estuviste ahí? —realizo con pregunta con pavor, imaginándolo en un lugar así.

—Seis meses. Tú nunca declaraste en mi contra y mi abogado apeló al juez.

—Yo no sabía nada —le juro con lágrimas en los ojos.

—En el juicio estaba previsto tu testimonio, pero no apareciste. Igualmente me condenaron. Supongo que tu padre y sus influencias tuvieron mucho que ver —deja caer.

—Yo… no estaba bien. El día de mi dieciocho cumpleaños intenté quitarme la vida y casi lo consigo —revelo. Matt alza la mirada hacia mí y puedo leer el espanto en sus ojos. Le tiembla la barbilla y veo rodar lágrimas por sus ojos mientras me mira fijamente—. Me tomé muchas pastillas. Estuve en coma varias semanas.

—Sarah —balbucea Matt.

Ambos nos miramos llorando, con los corazones rotos y con la mente ocho años atrás.

Matt se acerca, se coloca de rodillas delante de mí y me abraza. Me aferro a él sollozando con fuerza sin creer todo lo que acaba de suceder.

No sé el tiempo que pasamos así, tratando de curar todo el dolor que sentimos y mi padre provocó. Me aparto un poco de su lado, lo miro y le suplico:

—Perdóname. —Matt me mira sin entender mi súplica. Me sonríe y me acaricia las mejillas apartando las lágrimas de ellas.

—No tengo nada que perdonarte, Sarah. Tú eres la verdadera víctima de todo esto y casi lo pagas con tu vida —manifiesta roto de dolor.

—¿Y todo lo que has pasado tú por culpa de mi padre? —Lo miro con lágrimas en los ojos, imaginando su infierno seis meses, privado de libertad y por todo lo que lo hizo pasar mi padre para alejarlo de mí. Le acaricio el rostro sintiéndome, en parte, culpable de todo lo que ha pasado desde que entré en su vida.

Me siento un completo monstruo por haber querido vengarme de él, por todos los desprecios y humillaciones a los que lo he sometido desde que nos reencontramos en El Marlone.

Nuevamente me aferro a él, desesperada, sintiéndome la peor persona de la tierra por haber urdido una venganza tan cruel en contra de Matt. Por cruzarse en mi camino mi padre le destrozó la vida, pero pienso remediarlo. Matthew Fuller va a tener una presentación en sociedad como se merece y voy a encargarme de que todo el mundo lo admire y respete como mi marido, se lo debo.

43

De repente, Mía aparece corriendo en el salón y Ronnie detrás de ella.

—Lo siento, se ha escapado. Estaba un poco asustada —justifica.

Matt y yo asentimos, los gritos y las voces en presencia de mi padre deben de haberse escuchado en todo el ático.

Mía se abraza a su padre y él la coge en sus brazos.

—Todo está bien, preciosa —la tranquiliza acariciándole el cabello.

Yo los observo, emocionada, con los sentimientos a flor de piel y siento ganas de llorar. Es en ese preciso instante en el que miro a la niña y a Matt siento la gran distancia que nos separa en estos ocho años que estuvimos separados. Matt tuvo una hija con otra mujer, rehízo su vida y se olvidó de mí. Es inútil permanecer en el pasado, un nosotros ya pasó. No volveremos a ser la pareja enamorada y feliz que se prometió mil cosas en el viaje a París donde dimos rienda suelta a nuestro amor. En estos momentos existen muchos obstáculos en nuestras vidas, pero voy a devolverle a este hombre todo lo que mi padre le quitó.

—Ella te necesita —le indico a Matt. Su hija está asustada.

Yo me dirijo a la puerta para marcharme. Mis amigas son el único consuelo que me quedan en este instante.

Cuando Matt ve que me marcho intenta pararme:

—Sarah, no te vayas. —Lleva a su hija en brazos y me mira con pena.

—Necesito procesar todo esto —le indico mientras aparto las lágrimas de mi rostro.

Matt también está roto, pero su lugar en estos momentos está junto a Mía.

Abro la puerta y me marcho. Llamo a un taxi y por el camino convoco a mis amigas en casa de Chloe. Cuando llego me derrumbo en los brazos de ella y me consuela hasta que llega Madison. Les cuento

todo lo sucedido y se quedan de una pieza.

—Maldita Jennifer. Si no hubiese alertado a tu padre… —murmura Madison.

—Chloe, el lunes quiero que pongas un detective privado sobre la pista de Jennifer. Quiero saberlo todo de ella. Me jodió la vida hace ocho años y se lo pienso devolver. Le perdoné lo del incendio, pero como no tuvo suficiente ahora va a saber quién soy yo.

—¿Otra venganza, Sarah? —pregunta Madison con pesar.

—Yo podría ser muy feliz con Matt de no ser por ella y por mi padre —lamento con dolor.

—Aún puedes serlo. Estás casada con él y sabéis la verdad. Tú lo quieres y él no te dejó años atrás. Lo hizo obligado por tu padre —resume Madison.

—Han pasado ocho años. Matt tiene una hija. Igual sigue enamorado de la madre de Mía. No hemos hablado de ella, por eso siento que esa mujer es o fue importante para él.

Cuando expongo esto mis amigas se quedan en silencio.

—Habla con él —me aconseja Chloe.

—No tengo fuerzas para escuchar que me olvidó.

—¿Qué piensas hacer ahora con tu matrimonio? —pregunta Madison.

—No lo sé. Tendré que pensarlo. Pero mi padre me exigió un marido y un hijo —les recuerdo—. El marido ya lo tengo. He cumplido su condición para que no me arrebate la presidencia del grupo Bennett ni todos los privilegios que conlleva.

—Sí. El asunto es si el marido va a seguir siendo Matt y el hijo de él —lanza Chloe—. Porque ya Matt no pinta nada en tu venganza —me recuerda.

—Al estar casado conmigo puedo compensarlo por lo que le hizo mi padre. Lo alejó de su profesión y lo metió en la cárcel. Puedo ofrecerle una vida mejor para él y su hija.

—¿Y tú dónde quedas en todo esto? —pregunta Madison con preocupación.

—Yo ya no importo. Mis objetivos ahora son tres: mi padre y Jennifer pagarán por lo que me hicieron en el pasado, y Matt

recuperará todo lo que perdió y lo recompensaré por lo que ha vivido estos años.

—¿Quieres que te llevemos a casa? Es tarde —dice Madison.

—No. ¿Puedo quedarme a dormir aquí? —le suplico a Chloe—. Necesito estar sola y pensar.

—Matt te estará esperando. Creo que tenéis mucho de qué hablar —me aconseja Madison.

—Será mañana. Necesito pensar todo muy bien alejada de él.

Me tumbo en el sofá de mi amiga y me acurruco en este llorando y sintiéndome la peor persona del mundo con Matt y cómo me comporté con él y su hija.

Vuelvo a mi ático a la mañana siguiente. Cuando abro la puerta encuentro a Matt sentado en el sofá con la misma ropa de ayer. Su aspecto es desaliñado y tiene pintas de no haber pegado ojo en toda la noche, como yo.

—Sarah, me tenías con el corazón en vilo —murmura acercándose a mí en dos zancadas.

—Estoy bien. He pasado la noche en casa de Chloe.

De repente, Matt me abraza y me aferro a él con fuerzas, sintiendo que es todo lo que necesito en este mundo.

—No tienes buen aspecto —aprecia al separarme un poco de él.

—No estás mucho mejor que yo —murmuro y ambos esbozamos una sonrisa fría.

—Tenemos muchas cosas pendientes, pero te propongo dormir primero para afrontar todo con la cabeza despejada. ¿Qué me dices?

Asiento de inmediato. Siento que no puedo con mi cuerpo.

Matt me coge de la mano y nos encaminamos dirección a mi habitación. Cuando me doy cuenta de que entra conmigo, cierra la puerta y se dispone a quitarse la ropa lo miro parada cerca de la cama.

—No voy a dejar que te vayas de nuevo —me deja claro—. Vamos a dormir juntos. Y cuando despertemos, arreglaremos esto.

Matt se acerca, se apodera de mi boca y me besa. Luego me obliga a meterme en la cama junto a él, me abraza y nos quedamos dormidos al instante.

No sé cuántas horas pasamos dormidos, lo que sí sé es que cuando abro los ojos tengo la sensación de muchísima paz, como hacía años que no sentía. Miro a Matt, con los ojos cerrados a mi lado y me emociono. Lo he imaginado tantas veces en esta cama… He soñado tanto con él… He tenido tantas fantasías con su cuerpo… Me ruborizo pensando en esto y descubro que tiene los ojos abiertos y me mira con atención.

—¿En qué pensabas? —pregunta con curiosidad.

—En las vueltas que da la vida —comento con nostalgia, mirándolo mientras trato de dominar un temblor por lo mucho que lo deseo.

—A mí me lo vas a contar —murmura Matt, volviéndose hacia mí. Se apoya sobre un codo y me mira con atención—. Ahora eres mi mujer —murmura con una sonrisa.

—Siento todo esto —me disculpo por el contrato que le hice firmar y por las veces que lo humillé—. Yo solo quería vengarme de ti y de mi padre por todo el dolor que pasé —confieso realmente avergonzada—. Cuando me dejaste escuché una conversación telefónica de mi padre en la que le decía a alguien que habías aceptado dinero por alejarte de mí. Te odié. No sabes cuánto. Y esa fue mi verdadera razón para incluirte en mi venganza junto con mi padre cuando me ofreció la presidencia. Ahora te necesito, Matt —le suplico—. Necesito que sigamos casados.

—Nunca acepté ni un solo centavo de tu padre —afirma, rotundo. Yo asiento de inmediato. Lo creo—. Por otro lado, he firmado un contrato contigo —me recuerda en tono amable—. Y lo cumpliré.

—No me siento orgullosa de eso en estos momentos. No te lo merecías —lamento con pesar.

—Tú no sabías nada. Era normal que me odiases —justifica, comprensivo.

—No te vayas de mi lado, ayúdame a vengarme de mi padre —le ruego—. Te aseguro que verme casada contigo y que nuestro matrimonio se haga público será su mayor castigo.

—Cuenta conmigo —accede y esto me tranquiliza un poco.

—Gracias.

—Sarah… —murmura Matt mientras me acaricia la mejilla, perdido

en mis ojos—. ¿Cómo resolvemos esto?

Nos miramos con intensidad, sintiendo una necesidad febril incontrolable, lo atraigo hacia mí y lo beso, desesperada. Él me corresponde de inmediato, rodamos juntos por la enorme cama, nos deshacemos de la ropa interior y nos quedamos desnudos.

—Voy a hacerte el amor —susurra en mi oído, y sus palabras consiguen que me derrita en sus brazos.

Matt me hace el amor con devoción, delicadeza y muchísimos mimos. Me siento increíblemente bien, en la nube más alta de todas las que existen, feliz y amada. Me provoca el mayor orgasmo de mi vida. Es lo más bonito que jamás me ha pasado. Termino llorando de emoción y Matt bebiéndose mis lágrimas con sus besos.

—Gracias —susurro sobre sus labios cuando me besa una vez recuperados.

—Eres especial, Sarah. Gracias a ti he recordado lo que era hacer el amor —revela.

44

—Matt, necesito que no me sueltes de tu mano —le suplico, mirándolo a los ojos.

—Aquí la tienes —me ofrece. Agarra la mía con fuerza y me muestra una enorme sonrisa.

—Mi padre es capaz de todo. Tenemos que hacer una salida pública cuanto antes y confirmar lo nuestro.

—¿Estás segura? —pregunta con cautela—. Yo no tengo nada que perder, pero tú tienes mucho en juego. Decidas lo que decidas estaré de tu lado —me deja claro y eso me tranquiliza.

—Quiero seguir con este matrimonio y hacerlo público cuanto antes —manifiesto, convencida de ello. Matt asiente—. Perdóname por arrastrarte en esto, pero ya no hay marcha atrás. Es demasiado tarde.

—¿Cómo has pensado hacerlo? —pregunta con interés.

—Esta noche hay una gala benéfica a la que no pensaba asistir, sin embargo, creo que es la ocasión perfecta para aparecer de tu mano y acallar todas las habladurías.

—Lo haremos como tú decidas.

—Gracias. —Lo abrazo y lo beso. Matt me retiene en sus brazos y siento que es toda la fuerza que necesito para aparecer esta noche ante todos de su mano y hacer público nuestro matrimonio.

—Voy a ver cómo ha pasado la noche Mía —murmura Matt antes de salir de mi cama.

Me doy media vuelta y decido seguir durmiendo. Tengo mucho sueño y me siento muy cansada.

Escucho la voz de Matt a mi lado, me dice:

—Son las cuatro de la tarde. No has comido nada y la gala a la que quieres acudir es dentro de unas horas.

Me revuelvo en la cama y lo miro, agradecida de que cuide de mí.

—Voy a darme una ducha para despejarme.

—Mientras te prepararé algo de comer.

—Gracias.

—No hay de qué. Es lo que hacen los maridos, cuidar de sus esposas —manifiesta con una sonrisa.

—Sabes que no somos un matrimonio como los demás —le recuerdo—. No firmamos que cuidases de mí.

—Yo juré en la salud y en la enfermedad —recita recordando los votos de nuestro matrimonio.

—Gracias por no salir corriendo de mi lado cuando has sabido toda la verdad.

—Tengo muchas razones para quedarme —murmura, sonriente.

Me voy a la ducha y Matt sale de mi habitación.

Para mi sorpresa, me ha preparado una ensalada buenísima que me como con ganas mientras él me observa atento a mi lado.

De repente, aprecio el silencio de la casa y le pregunto:

—¿Y Mía?

—Está jugando con Ronnie en su cuarto. He llegado con ella a un acuerdo. Cuidará de Mía. Se va a trasladar de forma interna a esta casa, siempre que tú no tengas inconveniente. Dice que nunca usó su habitación para quedarse a dormir, pero que ya sus hijos son mayores e independientes y se va a hacer cargo de mi hija. También hemos quedado que en su día libre se encargará de Mía su hija mayor. Estudia en la universidad y necesita algunos ingresos extras.

—Me parece una idea maravillosa. Ronnie es una mujer increíble, y su hija también. La conozco. Te aseguro que Mía no podría estar en mejores manos.

—¿Estás mejor? —se interesa, preocupado por mí. Y al sentirlo así mi corazón da un vuelco.

—Sí.

Llaman con insistencia a la puerta y Matt va a abrir. Para nuestra gran sorpresa es mi abuela. Lo abraza y lo besa con euforia.

—Ya sabía yo que tú eras para mi nieta —manifiesta con alegría—. Pude leerlo en vuestros ojos hace algunos años, cuando le salvaste la vida en aquel incendio del internado —recuerda—. No te reconocí

cuando te vi aquí, tú cara me resultaba familiar, pero has cambiado mucho —reconoce mirándolo con atención—. Me gusta que seas el marido de mi nieta. Mi hijo está a punto del infarto, pero yo estoy feliz y he venido a felicitaros —añade mirándome, sonriente, y hace que el corazón me dé un vuelco. Su aprobación es todo lo que necesito en esta locura.

Mi abuela viene hacia mí, me abraza y me besa de forma efusiva.

—Sé que me querrás matar por no contarte nada —me disculpo.

—El amor es así. Y si tú eres feliz, mi amor, yo te perdono todo.

—Gracias —susurro mientras la abrazo de nuevo—. Supongo que te lo ha contado mi padre.

—Escuché los rumores por la prensa y llamé a Liam ya que no lograba hablar contigo. Mi hijo estaba fuera de sí.

—¿Te contó todo? —pregunto con miedo, mirando a Matt.

—Sí —afirma de inmediato—. Creo que nunca en su vida ha pasado por algo como esto —comenta, sonriente—. Le has dado una gran lección, Sarah. No puede controlarlo todo a su antojo, como si fuese un dios. Siento vergüenza por todo lo que hizo mi hijo y he de decirte, Sarah, que yo jamás supe nada —se disculpa.

—No sé qué clase de represalias tome ahora en contra de mí.

—Poco puede hacer ya. Estás casada y eres la presidenta del grupo Bennett. Tienes todo el control de la empresa.

—Con mi padre nunca se sabe —murmuro con intranquilidad y le dirijo una mirada a Matt. Él es quién me preocupa.

—Hablaré con mi hijo y le aconsejaré que continúe disfrutando en Los Hamptons de su merecido descanso tras su jubilación. Ya os ha hecho la vida imposible por demasiados años.

Miro la hora y descubro que me quedan menos de dos horas para maquillarme, peinarme y vestirme para salir a la gala. Mi abuela se despide tras desearnos suerte en nuestra primera aparición juntos y se marcha.

Escojo un vestido en color granate y me enfundo en él para mostrar al mundo lo enamorada que estoy de mi marido y lo feliz que me hace mi reciente matrimonio.

Un chófer nos lleva hasta el evento. Matt y yo vamos en la parte

trasera del vehículo. Él va espectacular con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata granate, a juego con mi vestido. Queremos dar una imagen de matrimonio unido.

—¿Estás preparado? —le pregunto con miedo.

—¿Lo estás tú? —inquiere mirándome, preocupado.

—A mí no me asusta nada de esto. Además, lo saben todo de mí. Me preocupas tú. Sacarán a la luz que has trabajado de *stripper*, estuviste en prisión y tienes una hija. Probablemente lleguen a averiguar que tuvimos algo en el pasado cuando eras mi profesor.

—Solo me preocupa lo que te pueda afectar a ti. Van a encontrar lo que soy. No encajo en tu mundo, y seré un escándalo en él, pero eso ya lo sabías antes de proponerme este matrimonio.

Suspiro y tomo una gran bocanada de aire cuando el coche se para. Matt me toma la mano con fuerza y me la aprieta, infundiéndome ánimos.

Él sale primero del coche, cuando lo hace puedo escuchar que el murmullo de fuera aumenta. Cuando yo me bajo y Matt me toma de la mano escuchamos gritos y vítores.

Caminamos juntos, de la mano y sonrientes. Matt desprende una seguridad y un saber estar que me asombra hasta a mí. Parece que hiciese esto a diario. Yo estoy muy nerviosa y es él quién me guía, me mira y en sus ojos puedo leer que no me dejará sola.

Nos colocan en un *photocall* donde nos piden que posemos y nos hacen muchísimas fotos. He de admitir que mi marido está pendiente de mí en todo momento, me mira y me sonríe con complicidad, me da la mano y me abraza, los medios nos adoran. Quieren saber más de él.

—Se dice que os habéis casado, ¿es cierto? —pregunta un reportero.

—Sí —anuncio de inmediato—. Nos casamos en Las Vegas hace unas semanas —revelo mientras que miro a mi guapo marido, que esta noche está espectacular.

—Se os ve muy enamorados —lanzan algunos fotógrafos.

Matt y yo sonreímos, él me da un breve beso en los labios, donde aprovechan y hacen mil fotos, y por fin salimos del *photocall*.

—Creo que ha ido bien —comenta Matt con la mirada al frente y

sonriente.

—Yo también lo creo. Has deslumbrado a todos. Tengo un marido muy guapo —lo elogio mirándolo a los ojos, embobada en él.

Caminamos juntos, saludamos a algunas personas y de repente siento que la bilis se sube a mi garganta cuando tengo a Jennifer ante mis ojos. Va de la mano de un hombre que debe de ser su pareja. Se acerca a mí, sonriente, como si nada. Matt advierte mis ganas de ponerla en su lugar, pero me frena en seco.

—Hoy no te conviene un escándalo —susurra en mi oído—. Se amable y déjalo para otra ocasión —me aconseja.

Suspiro y decido hacerle caso.

Saludamos a Jennifer, nos mira con sorpresa al vernos juntos y reconocer a Matt, nos presenta a su novio y me anima a que haga algún donativo esta noche ya que ella es la gerente de la fundación de enfermedades raras.

Miro a Jennifer con atención, sin imaginármela ayudando a alguien. No sé cómo habrá llegado al puesto que desempeña, pero lo averiguaré.

Me despido de ella rápido, no quiero ni mirarla y vamos a por una copa, la necesito.

Matt me mira con atención cuando me tomo la copa de champán de tirón.

—Vamos a bailar a ver si te relajas un poco —propone. Me coge del brazo y me lleva hasta la pista.

Me agarra por la cintura e intento tranquilizarme mientras admiro lo guapísimo que es mi marido, lo bien que le sienta su traje y cómo nos miran todos.

—Somos el centro de atención —le indico mientras bailamos.

—A eso hemos venido. A demostrarles a todos lo enamorados que estamos y nos envidien —murmura, se acerca a mis labios y me besa. Yo me pierdo en ellos mientras imagino que todo es real entre nosotros.

Cuando ya hemos estado en la fiesta el tiempo suficiente y hemos confirmado nuestro matrimonio, le pido a Matt que nos marchemos. No me apetece estar rodeada de gente que nos miran y cuchichean a

nuestro alrededor.

De camino a la salida, una mujer que no conozco se acerca a nosotros y le dice a Matt:

—Qué pena que te marches sin deleitarnos con un baile de los que solo tú sabes hacer.

Yo miro a la mujer con ganas de arrancarle todos los pelos, sin embargo, Matt la mira sonriente y le responde:

—De ahora en adelante esos bailes solo serán en privado para mi mujer.

—Igual podemos tentarte con una buena suma —carcajea cuando se acercan varias amigas más. Todas tienen unos cuarenta y tantos años y me miran como si fuese una niña.

Pierdo por completo los papeles y le doy una sonora bofetada a la mujer delante de todos, por ofender a mi marido y ser tan descarada delante de mí.

Ella se queda helada ante mi actitud, como sus amigas.

Matt tira de mí y salimos de ahí. Me lleva tomada por la cintura mientras la gente me mira.

—Por lo visto esta noche tenía que terminar así —comento, muy cabreada.

Llegamos hasta donde nos espera el coche para marcharnos y cuando miro a Matt tiene una sonrisa en sus labios que no entiendo. Yo estoy sumamente enfadada.

—Gracias, pero no tenías por qué haberlo hecho. Estoy acostumbrado —me indica Matt.

—No voy a permitir que te traten así en mi presencia —defiendo con garra.

—Tú misma también lo has hecho en otras ocasiones —me recuerda, y lo siento como un latigazo.

—Y no me dará la vida para pedirte perdón —le ruego. Me acerco a él y lo beso.

Me estrecha con fuerza entre sus brazos y siento que todo mi enfado pasa. Solo Matt tiene el poder de hacer que me olvide de lo que nos rodea.

45

Entramos en el coche y hacemos todo el trayecto en silencio. Cuando llegamos a casa encontramos a Ronnie en el salón con Mía.

—Durmió demasiada siesta y no tiene sueño —se justifica la mujer.

La hija de Matt corre a sus brazos y lo llena de besos. Lo miro con nostalgia ya que mis planes para esta noche eran otros, pero, por lo visto me iré a la cama sola.

Me despido de Matt y me marcho a mi habitación alegando que estoy cansada. Él me mira con las mismas ganas y deseo que transmiten mis ojos, pero su hija lo reclama y hoy ha pasado todo el día conmigo.

Son más de las tres de la madrugada y solo hago dar vueltas en la cama. Hay un tema que no me deja dormir. ¿Con cuántas mujeres se habrá acostado Matt por dinero? Todo es culpa de mi padre. Lo maldigo, y a Jennifer, mientras juro que pagarán por ello. Arruinaron la carrera de Matt y nuestras vidas.

Cuando ya no puedo más, salgo de la habitación y de frente me topo con Matt. Me sobresalto cuando fijo la mirada en su pecho desnudo. Solo lleva los pantalones del pijama, y va descalzo.

—¿Tú tampoco podías dormir? —me pregunta Matt en un susurro.

—No —respondo, confusa—. Tengo algo que preguntarte y quiero que me digas la verdad —le ruego.

—¿Qué quieres saber? —inquiere mirándome con atención.

—¿Te has acostado con muchas mujeres por dinero? —pregunto de golpe, con dolor.

Matt me toma por ambos brazos con delicadeza, me los acaricia, y me obliga a volver a la cama. Se sienta junto a mí y suspira.

—Sarah, durante los tres últimos años de mi vida me he desnudado delante de mujeres y he bailado para ellas, pero nunca me he acostado

con ninguna de ellas por dinero —revela.

Cuando lo escucho mi cuerpo siente un gran alivio y le sonrío.

—¿De verdad? —pregunto mientras me tiemblan las manos y lo miro con los ojos llorosos.

Matt se queda un poco pensativo y dice:

—Bueno, para no mentirte, lo hice una sola vez. —Sus palabras caen en mí como una losa. Lo miro seria mientras trago con dificultad.

—¿Te ofreció mucho dinero? —pregunto con la voz cortada, mientras lo miro con dolor y celos.

—No lo hice por el dinero —revela.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto con miedo.

—Por la mujer —contesta de inmediato.

—Vale, no quiero saber nada más —manifiesto contrariada y crispada. Esto me pasa por preguntar.

Matt esboza una sonrisa, me mira con atención mientras siento el mayor cabreo que recuerdo de mi existencia.

—No debí preguntar —me disculpo al mismo tiempo que me levanto de su lado y me paseo por el cuarto, incómoda.

De repente, ambos nos sorprendemos cuando por la puerta de mi habitación, entreabierta, vemos aparecer a Mía. Lleva el pelo revuelto, se masajea los ojos y murmura:

—Papá, tengo miedo.

Matt va hacia ella de inmediato y la coge en sus brazos.

—Estoy aquí, cariño —le indica mientras la abraza y la besa con ternura.

—Tengo miedo —solloza la niña.

—Ya estás con papá, y recuerda que soy muy fuerte y yo te defiendo de todo. Vamos a dormir.

Matt me mira disculpándose por marcharse con ella, le dedico una sonrisa forzada y me tumbo en mi cama cuando él se va con su hija. No pego ojo en toda la noche pensando en la conversación que he tenido con Matt y preguntándome si esa mujer era la madre de su hija.

A la mañana siguiente, cuando me levanto, Matt y yo somos la gran noticia del momento. Nuestras imágenes en la gala benéfica juntos y

confirmando que nos hemos casado han dado la vuelta al mundo. Por consiguiente, ha salido a la luz todo el pasado de Matt, desde que fue profesor en el internado en el que yo estudié, su paso por la cárcel y su presente de *stripper*. La gran pregunta que todos se hacen es a qué se dedicará ahora mi marido, parece que eso le preocupa a todo el mundo.

Como consecuencia de todo esto, las acciones de la empresa han sufrido un revés. Al parecer mi nuevo marido es un problema económico en el grupo Bennett ya que mis principales consejeros se ponen en contacto conmigo y me piden una reunión urgente un domingo.

Mi padre me llama y me reprocha que por mis malas decisiones voy a hundir el grupo Bennett. Maldice el momento en el que me ofreció la presidencia, pero yo le recuerdo que ya no hay nada que hacer. Él está fuera de todo esto.

Llamo a mi amiga Chloe y le suplico que sacrifique su domingo y venga conmigo a la reunión convocada.

Paso todo el domingo en la empresa. Valoramos con varios equipos cómo remontar en bolsa las pérdidas de las veinticuatro horas anteriores y las futuras que puedan generar.

Una de las opciones que me plantean en la mesa es que me divorcie de inmediato, pero no lo acepto. Matt no va a pagar de nuevo por la familia Bennett.

Tras muchas horas reunidos y mi negativa a renunciar a mi matrimonio y que siga el escándalo que mi marido estuvo en la cárcel, me proponen que viaje a Europa y me reúna con los consejeros de allí para trazar una estrategia común y no se hunda esta empresa.

Me parece increíble que todo esto lo desencadene mi matrimonio y la persona con la que me he casado, pero no pienso renunciar a ello así el grupo Bennett se vaya a la mierda.

Me quedo a solas en mi despacho de presidencia con Chloe que no se ha separado de mí en todo el día, ambas estamos agotadas.

—Gracias por acompañarme a Europa.

Estaré una semana entre Alemania, Italia y Francia y Chloe no dudó en ofrecerme su ayuda.

—No hay de qué. Esto es una completa locura —comenta mi amiga, sentada frente a mí, visiblemente cansada.

—Nunca imaginé estas consecuencias para la empresa. ¿Qué le importa a los demás quién sea mi marido y su pasado?

—Creo que se ha mezclado un poco todo, que la presidenta del grupo seas tú, una mujer tan joven y el hecho de que tu marido sea alguien de dudosa reputación. Creo que dais la imagen de poca responsabilidad.

—Sí, pienso lo mismo —comento con pesar.

—¿Tienes pensado algo eficiente? —pregunta con temor.

—No me voy a separar de Matt. Eso lo tengo muy claro. Aguantaré el chaparrón y le demostraré a todos los que no han confiado que están muy equivocados con respecto a nosotros. Trabajaré más duro y haré a esta empresa mejor. Y todo el que se ha retirado en estos momentos no volverá, quedarán vetados.

—¿Qué planes tienes para tu matrimonio? Digo, ya no te mueven las mismas intenciones iniciales —pregunta con miedo.

—No. Me da pavor ofrecerle a Matt la oportunidad de marcharse de mi vida —reconozco—. Me siento muy vil al obligarlo, de alguna manera, a estar a mi lado por el contrato que firmamos, pero es la única forma de resarcirlo por todo lo que pasó en el pasado por culpa de mi padre.

—¿En qué punto está vuestra relación? —indaga.

—Aguantando el chaparrón —manifiesto con una sonrisa forzada.

—¿No habéis hablado sobre vosotros y vuestros sentimientos? —pregunta con miedo.

—Abiertamente, no. Siempre hay algo que nos impide estar a solas y abrirnos sin interrupciones. Por otro lado, creo que en la vida de Matt hay una mujer importante para él. No sé si es la madre de su hija, de la cual siga enamorado, u otra.

—¿Por qué piensas eso? —pregunta, preocupada.

—Porque me confesó que nunca se había acostado con nadie por dinero, excepto una vez y que no lo hizo por el dinero sino por la mujer. Creo que ella debe de ser la madre de su hija —concluyo.

Chloe se queda en silencio, me mira y suspira. No lo exterioriza,

pero sé que piensa lo mismo que yo.

Mi amiga me invita a cenar y acepto. En la cena le cuento mi encuentro con Jennifer y le recuerdo que quiero saberlo todo de ella para pagarle lo que me hizo a mí y a Matt en el pasado. He sufrido demasiado en estos años y pienso cobrarme cada lágrima que derramé por la crueldad de personas como ella y mi padre.

46

Cuando regreso a casa Matt está con su hija en la habitación. La pequeña aún no se ha dormido. Entro a saludarlos, Mía me da un beso y juego un poco con ella. Observo que tiene muchos juguetes nuevos y me dice que se los ha comprado su padre. Lo miro con orgullo y una vez más reconozco que no solo es una persona maravillosa, sino un padre estupendo y que Mía tiene mucha suerte de tenerlo junto a ella.

Mientras la niña está entretenida con sus muñecas le comento a mi marido:

—Me voy de viaje mañana temprano a Europa. Estaré una semana fuera. Se requiere mi presencia para reforzar toda la inestabilidad que se ha creado a raíz de nuestro matrimonio en el grupo Bennett. —Matt me mira serio, no esperaba este viaje—. Tú quédate aquí con Mía y disfruta de ella.

—¿Puedo hacer algo por ti? Siento que todo este caos en tu vida es por mi culpa.

—No pienses eso. Yo te obligué a este matrimonio y era consciente de las consecuencias. Nos vemos a mi vuelta —me despido de él. Soy incapaz de acercarme y darle un beso como el que deseo, solo le acaricio la mejilla y lo miro con el corazón acelerado.

Me despido de Mía y me marcho a hacer las maletas a mi habitación.

Mi avión sale muy temprano y cuando me levanto Matt y su hija aún duermen. Abro la puerta con nostalgia de dejarlo con su hija, de no haber sido por ella le hubiese pedido que me acompañase, pero no quiero que esté alejado de la niña tanto tiempo por mi culpa.

Cuando estoy abriendo la puerta para irme escucho a mi espalda:

—¿Pensabas marcharte sin despedirte de tu marido?

Me vuelvo y encuentro a Matt descalzo y en calzoncillos. Su imagen me hace dar un vuelco el corazón y preguntarme ¿cómo puede ser tan

guapo y tan atractivo recién levantado?

—Nos despedimos anoche. No quería molestarte —justifico.

En silencio, camina hacia mí, toma mi cara entre sus manos y me besa. Me enredo en su boca y deseo no tener que dejarlo. Con la respiración acelerada me separo de él. Voy tarde.

Nos miramos en silencio, con pasión y deseo mientras Matt acaricia con un dedo mis labios.

—Cuando regreses tenemos mucho que hablar sobre este matrimonio —anuncia y lo miro con intranquilidad.

Incapaz de pronunciar una sola palabra, asiento, me doy media vuelta y me marcho.

Todo el tiempo que paso en el avión no dejo de pensar en las palabras de Matt, qué habrá querido decir realmente y cuáles son sus intenciones. Cierto miedo se apodera de mí, ya que si me pide romper el trato no tendré más remedio que dejarlo ir.

La primera parada es en Italia, donde pasaremos varios días en Milán, de ahí iremos a Berlín y finalmente París. Aún no he salido del espacio aéreo de Estados Unidos cuando ya deseo estar de vuelta. Odio las reuniones financieras a las que tendré que asistir, las decisiones que deberé tomar y todos los datos económicos que tendré que valorar. Siento que no estoy preparada para ello, tengo muchos consejeros expertos a mi alrededor, pero finalmente las decisiones las tomo yo en base a lo que me exponen ellos y es algo que me agobia. No me gusta ser la presidenta del grupo Bennett. Yo amo diseñar y crear colecciones, era mi sueño desde siempre, sin embargo, mi venganza me alejó de él. Si no me hubiese cruzado con Matt en El Marlone aquella noche jamás hubiese aceptado el puesto de presidenta, lo hubiese dejado todo, sin embargo, me empeñé en una venganza y ahora estoy pagando las consecuencias. Mi padre está que se sube por las paredes, pero ¿merece la pena la angustia mía y de Matt? Ya no hay marcha atrás, me repito. Solo avanzar y demostrar que no soy una niña de papá que se ha casado con un *stripper* por capricho.

Los días que paso alejada de Matt me resultan eternos. No dejo de

pensar en lo último que me dijo antes de marcharme. Apenas hemos hablado por la diferencia horaria. Ha sido Chloe quién me comunicó que Matt se estaba haciendo cargo del Marlone de una forma muy eficaz. Había olvidado que yo era la dueña ahora. Esa misma noche le puse un mensaje en el que le decía:

Tienes prohibido volver a ponerte sobre el escenario. Maneja el local como quieras, tienes carta blanca, pero ni se te ocurra volver a hacer ningún numerito delante de otras mujeres.

Solo recibí un mensaje en el que me decía:

Siempre a tus órdenes.

Hoy hemos llegado a París. Esta ciudad me trae muchísimos recuerdos. No he vuelto desde el viaje de fin de curso. Le he pedido a Chloe que reajuste mi agenda y me deje la tarde de mañana libre. En las dos anteriores ciudades ni siquiera paseé por ellas, sin embargo, aquí, me apetece perderme un poco entre la gente y respirar fuera de las oficinas y el hotel.

Chloe me dice que está cansada y no bajará a cenar, pedirá algo al servicio de habitaciones y decido hacer lo mismo. Nos despedimos hasta el día siguiente y antes de meterme en la ducha pido que me suban algo de comer.

Estoy envuelta en el albornoz cuando tocan a la puerta, abro sin mirar mientras me seco el pelo con la toalla y digo:

—Pase. —Me adentro en la habitación y me giro de forma brusca cuando siento que la puerta se cierra.

Miro al hombre que tengo frente a mí y me quedo sin respiración.

47

—Dijiste pase —murmura Matt con una sonrisa maravillosa en sus labios.

Lo miro con atención y observo que está aquí con una maleta. El corazón me da un vuelco mientras siento que esto nunca dejará de pasarme con él. Es tan guapo y atractivo que solo mirarlo me altera los sentidos. ¿Algún día dejaré de desearlo de esta forma? Me pregunto apenada.

—Qué… ¿qué haces aquí? —pregunto desconcertada.

—Alguien me dijo que mi mujer no estaba muy bien entre tanta reunión. Su nuevo cargo le pesa demasiado y no sabe cómo gestionarlo —comenta mientras suelta su maleta y se acerca a mí sin dejar de mirarme a los ojos con un brillo especial en los suyos.

Cuando se refiere a mí como *su mujer* el corazón me da un vuelco.

—Chloe —murmuro.

—Sí. Es lo que pasa cuando estás casado con una de las mujeres más importantes del mundo, hablas más con su secretaria que con ella.

Me gusta que se siga refiriéndo a mí como *su mujer*.

—¿Es una queja? —pregunto, sonriente. Me alegro tanto de tenerlo junto a mí.

—Por supuesto. Y a eso he venido —deja claro.

—¿Has hecho tantos kilómetros solo para decirme eso? —pregunto con desconcierto.

—No —niega acercándose peligrosamente—. Dejamos una conversación a medias —me recuerda—. He venido a hablarte de una mujer —revela al mismo tiempo que me mira a los ojos directamente.

Siento como si me clavasen una flecha en el corazón. Suspiro, tomo aire y me alejo un poco de su cercanía, incómoda y pensativa.

—¿No podías esperar mi regreso en tres días? —le reprocho.

Mañana tengo la reunión más importante de todas. Donde tendré que decidir muchas cosas y no necesito estar pensando en la mujer que ocupa el corazón de Matt, aunque igual ha venido a pedirme el divorcio porque quiere ser feliz con ella.

—No —niega de forma tajante mientras me mira de una manera que se me eriza la piel.

—Bien, pues di lo que hayas venido a decir —lo animo algo crispada.

—Te dije que nunca había estado con ninguna mujer por dinero, excepto con una —me indica.

—Sí, lo recuerdo —le corto, contrariada—. ¿Has venido a decirme que estás enamorado de ella? —le reprocho, de malas formas.

Matt me mira serio, se mete las manos en los bolsillos del pantalón del traje de chaqueta que lleva y se pasea algo intranquilo delante de mí.

—Sí.

Tras escuchar su afirmación necesito sentarme porque el mundo se me ha venido abajo. Lo hago con disimulo en la cama y lo miro haciendo grandes esfuerzos porque no salgan las lágrimas que trato de contener. ¿Qué esperabas, que tras todo lo sucedido siguiese enamorado de ti? Incluso pongo en duda que hace ocho años lo estuviese. Quizás lo que vivimos fue una simple ilusión.

Tras un breve silencio entre ambos le pregunto de forma abrupta:

—¿Algo más?

—Sí. Quiero que lo sepas todo —anuncia. Cierro los ojos y suspiro. No quiero escuchar cómo está enamorado de otra mujer ni saber quién es ella para odiarla.

—Adelante —lo animo con la voz quebrada, haciéndome la fuerte.

—Bailaba en El Marlone por dinero. Hace tres años mi tía abuela empeoró y su tratamiento era costoso. Trabajaba como camarero desde que salí de la cárcel, pero ese sueldo no era suficiente para todo. Robert, uno de los chicos que bailaba conmigo, solía comer a diario en el bar donde trabajaba. Él me propuso acudir allí cada noche. No sabía bailar ni moverme, pero puse todo mi esfuerzo en ello cuando me dijeron que se sacaban más de quinientos dólares cada noche. En los

últimos tres años es lo que he hecho. Allí conocí a la madre de Mía.

—Y ella es la mujer de la que sigues enamorado —concluyo.

Matt esboza una sonrisa y me mira con cariño.

—No. Ella era una simple camarera con la que pasé una noche y quedó embarazada. No supe de Mía hasta que tuvo unos meses y Terry, su madre, se presentó con ella en El Marlone una noche y me dijo que no podía hacerse cargo de la niña, que yo era su padre y tenía responsabilidades. —Asiento a su revelación al mismo tiempo que pienso en otra mujer, quizás una con más dinero—. Sarah, me ganaba la vida desnudando mi cuerpo, dejando que lo tocasen en ocasiones, pero nunca pasé la línea de venderme. Recibí muchas propuestas, muy tentadoras —especifica.

—Pero alguien lo consiguió —murmuro con dolor.

—Sí —afirma moviendo la cabeza al mismo tiempo—. Pero, como te dije, no lo hice por el dinero, sino por la mujer. Me dijo que si yo no aceptaba se lo propondría a otro de mis compañeros, y no podía permitir que ningún otro hombre estuviese en ese lugar teniendo yo la opción a ello. —Lo miro con lágrimas en los ojos y el pecho a punto de estallarme al reconocer esas palabras—. Me necesitabas como marido y yo, sin saber el porqué, acepté a ello solo porque no podía permitir que ese lugar lo ocupase otro hombre ya que me volvería loco. Yo te amo, Sarah —confiesa mirándome a los ojos, sentado a mi lado y tomándome las manos entre las suyas—. No medí las consecuencias de nuestro matrimonio, simplemente me dejé llevar por todo el amor que te tenía. En todos estos años no te he olvidado. Mi corazón es tuyo, tú eres su dueña. La única que me hace sentir vivo y vibrar de verdad.

Con mil lágrimas rondándome por las mejillas, me abrazo a él y lo beso. Se apodera de mis labios y nos fundimos en un apasionado beso que comienza a curar todas las heridas del pasado.

—Perdóname, Matt —le ruego por las veces que lo humillé cuando le hice firmar ese contrato—. Siempre te he amado, nunca has desaparecido de mi mente ni de mi corazón —confieso acongojada—. Solo me dejé llevar por una estúpida venganza sin sentido porque no sabía la verdad sobre ti —revelo, avergonzada. Matt me estrecha en

sus brazos y me refugio en ellos, donde me siento liberada.

—Tu padre vino a verme ayer —revela de golpe. Alzo la cabeza y lo miro, alerta—. Me contó su teoría del porqué te casaste conmigo. Tuviste la oportunidad de vengarte de ambos y no la desaprovechaste —resume.

—Sí —admito con dolor. Matt no se merece esto, pero tampoco que se lo oculte. Ambos nos miramos en silencio. Yo estoy rota de dolor. Cuando comienzo a sentir una pizca de felicidad esta desaparece por culpa de mi padre—. ¿Y aun así has venido hasta aquí para confesarme todo? —pregunto con admiración.

—Te amo, Sarah, y puedo llegar a entender tu venganza. Eras una mujer herida.

—Sí, era una mujer herida y enamorada. La propuesta del matrimonio, aparte de una venganza, era una forma de volver a tenerte junto a mí. Pensé que no me amabas —susurro con un nudo en la garganta.

—Daría mi vida por ti, Sarah. Te quiero con locura, y esa locura es la que me ha impulsado a todo esto. Yo solo necesito tu amor.

—Te amo, Matt. —Me abrazo a él y lo beso. Nos tumbamos en la cama y nos comenzamos a quitar la ropa con desesperación. Necesitamos sentir nuestros cuerpos piel con piel y que ambos solo sean uno mientras arden de pasión.

Me hace el amor con exquisita dulzura, haciéndome sentir única y especial.

48

Entre los brazos del hombre que amo, después de hacer el amor, lo miro con admiración y me emociona la ternura que leo en sus ojos.

—Que estés aquí conmigo es todo un sueño —murmuro abrazada a él mientras le beso el pecho.

—Tenía dos misiones en este viaje —revela mi marido. Me incorporo en la cama sobre un codo y lo miro con atención—. Una de ellas era decirle a mi mujer cuanto la amo y que nunca he dejado de hacerlo en todos estos años —expresa con una maravillosa sonrisa en su boca—. Y la otra era cumplir un sueño —adelanta—. París fue el escenario de nuestro amor, donde dimos rienda a este. Cuando hablé con Chloe y me dijo que te encontrabas un poco desanimada y estresada en la última parada en París decidí venir y cumplir lo que prometimos hace ocho años cuando estuvimos aquí como alumna y profesor.

—Te amo. —Lo beso y me abrazo a él—. Me has devuelto la vida y las ganas de vivir. Te juro que entre todas las reuniones y datos económicos que no remontan y esa mujer rica que me dijiste que cediste a su proposición —revelo con una sonrisa—, estaba a punto de tirar la toalla y dejarlo todo.

De repente, siento que Matt se pone serio y me mira con atención. Me acaricia la mejilla y observo lágrimas en sus ojos.

—Dime que no pensaste en quitarte la vida de nuevo —revela con terror.

Le sonrío, me abrazo a él, lo beso y le digo:

—Eso está superado, puedes estar tranquilo. Mi padre se gastó el dinero en los mejores psiquiatras y logró su efecto. Nunca más he pensado en ello y reconozco que fue un completo error lo que hice hace años. Era muy joven y estaba desesperada. Ahora solo se me

había ocurrido dejar el grupo Bennett e irme lejos y empezar de nuevo como diseñadora, que es lo que realmente me gusta hacer.

Matt suspira aliviado.

—Espero que en ese plan hubieses incluido a tu marido —bromea.

—¿Quieres seguir siendo mi marido? —me atrevo a preguntarle.

—Hasta el fin de mis días. Yo me casé por amor. —Me besa y pregunta—: Y tú, ¿quieres seguir siendo mi mujer pese a todas las complicaciones que te he dado y seguirán surgiendo?

—Hasta el fin de mis días —manifiesto con una enorme sonrisa, mirándolo a los ojos con mi corazón en la mano—. Me casé enamorada —le indico perdida en él. Lo beso, me abrazo a él y le digo —: Gracias por estar aquí y hacerme la mujer más feliz de la tierra.

Matt me besa y volvemos a hacer el amor.

Despertar entre los brazos del hombre que amo con los recuerdos de la pasada noche pasa a ser el mejor despertar de toda mi vida.

Cuando voy a la ducha, intento salir de la cama a hurtadillas, Matt me retiene tomándome por la cintura y besándome el cuello.

—Tengo una reunión en una hora —le indico con pesar.

—Me debes un día entero en la cama —murmura Matt, esbozo una sonrisa y recuerdo que le pedí lo mismo cuando estuvimos juntos en París.

—Cuenta con ello. Te aseguro que lo deseo tanto como tú —le doy su misma respuesta de hace años. Esa noche está grabada a fuego en mi memoria.

Ambos sonreímos, nos besamos y salgo de la cama antes de que decida mandarlo todo a la mierda y quedarme con el hombre de mi vida.

Cuando estoy completamente arreglada, cogiendo mi maletín para marcharme, Matt me observa desde la cama, con los brazos detrás de la cabeza, feliz, relajado y sonriente, suena mi teléfono. Es Chloe y me avisa de que nuestro principal consejero económico se siente indispuesto y no podrá asistir a la reunión. Me ataco al momento ya que sin él y sus explicaciones no puedo tomar las decisiones adecuadas porque no entiendo de mercados, estadísticas ni de

economía. Me siento en la cama, agobiada, me revuelvo el pelo y Matt me mira preocupado. Ha escuchado toda la conversación.

—Cambia la reunión para otro día —propone.

—No puedo. Se han cuadrado muchas agendas para esta reunión. Somos doce personas.

—Escúchalos y no tomes la decisión hoy, hasta que hables con vuestro consejero principal.

—¿Y cómo le explico todo si cuando hablan parece que lo hacen en chino?

—Que te dejen unos informes.

De repente, lo miro pensativa, esbozo una enorme sonrisa y lo veo como mi gran salvador.

—Estudiaste matemáticas y economía —le recuerdo—. Tú entenderías todo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, serio.

—Qué te vistas, Matthew Fuller. Tienes que acompañar a tu mujer a una importante reunión —le ordeno con urgencia.

Matt me mira sonriente, creo que piensa que estoy bromeando.

—¿Es una orden? —pregunta sin perder la sonrisa.

—En toda regla —especifico en tono mandón mientras lo miro suplicándole.

—Entonces no tendré más remedio que acudir.

—Bien, tienes diez minutos para vestirte —le indico mientras llamo a Chloe.

Lo observo salir de la cama y me siento muy afortunada. En ese preciso instante una idea pasa por mi cabeza, sonrío y espero que Matt esté de acuerdo cuando se la exponga en estos días.

Me presento en la reunión con mi marido, al que todos miran con atención y deben de reconocer. Antes de tomar asiento, le pido a Matt que lo haga a mi lado, a la derecha y una vez todos están sentados lo presento como mi esposo. Ante el silencio de todos mis consejeros les expongo que está junto a mí porque de ahora en adelante será mi mano derecha. Mis palabras logran que me miren con asombro, incluso Matt. Yo le sonrío y comienzo la reunión.

Tal y como he quedado con mi marido, tras exponérseme todo en la

reunión les pido un receso de un par de horas. Envío a los consejeros a comer mientras me quedo reunida con Matt y Chloe.

—¿Qué pensáis? —les pregunto a ambos cuando estamos solos.

—¿Sobre que sea tu mano derecha? —pregunta Matt con cierto tono molesto.

Me inclino hacia él, le doy un beso y le susurro:

—Eres mucho más que eso. Te quiero siempre junto a mí.

Chloe nos mira sonriente, aún no he tenido tiempo de darle las gracias por el hecho de que Matt y yo estemos así de felices.

—Te debo una, amiga —le indico con un guiño del ojo—. Y ahora al lío. ¿Qué piensas que debo de hacer? —le pregunto a Matt.

—Crear una nueva línea de ropa, *low cost*, bajo otro nombre en el grupo me parece muy buena idea. Al presentar esta novedad el grupo Bennett estaría en boca de todos y no por el hecho de nuestro matrimonio —resume.

—¿Qué piensas, Chloe? —Mi amiga lleva a mi lado un par de años y ha aprendido mucho.

—Creo que puede funcionar. Tu padre nunca dio el visto bueno a algo así, pero los tiempos cambian y creo que los consejeros esperaban tu llegada para poner esta idea en marcha.

—A mí también me parece bien. Tendremos que trabajar mucho para que la nueva línea salga en un mes. Ello requiere compras de muchos locales, contratación de más personal y nuevas colecciones.

—Sois un gran gigante, podéis hacerlo en ese tiempo. Contáis con todos los medios —me anima Matt.

—¿En quién confío las colecciones? —les pregunto a ambos.

—Yo daría tus ideas y que lo diseñe nuestro equipo, pero con tus gustos y supervisión en todo momento —propone Chloe.

—Sería un gran impacto que toda la colección fuese tuya, Sarah. Todo el mundo hablaría de ello y la gente que te admira compraría la colección. Al ser *low cost* todos tendrían posibilidad de ello —dice Matt.

—Está bien. Me habéis convencido, pero os pido algo a los dos. Tendréis que estar a mi lado en todo momento. También necesitaré a Madison.

—Estaremos a tu lado —dice de inmediato Chloe.

—Te ayudaré en lo que pueda —murmura mi marido, sonriente.

—Acostúmbrate a llevar traje de chaqueta porque vendrás conmigo a la oficina todos los días —le advierto. Matt esboza una amplia sonrisa y me dice con orgullo:

—Lo que sea por mi mujer.

Me lanzo a sus brazos y lo beso con pasión delante de Chloe que carraspea fuerte ante nuestro intenso beso.

Miro a mi amiga y le indico:

—Cuando vuelvan los consejeros diles que las ideas me parecen bien. En un mes estará a la venta la nueva línea *low cost* del grupo Bennett. Yo me voy con mi marido a disfrutar de París juntos, nos lo merecemos.

Lo cojo de la mano y nos marchamos.

—¿Puedes hacer eso? ¿Dejar a Chloe frente a tus consejeros más importantes? —pregunta Matt mientras bajamos en el ascensor.

—Puedo hacer lo que quiera, mi amor. Soy la presidenta del grupo Bennett. Nadie tiene más poder que yo.

—Me da miedo estar casado con una mujer tan poderosa —bromea abrazándome mientras me lleva al rincón del ascensor. Bajamos solos.

—Tú me das las energías que necesito para sobrellevar todo esto —murmuro sobre sus labios antes de besarlo.

—A mí me gusta más quitarte las energías y que caigas rendida en mis brazos —confiesa mi esposo mientras me funde contra su cuerpo.

Entramos en el coche que nos espera en la puerta y le indico al chófer:

—Al Museo del Louvre. —Luego miro a mi marido y le susurro en el oído—: Vamos a cumplir nuestras promesas en París.

—No he olvidado ni un solo segundo de la última vez que estuvimos aquí —me indica Matt.

—Yo tampoco.

49

Paseamos juntos, de la mano, como dos completos enamorados por el Museo del Louvre, rememorando los momentos en los que no lo pudimos hacer años antes. En esta ocasión no nos separamos, nos besamos y nos tomamos un montón de fotos. Luego vamos a dar un paseo por el Sena en barco. Un barco privado solo para nosotros dos que he alquilado y en el que pasamos toda la noche.

—Tenemos pendiente una luna de miel, pero creo que esto se puede acercar un poco —le indico a Matt. Sé que los próximos dos días en París estarán cargados de trabajo y muchas reuniones.

—Tendremos una luna de miel como la que te mereces, déjalo en mis manos —promete mientras me besa. Estamos desnudos en la cama y siento que es mi estado favorito, no puedo sentirme mejor.

—Será dentro de un mes —le advierto—. Nos queda mucho trabajo por delante y te quiero a mi lado en todo momento.

—Lo estaré.

Me estrecha entre sus brazos y volvemos a hacer el amor. Tenemos que recuperar los años perdidos.

Los siguientes días en París son de locura, Matt me espera en la habitación del hotel todo el día entre informes y estados de cuenta. Se está poniendo al día en sus estudios para estar a mi lado como consejero económico.

Cuando llego a la habitación estoy tan cansada que me cuesta hasta desnudarme para meterme en la cama, pero mi marido tiene el poder de reanimarme con sus besos.

De vuelta a Nueva York, lo hacemos en el avión privado de la empresa, Matt y yo vamos sentados juntos, trabajando con el ordenador mientras lo pongo al día de cómo funciona el grupo Bennett por todo el mundo y los nuevos lugares de expansión.

De repente, un recuerdo viene a mi mente. Me quedo en silencio y le sonrío a mi marido, que aprecia mi gesto y ladea la cabeza tratando de averiguar qué pasa por la mía.

Me levanto, lo cojo de la mano y tiro de él.

—¿Dónde vamos? —pregunta mientras caminamos por el pasillo del avión.

Viajamos con Chloe y un par de consejeros, pero ellos están medio adormilados en sus asientos.

—A cumplir una fantasía —revelo.

Cuando Matt aprecia que abro la puerta del baño y tiro de su mano esboza una enorme sonrisa.

—He soñado con esto durante años —revelo pegándolo a mi cuerpo y acercándole a su boca—. Te dije: Algún día, profesor.

Matt me acaricia el cuerpo con sus manos y me alza para sentarme sobre el lavabo.

—El día ha llegado —murmura sobre mis labios—. También recuerdo que me quedé con ganas de cachearte a fondo cuando aquel tío de seguridad del aeropuerto lo hizo delante de mí, estuve a punto de pararle las manos —recuerda y yo esbozo una amplia sonrisa ante ello, me gusta sentirlo celoso.

Comienzo a quitarle el cinturón del pantalón y ambos sonreímos, ese mismo día fijé la mirada cuando él se lo quitaba para pasar el control de seguridad y deseé ser yo quién lo hiciese.

—Quiero confesarte algo —le susurro a mi marido mientras me desnuda—. Amo la forma en la que me haces el amor, pero también adoro la forma en la que me follas.

Matt levanta la cabeza de entre mis pechos y me mira con atención. Desde que todo salió a la luz de entre nosotros siempre me ha hecho el amor con autentica devoción, sin embargo, en este momento, necesito algo más salvaje, más duro como al principio de todo.

—Siento lo que te dije ese día —se disculpa recordando el momento en el que le pedí que me hiciese el amor, desesperada, y él me indicó que solo follaba con las mujeres que le pagaban—. Estaba muy herido. No perdías ocasión de recordarme que me estabas pagando mucho dinero por estar contigo. Me habías comprado y eso me tenía como

loco. No podía decirte que te amaba con locura y que ello me llevó a aceptar todo. Solo quise herirte con mis palabras.

—Olvidémoslo, pero nunca dejes de hacerme el amor ni de follarme de forma salvaje. Me vuelves loca, señor Fuller.

Matt entra en mi interior de golpe, me arranca un grito ahogado con sus besos, sale y entra de mí con fuerza hasta que ambos nos corremos desplomándonos sobre el otro. Sudorosos, sonrientes y felices.

Con nostalgia, dejamos París atrás, pero con el proyecto de un futuro mejor, juntos, como una familia y unidos.

50

Un mes después

Parece que fue ayer cuando tomamos la decisión en París de sacar una nueva línea de ropa y en dos días será la presentación oficial de esta. Ha sido el mes más duro de mi vida, en el que más he trabajado, pero, al mismo tiempo, el más feliz. Creo que he podido con toda la presión y el estrés porque Matt ha estado en todo momento a mi lado. No solo es mi marido, también es mi amigo y mi amante y eso lo hace el hombre perfecto en mi vida. Siempre supe que era él, pero en este tiempo juntos he comprobado que si no estuviese nadie podría haber reemplazado su lugar jamás.

Mis días grises se convierten en soleados cuando levanto la mirada y siempre lo encuentro cerca de mí, pendiente de mí, aconsejándome, besándome y amándome.

Hace un mes que no veo a mi padre, he hablado con él en un par de ocasiones para comentarle los nuevos planes de la empresa y se ha mostrado indiferente con ellos. Lo he encontrado apático, sin ganas de pelear. Igual es la edad o que está tan bien alejado de todo y disfrutando de su jubilación que ha dejado la guerra de lado. No ha vuelto a insistir más con el hecho de que me separe de Matt, algo que también me mantiene alerta.

Matt está reunido con Madison y varios contables más de la empresa cuando Chloe entra en mi despacho con una carpeta azul en sus manos.

—Es el informe que encargaste sobre la vida de Jennifer —anuncia—. Lo tengo desde hace varios días, pero no he tenido ocasión de dártelo con todo el trabajo que hemos tenido.

Mi amiga me extiende la carpeta y la abro.

—¿Lo has leído? —le pregunto. No es un reproche. Chloe tiene permiso para abrir todo lo que venga dirigido a mí.

—Sí.

—¿Hay algo que me vaya a sorprender? —pregunto mirando la primera hoja.

—Sí. —La miro en silencio y comienzo a leer el informe.

Jennifer tiene una relación estable desde hace dos años con un alto directivo de una empresa petrolera y un hijo de ocho meses con una enfermedad rara, de ahí que ella estuviese en la gala benéfica en la que me la encontré.

—Joder —maldigo. No contaba con esta información tan delicada.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta Chloe, preocupada.

Me quedo pensativa por unos minutos mientras mi amiga me mira con atención.

—Ponte en contacto con ella y cítala aquí en mi despacho para la próxima semana. Dile que quiero hablar con ella.

—Sarah… —murmura.

—Tranquila, voy a darle una lección a Jennifer que nunca olvidará.

Mi teléfono suena y es una llamada importante, Chloe se marcha de mi despacho y me sumerjo en la presentación de la nueva línea del grupo Bennett.

Pasadas dos horas, Matt y Madison se presentan en mi despacho, serios y con varias carpetas en sus manos.

—¿Qué sucede? —pregunto alerta, mientras los miro a los dos.

—Tenemos problemas serios —anuncia mi marido.

—¿Qué clase de problemas? —pregunto con miedo.

—La banca rota —revela mi amiga.

—¡¿Qué?! ¿No nos habíamos recuperado de la bajada en bolsa y accionistas el pasado mes?

—También hemos invertido mucho en este nuevo proyecto. Si no sale bien tendremos problemas —me comunica Madison.

Miro a Matt, sentado a su lado, en silencio, y se me eriza la piel mientras pienso en que no puedo hundir la empresa de mi familia en los escasos meses que llevo al mando.

—Hay algunas gestiones que no me cuadran —anuncia Matt—. Es cierto que el grupo Bennett pasa por un bache, pero pondría las manos en el fuego que estamos lejos de que este nos lleve a la banca rota

como dicen los últimos informes.

—No te entiendo, habla claro —le exijo a mi marido. Madison lo mira con sorpresa, creo que Matt intuye más que ella.

—Me gustaría que aprobases una auditoría interna. Eso cuesta muchísimo dinero y puede llevarnos a la banca rota del todo, pero también podemos averiguar algunas cosas que nos salven.

—Adelante —digo sin pensar. Confío ciegamente en Matt y si él tiene alguna sospecha de lo que sea quiero que se aclare.

—Me gustaría que solo lo supiésemos nosotros tres. Nadie más —me pide Matt.

—Sí —acepto de inmediato—. ¿Podéis encargaros tú y Madison de contratar todo?

Matt mira a mi amiga y ambos asienten, serios, algo que me provoca miedo. Miedo a lo que pase o lo que se pueda encontrar.

Estoy con mi marido en la cama, ambos abrazados, tras un duro día de trabajo mientras siento que este momento es lo que realmente vale la pena de mi vida cada día. Estar así, en paz, sintiéndome amada, con el hombre que quiero para siempre.

—Cada mañana cuando me levanto sueño con este momento —revelo abrazada al pecho de mi esposo.

—Y yo que pensaba que ser multimillonaria era vivir la vida de otra forma —bromea.

—Puede que pronto no tenga dinero. ¿Qué vamos a hacer, Matt? —pregunto, preocupada.

—Vamos a confiar en que todo vaya bien, el lanzamiento de la nueva línea de ropa *low cost* y la auditoría, pero en el caso de que salga mal nos tenemos a nosotros, nos amamos —me abraza más fuerte y me besa el cabello—, y hemos estudiado. Tenemos conocimientos, siempre podemos empezar de nuevo.

—Ahora somos una familia —le manifiesto. Siento miedo por Mía, en este último mes me he acercado muchísimo a la niña y un cariño especial ha surgido entre nosotras.

—Mía va a estar bien, y nosotros. Saldremos adelante, además, te recuerdo que en mi cuenta bancaria tengo medio millón de dólares.

—No me acordaba de ese dinero. Pero ahora haces que me avergüence de él. —Lo miro con culpabilidad—. Mi venganza contra ti me llevó a ello. No me siento orgullosa de lo que hice.

Matt me abraza con fuerza, me estrecha contra su cuerpo y dice:

—Gracias a eso estamos así. Todo se aclaró entre nosotros. Esa venganza te trajo de nuevo a mis brazos. Olvidemos el pasado y miremos al futuro, juntos.

—Siempre juntos, mi amor. —Matt se apodera de mis labios y terminamos un día complicado con gran final.

Estoy atacada de los nervios, en menos de veinticuatro horas lanzaremos la nueva línea de ropa del grupo Bennett. La cual he supervisado íntegramente toda su colección y he aportado muchas ideas. Gracias a mi marido, que me ha ayudado muchísimo en los asuntos de la presidencia y he delegado en él, yo me he podido dedicar a lo que más me gusta, el diseño.

—Todo está listo —anuncia Chloe.

La primera tienda que abriremos será en la Quinta Avenida, yo estaré ahí para inaugurarla, luego daremos paso a la web y en un mes se abrirán las tiendas de la nueva línea en el resto del mundo.

Esa misma mañana recibo la llamada de mi padre, me comunica que ni se me ocurra asistir al evento con mi marido. Como no tengo ganas de discutir con él ni me molesto en contestarle, no pienso hacerle caso por mucho que me dice que me atenga a las consecuencias, y voy con el marido tan poco recomendable que tengo.

Por supuesto, a Matt no le digo nada de la conversación con mi padre. Mi marido me conoce tan bien que me siente algo inquieta y preocupada, pero lo achaca a la nueva presentación.

51

Acudo con mi marido a la inauguración de la nueva tienda en la Quinta Avenida y miles de personas y mucha prensa esperan nuestra llegada. Me bajo del coche de la mano de Matt y él está a mi lado en todo momento porque así se lo he pedido.

La inauguración es todo un éxito y la apertura de la web todavía más. Es tanto el aluvión de visitas que recibe que se cae y tardan es restablecerla dos horas.

Al día siguiente los datos de ventas son buenos, sin embargo, hemos perdido mucho dinero por esas dos horas en las que se cayó la web. Esperamos que lo clientes sigan confiando en nosotros y esta nueva firma sea todo un acierto, ya que hemos invertido muchísimo en ella.

Por otro lado, ya he contratado la auditoría y comenzaran la próxima semana de forma discreta, en estos días tendré que reunir con Matt y Madison toda la documentación que me han pedido.

Tras la inauguración de la nueva línea de ropa y aparecer con mi marido en ella, no he recibido ninguna llamada de mi padre por desobedecer sus órdenes, algo que me tiene extrañada. Él es de dar las quejas y tomar represalias cuando se le contradice.

Hace dos días que tengo un gran resfriado y no voy a la oficina, Matt se está encargando de todo mientras yo me quedo en casa recuperándome junto con Mía que también está tan resfriada como yo. Lo cierto es que en estos días que he dormido con ella y no se ha despegado de mí he deseado ser madre. Tener un hijo de Matt, sé que ahora no es el momento, que con Mía y el trabajo tenemos suficiente, pero es una ilusión que ha nacido dentro de mí a raíz de tener a su hija tanto tiempo a mi lado.

Cuando estoy con ella en la cama, así llevamos todo el día, vemos películas y dormimos, Ronnie me comunica que mi padre ha venido a

verme. Me extraña muchísimo su visita sin avisar. Igual se ha enterado que llevo varios días sin acudir a mi trabajo y viene a comprobar que siga viva.

Me coloco una bata y me dirijo al salón, donde me espera. Me llama la atención verlo con ropa deportiva y una gorra. Creo que no lo veía así desde que era pequeña. Pienso que la jubilación sí lo ha cambiado.

—Hola, papá. No me voy a acercar mucho porque llevo varios días con un fuerte resfriado —le indico manteniendo las distancias—. ¿Qué te trae por aquí? —pregunto con interés sentándome en un sillón del salón mientras él lo hace en el sofá.

—Me han dicho que llevas varios días sin aparecer por la presidencia. ¿Quién se ocupa de todo? —pregunta con tono osco.

—Mi marido —revelo con la cabeza alta, mirándolo a los ojos.

—Ya me lo temía. ¿Cuándo piensas divorciarte? ¿O vas a permitir que sigamos perdiendo dinero y la empresa se vaya a la ruina? —me acusa de golpe.

—No me voy a divorciar. Y la nueva línea va bien e irá mejor cuando se abran el resto de tiendas.

—Has hecho una gran inversión en ese nuevo proyecto en un momento crucial. No te has molestado en pedir un préstamo y has puesto todo el dinero del fondo de la empresa, un error garrafal, de novata —me espeta, enfadado.

—He ahorrado muchos intereses —justifico.

—Pero te has quedado sin liquidez, algo que nos puede llevar a la quiebra —brama.

Me quedo en silencio y lo miro seria.

—Ahora dirijo yo el grupo Bennett, siento que no te guste mi manera de manejarlo.

—¿Lo diriges tú o tu marido? —espeta como un reproche—. Según me han dicho en el último mes él ha sido quien ha tomado todas las decisiones, tú te has dedicado a hacer dibujitos —se refiere así a mis diseños.

—Qué más te da. Matt y yo somos uno solo. Es mi marido y confío en él.

—Va a dejar de ser tu marido muy pronto —augura con certeza y pasmosa tranquilidad mientras me mira.

—¡¿Qué dices?! —Alzo la voz, algo desconcertada por su actitud.

—Ahí tienes las pruebas de un gran desvío de dinero de la empresa que no ha sido justificado —tira encima de la mesa una carpeta marrón—, como verás, es muchísimo. Tu marido lo aprobó, es el responsable. Con esto lo puedo llevar a la cárcel.

Lo miro con los ojos muy abiertos, luego leo la documentación que hay en la carpeta y el corazón se me acelera.

—¿Le has tendido una trampa? ¿Esto es cosa tuya? —le reprocho, alterada—. ¿Es que no has tenido suficiente? —le espeto con dolor.

—Llevo meses fuera de la presidencia —argumenta.

—Pero estás muy bien enterado de todo lo que sucede en la empresa.

—Sigo siendo accionista sin voz ni voto porque te los cedí, pero recibo las ganancias, no lo olvides —me recuerda.

Lo miro seria y distante, con desconfianza, mientras lo analizo. Si se ha presentado aquí con esta documentación en vez de enviar a Matt directo a la cárcel es porque quiere algo.

—¿Qué pretendes con todo esto? —pregunto tratando de que no aprecie el miedo que siento en mi interior.

—Que te divorcies, lo hagas público y te alejes de ese hombre que solo quiere tu dinero. Él no es para ti —exige.

—¿Y si no lo hago? —pregunto mientras me tiemblan las manos. Sé que con esa documentación puede enviar a Matt a la cárcel por un tiempo hasta que se compruebe todo y se encuentre el dinero.

—Tu marido lo pagará. Tienes su futuro en tus manos.

—¿Por qué haces todo esto? —le reprocho con dolor—. ¿Es que no puedes verme feliz?

—Quiero lo mejor para ti, siempre. Y créeme que un *stripper* no es un buen marido, ni quiero que sea el padre de mis nietos.

En ese preciso instante pienso en que ojalá estuviese ya embarazada de Matt. Decidí esperar un poco y ha sido un completo error, ahora mi padre me tiene en sus manos y mi venganza se ha vuelto en mi propia contra.

—¿Si me divorcio de Matt no presentarás cargos en su contra?

—Si te divorcias y te alejas de él para siempre. La decisión es tuya y la quiero ya. Para saber a dónde dirigirme cuando salga de aquí, si a mi casa a continuar descansando o a presentar cargos en contra de mi yerno.

Lo miro de forma desafiante, sintiendo una gran impotencia y dolor. Odio esta sensación de acorralamiento en la que me ha puesto mi padre y odio su sonrisa de triunfo, sintiéndose ganador, pero no me daré por vencida.

—Tú ganas —manifiesto mirándolo con rencor. No puedo hacer otra cosa en la situación en la que me encuentro.

—Bien. Mañana mismo quiero que toda la prensa maneje la información de que te vas a divorciar y tu arrepentimiento de que ese matrimonio fue un completo error. Quiero que todos sepan que tu marido solo quería tu dinero.

—¿Por qué haces todo esto contra Matt? Es una persona maravillosa, tiene una gran inteligencia y le importa una mierda todo mi dinero. Me quiere —le espeto con dolor.

—Hago todo esto porque quiero lo mejor para ti, un hombre de tu nivel. He tenido a muchas amantes después de morir tu madre, pero a ninguna las hice mi mujer porque no tenían el nivel para serlo.

—Tu mujer no tiene una gran fortuna —le reprocho.

—Pero su padre la tuvo antes de perderlo todo. Ella conoce y comprende mi mundo, por eso la escogí, porque reunía todos los requisitos.

—Eres tan orgulloso que no vas a aceptar que te enamoraste de ella y esa fue la principal razón de todo.

Mi padre se queda en silencio. Me mira desafiante y pregunta con tranquilidad:

—¿Cuento con el hecho de que te vas a alejar de ese hombre para siempre?

Se hace un silencio mientras siento que no tengo otra opción.

—Tú ganas.

Mi padre esboza una enorme sonrisa de satisfacción y dice:

—Espero que hayas aprendido que soy un rival más fuerte y

experto que tú. Con Liam Bennett no se juega.

Se da media vuelta y se marcha. Entonces yo me echo a llorar mientras lo maldigo y tiro todos los cojines del sofá al suelo con dolor y rabia. Siento que la cabeza me va a explotar. No puedo dejar a Matt, pero tampoco puedo permitir que mi padre lo envíe de nuevo a prisión.

52

Cuando Matt llega me encuentra en la cama, sola, y se sorprende que Mía no esté conmigo. Hace dos noches que no duermo con él y lo he hecho con su hija para cuidarla ya que ambas estábamos igual, así lo reservábamos a él de este gran resfriado.

Desde que se fue mi padre han pasado tres horas. Me tomé un analgésico, me duché, he pensado mucho y he tomado muchas decisiones, que espero sean las acertadas.

—¿Estás bien? —se interesa Matt, sentado a mi lado, mientras me besa las manos y me mira con interés.

—No. Hoy ha sido un día de mierda donde he tenido que tomar muchas decisiones que jamás hubiese deseado—comento con decepción.

—¿Me lo quieres contar? —pregunta mirándome con un profundo amor reflejado en sus ojos azules, transparentes, que me parte el corazón.

—Quiero el divorcio —le suelto de golpe.

—¡¿Qué?! —pregunta con los ojos muy abiertos—. ¿Tienes fiebre? ¿Estás delirando? —me pregunta, preocupado.

Me acerco más a él y le digo:

—Tenemos que divorciarnos. Terminar con lo nuestro.

—¿Qué sucede, Sarah? ¿A qué viene esto? Estamos mejor que nunca.

—No podemos continuar, Matt. —Me derrumbo en sus brazos, llorando.

—Dime la verdad, mi amor. Sé que algo pasa, esto no es una decisión tuya. Confía en mí. No te alejes como hice yo en el pasado, no volvamos a cometer el mismo error —me ruega.

Lo miro, le sonrío, le enmarco la cara entre mis manos y lo beso, emocionada.

—No pensaba dejarte —anuncio—. Bueno, nos vamos a separar porque mi padre me lo exige y porque quiero protegerte, pero él no sabrá que nosotros vamos a trazar un plan.

—¿Qué sucede, Sarah? —pregunta con miedo.

—Mi padre tiene en su poder unos documentos que has firmado, una gran cantidad de dinero que no tiene ninguna justificación y se ha perdido. Se presentó aquí esta mañana y me dijo que si no me divorciaba te enviaría a la cárcel.

Siento cómo Matt traga con dificultad mientras me mira serio y asustado.

—¿Tú lo has creído? —pregunta con un hilo de voz.

—He leído las pruebas que tiene contra ti. No son falsas.

—¿Qué plan has pensado? —pregunta con desconfianza.

Lo miro bien, siento su angustia y me lanzo a sus brazos. Lo beso y trato de tranquilizarlo.

—Sea lo que sea que tiene mi padre en tu contra sé que es una trampa. Confío en ti, mi amor. Con los ojos cerrados. Pero para ganar tiempo, tenemos que acceder a sus peticiones de lo contrario no dudará en enviarte de nuevo a la cárcel y no lo voy a permitir. Antes me muero. He pensado mucho y nos vamos a divorciar. Lo haremos público y nos distanciaremos para que sea creíble y mi padre se confíe, pero tú y yo seguiremos averiguando dónde ha ido a parar todo ese dinero que no aparece justificado.

Matt me acerca a él y me abraza, lo siento aliviado.

—Te amo, Sarah. No entiendo todo esto de parte de tu padre ni porqué me odia tanto.

—Mi padre odia perder. Y yo lo llevé a su mayor derrota cuando me vio casada contigo. Bebió de su propia medicina, sin embargo, no se ha quedado quieto. Siento toda mi venganza —lamento con pesar—. Mira dónde nos ha arrastrado, sobre todo a ti. Tras estos ocho años sigues siendo la víctima de todo y no lo voy a consentir —le dejo claro. Lo abrazo y lo beso.

—Sarah, lo que pretendes puede ser un juego peligroso. Y no lo digo por mí, sino por ti. Si tu padre se da cuenta de que estás jugando a dos bandas puede que tome represalias en tu contra.

—Me da igual lo que haga en contra de mí, pero no pienso permitir que te haga más daño. Mañana anunciaré que nos vamos a divorciar y tendremos que ser muy cuidadosos cuando nos veamos, que nadie nos vea ni sepa que nos seguimos amando, porque no pienso renunciar a ti ni a nuestro amor. Mientras tanto, ambos, con ayuda de la auditoría y Madison vamos a descubrir quién hizo ese desvío de dinero y dónde fue a parar. Te juro que si ha sido mi padre y está detrás de todo esto y tengo la oportunidad de enviarlo a la cárcel lo haré —sentencio segura de ello.

—No va a ser fácil aclarar todo esto —murmura Matt, pensativo.

—Juntos lo lograremos —lo aliento, lo veo algo desanimado—. Podremos con esto, mi vida.

—Vamos a estar alejados —murmura con pena.

—Hablaremos todos los días y me las arreglaré para visitarte a escondidas y estemos juntos. ¿Crees que voy a renunciar a que me sigas haciendo el amor con frecuencia? —Le sonrío, Matt me acaricia el rostro y apoya su frente en la mía mientras suspira—. No será fácil, pero podremos con ello. Nuestro gran amor nos ayudará.

—Sarah… —comienza a protestar.

—No digas nada. Hazme el amor. Esta es nuestra última noche juntos como marido y mujer en esta casa —le suplico—. Mañana tendré que anunciar nuestra separación.

53

Matt y yo desayunamos juntos tras una intensa noche de amor en la que no hemos pegado ojo.

—¿Por qué siento desde anoche que esto es una despedida? —pregunta Matt.

—En realidad lo es. No podrás pisar esta casa en algún tiempo, pero yo iré donde tú estés y seguiremos viéndonos, amándonos. Tendrá que ser a escondidas hasta que resolvamos todo, pero qué más da. Lo importante es que estemos juntos, unidos. Mi padre no va a poder con nosotros. Ni voy a permitir que te haga más daño.

Matt suspira, no lo exterioriza en palabras, pero lo conozco y sé que tiene miedo y esta situación lo tiene agobiado, sin embargo, aún no sabe todo lo que yo haría por él.

—¿Dónde me marcho con Mía? Volver a mi antigua casa no es muy recomendable después de que todos sepan que hemos estado casados, además, se la quedaron los chicos.

—Ya le pedí a Madison que buscase un apartamento en su mismo edificio, es enorme. Así, cada vez que te visite si me ven entrar podré decir que voy a su casa, y también de esa forma vosotros os podréis reunir para seguir investigando con más facilidad sin que os vean.

—Bien pensado —murmura Matt.

—El apartamento estará listo en una semana, mientras alójate en un buen hotel con Mía.

Matt me mira serio, me levanto, me siento en sus rodillas y lo abrazo en silencio.

—Volverás a ser mi mujer —murmura, seguro de ello.

—No te quepa la menor duda. —Lo beso y Mía nos interrumpe.

La niña viene hacia mí y me pide que la coja en brazos, últimamente me prefiere antes que a su padre y es algo que me llena de orgullo, pero en estos momentos, me produce un gran dolor. Estar

separada de ella y que sienta mi ausencia me parte por la mitad.

—Mía te va a echar de menos, ¿qué le vamos a decir cuando pregunte por ti? —inquiere Matt.

—En un mes casi no podremos vernos, le haré videoconferencias y le diremos que estoy de viaje.

—¡Qué difícil va a ser todo! —lamenta Matt.

—Lo superaremos. Sabemos que nos amamos y estamos juntos en esto.

—Gracias por confiar en mí y no hacer lo mismo que hice yo años atrás. Debí tener la valentía de decirte lo de tu padre y no hacerte creer que fuiste un capricho para mí.

—Eso ya no importa. Nos lo hemos perdonado todo.

—Te amo, Sarah. Tenlo siempre muy presente. Me da miedo que tu padre y sus artimañas puedan cambiar todo entre nosotros.

—Eso no va a suceder. Lo vamos a cambiar de cara a los demás, pero nosotros seguiremos amándonos. Y ahora, tengo que vestirme y ver cómo hago para anunciar que nos separamos. Creo que asistiré a un par de fiestas y eventos sola y dejaré que la prensa comience a preguntarse dónde está mi marido. La demanda de divorcio tengo que interponerla hoy mismo con Ava para que mi padre no sospeche nada.

—Voy a hacer las maletas —murmura Matt con pesar.

—¿Dónde vamos, papá? —pregunta Mía.

—De viaje —le indica mirándome a mí.

—¿Y Sarah? Yo quiero que venga —pide la niña abrazándome.

—Iré en unos días, cariño —le doy un beso y la dejo en los brazos de su padre.

Cuando llego al despacho me reúno con mis tres amigas y les cuento todos mis planes. Solo lo podrán saber ellas. Pongo a Ava a trabajar en mi divorcio y a Madison a descubrir dónde está todo el dinero que mi padre puede imputarle a Matt. Mis amigas no dan crédito a la maldad de mi padre y me prometen estar a mi lado y apoyarme en todo este complicado proceso.

A lo largo del día recibo la visita de mi abuela en el despacho y le comunico que me voy a divorciar, pero a ella no le puedo contar la

verdad. Me duele muchísimo ver su cara de pena cuando le revelo que mi matrimonio no funciona y que Matt se casó conmigo por el dinero, lo que quiere mi padre que le diga a todos.

Al final del día Ava me tiene sobre la mesa la demanda de divorcio presentada, se la envío a mi padre por *email* con el texto adjunto:

Ya tienes lo que querías. Matt y yo dejaremos de ser marido y mujer legalmente muy pronto.

No recibo respuesta de mi padre, pero sé que debe estar feliz porque sus planes estén dando los resultados que planeó.

Cuando llego a casa ya Matt y Mía no están ahí, ni sus cosas, siento un enorme vacío y soledad. Ronnie me mira emocionada y yo paso por su lado sin ser capaz de darle una explicación de porqué mi marido se ha marchado con su hija.

Cuando salgo de la ducha tengo una llamada de Matt, escuchar su voz me devuelve un poco la vida. Ya está instalado en un buen hotel con Mía y en constante comunicación con Madison.

Cuando cuelgo con mi Matt recibo una llamada de Chloe, me indica que ponga el televisor. La prensa ya sabe que me voy a divorciar de Matt. Maldigo a mi padre, ya que estoy segura de que ha sido él quién lo ha filtrado y juro que algún día me las pagará todas juntas.

Al día siguiente cuando salgo de mi casa y entro en el garaje del edificio del grupo Bennett hay prensa esperándome para que desmienta o confirme la noticia. No me paro con ellos. Esa noche asisto a la ópera, sola, con un grupo de amigos y luego nos vamos a tomar unas copas.

Al día siguiente vuelvo a salir por la noche. Desde que Matt llegó a mi vida dejé de salir y acudir a discotecas, pero tengo que volver a ello para que la prensa hable de mí y mi padre se crea que Matt y yo lo hemos dejado para siempre.

A la mañana siguiente me despierto con la llamada de un marido celoso. He salido en varias fotografías bailando muy cerca con otro hombre. Le explico que todo fue premeditado y que Frank siempre ha sido un buen amigo desde la universidad.

Tras una semana con la prensa detrás, al salir de una cena confirmo que es cierto que Matt y yo nos vamos a divorciar y que ya no vivimos

juntos.

Al día siguiente me llaman de un importante programa de televisión para hacerme una entrevista en la que hable de mi trabajo y de mi vida, la rechazo de inmediato, pero mi padre me llama y me obliga a aceptarla. Y no solo eso, también me exige que deje claro en ella que me divorcio porque Matt solo se casó conmigo por interés.

Maldigo a mi padre, pero, sin embargo, accedo. No me queda otro remedio hasta que Matt y Madison, junto con los auditores, descubran dónde está todo el dinero que falta en el grupo Bennett.

Matt ya lleva unos días instalado con Mía en su nueva casa. Es el vecino de Madison y ambos están encantados de vivir tan cerca. Yo no he ido a visitarlo aún, creo que esperar un poco es lo más conveniente. Lo llamo y le cuento el contenido de mi entrevista y lo que mi padre me obliga a decir. Matt lo maldice tanto como yo y ambos confiamos en que todo acabe pronto.

—Lo siento, mi vida. Todo esto que estamos sufriendo son las consecuencias de una venganza. Mi venganza, que nos ha arrastrado a todos. Pero juro que me vengaré de mi padre tarde o temprano.

—Te amo, Sarah.

—Ahora más que nunca sé que eres todo lo que necesito en esta vida.

Cuelgo la comunicación con lágrimas en los ojos, sintiéndome muy sola, deseando estar junto a él, pegada a su pecho y que me mantenga abrazada a su cuerpo, el único lugar en el mundo en el que siento verdadera paz y tranquilidad.

54

Tras dar la entrevista más esperada al público, nunca me había expuesto en televisión a las preguntas de una presentadora, si bien todo comenzó presentándome como la presidenta del grupo textil más importante del mundo, finalizó hablando de mi vida personal. Cuando dije todo lo que mi padre pretendía miré a cámara con rabia y lo expuse de manera clara mientras era consciente de que habría dos personas muy atentas a ello. Una de ellas mi padre, que sonreiría, feliz, y el otro, Matt que estaría roto al escuchar de mi boca que se casó conmigo por interés y que no me quería.

Cuando salgo de la entrevista me siento tan mal que decido presentarme en casa de Matt sin avisar.

Nada más verme me estrecha en sus brazos, me besa y limpia con sus manos todas las lágrimas que corren por mis mejillas sin control.

—Ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida —rompo a llorar en sus brazos.

—¿Es seguro que estés aquí?

—Sí. Hablé con Madison. Siempre que venga ella tiene que saberlo, debe de estar en su casa para así justificar mi visita en el caso de que mi padre tenga a alguien vigilándome. ¿Y Mía? —pregunto cuando me adentro en el apartamento y no la veo.

—Madison subió hace un rato y le propuso hacer galletas en su casa, ahora entiendo por qué se la llevó —murmura Matt sobre mis labios, abrazando con fuerza contra su pecho.

—Estamos solos —susurro sobre su boca mientras una enorme sonrisa se dibuja en ellos—. Te necesito —le indico a la misma vez que comienzo a quitarle la camiseta—. Hace más de dos semanas que estamos separados —le recuerdo.

—Lo sé muy bien —murmura al mismo tiempo que me alza en sus brazos para llevarme a la habitación—. Ya te enseñaré la casa luego —

murmura, sonriente, cuando ambos caemos en la cama.

Nos desnudamos con prisas y damos rienda suelta al deseo que nos consume.

Nos gustaría pasar más tiempo en la cama juntos, pero tenemos que ir por Mía, quiero verla un rato ya que no me puedo quedar todo el tiempo que deseo, me tengo que marchar a mi casa.

Dejo a Mía dormida en su cama después de bañarla y darle la cena como me pide, y me despido de Matt. Nos decimos adiós con nostalgia entre besos y abrazos que queremos prolongar, pero no podemos. Separarme de él hace que odie más a mi padre y crezcan mis ganas de vengarme. Sé que todo lo que tengo en estos momentos en mi vida es por causa de mi propia venganza, pero no puedo dejarlo así. No descansaré hasta que mi padre reciba su merecido.

—Adiós —me despido del hombre que amo, no quiero hacerlo, y duele.

Él me mira con un brillo especial en su mirada, sé que la sonrisa que me muestra es fingida.

—El pasado vuelve a nosotros, ¿te has fijado que nos amamos a escondidas de nuevo? —reflexiona Matt mientras me alza el mentón y me da un breve beso en los labios.

—Quiero amarte en libertad —protesto. Estoy enfadada con la vida.

—Tenemos toda la vida por delante, mi amor —intenta contentarme—. Mientras nos encontremos en esta situación podemos disfrutarla.

—No veo cómo. Nos vemos escasas horas y me marcho con el deseo de quedarme en tus brazos y en tu cama.

—Podemos darle aliciente a nuestros encuentros como amantes a escondidas —propone con cierto brillo en su mirada.

Lo miro pensativa y sonrío.

—¿Qué propones? —pregunto con curiosidad.

—Ah no, usa tu ingenio. Yo pondré en práctica mis ideas. Te aseguro que cada vez que nos veamos a partir de hoy desearas un nuevo encuentro a escondidas.

—Está bien, sorpréndeme la próxima vez —lo reto.

—Bien, avísame cuándo vendrás a verme para estar preparado.

Le sonrío y me marcho de mejor humor. Expectante por la próxima vez que nos veamos.

Cinco días sin ver a Matt desde la última vez que estuvimos juntos se me hacen una eternidad.

Mientras desayuno con Madison le pido que esta noche se quede un par de horas con Mía. Necesito estar con Matt. Mi amiga accede y le escribo un mensaje al amor de mi vida.

Cuando regreso a mi despacho Chloe me recuerda que en media hora Jennifer acudirá a verme para la cita que tenemos concertada desde hace una semana. Con todo lo que tengo encima había olvidado ese asunto por completo.

Cuando Chloe acompaña a Jennifer hasta mi imponente despacho, aún no he tenido tiempo de deshacerme de la esencia de mi padre en este lugar, tengo que hacerlo mío y redecorarlo, me recuerdo, mi enemiga mira todo a su alrededor y luego me saluda.

—Hola, Sarah. Ya veo que te has convertido en una mujer muy importante —murmura mientras le ofrezco con un gesto de la mano que tome asiento.

—Era de esperar. Soy hija única y mi padre el dueño de todo esto —la recibo de forma fría y distante. Ella lo nota de inmediato.

—Me sorprendió la llamada de Chloe. No sabía que era tu secretaria personal —comenta algo tensa.

—Chloe es mucho más que eso, pero bueno, no estamos aquí para hablar de ella. Quise que nos reuniésemos por el pasado —anuncio a la misma vez que esbozo una sonrisa forzada, fría y tensa.

—Hace años que no nos veíamos. Cuando te vi en la gala…

—Te quedaste a cuadros al ver que Matt y yo estábamos juntos, que era mi marido —termino la frase por ella.

—Siento que vuestro matrimonio haya durado tan poco —comenta. Obvio debe de estar al tanto, sin embargo, este comentario me enciende por completo.

—Espero que esta vez no estés detrás de ello, porque si descubro que es así te aplastaré de la forma que sea, Jennifer —le espeto con rencor.

Ella me mira pálida, sin saber qué decir. Se remueve incómoda en la silla mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Sarah, yo… —intenta decir algo, pero estoy tan alterada que no dejo que me vaya a soltar ni una sola mentira.

—Lo sé todo. Tú avisaste a mi padre de lo que había entre Matt y yo en el internado —le digo de golpe, colocándome en pie frente a ella, imponiéndome con las dos manos sobre mi mesa y mirándola con dureza—. Fue por eso por lo que nos separamos. Porque me odiabas tanto que no podías permitir que fuese feliz, ¿verdad? —la increpo alzando la voz.

—Sarah… eso fue hace muchos años, éramos muy jóvenes —me recuerda mientras se retuerce las manos.

—Pero resulta que me he enterado de todo ahora. Te perdoné lo del incendio, Jennifer —le recuerdo, más calmada— y te advertí de que nunca más interfirieras en mi camino, sin embargo, lo hiciste.

—Sarah, te pido perdón. Ya no soy la misma. He cambiado —manifiesta, alterada y asustada.

—A mí me cambió la vida por tu culpa —le reprocho de golpe, alzando la voz.

—Lo siento —se disculpa, agachando la cabeza.

—¿Sabes, Jennifer? Ahora mismo soy una mujer tan rica y poderosa que podría hundirte de un plumazo si quisiera, o la empresa de tu marido. Y así me vengaría por todos estos años. —Ella me mira muy asustada—. Sin embargo, mi venganza recaería en tu bebé. Un niño con problemas. —Alza la mirada con sorpresa de que yo sepa esa información—. Lo sé todo de ti, y de tu familia.

—¿Qué quieres, Sarah? —murmura con miedo.

—Nada. No podrías darme nada en compensación. Sin embargo, quiero que sepas que yo sí podría quitarte mucho por venganza. Pero no lo haré por tu hijo —le dejo claro y ella me mira con los ojos brillantes, llenos de emoción—. Ese niño se merece una familia sin todos los problemas que yo podría causarte.

—¿Para qué me has hecho venir? —pregunta con desconfianza.

—Para darte la lección más grande de tu vida. Nada permanece oculto para siempre. Todo acto tiene sus consecuencias y en toda

venganza te puedes encontrar con muchas sorpresas que no esperas. Cuida de tu hijo, hazlo muy feliz y espero que se mejore.

—Gracias, Sarah. Eres muy generosa. Te puedo asegurar que desde hace años soy una Jennifer muy diferente a la que recuerdas. Y la llegada de mi bebé y sus problemas me han cambiado mucho. Miro atrás y no me reconozco. —Se pone de pie y me dirige una mirada cálida que no le devuelvo—. Si algún día necesitas algo, si puedo recompensarte por el mal que te hice…

Me quedo en silencio. Es demasiado el dolor que llevo dentro en su contra y en contra de mi padre.

Cuando cierra la puerta y me siento en mi sillón siento que me he quitado un gran peso de encima, me hizo mucho daño en el pasado, pero nada ganaba yo con una venganza en la que pudiese perjudicar a su hijo. Con Matt ya he aprendido que las venganzas no solo traen victorias a quienes las planeamos y nos creemos invencibles, también pueden volverse en nuestra contra y pueden ser muy dolorosas.

55

Llevo dos semanas sin ver a Matt. Esta mañana hemos firmado el divorcio en presencia de nuestros abogados y cuando lo he visto he estado a punto de arrojarme a sus brazos. Nos hemos mirado de una forma tan intensa que casi hemos incendiado el despacho. Él ha permanecido poco tiempo aquí, no era prudente que nos quedásemos a solas, mi padre debe de tener cámaras y gente en todo el edificio que vigilen mis pasos.

Cuando me quedo sola, descubro una nota que Matt ha dejado escrita en mi mesa. No sé en qué momento lo ha hecho. Leo:

Volverás a ser mi mujer. ¿Qué te parece si esta noche celebramos nuestro divorcio?

Cuando leo su propuesta saltan dos lágrimas de mis ojos y sonrío. Solo él sabe sacar lo mejor de mí y llevarme a flote cuando más hundida me encuentro.

Hablo con Madison y concretamos todo para que ella se quede un par de horas de nuevo con Mía y Matt y yo podamos estar a solas.

El resto del día lo paso impaciente, mirando el reloj cada cinco minutos hasta que sean las siete de la tarde para ir a casa de Matt.

En este tiempo mi padre ha estado muy callado, debe de estar feliz mientras yo estoy lejos del hombre que amo. Procuro salir a menudo y que estas salidas a restaurantes y discotecas lleguen a oídos de mi padre, ya que lo hago con gente de su círculo. La cual estoy segura le dirá con quién estuve y que Matt no aparece nunca. Necesito que se vaya convenciendo de que me he alejado de él para siempre y comienzo a hacer mi vida social de antes.

Cuando llego al edificio de mi amiga subo directamente a casa de Matt, ya sé que Mía está en casa de Madison y luego la visitaré, si la niña me ve antes no me deja estar a solas con Matt como tanto necesito.

Me sorprende encontrar la puerta de su casa abierta. Entro, la cierro y lo busco con la mirada.

—Matt, ya estoy aquí.

De repente, se apagan las luces y solo permanece una tenue luz prendida. Me asusto un poco ya que no sé qué sucede. Una música comienza a sonar y observo que Matt se presenta ante mí vestido de ángel. Reconozco la ropa de inmediato. Era de uno de sus números en El Marlone. Se acerca a mí, me da un leve beso en los labios, me toma por la cintura y susurra en mi oído:

—Voy a demostrarte que firmar los documentos del divorcio puede llevarte al cielo y ver todas las estrellas de este. No hay motivos para estar tristes, mi amor.

Emocionada, lo miro, él aparta unas lágrimas de mi rostro y nos fundimos en un maravilloso beso en el que nuestras lenguas se enredan mientras nos saboreamos con pasión.

—Eres increíble —susurro sobre sus labios—. Te amo.

—¿Preparada para disfrutar del espectáculo? —pregunta, sonriente.

—¿Vas a hacerme un *show* privado? —pregunto con sorpresa.

—Es usted una mujer divorciada, hay que celebrarlo —me indica mientras me sienta en el sillón y lo observo desconcertada—. Quiero que esta noche permanezca siempre en tus recuerdos —susurra en mi oído antes de alejarse de mí y colocarse justo enfrente.

Matt comienza a contonearse al son de la música. A moverse de una forma tan sensual que siento muchísimo calor por todo mi cuerpo. Se acerca a mí, deja que lo toque, se apodera de mis labios y me vuelve completamente loca.

—Me gusta ser una mujer divorciada —bromeo mientras le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Soy tuyo. Solo tengo ojos para ti. Da igual que exista o no un papel firmado entre nosotros. Eres mía y eso no lo va a cambiar nada.

Me coge en sus brazos, me lleva hasta el sofá, me tumba en él, nos desnudamos y me hace el amor con pasión.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Gracias —le digo a Matt, tumbada sobre su pecho, cuando recupero el aliento.

Sé que todo el numerito que ha montado ha sido para que me

sienta mejor y no piense en que ya no somos marido y mujer.

—Nos queda mucho por vivir, mi amor. Lo mejor está por venir y no pienso apartarme de tu lado. Quiero que lo vivas conmigo.

—No lo dudes.

Nos fundimos en un profundo beso y me vuelve a hacer el amor.

Nos duchamos juntos y bajamos a casa de Madison. Cuando mi amiga ve el brillo que reflejan mis ojos me abraza y susurra en mi oído a modo de broma:

—¿Cómo fue el divorcio?

—Me divorciaría todos los días —carcajeo. Madison estalla en risas.

Mía corre hacia mí y me abraza con tal sentimiento que hace que se me salten las lágrimas. Hoy estoy muy sensible. La pequeña me da un beso y me pregunta:

—¿Puedes ser mi mamá? —Miro a Matt y él se encoge de hombros.

—Por supuesto. Si tú quieres que lo sea —le indico a Mía con el corazón a punto de estallar.

—Sí, yo no tengo mamá. Y quiero una. Te quiero mucho —revela, se abraza a mí y siento que soy inmensamente feliz.

Miro a Matt, que se acerca a nosotras, y los tres nos fundimos en un gran abrazo. Los miro y siento que tengo mucho más de lo que jamás soñé.

Cuando Mía llegó con Mat la sentí un obstáculo entre nosotros, primero en mi venganza y luego porque ya nunca sería lo primero para el hombre que amo, pero el tiempo me ha hecho comprender que ella ha sido una enorme bendición. Jamás deseé ser madre más allá por el motivo de vengarme de mi padre y darle un nieto de Matt, pero Mía ha despertado mis instintos maternales y me ha hecho quererla en este tiempo como si fuese mi hija.

Nuevamente cuando me despido de Matt siento un gran vacío. No quiero marcharme a la soledad de mi ático, el que un día me pareció perfecto ahora lo siento frío sin ellos.

—Ya queda poco —susurra Matt en mi oído cuando advierte la tristeza en mis ojos al marcharme.

—¿Cómo va la auditoría? —pregunto, esperanzada.

—Madison y yo tenemos algunas pistas. Hay que trabajar sobre

ello.

—Espero que todo esto no sea en vano. No soporto vernos así a medias y a escondidas.

—Eso hace que nos trasportemos a hace ocho años. También son bonitas las promesas y planear un futuro juntos. Muy pronto no nos volveremos a separar.

Miro al hombre de mi vida y esbozo una amplia sonrisa cuando una idea se pasa por mi mente.

—Nos vemos en una semana. Y entonces seré yo la que te sorprenderá.

Me doy media vuelta y me marcho dejándolo intrigado.

56

Le prometí a Matt que nos veríamos en una semana, pero después de la última vez que estuvimos juntos no puedo esperar más. Han pasado cuatro días y parece que llevo cuatro meses sin verlo. Le pido a Madison que se las arregle para llevarse a Mía al parque esta tarde y yo hacerle una visita sorpresa al hombre que amo.

Llamo al timbre de Matt y espero, sonriente, mientras coloco bien mi faldita corta y me miro los zapatos.

Cuando Matt abre la puerta y me ve su cara de asombro es de risa, no me esperaba, pero, por supuesto, lo que no me esperaba era vestida con el uniforme del internado donde nos conocimos.

—¿Sorprendido? —pregunto, sonriente. Me acerco a él y lo beso. Nos adentramos en el salón mientras me pregunta:

—¿Qué haces así vestida?

—Se me ocurrió portarme mal y que mi profesor me impusiese un castigo —murmuro contoneando las caderas, rozándome con las de él.

—¿Qué clase de castigo? —pregunta con la voz ronca de deseo, mientras me mira con un brillo especial en sus ojos.

—No sé… puedes ponerme contra la pared y hacerme gritar —sugiero con voz sensual, mientras le acaricio el pecho.

Matt esboza una amplia sonrisa ante mi petición.

—¿Es una fantasía? —pregunta al mismo tiempo que me da la vuelta, coloca mi espalda contra su pecho y mete sus manos por debajo de mi falda corta.

—No te puedes imaginar todas las fantasías que tuve mientras explicabas en la pizarra del internado —le revelo con la voz cortada, mientras pasea su lengua por mi cuello.

Matt suelta una fuerte carcajada, me levanta la camiseta y libera mis pechos. Me lleva hacia la pared y follamos como locos. Cuando ambos nos hemos normalizado me revuelvo en sus brazos, lo miro y lo

siento diferente. Sé que le pasa algo.

—Ha sido fantástico, intenso, maravilloso… Justo lo que quería y había soñado en varias ocasiones, pero… ¿estás bien? —Le acaricio el rostro sintiendo lo tenso que está. Tiene el entrecejo fruncido y leve tic en su mandíbula.

—Sí —afirma de inmediato, sin movernos de la posición en la que estamos, ambos casi desnudos y oliendo a sexo a nuestro alrededor.

—No me mientas, Matt. Quedamos en que no lo haríamos nunca más. —Lo miro preocupada.

—Vamos a vestirnos —me anima, creo que trata de disuadirme, pero está muy equivocado, no pienso marcharme hasta que le arranque qué le pasa.

Nos vestimos en silencio, nos sentamos en el sofá y cuando Matt me coge de las manos y me mira serio sé que algo va muy mal. Lo observo tragar con dificultad a la misma vez que lo siento nervioso.

—Esta mañana he tenido una visita inesperada —anuncia.

—¿Mi padre? —pregunto con la voz cortada.

—No, pero creo que está relacionado con tu padre. Vino a verme la madre de Mía, quiere a su hija —revela, serio.

—¿No era que no quería saber nada de la niña? —pregunto sobresaltada.

—Me entregó a la niña porque no podía hacerse cargo de ella y nunca más supe nada de Terry.

—¿Qué quería exactamente? —pregunto muerta de miedo.

—A su hija. Quiere la custodia de Mía porque no me considera un padre muy recomendable por haber estado en la cárcel, algo que desconocía hasta el momento y de lo que alguien le ha informado.

—Mi padre está detrás de esto, ¿verdad? ¿Qué quiere la madre de Mía a cambio de no alejarte de la niña? —pregunto con pavor mientras siento que mi padre es un monstruo.

—Que me case con ella y le demos una familia a nuestra hija —revela con los ojos fijos en mí.

Dos lágrimas saltan de mis ojos y miro a Matt con miedo. Sé que haría cualquier cosa por su hija.

—¿Y si le ofrecemos mucho dinero? —propongo, desesperada.

—Ya lo intenté.

—Pongámosle un cheque en blanco sobre la mesa —lanzo, desesperada, mientras me revuelvo el pelo y siento que mi mundo se hunde.

—Estoy seguro que tu padre está detrás de ella. Terry nunca se interesó por Mía desde que la dejó en mis brazos. No tiene instinto maternal, y jamás me quiso. Solo tuvimos un lío. ¿Y ahora este repentino interés por su hija y por mí?

—Si ella está en tu vida tú estás más lejos de mí —murmuro, pensativa—. Mi padre debe de haberla encontrado y propuesto todo esto. ¡Joder! —maldigo con un grito—. Es tanta la impotencia que siento en estos momentos…

Me paseo por el salón, alterada. Matt se levanta y viene hacia mí, me toma por ambos brazos y me mira, tratando de que me tranquilice. Suspira en silencio mientras me acaricia el rostro.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto con un hilo de voz.

—Terry me ha dado tres días para que le dé una respuesta o me quitará a Mía legalmente y se la llevará lejos de Nueva York.

Me abrazo a Matt, desesperada.

—¿Y si te casas con ella?

—No perdería a mi hija y nos quedaríamos en Nueva York. Es el ultimátum que me ha dado.

—No sabes cómo odio a mi padre en estos momentos. Te juro que cuando tú estés a salvo de todo nadie me impedirá que reciba su merecido.

Matt y yo nos besamos a sabiendas de que nos encontramos en un callejón sin salida y dentro de poco no podremos vernos ni a escondidas. Cuento con el hecho de que tenga que acceder a la petición de su ex para no perder a su hija.

57

En los tres últimos días apenas he dormido ni comido. He pasado más de quince horas en la oficina junto con el equipo que realiza la auditoría, pidiéndoles que encontrasen algo sobre ese dinero, pero me aseguran que están cerca, sin embargo, aún no tienen nada. Jamás en mi vida he sentido esta sensación de impotencia y ahogo.

He hablado todos los días con Matt por teléfono, él está igual que yo. He tenido el impulso de ir a la casa vacacional de mi padre, desde donde debe dirigir nuestras vidas a su antojo, para echarle en cara todo por lo que me hace pasar, pero mis amigas me han parado. Es mejor que todo siga así y yo no le desvele al monstruo de mi padre mi sufrimiento ni que sé qué ocurre en el entorno de mi exmarido.

Cuando Matt me llama y me dice que ha aceptado la propuesta de Terry, no tenía otra opción, el mundo se abre a mis pies. Tengo que sentarme, me mareo y siento ganas de vomitar.

—Será pasajero. Intentaré retrasar la boda lo máximo posible. Ella ha puesto el plazo de un mes, pero me exigió trasladarse a esta casa conmigo y con Mía mañana mismo.

Unos celos incontrolados se apoderan de mí. Solo imaginar a Matt viviendo con su ex hace que se desaten todos mis demonios.

—Matt, creo que lo mejor será que dejemos de hablarnos y vernos por un tiempo —le expongo con todo el dolor de mi corazón. No quiero conocer su día a día con su ex en casa.

—Sarah, no te alejes de mí —me ruega. Puedo sentir su dolor.

—Seguiremos trabajando juntos, pero no me pidas que esté ahí todos los días, soportando cómo tu ex trata de meterse en tu vida, en tu corazón y en tu cama.

—Eso no va a suceder. Esto es algo temporal —dice, seguro de sí mismo—, hasta que encontremos la forma de alejar a tu padre de nuestras vidas sin que tenga nada en contra de nosotros.

Lloro en silencio mientras siento que puede que eso sea un imposible. ¿Y si mi destino no es estar con Matt? Todo nos separa. Estoy cansada de luchar a contra corriente.

—Te voy a dejar. Tengo una reunión y llego tarde —le miento. Necesito llorar a solas sin hacerle partícipe de todo el dolor que siento. Él ya tiene bastante.

Chloe, Madison y Ava entran en mi despacho sin llamar. Lo hacen de forma abrupta, como si hubiese fuego en el edificio.

—¡¿Qué te pasa?! —preguntan a la vez.

Estoy llorando sin parar.

—Mi vida es una mierda, y mi padre un hijo de puta al que odio —grito con dolor.

Mis amigas acuden a mi lado, me consuelan y termino contándoles todo lo de Matt y su ex. Se quedan muy sorprendidas, sin embargo, me miran sonrientes.

—Hemos encontrado algo contra Liam Bennett —anuncia Madison.

—¿Qué? —pregunto esperanzada.

—Matt autorizó esa cantidad de dinero, pero el hijo de la mujer de tu padre, Nick, se encargó de que no llegase al pago. E intuimos que fue orden de tu padre, ya que él sabía de ese pago, si no, ¿cómo se enteró?

—Mi padre tiene ojos en todos lados de la empresa.

—Cierto, pero esos documentos no habían salido del despacho de presidencia. Solo Nick le pudo contar el desvío del dinero, en complicidad con él —argumentan, seguras de ello.

—¿Y ahora? —pregunto un poco descolocada.

—Ahora tenemos las pruebas en nuestras manos. Acusaremos a Nick y cuando se vea con la soga al cuello delatará a tu padre.

—¿Y si no lo hace? —pregunto con miedo.

—Ya no habrá ninguna acusación sobre Matt. Tu padre no tendrá nada en contra de él. —Una emoción embarga todo mi cuerpo cuando escucho estas palabras.

Me llevo las manos a la boca y varias lágrimas corren por mis mejillas, de felicidad.

—Matt y tú ya podréis estar juntos —me anima Madison.

—No olvides a su ex. Ella es otro problema —les recuerdo con gran disgusto.

—¿Cómo podemos impedir que consiga su propósito? —pregunta Chloe.

—Investígala —propone Ava—. Busquemos en su pasado y sigamos el patrón que tu padre te ha enseñado, obliguémosla hasta el punto del chantaje.

—Me parece bien. Chloe, llama a un detective, a dos o a los que hagan falta. Paga lo que sea. Quiero mañana a primera hora la vida entera de esa mujer sobre mi mesa. Desde el día en el que nació hasta hoy mismo.

Mi amiga sale del despacho junto con Ava y ambas se ponen manos a la obra.

Madison se acerca a mí, me abraza y susurra:

—Todo va a salir bien.

—¿Matt sabe algo de todo esto? —me intereso.

—No. Lo hemos descubierto esta mañana.

—Bien. Por ahora no le diremos nada. No quiero que se haga falsas ilusiones.

—Mañana va a ser un gran día —augura Madison.

—Eso espero.

A lo largo de la tarde Matt me llama varias veces, me deja algunos mensajes, pero no contesto ninguno de ellos. Llego a casa por la noche, me meto en la cama y no duermo nada, solo doy vueltas pensando en la forma en la que reaccione Nick a todo el dinero que se llevó y qué encuentre el detective privado sobre la madre de Mía.

Llego a mi despacho a las ocho de la mañana. Le pido a Chloe que avise a Nick, quiero verlo en cuanto llegue a la oficina.

Madison y Ava aparecen con varios cafés y magdalenas para todas. Chloe recibe una llamada y es el detective privado comunicándole que el informe sobre Terry está en el *mail*.

Las cuatro abrimos ese informe y comenzamos a leer:

Terry Taylor tiene treinta y tres años, tuvo una hija y ha trabajado como camarera de varios locales. Murió de una sobre dosis de cocaína hace un año y medio en Colombia. La encontraron en la habitación de

un lujoso hotel, el hombre con el que estaba se desentendió de todo y dijo que no la conocía, solo habían pasado la noche juntos.

—No puede ser —murmuro con los ojos muy abiertos, mirando a mis amigas—. Terry está viva.

—Sigue leyendo —me indica Ava.

—Terry Taylor tiene una hermana gemela. La cual trabaja como prostituta de lujo desde hace diez años —aclara al final del informe.

—No es Terry quién se ha presentado ante Matt —dice Ava.

—Es su gemela —susurro mientras asimilo toda la información.

—¡Joder! —maldice Chloe.

—Mi padre está detrás de esto, no me cabe la menor duda —expreso aliviada, por una parte—. Terry no es la madre de Mía, por lo tanto, no tiene nada en contra de Matt —recapacito en voz alta mientras en mi boca aparece una sonrisa.

—Tenemos informaciones muy delicadas en nuestras manos —me indica Ava—. Debemos pensar muy bien cómo manejarlas para ganar ambas partidas y bloquear por completo a los adversarios.

—No voy a perder a Matt de nuevo —grito con alegría.

—Por supuesto que no.

Mis amigas me abrazan mientras yo siento que, por fin, veo una luz de felicidad al final de túnel, pero mientras llego a ella tengo que poner a mucha gente en su lugar y no dudaré en hacerlo. Mi padre ha sido implacable conmigo y yo también lo seré con él.

58

Tras pensarlo mucho, decido que lo primero que tengo que hacer es tener a mi padre en mis manos, pese a que lo que más deseo es ir corriendo a los brazos de Matt, contarle todo y echar a esa mujer de su lado, pero decido que todo a su tiempo. Debo tener la mente fría para no darle a mi padre ningún margen de maniobra.

Cuando Nick entra en mi despacho lo recibo sentada en mi sillón, no me levanto y lo mido con una mirada seria y distante.

—Hola, Sarah. ¿Para qué soy bueno? —pregunta con familiaridad mientras toma asiento frente a mí, mirándome sonriente.

—Para que vayas haciendo las maletas. Tienes un destino —anuncio.

—¿Me vas a enviar a algún lugar en tu representación? —pregunta el muy imbécil, con ilusión.

—En mi representación no. Te lo has ganado tú mismo. Tu destino es la cárcel —anuncio. Y en esta ocasión soy yo la que sonrío y él se pone serio.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta mientras se retuerce las manos, nervioso.

—Contraté al mejor equipo en auditorías del país. Han encontrado el importante desvío de dinero que hiciste.

—Lo firmó tu marido —se excusa de inmediato.

—Él lo autorizó, pero tú te encargaste de desviar ese dinero. No fue Matt. Hemos encontrado el rastro.

—Yo… yo… —balbucea, alterado.

—Tú irás a la cárcel —le indico, convencida de ello.

Se levanta, se pasea por mi despacho, revolviéndose el pelo, y me mira.

—Yo no tengo ese dinero —revela.

—Eso se lo tendrás que contar a un juez.

—Fue tu padre —grita de golpe—. Él me dijo cómo hacerlo. Quería quitarse a tu marido de en medio —confiesa como un cobarde.

—Eso también puedes decírselo al juez.

—Tengo pruebas. No soy tonto. ¿Quieres que tu padre vaya a la cárcel? —pregunta, sintiéndose triunfador.

—Me importa muy poco lo que le suceda a mi padre. Ya somos mayorcitos y cada uno es responsable de sus actos. Nada me gustaría más que veros compartir celda.

—Sarah… somos tu familia. Ya te has divorciado. Esto puede quedar en un asunto interno. Llamemos a tu padre y resolvámoslo —propone con miedo.

—La única llamada que voy a realizar será a la policía.

—No, por favor —me ruega—. Haré lo que me pidas. No puedo ir a la cárcel. Tu padre me convenció, me dijo que no me pasaría nada.

Me quedo pensativa y le expongo:

—Bien. Hay una forma de que te libres de todo.

—Haré lo que sea —manifiesta desesperado.

—Dame todas las pruebas que tienes en contra de mi padre. Tú te marcharás de la empresa, renunciarás de forma voluntaria y yo me encargaré de que todo recaiga sobre mi padre. Me queda claro que te ha utilizado y solo has sido un mero peón.

—Vale, iré a buscarlas —manifiesta, nervioso.

—Te espero aquí. —Comienza a caminar con prisa hacia la puerta cuando le indico—: Fuera hay tres hombres de seguridad. Ellos te acompañarán en todo momento, por si se te pasa por la cabeza la idea de marcharte.

Se vuelve hacia mí, me mira con odio mientras que yo le mantengo una sonrisa.

Cuarenta y cinco minutos después Nick vuelve con todas las pruebas y contraseñas de acceso a la cuenta donde tiene el dinero.

Llamo al equipo de auditorías y a Madison, ellos comprueban todo y me despido de Nick.

—Espero no verte nunca más, por tu bien. Otra cosa, no le digas nada a mi padre de todo esto. —Le extiendo un cheque de diez mil dólares y le indico—: Por tu silencio y para que te vayas bien lejos.

Me mira serio, se da media vuelta y se marcha.

Cuando cierra la puerta, suspiro, miro a Madison y ambas nos abrazamos.

—Todo ha salido como lo planeamos. Ya tienes a tu padre en tus manos.

—Ahora voy a por lo que más amo. Ya nadie podrá separarme nunca más de él —manifiesto con orgullo, feliz.

—¿Esa mujer ya está en su casa? —pregunta Madison.

—Llegaba esta mañana. Voy a echarla de allí con sumo gusto.

—Espera, tengo una idea. Haremos algo más —dice Madison. Saca su móvil y hace una llamada.

Estoy nerviosa e impaciente cuando llegamos al edificio de mi amiga y subimos a casa de Matt. Madison me acompaña para que se haga cargo de Mía en cuanto entremos, no quiero que la niña presencie todo lo que vamos a vivir.

Llamo a la puerta y es Matt quien me abre. Me mira con sorpresa. Detrás de él puedo ver a esa usurpadora jugando en la alfombra con Mía. Cuando me ve entrar me mira y se coloca en pie.

Me acerco a Matt, le doy un beso en los labios a conciencia y le digo:

—Hola, mi amor.

—¿Qué hace ella aquí? Nos vamos a casar y no pienso consentir esto —estalla la mujer, muy indignada.

Madison coge a Mía en sus brazos y se la lleva a su habitación. Matt me mira desconcertado, pero yo le dedico una sonrisa para que confíe en mí.

—Terry, ¿verdad? Creo que no te conozco en persona —le indico con tono mordaz.

—Yo a ti sí. Eres muy conocida. ¿Qué haces aquí? Matt y yo nos vamos a casar. Te has divorciado de él, deja que seamos felices con nuestra hija —se atreve a decirme.

Me acerco a ella, la miro y le respondo:

—Eso no va a suceder. Ya sé toda la verdad. Estás aquí porque mi padre te envió.

—Estoy aquí por mi hija y porque amo a Matt, nos queremos. Tuvimos algo muy fuerte —me grita, indignada.

—¿Cuándo dices tu hija te refieres a Mía? —pregunto con calma.

—No tengo otra —me espeta de malas formas.

—Yo diría que no tienes ninguna, Danna —pronuncio su verdadero nombre y la mujer palidece—. Mía es tu sobrina, pero créeme, no se merece tener una tía como tú cerca.

—Estás equivocada, Danna era mi hermana —revela con un grito, nerviosa.

—¿Qué está pasando aquí? —exige Matt, interponiéndose entre nosotras y mirándonos a ambas, desconcertado.

—¿No sabías que la madre de Mía tenía una gemela? —le pregunto a Matt.

Él me mira con los ojos muy abiertos, como si me hubiese vuelto loca mientras niega con un gesto de la cabeza.

—Mi hermana murió hace años, nunca se lo dije —justifica la mujer viéndose acorralada.

—¿Mantienes que eres Terry y que la gemela muerta es Danna? —le pregunto.

—Sí. Esta mujer está loca —grita fuera de sí.

Matt la mira de arriba abajo, serio.

Me dirijo a la puerta y la abro. Hago que pase el novio de Madison que es inspector de policía. No lleva uniforme, pero se lo presento:

—El inspector de policía Mark Brown. Sospecho que esta mujer es una usurpadora de identidad ya que está en esta casa en calidad de Terry Taylor, dice ser la madre de Mía, cuando tengo conocimientos de que Terry murió y ella es su gemela —le indico a Mark formalizando mi acusación.

La mujer palidece cuando Mark le enseña su placa en silencio.

—Por favor, su documentación —le exige Mark con la placa en la mano.

—Eh… No la tengo aquí —justifica con nerviosismo.

—¿No eres Terry? —le pregunta Matt tomándola por el brazo y enfrentándola.

—En ese caso, señorita, tendrá que acompañarnos a comisaría y allí

averiguaremos su verdadera identidad.

—No voy a ir a ningún lado —grita, alterada.

—Ya lo creo que lo hará, tiene una acusación sobre usted y debemos aclarar quién es realmente —le expone Mark mientras yo la miro sonriente, disfrutando de su cara de descomposición.

—Está bien. No soy Terry —confiesa cuando se ve acorralada.

—¡¿Qué?! —grita furioso Matt—. ¿Eres su hermana gemela y ella está muerta? —pregunta, alterado. La mujer asiente en silencio—. ¿Por qué coño has hecho todo esto? —le reprocha zarandeándola por el brazo con fuerza—. Te has presentado en esta casa y le has dicho a esa niña de dos años que eras su madre —brama fuera de sí.

—Liam Bennett me ofreció mucho dinero por hacerme pasar por mi hermana y obligarte a casarte conmigo utilizando a Mía —confiesa.

—Vete de aquí antes de que no pueda controlarme —le grita Matt.

—Recoge tus cosas y márchate, tienes cinco minutos —le doy de plazo.

La mujer corre a la habitación y sale con la maleta y su bolso, sin decir nada, se dirige hacia la puerta bajo nuestra atenta mirada.

—Algo más —dice Mark a la mujer—. No te pongas en contacto con Liam Bennett ni le hagas saber lo sucedido —le advierte— o iré a por ti. No eres una blanca paloma. Márchate lejos —le ordena.

Cuando Danna desaparece los tres nos miramos y soltamos el aire contenido. Doy dos pasos hacia Matt y lo abrazo. Él me refugia en su pecho mientras siento que es mío para siempre.

59

Mark y Madison se llevan a Mía al parque, la niña se marcha muy contenta con ellos porque le encantan los toboganes y los columpios.

Matt y yo nos quedamos a solas. Lo miro y se me parte el corazón a la misma vez que siento una gran emoción porque todo haya llegado a su fin y ya podamos estar juntos sin más obstáculos.

—Estoy muy confuso, cuéntamelo todo —me suplica Matt.

Yo me arrojo a sus brazos, lo beso y le revelo:

—Hay más. Mi padre ya no tiene nada en contra de ti. Los auditores han descubierto el desvío del dinero, fue el hijo de la mujer de mi padre, Nick. Ha confesado y me ha entregado las pruebas en contra de mi padre —le resumo con emoción.

Él zarandea la cabeza y varias lágrimas aparecen en sus ojos.

—Dime que esto no es un sueño —me suplica llorando.

—No lo es, mi vida. Ya podemos estar juntos de nuevo sin que ninguna sombra planee sobre nosotros. Mi padre no tiene nada en contra de ti y esa mujer no es Terry, no puede quitarte a Mía.

Matt me abraza con fuerza, me besa y me mira a los ojos. Ambos estamos llorando de felicidad.

—Gracias —susurra en mi oído.

—Ya nada nos va a separar, mi amor.

—Te amo, Sarah. Eres increíble. Nunca dejarás de sorprenderme. Cuéntame cómo has hecho todo.

Matt me toma de la mano y nos sentamos juntos en el sofá. Allí pasamos más de dos horas mientras le cuento todo. Terminamos besándonos y amándonos como jamás dejaremos de hacerlo.

Recibo un mensaje de Madison en el que me dice que no nos preocupemos por Mía, se queda con ella esta noche.

Miro al hombre que amo y lo invito a pasar toda la noche juntos.

Al día siguiente, en cuanto nos despertamos le pido a Matt:

—Quiero que hagas algo por mí.

—Lo que sea, ya lo sabes.

—Quiero que me acompañes de la mano a ver a mi padre.

—Lo haré —acepta de inmediato.

—Vamos a decirle que ahora está en nuestras manos y somos nosotros quienes lo podemos enviar a la cárcel.

—¿Piensas hacerlo? —pregunta con miedo.

—Sin dudarlo. No tuvo escrúpulos en todo lo que me hizo. Me vio sufrir en dos ocasiones y le dio igual. Solo le importaba él y sus planes.

—¿Y el escándalo?

—No me importará. He aprendido que solo te necesito a ti para ser feliz.

—Estoy contigo —me hace saber Matt.

Nos duchamos juntos y nos encaminamos a Los Hamptons, donde vive mi padre.

Matt conduce mi coche durante todo el camino. En varias ocasiones me coge la mano y la lleva hasta sus labios, depositando un beso en ellas, transmitiéndome que está conmigo.

Cuando me bajo en la casa de mi padre me armo de valor. Matt me toma de la mano y así entramos juntos en la propiedad.

El mayordomo de la casa me indica que mi padre no se ha levantado muy bien, pero no estoy dispuesta a pasar ninguna excusa. Su mujer aparece y me aconseja que lo visite en otro momento, pero los hago a un lado y vamos directos a la habitación de mi padre.

Cuando Matt y yo entramos lo encontramos en la cama, medio dormido. Ni me molesto en preguntarle qué le pasa. Él entreabre los ojos y nos mira a Matt y a mí frente a él, parados en los pies de su cama y cogidos de la mano.

Al vernos juntos abre más los ojos y trata de incorporarse en la cama con dificultad. La mirada que me dirige es dura y cargada de resentimiento.

—Aquí nos tienes, papá. Juntos —anuncio, sonriente y triunfal—. Sé que vernos así te alterará y estarás al punto del infarto, pero no me importa. Esta es mi gran victoria —Alzo la mano de Matt y mía

entrelazadas—. No has podido separarnos con todas tus patrañas. Me das asco —le espeto con dolor.

—No sabes lo que haces. Te arrepentirás —se atreve a decir.

—Sí, lo sé muy bien, papá —pronuncio la palabra papá con resentimiento—. Voy a enviarte a la cárcel —le revelo de forma paciente y mostrándole una sonrisa de triunfo—. Todo lo que habías planeado en contra de Matt va a recaer sobre ti porque nada me va a frenar. Ya he descubierto todo. El desvío de dinero que planeaste con Nick y encontrar a la gemela viva, ya que la verdadera madre de la hija de Matt estaba muerta. Eres un completo monstruo y mereces pagarlo.

—No serás capaz, soy tu padre. Además, quieres demasiado a tu abuela como para darle el disgusto de ver a su único hijo entre rejas.

—Yo también creí que tú no serías capaz de llegar hasta donde has llegado. En vez de investigar y urdir todo lo que has hecho te podías haber dedicado a conocer o investigar lo maravillosa persona que es Matt. El dinero no lo es todo en esta vida, qué pena que no lo sepas. Si realmente me quisieras sabrías que no puedo tener a un hombre mejor que él a mi lado.

—Estás enamorada como una tonta. No ves la realidad —gruñe.

—Tú eres el que vas a empezar a verla de ahora en adelante, te lo aseguro. Solo quería que me vieses feliz con el hombre que amo y con el que me volveré a casar pronto —le revelo—. No quiero volver a verte. Me has hecho el suficiente daño como para odiarte para el resto de mi vida.

Tiro de la mano de Matt para que nos marchemos de ahí.

—Sarah —grita, enfadado, cuando estoy llegando a la puerta.

Me giro, lo encaro y le despido:

—Adiós, Liam Bennett.

Matt y yo salimos de su casa y nos montamos en el coche. Una vez a solas me derrumbo en los brazos del hombre que amo.

—Es tu padre —murmura Matt.

—Y yo su hija, eso no lo paró. No le importó verme rota de dolor. Me separó de ti en dos ocasiones solo porque el dinero siempre es lo más importante para él.

—¿Nos vamos a casa? —pregunta Matt arrancando el coche—. Mía está deseando vernos.

—Por favor. Os necesito más que nunca. A los dos. —Le acaricio el rostro, le doy un beso en los labios y ponemos rumbo a Nueva York.

Cuando veo que Matt entra en mi edificio me sorprendo. Lo miro, confusa, pero él se adelanta y me explica:

—Las chicas se encargaron de la mudanza. Nos esperan en tu casa con Mía. Supuse que te sentirías mejor aquí.

—Gracias por cuidarme, por estar siempre atento de mí y por amarme como lo haces.

Me acerco a él y lo beso.

—Es un auténtico placer. ¿Subimos? —pregunta, animándome a salir del coche.

—Vamos a nuestra casa. De hoy en adelante seremos una familia. Nada ni nadie podrá separarnos. Te amo, Matt.

Cuando llegamos a casa y Mía me ve sale corriendo a mis brazos, me da un beso y me dice:

—Yo quiero que mi mami seas tú. —La miro, se me saltan las lágrimas y me la como a besos.

—Seré tu mamá para siempre, mi vida.

—¡Bien! —grita la niña.

—Yo quiero contigo —murmura abrazada a mí.

—No nos volveremos a separar. Vamos a vivir aquí con papá. Los tres. ¿Te gusta? Y vamos a comprar muchos regalitos para jugar juntas.

—¡Sí! —grita ilusionada y feliz.

Cuando Mía juega con Madison, alejada de nosotros, le pregunto a Matt:

—¿Crees que la aparición de Danna diciéndole que era su madre la haya confundido o afectado?

—Es una niña pequeña y no la verá más, creerá que se trataba de un juego. Tú serás su madre de ahora en adelante y no puedo estar más orgulloso de ello.

—Mía es adorable. Si el día que llegó contigo la rechacé fue por hacerte daño —le recuerdo con pena.

—Olvida eso —me pide Matt mientras me atrapa por la cintura y me acerca a él.

—Te prometo que os voy a hacer muy felices.

—No me cabe la menor duda. Yo ya lo soy solo de saber que vamos a dormir para siempre en la misma cama.

—¿Solo dormir? —pregunto mordiéndome el labio a conciencia.

—Puede que en algunos meses durmamos muy poco. Tenemos que recuperar todo el tiempo perdido.

Abrazo al hombre que amo, miro a Mía jugando con Chloe, Madison y Ava y siento que soy muy afortunada por la familia que tengo. Sé que todos harían lo que fuese por mí. La verdadera familia no tiene por qué ser de sangre.

Al día siguiente hacemos dos visitas a dos personas que ambos queremos mucho. Matt me lleva a conocer a su tía abuela a la residencia en la que está y me presenta a ella como la mujer de su vida. La señora tiene algunas pérdidas de memoria, pero me agrada cuando reconoce que su sobrino nieto siempre estuvo enamorado de la misma mujer y se alegra de conocerme. Prometemos visitarla en otra ocasión y me voy con la sensación de que Matt es mucho mejor de lo que siempre pensé. Es generoso, atento, cariñoso y siempre se preocupa por el bienestar de los demás.

La segunda visita que realizamos es a mi abuela, por duro que le pueda resultar le cuento todo lo que mi padre ha hecho en contra del hombre que amo y cómo nos obligó a separarnos. Ella me entiende, pese al dolor que siente por el modo de actuar su hijo, y se alegra de que Matt y yo volvamos a estar juntos.

60

Dos semanas después

Me despierto de los brazos de Matt cuando mi despertador suena, protesto, medio dormida, me remuevo en la cama mientras que el hombre que amo me abraza y me da un beso de buenos días.

Hace dos semanas que nos levantamos muy temprano y a las ocho ambos estamos en mi despacho. Ha sido mucho lo que hemos tenido que solucionar y el fin de ordenarlo todo y que el grupo Bennett siga bien está muy cerca.

—Necesito unas vacaciones —protesto cuando Matt me saca de la cama. No sé cómo tiene siempre las energías para levantarse en cuanto suena la alarma.

Nos duchamos juntos, nos vestimos y desayunamos antes de marcharnos a trabajar. Esta complicidad que tenemos y no despegarnos el uno del otro en todo el día es un sueño. Estamos trabajando duro y a fondo, y estamos agotados, pero cuando levanto la vista y lo veo cerca de mí todo mi mundo se vuelve de colores.

Estas dos semanas han sido las que más he trabajados en toda mi vida, también en las que menos he dormido por diferentes factores, entre ellos porque Matt y yo somos unos amantes incansables y en cuanto llegamos a la cama no podemos dormir solo. Han sido las semanas más difíciles de los últimos años, sin embargo, puedo afirmar que han sido los días más felices de mi vida. Matt y yo nos amamos, y somos una familia junto con Mía. No puedo pedir más.

En estos días le he dado vueltas a una idea que aún no le he expuesto a Matt, pero cuando llegamos al grupo Bennett y yo me quedo en la oficina de Chloe resolviendo unos asuntos y firmando una documentación urgente, cuando entro en mi despacho y lo veo sentado tras la mesa principal al teléfono y con el ordenador delante dando órdenes a quién tenga al otro lado del hilo telefónico me quedo

en silencio, a cierta distancia, observándolo con el pecho hinchado de orgullo. Él está tan absorto en la conversación que no ha sentido mi presencia.

Cuando corta la llamada alza la mirada y me quedo embobada en sus maravillosos ojos y en lo guapísimo que está llevando traje de chaqueta. Aún no me acostumbro a verlo así a diario.

—Te queda muy bien ese lugar —murmuro sonriente, acercándome a él.

Matt me dedica una amplia sonrisa mientras me sigue con la mirada. Me acerco a él y me siento en sus rodillas.

—Tenemos mucho trabajo hoy —me advierte cuando lo miro de cerca a los ojos.

—Tengo que hacerte una propuesta —anuncio con misterio.

Matt suelta una sonora carcajada. Creo que ambos estamos recordando las veces que hemos hecho el amor en este despacho en estas dos semanas atrás. Creo que no nos falta ningún sitio por probar.

—Es algo serio —le susurro en el oído.

—Bien, te escucho —dice Matt, se aleja un poco de mí y se reclina en su sillón, interponiendo un poco de distancia entre ambos.

—Necesito que hagas algo por mí —le suplico.

—Ya sabes que por ti haría lo que fuese, pídemelo —me anima.

—Quiero que ocupes este sillón para siempre —le propongo sin rodeos.

La sonrisa que mantenía Matt en sus labios se borra de golpe.

—¿Qué? —pregunta con sorpresa.

—Mi sueño es dedicarme al diseño. Si ocupé este sillón fue porque mi padre me lo impuso. No me gusta ser la presidenta del grupo Bennett. No me siento cómoda tomando decisiones económicas todo el día. Sin embargo, a ti se te da tan bien…

—Sarah, no creo que a tu padre le guste la idea.

—Mi padre no tiene poder de decisión. Desde que me convertí en la presidenta del grupo Bennett soy la accionista mayoritaria —le revelo.

—Creo que es demasiado para mí —murmura.

—No lo es. Sé que puedes con ello. Estás formado para llevar una empresa así, además eres sumamente inteligente y perspicaz. Lo harías

mejor que yo y de paso me harías una mujer muy feliz si puedo dedicarme el resto de mi vida solo a crear los diseños de esta gran empresa. ¿Qué me dices? —pregunto esperanzada.

—Sabes que lo haría todo por ti. Si me lo pides, seré el nuevo presidente del grupo Bennett para que tú puedas dedicarte a hacer lo que más te gusta. Yo solo quiero hacerte feliz, Sarah.

Me arrojo a sus brazos, lo beso, eufórica, y grito:

—Te amo. Eres el mejor hombre sobre la tierra. Soy muy feliz.

—Es mi propósito cada día cuando me levanto.

—El mío también, señor presidente. Gracias, te debo una.

Matt me besa, pero nos interrumpe una llamada de Ava. Necesita saber si voy a formalizar la acusación en contra de mi padre y enviarlo a la cárcel. Sin dudarlo le indico que sí, pero Matt que quita el teléfono de las manos y le comenta:

—Sarah y yo vamos a hablar. Ella te llama en una hora.

—¿Qué pasa? —pregunto, confusa.

—¿De verdad vas a hacerlo? —inquiere con el ceño fruncido.

—Él se lo buscó.

—¿Y si te pido que no lo hagas? —me pregunta al mismo tiempo que me deja sorprendida con su petición.

—¿Por qué? —exijo saber.

Matt se revuelve en el asiento, se levanta y se pasea por el despacho con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, inquieto y pensativo.

—¿Por el escándalo que supondría todo? —sugiere inquieto.

—No me importa.

—¿Y cómo le afecte a la empresa? —insiste.

—Tampoco —le indico muy segura de mi decisión. Mi padre me ha hecho muchísimo daño.

—¿Y si te lo pido a cambio de ocupar el asiento de la presidencia? —pregunta con la mirada clavada en el sillón vacío.

—Dame una razón de peso para que tome esa decisión. De lo contrario no lo haré —lo enfrento sabiendo que me oculta algo.

—¿Y si te pido que confíes en mí?

—Lo siento. Con respecto a mi padre no me pidas eso. Nos ha

hecho demasiado daño.

Me levanto, me acerco a él, le tomo el rostro entre mis manos y lo miro con atención mientras le suplico:

—¿Qué pasa, Matt? Con respecto a mi padre puedo imaginar cualquier cosa. ¿Te está chantajeando de nuevo? ¿Es eso? —pregunto con miedo.

—No. Tranquilízate. —Me lleva hasta un sofá cercano y me ayuda a sentarme, he comenzado a temblar—. Si te he pedido que no lo hicieras es porque hace una semana que la mujer de tu padre vino a hablar conmigo, bueno, venía a verte a ti, pero tú no estabas —rectifica.

—¿Qué quería? Dime que no se ha vuelto como él. Siempre la he considerado una buena mujer.

—Me confesó que tu padre tiene diagnosticado desde hace algunos meses un cáncer de páncreas. Está en su recta final. Los diferentes tratamientos a los que se ha sometido no han dado resultados —revela.

Lo miro con los ojos muy abiertos, sin poder creerlo.

—¿Y es verdad? No sé, lo creo capaz de enviar a su mujer para que no hagamos nada en su contra.

—Lo he investigado —revela Matt—. Le queda poco tiempo de vida.

Lo miro en silencio mientas mi cabeza es un completo hervidero.

—Joder. —Es lo único que me sale en esos momentos.

—Es la razón por la que te pido que no procedas en su contra. Está enfermo y solo provocarías un escándalo.

Me abrazo a Matt y susurro con culpabilidad:

—¿He sido una mala hija por desear que pague todo lo que me hizo?

—No, Sarah. Solo eres humana, mi amor. Un padre no debería actuar nunca como él lo hizo contigo.

—Gracias. —Alzo mi mirada y siento que tenerlo junto a mí y que me cuide es lo más preciado que tengo.

De repente, comienzo a sentirme un poco mal, debe de haber sido por la impresión de la noticia sobre mi padre y nos marchamos a casa.

Matt me ayuda a meterme en la cama y me da un analgésico. Antes de que me deje a solas para que descanse y duerma un poco le pido:

—Llama a Ava y dile todo lo de mi padre. Dejaremos las cosas como están.

Matt me dedica una sonrisa de agradecimiento y se marcha.

Cinco días después

Tras salir de la clínica de recoger unos análisis rutinarios, los últimos días me he sentido fatal y Chloe insistió en ellos ya que en el pasado tuve una gran anemia, miro al cielo de Nueva York y tomo una gran bocanada de aire. Había llegado a pensar que podría tener algo malo. Suspiro, me monto en mi coche y tomo una decisión. Sé que es algo que tengo que hacer. Me encamino a la casa de mi padre. Liam Bennett no pagará por todo lo que me hizo, pero siento la necesidad de ir a decirle algunas verdades y que me vea feliz, creo que ese será su verdadero castigo.

Cuando llego a casa de mi padre su mujer no está, ha salido a realizar algunas compras. El mayordomo me lleva hasta donde se encuentra mi padre por insistencia mía y lo encuentro en su cama con una vía cogida al brazo y una enfermera que cuida de él. Saludo a la mujer y mi padre, al escuchar mi voz, abre los ojos.

Me quedo parada a los pies de la cama, observándola, es una cama medicalizada, y lo miro en silencio.

—¿Qué haces aquí? Prohibí las visitas —se queja de malos modos.

—Lo sé, pero tenía que verte.

—¿Ya lo sabes? —pregunta arrastrando las palabras.

—Sí.

—¿A qué has venido? —pregunta con interés—. ¿A decirme que acusarás a tu padre pese a las condiciones en las que se encuentra?

—No. Todo lo contrario. Un escándalo a estas alturas no merece la pena. Pero puedo asegurarte que si estuvieses sano nada me pararía —le espeto con dolor. Su enfermedad no ha borrado todo el daño que me hizo—. He querido venir a decirte eso y algo más.

—Adelante —me anima mirándome de forma desafiante.

—Quiero que sepas antes de morir que Matt ocupará la presidencia del grupo Bennett. El hombre que tanto te empeñaste en destruir será quién dirija tu empresa, y te aseguro que lo hará muy bien.

—Todo lo que hice fue por protegerte. No quería que nadie estuviese contigo por tu dinero. Perdí a una hija por las malas compañías y no quise perder a otra. Solo he sido un padre protector —intenta justificar.

—Qué pena que nunca te haya sentido como a un verdadero padre. Nunca estuviste a mi lado en los momentos que más te necesité. Solo supiste causarme daño. Primero cuando mamá murió y me apartaste de tu lado, era indiferente para ti y luego con tu afán y maldad de alejar a Matt de mí. Viste todo lo que sufrí por él cuando intenté quitarme la vida, y ni así te conmoviste. Y luego cuando me obligaste a tomar la presidencia, a casarme y a darte nietos —le reprocho.

—Ya sabía de mi enfermedad. Solo quería dejarte lo mejor posible. Verte ocupar mi puesto, casada, feliz y conocer a un nieto al menos antes de morirme. Siempre supe que los tratamientos que me pusiesen jamás me curarían. Solo alargarías un poco mis días.

—Solo pensaste en ti, como siempre.

—No. Tú nunca has sido consciente de lo multimillonaria que serías cuando yo ya no estuviese. Solo quise dejarte con una familia formada y un hombre digno de ti. Ni siquiera te obligué a casarte con nadie —se excusa. Algo que provoca una gran carcajada en mí.

—¡Qué generoso de tu parte dejarme escoger marido! —le indico de forma irónica.

—Lo tendría que haberlo hecho.

—¿Y de qué hubiese servido? Te ibas a morir. Cuando ya no estuvieses haría la vida que siempre deseé. —Me mira de forma desafiante.

—¿Solo has venido a decirme que ese *stripper* del que estás enamorada como una tonta va a ocupar mi lugar?

—No. También he venido a decirte que pienso volver a casarme con él y que voy a darle un hijo —le revelo llevándome una mano al vientre.

Mi padre trata de incorporarse en la cama.

—¡No has aprendido nada! —brama fuera de sí.

—Te equivocas. Lo he aprendido todo —manifiesto con calma—. Ahora sé que los millones no dan la felicidad. La felicidad se consigue con amor, el amor verdadero como el que Matt y yo nos tenemos. Si tuviese que elegir entre todo lo que tengo y Matt lo elegiría a él una y mil veces, porque con él me siento viva, feliz y con ilusiones. —Mi padre me mira de forma desafiante.

—¿Esta es tu venganza? ¿Decirme todo esto antes de morir? —me recrimina alterado.

—También he aprendido que es inútil desperdiciar el tiempo en venganzas y malos sentimientos cuando se puede ser feliz y disfrutar de la vida. Al fin y al cabo, es muy corta, ¿verdad?

—¿Te alegras de que me vaya a morir?

—Cuando una persona es tan feliz como yo lo soy en estos momentos de mi vida no se puede alegrar por nada malo que le suceda a nadie. Sin embargo, lo siento, pero no te puedo perdonar por todo lo que me hiciste y por todo lo que no me quisiste durante años. Que dios te perdone. Adiós, papá.

Me doy media vuelta, abro la puerta y me marcho sin mirar atrás. No quiero que mi padre vea las lágrimas que ruedan por mis mejillas. Sé que esta ha sido nuestra despedida.

Antes de volver a mi ático decido ir a visitar a mi abuela. Tiene derecho a saber que a su hijo le queda poco de vida. Me duele ser yo quién le da esta noticia y también le manifiesto que no quiero volver a verlo tras la visita que le he hecho, algo que mi abuela entiende. La abrazo y antes de despedirme de ella, ante todas las malas noticias que le he dado, le doy una buena. Le revelo que Matt y yo vamos a ser padres. Esto la recompone un poco y consigo que se sienta mejor.

61

Cuando llego a casa me encuentro con Matt, me sorprendo al verlo aquí. Normalmente trabaja en el despacho hasta las seis.

—¿Pasa algo? Qué temprano en casa —le pregunto mientras me encamino hacia él y le doy un beso.

—Decidí trabajar desde casa. ¿Dónde estabas? Te dejé con malestares en la cama esta mañana. Vuelvo y Ronnie me dice que has salido. Te he llamado, no contestabas a mis llamadas y hace tres horas que te espero. Me tenías muy preocupado.

—Ha sido una mañana intensa —revelo mientras le muestro una sonrisa tímida. No sé por dónde empezar. Lo observo y lo veo paseándose por el salón algo inquieto—. ¿Te sucede algo? —pregunto preocupada.

Matt se da media vuelta, se dirige hacia mí, estoy sentada en el sofá y se coloca delante, de rodillas.

—Hace días que quiero hacer algo, pero no he encontrado el momento adecuado. He intentado que fuese algo especial, pero llevas algunos días mal. Y ya no puedo aguantar más. —Matt saca una cajita de su bolsillo y la abre frente a mí. Es un anillo maravilloso—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me llevo las manos a la boca y lo miro con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto, mi amor. —Me lanzo a sus brazos y lo beso—. Sí, quiero. —Lo miro con el corazón latiéndome muy deprisa.

—No podía esperar más para proponerte que fueses de nuevo mi mujer. Han sido días de locura. Compré el anillo y planeé una escapada juntos, pero te pusiste mal y ya no quise esperar más. Te amo, Sarah, quiero que nos casemos y todo sea como siempre lo soñaste. Quiero darte una boda de ensueño.

—La tendremos. Yo también tengo una pregunta, futuro esposo —le expongo con una enorme sonrisa de felicidad—. ¿Quieres ser el padre

de mi hijo?

—¿Solo uno? Quiero muchos —revela besándome.

—Por ahora solo uno —le indico llevándome la mano al vientre—. Vamos a ser padres —revelo emocionada, con lágrimas en mis ojos.

Matt me mira con los ojos muy abiertos, esboza una enorme sonrisa, me abraza y me besa mientras siento sus lágrimas en mis mejillas.

—Sarah, me acabas de hacer inmensamente feliz. —Me coge en brazos y da vueltas por el salón conmigo—. Te amo —grita, pletórico de alegría.

Me coloca sobre el suelo, me mira en silencio y me acaricia el rostro.

—Quiero que seas mi mujer cuanto antes.

—Nada me haría más feliz.

—No esperaba esta noticia, tengo el corazón que me va a explotar —manifiesta Matt, muy contento.

—Ya sé que no hablamos de tener hijos, sucedió… —Matt me coloca un dedo sobre los labios.

—Sé muy bien cómo sucedió —murmura con una gran sonrisa y un brillo especial en su mirada—. Estoy feliz. Y Mía se va a poner muy contenta cuando le digamos que viene un hermanito de camino. Seremos una gran familia, mi amor.

—Siempre he soñado con ello —le revelo.

—Tu sueño se ha cumplido, y el mío.

De repente, Ronnie llega con Mía de recogerla de la guardería. La niña se lanza a mis brazos y de inmediato Matt le reprende que no lo haga con tanta fuerza. Teniéndola entre nuestros brazos mi futuro marido me pregunta:

—¿Cuánto tiempo tienes de embarazo?

—Dos meses —le susurro en el oído—. Creo que aún es pronto para decírselo a Mía, se le hará muy largo hasta que llegue su hermanito —le aconsejo. Le guiño un ojo, Matt asiente y comenzamos a jugar con ella.

Esa misma noche, cuando ya estamos metidos en la cama, Matt me abraza junto a su pecho desnudo y le revelo con culpabilidad que no

haya sido el primero en saber lo de mi embarazo.

—Esta mañana fui a ver a mi padre después de recoger los análisis y saber que estaba embarazada.

—¿Cómo fue? —pregunta algo tenso.

—Lo hice para decirle que tú serías el presidente del grupo Bennett, que volvería a casarme contigo, si no me lo llegas a pedir lo habría hecho yo de nuevo —le aclaro con una sonrisa— y también le conté que estaba embarazada de un hijo tuyo.

Matt suspira mientras me mira en silencio.

—¿Qué tal te sientes?

—Liberada, en paz. Te juro que no he aprovechado la oportunidad de vengarme, solo necesitaba decirle todo de frente. Por lo que tanto se esforzó que no sucediese. Ahora ya no lo odio, solo siento pena por él.

—Me alegro que no lo odies. Ese sentimiento tarde o temprano terminaría consumiéndote y cambiándote.

—Mi corazón solo siente felicidad y agradecimiento por todo lo que tengo en estos momentos de mi vida.

—El mío experimenta lo mismo. Te amo, Sarah Bennett.

Epílogo

Tres años después

Hoy es el cumpleaños de mi marido, pasado mañana le entregan a Matt el premio al mejor empresario del año por todo lo que ha conseguido desde que es el presidente del grupo Bennett, dentro de cinco días es nuestro aniversario de bodas y en dos semanas tenemos el cumpleaños de nuestras hijas. Casualmente Abby nació el mismo día que su hermana Mía, por lo que le hemos preparado a ambas una gran fiesta que nunca olvidarán. Están siendo unos días sin parar, de muchos preparativos, en los que apenas tengo tiempo de nada. Cuando llego a la cama estoy rendida, pero feliz. Miro la maravillosa familia que tengo y no puedo sentir más orgullo. Ellos me dan toda la energía y vitalidad que necesito.

El año anterior le organicé a Matt una gran fiesta de cumpleaños, le encantó, pero este año me ha pedido celebrarlo en la intimidad. En casa, con nuestras hijas y cuando ellas se duerman nosotros continuaremos celebrando. He accedido ya que sé que a mi marido no le gustan demasiado las fiestas y pasado mañana tendrá una por todo lo alto.

Cenamos en el salón de casa y nuestras hijas están impacientes por terminar de comer para sacar del frigorífico la tarta que hemos hecho las tres juntas durante toda la tarde mientras su padre trabajaba en el despacho de casa.

—Papi, es muy bonita. Te la hemos hecho con mucho amor —escucho que le dice Mía cuando estoy llegando con la tarta en mis manos.

—Yo también, papi —dice Abby, que hace y dice lo mismo que su hermana. Verlas juntas es increíble. Se quieren muchísimo.

—Felicidades, mi amor —digo al mismo tiempo que le coloco la tarta de chocolate delante.

Le entrego los números, el tres y el nueve, a las niñas y ellas lo colocan en la tarta. Matt enciende las velas y le cantamos cumpleaños feliz.

—Ahora los regalos —anuncia Mía con ilusión.

—¿Tenéis regalos para mí? —les pregunta Matt a sus hijas con fingida sorpresa. Tiene a ambas sentadas en sus rodillas.

—Sí —gritan a la vez.

—Pero tenemos que empezar por el regalo más grande de todos y ese no está aquí —le indico a las niñas.

—¿No? —pregunta Matt con sorpresa.

—Tenemos que bajar al garaje. Está ahí —le indico. Matt me mira sonriente.

Cogemos a las niñas y bajamos al garaje del edificio. Es ahí donde tengo el regalo de mi marido, envuelto.

Matt y nuestras hijas rompen el papel y se encuentran con una gran moto.

Miro la cara de mi marido y me emociono cuando lo veo observar la moto. Tiene lágrimas en sus ojos. Le he comprado una Ducati Superleggera.

Matt se acerca a mí, me abraza y me besa con pasión.

—¿No crees que es demasiado? ¿Una moto de casi cien mil dórales?

—Nada es demasiado para mi maravilloso e increíble marido. Te lo mereces todo. Además, la primera vez que te conocí ibas subido en una moto y quiero volver a verte así y que ambos recorramos muchos lugares juntos.

—Hace años que no conduzco una —recuerda mirando la moto, emocionado.

—Me quiero montar —pide Mía.

—Y yo —dice Abby.

Matt mota a las niñas y ambas se emocionan.

—Creo que es hora de volver arriba, niñas. Tenemos que darle a papá más regalos.

—¿Más? —pregunta Matt con sorpresa.

—Sí, los tenemos detrás del sofá para que no los veas. Son muchos —revela Mía.

Mía y Abby van de la mano hasta donde hemos dejado los regalos y se lo dan a su padre.

Matt abre los regalos y se encuentra con dos cascos de moto, me mira y me sonríe, unos guantes, una cazadora y un llavero de oro en el que le hemos grabado el nombre de las tres mujeres de su vida.

—Es maravilloso.

—Te queremos, papi, eres el mejor —dice Mía y luego Abby la imita.

Mi marido y yo reímos a carcajadas, nos abrazamos y nos besamos.

Cuando ya hemos acostado a nuestras hijas le propongo a Matt:

—¿Y si damos una vuelta por la ciudad y estrenamos tu moto?

Me mira con los ojos brillantes de felicidad.

—Vamos.

Nos enfundamos en trajes de cuero y salimos por las calles de Nueva York con su nueva moto. Es increíble ir abrazada a mi marido, sentir la emoción de la velocidad y todo el amor que le tengo.

Matt y yo paramos en un lugar con unas vistas maravillosas a la cuidad iluminada en mitad de la noche. Nos quitamos los cascos y nos abrazamos. Mi marido me besa y caigo rendida a él. Sus labios y su boca tienen un poder sobre mí que me dejan sin voluntad.

—Gracias, ha sido increíble volver a recorrer las calles de Nueva York en moto y con mi mujer.

—Gracias a ti por todo lo que me das cada día. Por hacerme tan inmensamente feliz, mi profesor. —Así lo llamo a veces en la intimidad. Lo beso, nos abrazamos y miramos juntos las vistas desde lejos de los edificios de la ciudad iluminada de noche que tenemos delante.

—No ha sido fácil, pero lo hemos logrado —murmura Matt en mi oído mientras lo siento pegado a mi espalda y me tiene fuertemente abrazada por la cintura.

—Nuestro amor pudo con las mentiras, las venganzas y todos los obstáculos que encontramos en el camino.

—No solo me has demostrado a mí el gran hombre que eres, también a mucha gente. Mañana te otorgan un gran premio. Ese reconocimiento público hace que me sienta aún más orgullosa de que

seas mi marido. Que todos sepan lo que trabajas y consigues.

—Después nos queda otra gran fiesta, el cumpleaños de nuestras hijas —me recuerda, como si no lo tuviese presente desde hace un mes que organizo todo.

—Y luego celebraremos nuestro aniversario en París, juntos, en familia —le revelo—. Iremos con Mía y Abby a Disneyland. —No nos gusta dejar a nuestras hijas atrás. Ellas siempre viajan con nosotros.

—Oh, Sarah —murmura mientras me besa—. ¿Cuántas más sorpresas me vas a dar en el día de hoy? —inquiere muy feliz.

—Puede que alguna más —anuncio revolviéndome entre sus brazos para mirarlo a los ojos.

—Te amo.

Y mientras nos besamos comienzan los fuegos artificiales del cuatro de julio. Ambos miramos al cielo, sorprendidos, los habíamos olvidado, y los observamos abrazados.

—Vas a volver a ser padre, Matt —revelo, emocionada—. Y te aseguro que este sí es mi último regalo por hoy. Llevo una semana ocultándotelo porque quería que fuese en un momento especial. Tenía pensado decírtelo pasado mañana cuando recibieses el premio, pero no he podido esperar más.

—Oh, Sarah —grita mi marido—. Me coge en sus brazos y da vueltas conmigo en ellos mientras me besa y los fuegos artificiales continúan detrás de nosotros.

Si algo teníamos claro desde que nació Abby es que no queríamos esperar mucho para nuestro siguiente hijo.

—Qué gran regalo.

—La vida junto a ti sí que es un gran regalo, es pura magia.

FIN

Agradecimientos

A todos mis lectores, que por suerte cada vez sois más los que esperáis mis historias con muchas ganas.

Siento que la responsabilidad de crear un nuevo libro cada vez es mayor. Trato de superarme en cada uno de ellos, que sean diferentes a los anteriores, que os sorprendan y nunca pierdan mi esencia. Espero haberlo conseguido con esta nueva novela, en la que he querido reflejar que las mujeres también podemos ser poderosas, ricas y dominar a un hombre. Me ha encantado crear a Sarah Bennett, pero he de confesar que he disfrutado mucho al crear mi primer protagonista humilde, sin una fortuna detrás de su persona. Matthew Fuller solo tenía su enorme corazón y gran un amor por Sarah.

Espero que hayáis disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo desde que apareció en mi mente y durante todo su largo proceso de escritura, que han sido cinco duros meses.

Gracias a todos los que estáis ahí, apoyándome y recibiendo con ganas todo lo que escribo. Sin vosotros no podría seguir adelante.

Gracias infinitas por todos los mensajes que me enviáis con vuestras impresiones cada vez que leéis una de mis novelas, no sabéis lo que me gusta leeros y que me transmitáis lo que habéis sentido con cada una de mis historias. Por favor, no dejéis de hacerlo. Es otra forma de aprender, de conoceros un poco más y de conectar más con mis lectores.

No os olvidéis de mí, en unos meses vuelvo con mi siguiente novela. Tengo muchos cuadernos con miles de apuntes sobre historias que os quiero hacer llegar.

Si esta novela te ha gustado, déjame tu valoración y comentario en Amazon. Eso me ayuda a crecer.

Gracias a todos por estar ahí. Os prometo que vuelvo muy pronto.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora

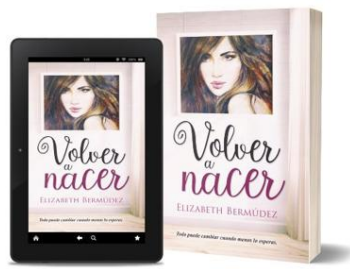
BILOGÍA: Vida y amor

TE
quiero
para mi
ELIZABETH BERMÚDEZ
TE
quiero
para mi
ELIZABETH BERMÚDEZ

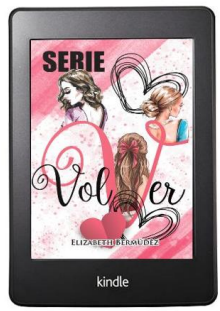
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

FAMILIA MILLER

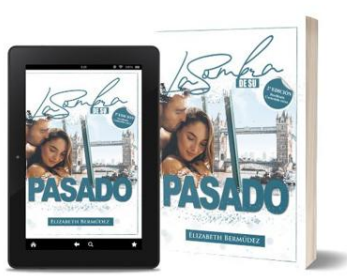
SERIE VOLVER



Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES



Y de repente,
el mundo
se para
Elizabeth Bermúdez

El
Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ